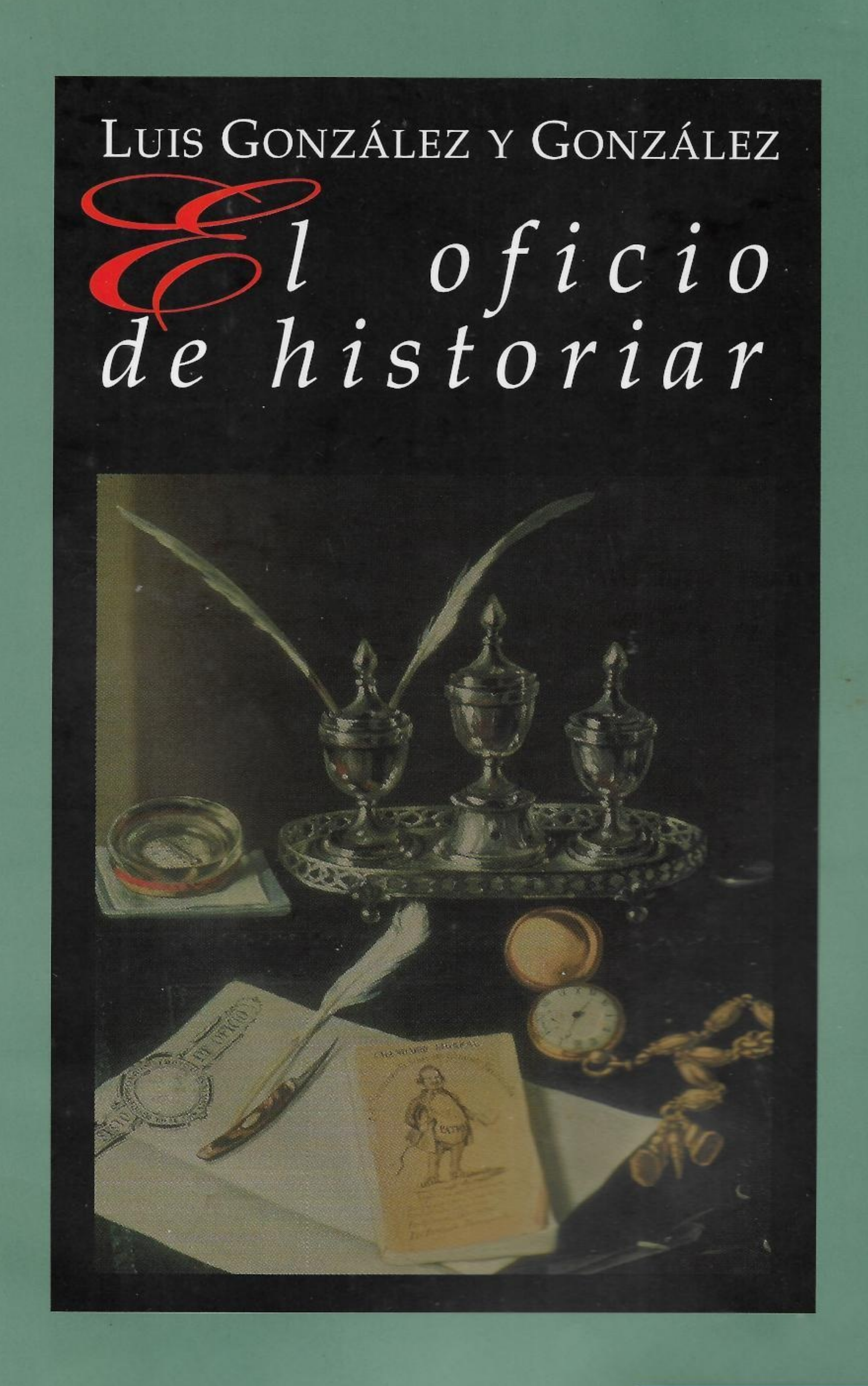
OBRAS COMPLETAS



Gracias a su crianza ranchera, Luis González y González supo, desde su infancia, del deber de transmitir la sabiduría de los viejos. Luego aprendió que la ciencia de contar las experiencias, para que sean cabalmente aprovechadas, ha de tener la humildad como virtud fundamental.

Durante más de tres décadas compartió sus maneras de desentrañar el pasado con un auditorio de doble índole: el que se reunía en el aula y el que se sentaba alrededor de una mesa de café. Ante ambos desgranaba los problemas a los que se enfrenta el historiador y las formas en que llegaba a solucionarlos. Los introducía así al taller del contador de historias y con todos compartía el amor por su oficio. La idea del antiguo taller artesanal cobraba vida.

Tal es el génesis de *El oficio de historiar*, que bien podría llevar el subtítulo de *Tratado universal sobre la investigación histórica*. El interesado en el mundo histórico encontrará en esta obra cómo el historiador escoge sus temas, cómo plantea encontrar respuesta a sus preguntas, cómo obtiene saberes fidedignos que lo llevan a comprender sus personajes explicar sus actos y juzgar sus conductas de qué modo mete en concierto y publica sus libros y a dónde conducen sus afanes.

Con el sosegado placer que le despierta el saber que cumple con una obligación conocida desde su infancia, a lo largo de estas páginas Luis González y González muestra cómo sumar la imaginación, la razón y la emoción para alcanzar *El oficio de historiar*.

Luis González y González

El oficio de historiar

El oficio de historiar • Otros gajes del oficio

ePub r1.0
Titivillus 09.11.2022

Título original: *El oficio de historiar*
Luis González y González, 1995
Portada: *Mesa revuelta* (detalle), óleo de José Agustín Arrieta, Fundación José Luis Bello y Zetina, Puebla
Diseño de cubierta: Álvaro Figueroa

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido



Una geometría del pasado

Las *Obras completas* de Luis González y González conforman un acervo indispensable para todo interesado en el conocimiento del pasado, en general, y de la historia de México en particular. En sus conferencias, artículos, ensayos, reseñas y libros, Luis González ha formado una geometría personal del quehacer histórico.

Ante la curiosidad que le suscita una investigación, el compromiso de una conferencia, la preparación de una cátedra, las preguntas de una entrevista o la redacción de un libro, Luis González se plantea mentalmente una serie de cuadros sinópticos que orientan sus respuestas, dirigen sus investigaciones, le ayudan a preparar sus clases o facilitan la redacción de sus textos. Estos cuadros se traducen con el tiempo en palabras de fácil comprensión y letras de amena lectura. No se trata de axiomas imbatibles, sino de conceptos abiertos a reflexión y discusión. Esta geometría particular descansa sobre un triángulo equilátero cuyos vértices apuntan hacia el estudiante, el oyente y el lector.

Hace cincuenta años, Luis González inició una fructífera trayectoria como profesor de historia que ha cubierto todas las divisiones temporales de la historia de México: prehispánica, novohispana, independiente, decimonónica, porfiriana, revolucionaria, posrevolucionaria y contemporánea. Una larga y abultada ronda de generaciones de estudiantes han abrevado y aprendido del vértice magisterial de Luis González y confirman que pocos árboles dan tanta y tan placentera sombra.

La obra triangular de Luis González tiene un eje de difusión conformado por una larga lista de ponencias, conferencias, mesas redondas, congresos, entrevistas radiofónicas y televisivas que, desde hace medio siglo, lo transportan a los más diversos rincones de México y el mundo y lo dirigen

hacia los más diversos grupos de oyentes, más allá del gremio de los historiadores.

Cierra el triángulo la obra escrita que aquí se presenta: más de una docena de tomos que reúnen los textos de Luis González, más los que esperamos. Su lectura, consulta y discusión confirmará el ánimo del vértice divulgatorio o conferenciante y las virtudes del vértice magisterial. Sus reseñas, ensayos y artículos son el resultado de la investigación constante y resumen de una curiosidad insaciable. Sus libros son el producto de un honesto afán por conocer el pasado y ejemplo de un amoroso interés por nuestra historia.

Del amplio círculo de la historia patria a la íntima circunferencia de la historia matria, la obra de Luis González va de lo general a lo particular y de lo histórico a lo microhistórico. Del panorama macroscópico de México, como tema y territorio que se observan en mapas y decretos, al paisaje microscópico de los terruños que se alcanzan a ver a simple vista. Pionero y promotor de la microhistoria, el historiador Luis González inauguró un nuevo interés y encabezó un nuevo fervor por la investigación regional y local. A través de sus constantes *Invitaciones a la microhistoria*, formuló la teoría y los métodos que acercan el lente de nuestro interés a los lugares, personajes, circunstancias y anécdotas que conforman lo más íntimo y cercano de nuestro pretérito y puso como ejemplo atractivo *Pueblo en vilo*, la historia universal, es decir microhistoria, de San José de Gracia, Michoacán, el pueblo donde nació.

Al viajero-lector de estas *Obras completas* se le presentan muchos y variados rumbos-épocas, dispuestos en todo tipo de paisajes-tema, con itinerarios múltiples y con un equipaje que incluye maletas de erudición, pero no presumida, baúles de teoría con muchos libros implicados, bolsas de mano y maletines que contienen las herramientas del historiador y mochilas llenas de los más diversos recursos. Los viajes a la historia con Luis González son como pláticas con la historia misma, conversaciones íntimas con Clío y provechosas charlas con la memoria. Se trata entonces de un modo de historiar que beneficia y alienta tanto al biógrafo como al cronista, al paleógrafo y al genealogista, al historiómano como al lector en general.

Este primer tomo de las *Obras completas* de Luis González reúne los textos referentes a la teoría y el método de la historia que Luis González ha impartido a una legión de alumnos, leído a través de una considerable lista de conferencias y publicado en forma de libro y artículos. *El oficio de historiar* apareció publicado por El Colegio de Michoacán en 1988, al cumplirse el primer centenario de la fundación de San José de Gracia, Michoacán. A

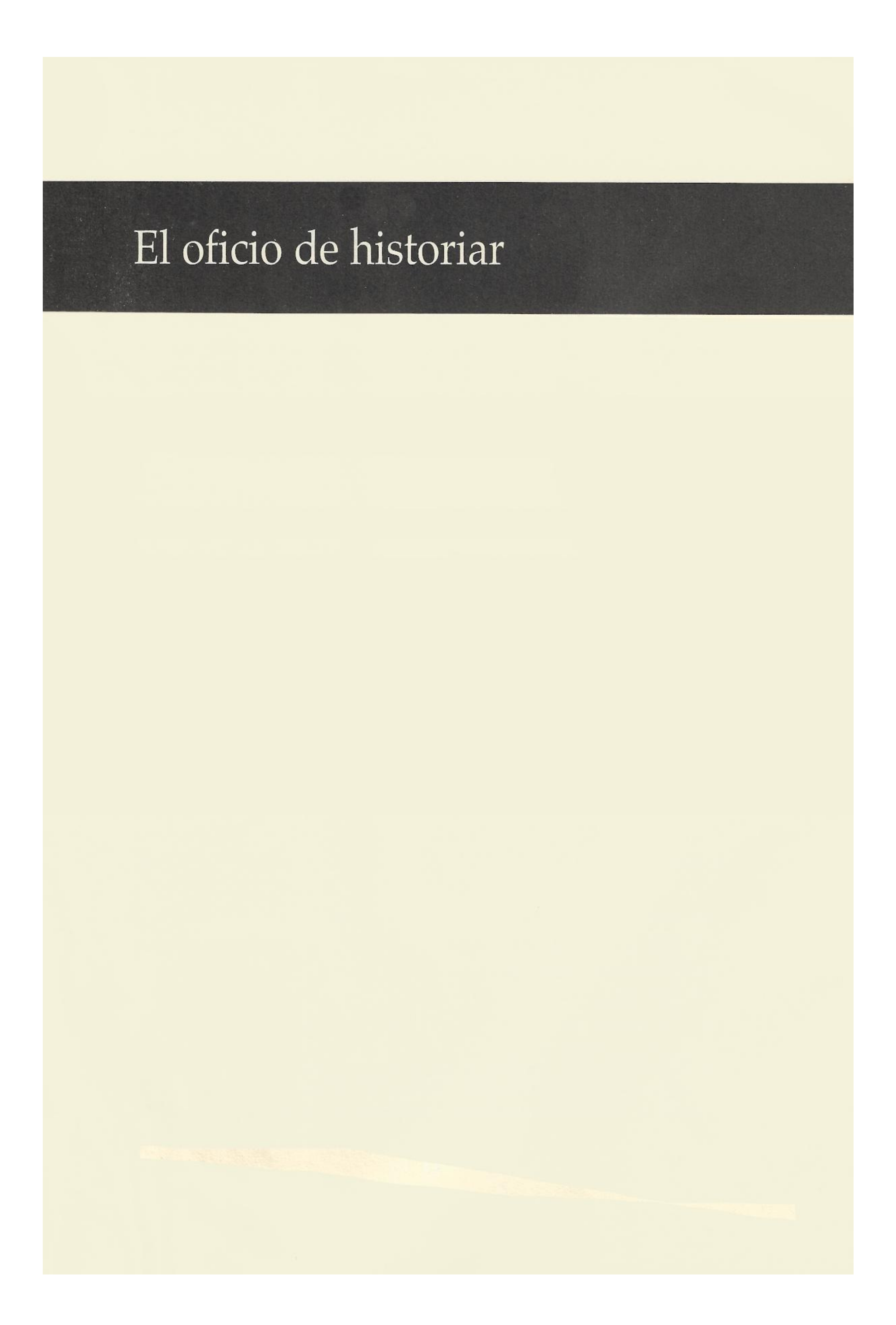
finales de ese mismo año, apareció la segunda edición revisada por el autor y, en 1991, la primera reimpresión. Desde su aparición, *El oficio de historiar* despertó un entusiasmo compartido tanto por estudiantes y profesores de historia, como por un amplio lectorio de las más diversas vocaciones.

En este volumen el lector verá que la historia es teoría panorámica y accesible —alejada del acartonamiento insípido y pretencioso— y que la metodología que aquí se postula se distingue por su sencillez que aunque abierta a la erudición académica, no es pedante ni incomprensible. Luis González muestra en este libro el perfil humano del historiador y el vasto universo de lo histórico. Por otro lado, describe las mecánicas de la investigación histórica, el rigor documental y la crítica, la imaginación y la composición de un texto hasta llegar a la recomendación de los distintos modos de escribir historia, los avatares y circunstancias del quehacer histórico y la precaución en los usos y abusos que genera el oficio de historiar. La bibliografía detallada que aparece en *El oficio de historiar* recorre autores, títulos y temas de filosofía de la historia, teoría del saber histórico, historiografía, métodos y técnicas de investigación histórica, didáctica de la historia y ciencias hermanas. Esta bibliografía representa todo un compendio de útiles bártulos para este oficio, mientras que la bibliografía general que aparece al final reúne los libros mencionados en este tomo no detallados en la bibliografía básica para el historiador.

La otra parte de este libro está conformada por media docena de artículos que representan los *Otros gajes del oficio*. Desde la descripción y caracterología de *Ser historiador* hasta la tipología de *La historia académica y el rezongo popular*, estos artículos nos anuncian *El regreso de la crónica*, señalan la importancia de *El rigor documental en la historia de México*, versan *Sobre la invención en historia* y amplían las circunstancias y características de *El quehacer histórico*.

Con *El oficio de historiar* y los *Otros gajes del oficio* reconocerá el lector que la obra de Luis González conforma una geometría que apela y orienta tanto al historiador profesional como al memorioso ocasional. Se trata de una arquitectura del conocimiento que atrae y divierte tanto al investigador sedentario de las bibliotecas y archivos, como al curioso transeúnte del acontecer cotidiano. Más que una obligación de la memoria, *El oficio de historiar* de Luis González es un memorable viaje por los círculos interminables del pasado.

JORGE F. HERNÁNDEZ



El oficio de historiar

Las dos ediciones que a la fecha se han hecho de *El oficio de historiar* se deben a El Colegio de Michoacán. La primera edición es de 1988 y la segunda, corregida por el autor, de diciembre del mismo año. La segunda edición se reimprimió en 1991.

Plan de operaciones

Es costumbre adentrarse en la casa y taller del historiador por una de cuatro puertas de muy desigual tamaño y forma. La puerta grande y de mejor vista, llamada filosofía de la historia, introduce a un ancho vestíbulo; permite entrever el conjunto de los acontecimientos históricos, pone delante la tela de donde recorta sus motivos o asuntos el historiador común y corriente. La segunda entrada, un poco menos majestuosa que la central, en la que los ujieres son también filósofos, recibe el nombre de teoría de la historia, y da al almacén de los instrumentos conceptuales usados en el quehacer histórico; muestra el amplio arsenal de ideas, juicios y razonamientos que utiliza cotidianamente el estudioso del pasado. De las dos puertas de atrás, donde el portero es el historiador mismo, una conduce al expendio de productos historiográficos, remite a la historia de la historiografía, y la última y más modesta da directamente al taller donde se hacen las historias, permite contemplar al historiador en pleno trabajo, y se denomina introducción a los estudios históricos, metodología y técnica de la historia o simplemente oficio de historiar.

El meterse a ver de qué modo trabaja el hacedor de novelas verídicas, cómo escoge los temas, cómo planea una investigación, mediante qué operaciones consigue saberes fidedignos que le permitan comprender a sus personajes, explicar sus actos y juzgar sus conductas, de qué modo compone, escribe y publica libros, y a qué conducen y para qué sirven sus obras y afanes, tiene un propósito aleccionador. Se supone que una manera de aprender un oficio es viendo cómo ejercen los maestros y oficiantes o una determinada especie de profesionistas en el campo de trabajo. Ni duda cabe de que cada oficio se practica en cada lugar de acuerdo con la materia prima de que se dispone y las costumbres locales. Operan de distinto modo los

artesanos de Europa y de América, los historiadores de Francia y de México. Cada país tiene su manera especial de matar pulgas.

Las metodologías de la historia que se producen en abundancia en los países europeos, parten del análisis de la historiografía producida en esos países. Las metodologías de la historia confeccionada hoy en los países hispanoamericanos también se inspiran en la experiencia profesional de los historiadores europeos. Aquí, sin olvidar los modos de hacer historia de la gente del Viejo Mundo, sin desatender las enseñanzas de los clásicos, se exhibe la manera espontánea de historiar de los mexicanos, en algunas ocasiones original y valiosa. Quizá se tome en cuenta por primera vez la conducta historiográfica de los coterráneos, y por eso el presente volumen tal vez merezca el discutible mérito de mexicanizar uno de los oficios más viejos y universales. Quizá no esté de más, pues, proponer reglas útiles para el trabajo de los historiadores mexicanos, tomadas de la praxis de los investigadores de casa, así como de los historiadores de todos los países y todas las épocas.

Este tratado edificante abre boca con un esbozo del historiador. Como se ha dicho multitud de veces, las historias son inseparables de sus autores. El oficio de historiar tiene mucho que ver con la sociología, la filosofía, la psicología, la cultura y la ética del sujeto cognoscente. Cualquier reflexión sobre el quehacer histórico ha de empezar por poner en su sitio, descubrir los fines, meterse con las pasiones y otros rasgos típicos del estudioso de las andanzas del hombre en el tiempo. En una conferencia dada en julio de 1983, donde anuncié la manufactura de este libro, dije:

> Cuando me vea en el brete de describir al historiador que necesariamente se refleja en su obra, pensaré en los historiadores que me rodean, en los practicantes de la historia en México […] El historiador que esboce no será del todo igual al descrito por los tratadistas europeos y yanquis. Éste será un historiador que rara vez osa brincarse las fronteras de México […] por temor a recibir coscorrones si se sale de su corral patrio.

Me ocupo en primer término del historiador compatriota, muchas veces resentido por considerarse ninguneado por los extranjeros, pero no muy diferente del resto de los historiadores. Me refiero en seguida al vastísimo mundo del acaecer histórico, cada vez más extenso y accesible no sólo por la marcha del tiempo, sino también por el creciente interés en un número cada vez más grande de asuntos y por los instrumentos de rescate del pasado que día a día se descubren y perfeccionan. En tercer término declaro cómo los historiadores dan en serlo; cómo son compelidos a especializarse; cómo eligen un tema, cómo construyen imágenes interinas del pasado, y cómo

disponen sus días para la realización de una obra. En seguida me ocupo de las fuentes de Clío y las maneras de hacer búsquedas en bibliotecas, archivos, museos y demás depósitos de fuentes. A continuación toco el detectivesco asunto de las operaciones críticas. En el siguiente apartado visto la camisa de once varas, me hundo en el breñal que Gardiner llamó *La naturaleza de la explicación histórica*. El séptimo capítulo habla de cómo dar forma a nuestros saberes e interpretaciones. Se ocupa del montaje de una monografía. El octavo vuelve a un tema muy del gusto de los antiguos y muy soslayado por los modernos: el discurso, los estilos de expresión, las maneras como los historiadores resumen los resultados de sus lecturas, entrevistas y pensamientos. En el último capítulo procuro dar cuenta del proyecto que sacan los historiadores de su oficio y sobre todo de las satisfacciones y servicios que presta el conocimiento histórico a todo mundo.

El autor de estos apuntes no se dirige en esta ocasión a los especialistas. Le gustaría ser leído por historiadores inmaduros, bisoños. en vías de despegue, en vísperas de hacer tesis de licenciatura maestría o doctorado, y con ganas de recibir consejos de viejos. Los temas que se tocan aquí sólo son la versión escrita de cursos para estudiantes de historia en las universidades Iberoamericana y Autónoma de México, la Escuela Nacional de Antropología e Historia y los colegios de México y Michoacán. También busco lectores fuera de las aulas. Por lo mismo, he procurado huir de la pedantería profesoral. Al escribir he tenido en mente al historiador espontáneo, al que todavía no se monta en su mula. Los hartos de prejuicios no encontrarán nada útil en estos apuntes. A los que aún no han tomado partido quizá logre convencerlos de que no lo tomen o por lo menos de que no lo hagan apresuradamente.

Alguna vez creí a pie juntillas en un método histórico tan visible y expedito como una supercarretera y que un historiador sólo podría resucitar el pasado mediante una minuciosa conciencia y un seguimiento fanático del método. Ahora me inclino a creer que la historia carece de un método unívoco. Los historiadores son personas que hacen cosas muy distintas de maneras muy diferentes. Llegan a donde van por muchos caminos. Un maestro no puede enseñar plenamente ninguna de las veredas y ningún discípulo podrá seguirlas sin dudas, tropezones y aun caídas. Cada historiador de nota inventa su propia ruta, o casi. Después de algunos años de talacha sólo nos queda decir con Machado: «Caminante, no hay camino, se hace camino al andar». Esto no excluye la obligación senil de proponer nortes, de dar consejos metodológicos a novatos y amateurs, de servir a los errabundos

de ahora con la experiencia de los de ayer. Por frágil que sea la ciencia de los caminos de la historia y por difíciles y deficientes que éstos sean, nunca sobran los consejos, siguen siendo útiles las sartas de recetas metodológicas a sabiendas de que ninguna es omnivalente. Lo que se dice aquí está muy lejos de cualquier afán autoritario. En historia es muy fecunda la receta de los liberales: mínimo de gobierno y máximo de iniciativa individual.

Mis sugerencias no pretenden aprovecharse del momento de mayor debilidad de un historiador, cuando se lanza por primera vez a la hechura de un libro de historia para optar a una licenciatura, maestría o doctorado que le permita ganarse la vida decorosamente. No quieren ser guía de descaminados, patrón de equipo, gurú de personas proclives a la rutina. Ojalá les ayuden a otros a la hechura de su propio camino y a ser conscientes de su propia manera de ser. Aunque no siempre, en muchos casos da buenos resultados la receta de «conócete a ti mismo».

En historia es inconveniente ser un *self-made man strictu sensu*, pero ayuda la política del *laissez-faire*. Conviene recibir ayuda magistral si es de tipo socrático, como fue la de los maestros Arturo Arnáiz y Freg, José Gaos, Ramón Iglesia, José Miranda y Silvio Zavala en el primitivo Colegio de México, en los años cuarenta. En la presente ocasión querría agradecer sus orientaciones y servirme de su ejemplo. Reconozco otra deuda con don Daniel Cosío Villegas, quien, aunque nunca llegó a escribirlo, desconfiaba del historiador a la moda de los *Annales*. Para él un libro de historia debía ser una novela con protagonistas y hechos ciertos, una novela verdadera. Sospecho que mi correctora habitual cree del mismo modo, pero Armida, además, quiere una historia didáctica. En mi altar de devociones figuran en nichos prominentes alumnos de ayer que luego se han convertido en mis mentores: Héctor Aguilar Camín, que me introdujo a escribir sobre el oficio de historiar; Enrique Krauze, que me ha hecho creer en la posible lectura y utilización de algunos de mis párrafos, y Andrés Lira, presidente de El Colegio de Michoacán, responsable de la inclusión de este título en el prestigioso catálogo del Colmich. Agradezco las sugestiones que han limado algunas asperezas de la obra y a la señora Aurora del Río de Valdivia por las copias mecanuscritas.

San José de Gracia, Michoacán, otoño de 1987.

El historiador

Los cien mil historiadores

que en el mundo han sido debieran reconocer como padres de la historia a los hombres viejos. Todo anciano es historiador, o casi, pues recuerda y narra una y otra vez, sin fatiga, acciones humanas del pasado. Como dice Perogrullo, a las personas del linaje de Adán o del hombre de Cro-Magnon, a medida que envejecen, se les arruga la piel, el pelo se les cae, o por lo menos se les pone blanco, y los recuerdos de sus proezas juveniles y adultas se les vuelven discurso autobiográfico, y en algunas ocasiones, memoria colectiva. En todas las épocas y sociedades ha habido quienes rememoran, además de su propia aventura, las peripecias pasadas a su alrededor. A veces reciben el cargo de acordarse y de relatar la historia recordada de sus prójimos o del jefe de su tribu. Entonces se transforman en *griots* de África occidental, en *biru* de Ruanda, en *haerepo* de Polinesia, en *petámuti* del imperio purépecha.

Naturalmente, ya nadie sabe cómo ni cuándo aparecieron los especialistas en guardar y transmitir las memorias en las sociedades primitivas, principalmente las hazañas de sacerdotes y de reyezuelos. Los historiadores de la historiografía del Viejo Mundo gustan de evocar a los memoriosos de Mesopotamia, Asia Menor, Israel, Egipto y Grecia. A los historiadores del Nuevo Mundo nos corresponde traer a colación la historia recordada de la época precolombina. En este caso, para no hacer el cuento de nunca acabar, baste con la evocación del *petámuti*. En la *Relación de Michoacán*, escrita hacia 1540, se lee: «Como llegase el día de la fiesta y estuviesen todos los caciques de la provincia —es decir, del reino purépecha— […] y mucho gran número de gente, levantábase en pie el sacerdote mayor, el *petámuti*, y tomaba su bordón […] y contábales allí toda la historia de sus antepasados». La relación del petámuti duraba todo el santo día. Al filo de la noche el sumo

sacerdote designaba a quienes debían repetir la historia recién oída en los distintos pueblos del área purépecha.[1]

Los historiadores de la historiografía concuerdan en la afirmación de que los relatos como el del petámuti aún no son historiografía, y no únicamente por faltarles la grafía, también porque sólo responden a las preguntas de quién, dónde y cuándo, y por ser efímeros. Los europeos alegan que el primer historiador fue Herodoto de Halicarnaso, quien escribe para «que no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni menos oscurecer las grandes y maravillosas hazañas, así de los griegos como de los bárbaros. Con este objeto refiere una infinidad de sucesos varios e interesantes».[2] Este Adán de la historia vivió a mediados del siglo V antes de nuestra era, en el mismo tiempo de Eurípides y de Sócrates, pero nunca devino tan famoso como éstos o como su continuador en la tarea de escribir historias: Tucídides de Atenas. Para algunos el verdadero padre de la historia es éste. De hecho lo son ambos; Herodoto, para quienes se interesan más por el cómo de los hechos que por sus conexiones causales, y Tucídides, para los interesados en responder a la pregunta del porqué y establecer las leyes que rigen los sucesos y la posible utilidad de la historia. Uno y otro dan origen a una docena de clásicos muy mentados y poco leídos: Jenofonte, Polibio, Teopompo, Calístenes, Éforo, Julio César, Salustio, Cornelio Nepote, Suetonio, Tácito, Tito Livio y Amiano Marcelino.

La familia de historiadores inaugurada por Herodoto y Tucídides no ha sido única en el mundo, aunque sí la más correosa y persistente. Hubo otros linajes. La paternidad del chino se atribuye a Confucio, pero debe atribuirse a un par de adivinos o astrólogos, a Sse-ma Ch’an y a su hijo Sse-ma Ch’ien, autores de unas *Memorias* consideradas durante veinte siglos, y hasta fecha reciente, un buen modelo de historiografía, si bien se asemejan más a una enciclopedia bien surtida de *pao-pien*, es decir, de elogios y censuras.[3] Otra planta de historiadores se origina en Israel, el pueblo de la Biblia y de la fe. La tradición bíblica, al fundirse con la grecorromana, da origen a la cristiana medieval, fuertemente fideísta, y al liarse con tradiciones del islam, a la historiografía árabe, que recoge «todo lo que encanta y todo lo que asombra» y tiene en su repertorio al genio tunecino Ibn Jaldún.[4] Quizá fuera de la familia de investigadores cristianos, tan prolífica en la Edad Media y en los siglos XVI y XVII y que aún sigue viva, las demás han sido arrasadas por la estirpe helénica, que llegó a ser muy numerosa a partir del Renacimiento. Convivieron en la América hispánica con los del linaje cristiano durante tres siglos. En el siglo XIX, los descendientes de Herodoto, Tucídides y Jenofonte

se multiplican en Europa y América e inician la invasión de Asia, África y Oceanía.

A principios del presente siglo, los historiadores notables aún no llegaban al millar en todo el mundo. La explosión historiográfica de tinte helénico y la muerte de los otros linajes es fenómeno contemporáneo. El choteo de la historia es muy reciente. En la actualidad, el número de historiadores profesionales y en ejercicio supera la cifra de los cincuenta mil. No dispongo de datos seguros, pero considero que el número de historiadores vivos es mayor que el de los historiadores muertos a lo largo de dos milenios y medio, de Herodoto para acá. Las universidades de todo el mundo y diversos institutos de cultura superior emiten historiadores a diario. La gran masa de los profesionales de la historia sólo la practican como docentes en miles de escuelas de educación media y superior, y por lo mismo no reciben el mote de historiador. El nombre del oficio generalmente se reserva para los autores de historias originales. Así como no se consideran novelistas quienes cuentan novelas de otros y las resumen para niños, así también se niega la ciudadanía en la república de la historia a quienes no hacen investigación ni producen libros de asunto histórico. Los que sí escriben producen el diez por ciento de las publicaciones impresas en el mundo actual, militan en el Comité Internacional de Ciencias Históricas, fundado en 1926, y se distribuyen en muchas asociaciones nacionales y regionales.[5] Quizá la más conocida y numerosa de éstas sea la American Historical Association, que agrupa a veinte mil profesionales de la historia en los Estados Unidos. Los historiadores de todo el planeta mantienen también la cohesión de su gremio mediante congresos, coloquios y simposia que se organizan a la menor provocación, ya con carácter internacional, ya dentro de los países y aun de las regiones.

Los historiadores mexicanos ahora en ejercicio son alrededor de cuatrocientos. El *Segundo directorio de historiadores*, publicado por el Comité Mexicano de Ciencias Históricas, da los nombres de 779 individuos. Algunos de los enlistados son conservadores de archivos; muchos, aspirantes al título de historiador, y no faltan los disfrazados de investigadores para justificar el cobro de un sueldo. Únicamente 353 han escrito obras originales de asunto histórico. Sin duda, en la lista del comité faltan algunos. Quizá sea un medio centenar el que brilla por su ausencia. Con el agregado de los posibles ausentes se llega a la cifra de cuatro centenares. México tiene en la talacha un número mucho menor de historiadores que Estados Unidos, Alemania, Francia, Inglaterra, la Unión Soviética y otras naciones de la

civilización occidental. Cosa de trescientos se apilan en las universidades metropolitanas de las que sólo se desprenden para ir a los sitios donde se reúnen congresos y mesas redondas.[6]

Un método académico de clasificación reparte al gremio en seis grupos. Pertenecen al primer grupo los que juntan pedacera de testimonios históricos a fuerza de tijeras y engrudo. En el segundo se inscriben los cronistas que sólo reúnen hechos bien comprobados en series cronológicas. El tercer paquete está formado por los buenos narradores de acontecimientos, periodos, vidas de personajes, guerras, mudanzas de los órdenes económico, social y cultural; en suma, los historiadores llamados tradicionales. En el siguiente grupo militan quienes dan poca importancia al cómo se pasó de aquello a esto y mucha al porqué sucedieron las cosas particulares de una determinada manera. Los del quinto patio son generalizadores; quieren ser como los científicos sociales; se dicen abanderados de la «nueva historia»; trabajan en el descubrimiento de estructuras y son amantes de la cuantificación; se autodefinen como historiadores nomotéticos, en contraposición a los ideográficos, y no reconocen la paternidad helénica de su oficio. Los del sexto y último grupo tiran hacia la historia universal; no se apoyan en fuentes de conocimiento histórico ni se sirven de las técnicas de investigación de los demás historiadores; hacen historia a priori, y algunos tratadistas del quehacer histórico los excluyen de la república de Clío, aunque les reconocen los prestigiados membretes de filósofo, metafísico y metahistoriador.

Quizá ni los esclavos de las fuentes, que se agotan en el acarreo de materiales de la tumba de los archivos a la tumba de las bibliotecas, ni los desdeñosos de las fuentes, que edifican grandes telarañas para atrapar al mundo histórico; quizá ni los investigadores émulos de las hormigas, ni los pensadores parecidos a las arañas, deban ser tenidos en cuenta al dibujar el perfil del historiador. Los otros cuatro grupos, pese a la disparidad entre ellos, muestran rasgos comunes, constituyen una comunidad definible. De cronistas, narradores, genéticos y nomotéticos cabe distinguir su

condicionamiento social privilegiado,

su espíritu objetivo o el dejarse atraer por lo que el mundo es realmente, su vigorosa emotividad manifiesta en indomables filias y fobias y su cultura *chilaquil*. Los precursores de la historia escrita pertenecían a la cúpula social en las sociedades ágrafas. En el imperio de los purépechas eran los sumos sacerdotes, según hemos visto. También los guardianes de las palabras-

recuerdo del imperio mexica se consideraban nobles.[7] Hasta el advenimiento de la escritura y aun después, quienes recitaban los apelativos y las proezas de los monarcas pertenecían a la casa real; era gente del grupo gobernante que rendía culto a sus ancestros y echaba porras a los suyos.

Tampoco fueron los hombres viejos del común quienes mudaron en escrita la relación oral de personajes y proezas. Herodoto formaba parte de la crema política del Asia Menor y tuvo la suficiente holgura económica para convertirse en precursor del turismo, para hacer viajes por tierras de Mesopotamia y Egipto y para instalarse cómodamente en Turio, al sur de Italia, y poner mano a sus *Historias*. La importancia económica y social de Tucídides superó a la de su antecesor. El cronista de la guerra del Peloponeso tuvo minas de oro en Tracia; desempeñó un puesto importante en la vida pública, y fue estratega y exiliado. No todos los historiadores de la antigua Roma llegaban a tener el poder, la fortuna y la fama de Julio César, pero pertenecían a la minoría rectora del imperio, y por lo mismo no es de extrañar que sólo hayan recogido y emperifollado las grandes hazañas de los poderosos. En China, desde la época de Shi Huang-ti los historiadores eran figuras distinguidas de la burocracia celeste. Quizá la historia de la Edad Media cristiana se acorrientó, pero no los historiadores. Entre éstos, algunos fueron monarcas (Alfredo el Grande, Constantino Porfirogéneta y Alfonso X el Sabio); otros, obispos (Jordannes, Gregorio de Tours e Isidoro de Sevilla), y los demás, grandes señores y sacerdotes distinguidos.

Tanto en Europa como en América los historiadores de los siglos XVI al XVIII estuvieron muy cerca del poder. Nadie pone en duda la importancia social de Bruni. Valla, Maquiavelo, Guicciardini, Bodin, La Popelinière, Moro, Bacon, Pasquier. Biondo, Mariana, Bossuet, Hume, Voltaire y algunas docenas más de personajes tan famosos por su papel en la vida pública como por sus libros de historia. Aun en las más remotas provincias del imperio español, los encargados de mantener el recuerdo de las proezas de capitanes y misioneros difuntos se movían en la cumbre social. Casi sin excepción, los cien cronistas de la Nueva España, desde el soldado Díaz del Castillo hasta el padre Clavijero, se consideraban de la minoría dominante, del grupo de los conquistadores o de la cúpula de la Iglesia, de la aristocracia criolla o de la nobleza indígena. En el siglo de las luces se redujo el prestigio intelectual de los historiadores, que no su fuerza pública.

En el siglo XIX se generaliza el interés por el pasado y crece muchísimo la fama de los cronistas y de los historiadores. Según Marrou, el historiador decimonónico fue rey en varias parcialidades de la vida social.

> Toda la cultura acabó por depender de sus decisiones. A él le tocaba decir cómo debía leerse la *Ilíada*, qué era una nación (fronteras históricas, enemigo hereditario, misión tradicional), él había de dictaminar si Jesús era o no Dios […] De golpe, el historiador sustituía al filósofo como guía y consejero.[8]

Los Estados, y más concretamente los gobiernos de Europa, procuraban tener funcionarios historiadores. Los que no alcanzaban mucho poderío recibían de los poderosos subvenciones anuales y nombramientos de catedráticos de universidades y de directores de bibliotecas y museos. Aun en el México convulso del XIX permanecieron arrimados al poder, la fortuna y la fama. Los más llegan a ser políticos prominentes, dueños de minas y haciendas o ambas cosas. Fray Servando Teresa de Mier fue un milusos de la alta política; Carlos María de Bustamante, varias veces legislador; Lorenzo de Zavala, diputado, gobernador, ministro y vicepresidente; José María Luis Mora, diputado y sobre todo mentor del primer gobierno liberal; Lucas Alamán, triunviro, miembro de algunos gabinetes presidenciales y próspero industrial; Vicente Riva Palacio, embajador y secretario de Estado; José María Vigil, diputado en cinco legislaturas; Fernando Ramírez, miembro de la Junta de Notables y ministro de Relaciones Exteriores de Maximiliano; Justo Sierra, flamante ministro de Instrucción Pública de don Porfirio. Ninguno logró escapar al condicionamiento de su alta investidura.

Las obras de los historiadores son en gran parte hijas del *status* social a que pertenecen. Como en el presente siglo se ha concedido a varios investigadores del común la ciudadanía en la república de Clío, las actividades de la gente rasa han entrado en los libros de historia. La pérdida de poder y prestigio del gremio de los historiadores tiene sus lados benéficos. El que no sean ahora ni grandes capitanes, ni hombres de Estado, ni siquiera instructores de príncipes, proporciona ventajas. Como ya no escriben historia los gobernantes para gobernantes, la tarea de Clío se ha democratizado, que no necesariamente disminuido de valor. No faltan, por supuesto, los que creen que los científicos sistemáticos del hombre, los economistas, demógrafos y sociólogos, han dejado atrás a los historiadores. Otros aseguran que los escritos de éstos superan holgadamente en calidad a las publicaciones de los amos de la sociología, la ciencia política y similares. Los lectores comunes y corrientes les han retirado su amistad a los historiadores más abstrusos y parecidos a los científicos sociales, pero no a quienes escriben con la seguridad de que la historia sigue siendo algo muy apetitoso. Hay muchos libros del género histórico que se venden como pan caliente sin necesidad de propaganda mercantil. En definitiva, la sociedad actual sigue privilegiando a

los gambusinos de las acciones humanas del pasado, si no como antes, sí con fama, buen nombre y temor.[9]

En México, donde la pasión por la historia adquiere tamaño de locura, los historiadores, pese al prestigio de economistas y otros científicos sociales, mantienen altas dosis de fama e influencia y viven distantes de la sumisión, la pobreza y el anonimato. Es poca la población mexicana que lee libros, pero la mayoría de lo leído por ella es de tema histórico. El poder público mima principalmente a los historiadores dispuestos a seguir las directivas oficiales, pero también apoya a un señor como Silvio Zavala. El común de los lectores prefiere al que derrumba ídolos y patriotas de la versión histórica gubernamental, pero también aprecia las obras serenas y bien fundadas de Héctor Aguilar Camín y Enrique Krauze. Pese a la crisis económica de los ochenta, los de oficio historiador, gracias a tiempos completos en las universidades, al Sistema Nacional de Investigadores (SNI) y otras muletas, viven confortablemente y no causan lástima en un régimen capitalista. Aunque no tengan tan a la mano el poder como en el siglo anterior, son parte de un poder académico que no es ninguna pera en dulce, pues impone castigos a los herejes. Salen de las oficinas gubernamentales y entran en la academia, y un buen número se convierte en lobo, inquisidor o juez implacable de sus colegas. Ya pocos gozan del poder y de los pergaminos, pero están todavía muy lejos del mundo de los humildes. Por otra parte deberían agradecer el descenso en la escala pública y, sobre todo, el no ocupar puestos políticos, pues los hombres de la política se ven obligados a practicar habitualmente la mentira, mientras que el norte de los historiadores es la

práctica de la verdad;

deben guiarse por el criterio de la apertura a situaciones, personas, ideas y acaeceres distintos de los suyos. Se dice del historiador que es mentiroso únicamente en plan de broma, del mismo modo como se llama matasanos al médico y enredapleitos al jurista. Desde Herodoto la mayor exigencia ética del historiador es la búsqueda de la verdad sin miramientos y sin escrúpulos. La práctica histórica, según dice Tucídides, es la muerte del mito. Tanto él como otros historiadores de Grecia y Roma le pedían a quien averiguaba las proezas humanas ser útil a sus semejantes, pero a condición de no salirse del cauce de la exactitud. Luciano de Samosata dictaminó:

> El único deber del historiador es narrar con verdad los hechos […] La historia no busca lo fabuloso; deja a la posteridad un relato de hechos verídicos con la mira de que si en el porvenir sobrevienen acontecimientos parecidos, se pueda, viendo los pasados proceder con acierto en los presentes.[10]

Los historiadores de la Edad Media cristiana hacen de la historia una moral por ejemplos; confeccionan retahílas de vidas ejemplares repletas de milagros y otros sucesos increíbles ahora, pero no abjuran de la realidad como punto de llegada del trabajo histórico, siguen preocupados, si no por la exactitud y la compulsa de sus fuentes, sí por la veridicción. El deseo de edificar las almas nunca impuso el deber de decir mentiras piadosas, aunque muchas veces se acudió a ellas. Por otro lado, nadie pone en duda el realismo de las crónicas medievales escritas por Villehardouin, Joinville, Muntaner, Froissart, Villani, Diez y, el mayor de todos, Pedro López de Ayala, ausente de las historias de la historiografía por haber cometido el delito de ser español. Otro menospreciado es el árabe Ibn Jaldún (1332-1406). autor de un método para obtener la objetividad histórica, para distinguir lo verdadero de lo falso, para darles la impronta de creíbles a las relaciones. Ibn Jaldún se adelanta a las prédicas de humanistas ilustrados y aun a metodólogos del positivismo. Él ya creía que la gloria más alta y casi única de un historiador era la obtención de la verdad.[11]

Los renacentistas italianos hablan por boca de Maquiavelo: «Mi intento es escribir cosas útiles a quienes las lean, y juzgo más conveniente decir la verdad tal cual».[12] De hecho desarrollan el espíritu crítico, gemelo del espíritu objetivo. Uno de sus deportes fue el de descubrir lo falso. Lorenzo Valla demuestra la falsedad de la *Donación de Constantino*, y a su ejemplo acuden otros humanistas de Italia, España, Francia y la recién inventada Hispanoamérica. El anhelo de verdad histórica hace nacer las ciencias auxiliares de la historia: la arqueología, la filología, la cronología, la epigrafía, la archivística y la teoría de la historia. Jean Bodin escribe el *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* donde pide al historiador «ser una persona firme de carácter, imparcial, seria y entendida».[13] Para los cronistas de la aventura española en el continente hallado por Colón fue importantísimo el deber de objetividad. Eso explica el que hayan referido hechos desprestigiantes de su gente, el poco aprecio de la novela en América y el que la poesía épica se haya contagiado de realismo y convertido en historia.[14]

A tal punto le obsesiona lo objetivo a Pierre Bayle que les pide imposibles a los historiadores. En el artículo «usson» del *Diccionario* de este filósofo del

siglo XVII se lee:

> El historiador debe olvidar que es oriundo de un determinado país, que ha sido criado en una determinada comunidad, que debe su éxito a esto o aquello, y que éstos o aquéllos son sus parientes o sus amigos. Un historiador en cuanto tal carece, como Melquisedec, de padre, madre o genealogía.[15]

La corriente filosófica del positivismo repite hasta el cansancio que el historiador debe esfumarse delante de los hechos. Según Ranke, hay que mostrar lo sucedido tal como ocurrió. Según Fustel de Coulanges, el devoto de Clío: «No imagina; ve únicamente».[16] Los espíritus selectos del siglo XIX consideraban morboso y malsano al historiador mentiroso y al novelista atenido a los hechos. La profesión de aquél necesitaba de la verdad y la de éste de la ficción.

Los positivistas de casa no fueron menos estrictos en lo tocante a la objetividad. Rébsamen gritaba: «¡No falsifiquéis la historia ni con la mejor intención, ni siquiera por patriotismo!».[17] Los enemigos de la corriente positivista, sin negar el deber de la veracidad, piden un mínimo de comprensión para los puntos flacos tan comunes en todo ser de la especie humana. José Fuentes Mares escribió poco antes de su muerte:

> Metido en la historia de mi patria durante veinticinco años, hago de la objetividad mi estrella polar, pero no la alcanzo […] Los historiadores tendrán algún día su valle de Josafat, y allí su juicio final con Clío […] Clío tendrá piedad para los apasionados […] Y condenará al fuego a los deshonestos,

a quienes mienten deliberadamente y dan ficciones en forma de hechos.[18]

A los lectores de libros históricos nos agrada lo verdadero y lo preciso. La recomendación ciceroniana de no mentir ni ocultar lo que realmente fue «reside, según el autorizado juicio de Marrou, en cierta forma de ser generoso —el moralista de formación clásica le llamaría magnanimidad—, que es la apertura al prójimo […] El estudioso del pasado necesita en grandes dosis el talento de saber encerrarse entre paréntesis, de practicar la *epokhé*», de oír con atención a los hombres de otras épocas que nos hablan a través de documentos y monumentos.[19] El que sabe escuchar a los semejantes, a la gente que lo rodea, posee la virtud específica del estudioso del hombre, y en particular lo indispensable para ser buen historiador, aunque no sólo requiera eso. Aparte de adoptar la actitud pasiva que reclamaban los sacerdotes del positivismo, de recibir en su espíritu el mundo exterior, el curioso de las acciones humanas del pasado ha de tener la actitud activa del amante, ha de sentir amor u odio hacia su objeto de estudio. Por absurdo que parezca, el

historiador debe prescindir de sí mismo para ver la cara de los hechos con claridad, y para conocer el interior de las acciones requiere de lo contrario, de sí mismo, de su

simpatía y patriotismo,

sus filias y fobias, sus sentimientos y resentimientos. Don José Gaos solía decir a sus alumnos: «Sin una fuerte, sin una previa y grande simpatía por su tema, el historiador no sería capaz de comprender de veras nada de él».[20] El estudioso del pasado impasible y sacón, sin amores y odios, ni es posible ni es deseable. «Solamente podemos hablar de historia, cuando la sentimos».[21] Al revés de los matemáticos que se mantienen fríos delante de los catetos, los historiadores sufren y se alegran con los hombres. Fuera de los amorfos y los apáticos, que por regla general no sirven para cosa alguna, para los demás seres humanos es imposible reprimir las emociones en favor o en contra de personajes, acontecimientos y conjuntos históricos. Son irreprimibles el patriotismo, el matriotismo, las proclividades políticas y la pasión por la gloria. Es inútil pretender sacudirse las simpatías y antipatías inspiradas por individuos y naciones. En este caso, la ascética es mal vista por el honorable público. Los historiadores de más vasto prestigio han sido de convicciones y sentimientos ardientes.

Los de la edad clásica fueron muy dados a darse baños de pureza. Afirmaban con énfasis que escribían *sine ira et studio*. Quizá Tucídides fue modelo de serenidad, pero, como dice Finley, los historiadores de la Hélade «rápidamente abandonaron la austeridad de Tucídides en aras de la seducción emotiva de los poetas». Salustio aseguraba que en su obra no había «ni temor ni pasión de partido», pero sus críticos han detectado en ella fobia al grupo de los poderosos y sentimientos populistas. Dos afirmaciones corrientes de la historia de la historiografía son las que dicen que en Julio César campea el amor propio y en Tito Livio el amor patrio. De hecho, en todos se advierte la pasión por Roma. Catón el incorruptible, Salustio el desilusionado, Tito Livio el inquieto, Tácito el iracundo autor de la frase *sine ira et studio*, y Amiano Marcelino, el milite a quien irritan las intrigas y las crueldades de la corte, deploran la poca moral de su patria. Sin embargo, su discurso pesimista sobre la decadencia de las costumbres es la base de un discurso orgulloso retrospectivo sobre la grandeza del «primer pueblo del mundo» (Tito Livio) y del «pueblo rey» (Floro). Los historiadores romanos eran patrioteros,

incapaces de frenar su pasión patriótica.[22] Además, los clásicos se enamoraban de algunos personajes históricos y los proponían como modelo.

Naturalmente, en el amor a las figuras del pasado los superan los hombres de la Edad Media, inflamados por muchas pasiones, y en particular por la pasión religiosa. Los numerosos autores de anales, cronicones, y vidas de santos y reyes, ni siquiera disimularon sus fuertes simpatías y diferencias. Así como los siglos recientes han sido merecedores del título de edad de la razón, los que van del VI al XV bien merecen el apodo de edad de la emoción. Los hombres del medievo veían a los antepasados como si no hubieran muerto, y por lo mismo les suscitaban fuertes pasiones. Esa actitud se prolonga en los primeros historiadores de las Indias o América hispánica; en parte porque historian personajes verdaderamente vivos, hombres contemporáneos suyos, conquistadores, misioneros, colonos y reyes indios del siglo XVI, y sobre todo por su indudable humanismo. Leo en Esteve Barba: la pasión mueve a los historiadores; «los hay que siguen a Almagro o a Pizarro; unos son dominicos y otros franciscanos; otros defienden sus encomiendas y se rebelan contra el poder; unos aman al indio ciegamente»; otros lo detestan.[23] El ambiente apasionado del siglo de la conquista se refleja en las crónicas. La historiografía de la América española nace impregnada de amores y odios. Los hombres del Renacimiento, además de otras vehemencias, padecían la de la fama; anhelaban vivamente ocupar un nicho.

El español Ramón Iglesia, recién llegado a México, vio con asombro y susto las atronadoras pasiones de sus colegas mexicanos, manifestadas en un congreso reunido en Michoacán en 1940. Allí, siendo el historiador de acá «hombre apasionado, las exterioriza con vehemencia, de modo que tal vez le aparta de esa serena reflexión […] característica de los estudios científicos».[24] Aunque se declara en desacuerdo con «esa imparcialidad inhumana que se postula para el historiador», advierte los peligros de las filias y fobias sin freno. Él pide mantenerse en guardia contra las malas pasiones que relativizan y les roban el sabor de verdad a los estudios históricos. Ciertamente la pasión es la que pone la sal, el chile y la pimienta en los libros de historia, pero mal administrada hace de tales libros causas seguras de indigestión. Paul Valéry, al llamarle a la historia «el producto más peligroso elaborado por la química del intelecto», seguramente se refería a las obras demasiado saladas, enchilosas e indigestas por el exceso de pasión nacionalista puesto en ellas.[25]

El nacionalismo, mezcla de odios y vanaglorias, es el morbo máximo de los Estados-nación del último par de siglos, y esa enfermedad ataca preferentemente a los historiadores. Ni don Alfonso Reyes, que aspiraba a ser

ciudadano del mundo, logró sacudirse la pasión patriótica. En tiempos de Dante podía decirse: «Mi patria es el mundo». Ahora quien tal diga puede ser acusado de traidor y sometido a juicio. Por lo demás, a los miembros de Estados débiles como la república mexicana, de naciones incapaces de hacer guerras y fomentar imperialismos, no nos viene mal y puede convertirse en tónico de la voluntad la emoción patriótica. En este caso se pueden sacar fuerzas de flaqueza. Los historiadores mexicanos no necesitan caer en la apatía que repudia Russell.[26] El sentirse apasionadamente mexicanos los estimula y no los vuelve peligrosos ni mentirosos de necesidad.[27]

Don Edmundo O'Gorman agradeció el Premio Nacional de Letras, concedido a su espléndida obra, con un discurso sobre el amor del historiador a su patria, que concluye así: «Si lo crucial es la singularidad que provoca el amor al pasado patrio, y no las excelencias o perfecciones que éste pueda tener, ese amor implica, o mejor dicho, exige la comunión indiscriminada con ese pasado en su cabal y rotunda totalidad».[28] La pasión nacionalista auténtica, que no el patriotismo por deber, es provechosa, no produce daño al conocimiento histórico, no atenta contra la objetividad. Cabe decir lo mismo de las demás pasiones que habitan el alma del historiador. Emotividad y relativismo histórico están lejos de ser sinónimos. «El relativismo histórico es superado desde el momento que el historiador deja de pretender un distanciamiento imposible, reconoce su punto de vista, y en consecuencia, se vuelve capaz de reconocer las perspectivas de los demás».[29] Si se es consciente de las propias filias y fobias no existe el riesgo de torcer la realidad del pasado, pues junto con esa conciencia se da la voluntad de sustituir las imágenes emotivas por las que la investigación declare verdaderas. En suma, lo caliente no quita lo veraz; antes bien, lo hace comestible, le da brillo y sabor. Basta con saberse miembro del linaje de Herodoto, colocado en un observatorio de tal o cual tipo, seguro de la obligación de ser verídico, dueño de determinadas pasiones y propietario de un buen tambache de

cultura general y experiencia,

para aspirar a ser un historiador con toda la barba. Generalmente los profesionales de los otros saberes sólo necesitan preparación en un tipo de objetos; todavía más, ser duchos en determinados objetos físicos, o metafísicos o ideales o en valores. Como el objeto del historiador es el ser

humano, que es la combinación de todos los demás objetos, el aspirante a ser resucitador de las acciones humanas debe ser «todista», según la expresión de una mujer de mi pueblo. Los grandes historiadores de los últimos siglos dan la impresión de haber leído todos los libros, viajado por todo el mundo, entrevistado a miles de hombres, hecho incursiones en todas las bibliotecas y archivos y ser chile de todos los moles, acumular en la cabeza multitud de saberes abstractos y concretos, profundos y triviales, y resumir montañas de conocimientos y de corrientes de especulación.

A los metodólogos de la historia les gusta insistir sobre el equipo de conocimientos que requiere un historiador. Guillermo Bauer recomienda el aprendizaje del mayor número posible de idiomas extranjeros; una información amplia sobre los caminos transitados por historiadores de otras épocas; la cabal comprensión de la teoría de la historia; el conocimiento general de las filosofías de la historia; un saber superior al que se recibe en el bachillerato de la vida en los distintos periodos y pueblos del mundo; nociones de las historias de la economía, de la sociedad, de las ideas políticas, de la literatura, del arte, de las instituciones jurídicas, etc.; un profundo conocimiento de la trayectoria del propio Estado-nación y, como si todo esto fuera poco, la lectura de «las publicaciones más importantes de las ciencias afines».[30]

El historiador sobresaliente de todas las épocas ha tenido un cerebro poblado de literaturas y vividuras, ducho en todas las cosas y en algunas más, almacén bien surtido de saberes y experiencias, esponja y pozo de sabiduría. Ha llenado su morral con los mejores conocimientos del *homo sapiens* y ha vivido como cada uno de los seres humanos. Sin lugar a dudas requiere un saber tan sólido como variado y una experiencia directa de la vida. El historiador es, además de rata de biblioteca, un hombre verdaderamente hombre. Él, como el periodista, «tiene por fuerza que conocer —siquiera sea superficialmente— la escala de todos los conocimientos humanos. Sólo ellos tienen que ser músicos y poetas, arquitectos y arqueólogos, pintores y médicos».[31] Quien se ocupa de las acciones humanas del pasado no tiene derecho a ser ignorante ni a una vida unidimensional. Según los clásicos,

> tan imposible es escribir bien de asuntos militares sin experiencia del arte de la guerra, como discutir los negocios públicos sin estudiarlos ni practicarlos. Por consecuencia, el satisfecho con la lectura de libros no puede conseguir en el género de la historia nada hábil y perfectamente cierto.[32]

El buen historiador busca las experiencias, no sólo su fruto. David Hume, filósofo del siglo de las luces, declara: «Está fuera de duda que se necesita

experiencia en las operaciones de la vida militar y en las intrigas de la vida cortesana para poder expresarse con buen juicio sobre estos hechos».[33] Seguramente la llamada escuela de la vida es la que alecciona mejor a los historiadores, aunque lo hace con extrema lentitud. Los viajes, las experiencias y las lecturas sin ton ni son han acabado por hacer buenos historiadores en todas las épocas, pero generalmente en las fronteras de la vejez, cuando queda poco tiempo para obrar. Quizá a la vista de ese absurdo se pensó en hacer historiadores de probeta, en hacerlos maduros a la fuerza, en madurar a los estudiosos del hombre en el tiempo por medios artificiales, mediante educación universitaria. Desde mediados del siglo XIX comenzó a generalizarse la carrera de historia, la formación de historiadores con amplia cultura. «Con esta cultura general tenemos ciertamente una noción muy corregida del pasado», según Droysen, el célebre historiador alemán del siglo XIX.[34]

Los primeros institutos formadores de profesionales de la historia tendieron a la hechura de enciclopedistas, de gente apta para memorizar un enorme número de fechas, de nombres propios y otras chácharas, una masa inmensa de información. «Por esta razón —según Stanislav Andreski— las antiguas escuelas de historia produjeron cohortes de pedantes sumamente pesados, no demasiado inteligentes y con horizontes mentales asaz estrechos, pero poco amigos de la charlatanería».[35] Después se ha tendido a una formación menos enciclopédica, y por último, en algunas universidades norteamericanas se hacen ya historiadores muy especializados, sin el aprendizaje de la historia universal ni la de su país y sin filosofías e historias de la historia. En la de Chicago, se «adquieren conocimientos a fondo sobre método estadístico y construcción de modelos, así como nociones firmes de las ciencias sociales».[36] Pero quizá este tipo de historiador no sea el que se imponga. Según don Edmundo O'Gorman no puede llegar al amor del quehacer histórico quien

> permuta la primogenitura de lo cualitativo por el plato de lentejas de lo cuantitativo, para acabar ofreciendo, en monografías ilegibles, un cadáver en verdad incapaz de entusiasmar al más frenético devoto de la necrofilia. Es historia de computadora, y puesto que, cualesquiera que sean las excelencias de esos artefactos admirables, no se ha logrado todavía insuflarles una vocación, se trata en suma de una historia aterida, de una historia hecha sin amor.[37]

Un buen número de escuelas entrenadoras de historiadores insisten en la necesidad que tienen éstos de conocer, aun superficialmente, las disciplinas auxiliares de la historia: la *criptografía*, que descifra textos redactados en código, jeroglíficos, escritura cuneiforme y otras por el estilo; la *cronología* o

arte de verificar las fechas y de conocer los muchos calendarios de que se ha servido el hombre; la *diplomática* o estudio de algunas actas medievales que interesa a poquísimos historiadores; la *estadística*, la ciencia auxiliar más cacareada en nuestros días; la *filología*, indispensable para la interpretación de los testimonios escritos; la *genealogía*, ocupada en averiguar el linaje de la gente de sangre azul; la *heráldica*, que pierde su tiempo en el estudio de armas y blasones de familias reales y pomadosas; la *numismática*. casi tan inútil como la anterior, al ponerse a estudiar monedas y medallas de otros tiempos; la *papirología* o análisis de escrituras en papiro. interesante para egiptólogos y helenistas; la *sigilografía*, que despilfarra su tiempo en el análisis de sellos, lacres y otras maneras de autentificación de papeles y propiedades; la *epigrafía* o estudio de textos escritos sobre materiales duraderos; la *paleografía* o desciframiento de las escrituras antiguas; la *onomástica* o estudio de los nombres propios; la demografía, la economía, la sociología, el psicoanálisis, y, para estar al último grito de la moda, la computación.**[38]**

La formación de historiadores en México es muy reciente y al mismo tiempo muy variada y ha recorrido muchos caminos. Algunas escuelas se han especializado en la hechura de materialistas históricos, pero la mayoría ha tendido a la educación plural. Actualmente la mayoría de los historiadores en ejercicio provienen de las escuelas de historia de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y de El Colegio de México (Colmex). La de éste se puso en marcha en 1941 por iniciativa del doctor Silvio Zavala y con la colaboración de intelectuales transterrados a México por la guerra civil española: Rafael Altamira, José Gaos, Ramón Iglesia, Javier Malagón, José Miranda, Agustín Millares Carlo, Wenceslao Roces, Adolfo Salazar y otros. Estos maestros, y el doctor François Chevalier y don Manuel Toussaint, formaron historiadores conforme a un plan de pocas materias para pocos alumnos vocados, becados y de tiempo completo, con tres cursos panorámicos de historia universal; cinco más o menos monográficos de historia de las Américas española, francesa y británica y los cursos instrumentales: Historia de la historia, Teoría y método de la historia, idiomas clásicos y modernos, muchísimas lecturas y ejercicios heurísticos y paleográficos. En esa escuela se procuró hacernos especialistas a fuerza de ser todistas.**[39]**

Poco antes del Colmex, la Universidad Nacional Autónoma había iniciado la fabricación de historiadores con un sentido mucho más nacionalista que el mismo Colmex. Vinieron en seguida otras muchas escuelas de historia y

universidades: Escuela Normal Superior, Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), Universidad de Veracruz, Universidad Iberoamericana. En 1988, cosa de treinta institutos de nivel expiden licenciatura en historia, y ocho ofrecen posgrado.[40] En cinco o seis de esos lugares se provee a los alumnos de una potente filosofía de la historia y un vigoroso espíritu dogmático. En casi todos se exhala un fuerte nacionalismo, manifiesto en la enorme cantidad de cursos sobre las antigüedades precolombinas y acerca de «los hombres que nos dieron patria», de la reforma liberal y de la revolución que aún nos cobija. Como los numerosos cursos de patriotismo dados en primaria, secundaria y preparatoria no parecen ser los indispensables para un historiador de este país, se le receta más historia patria, además de algún curso de historia universal, y también, en algunos casos, teoría, método e historia de la historiografía.

En 1979 se funda El Colegio de Michoacán (Colmich) en Zamora y ese mismo año se abre la escuela para la formación de grupos pequeños de historiadores. Aquí ingresan estudiantes que han terminado una licenciatura con altas calificaciones, con el compromiso de ser alumnos de tiempo completo, vocados, becados y dispuestos a trabajar sin prisas y sin pausas, dura y continuamente, con un programa de materias fundamentales, como son la filosofía de las ciencias humanas, la teoría, el método y la historia de la historia, y de materias instrumentales: técnicas heurísticas, estadísticas, arqueológicas y otras por el estilo. Se procura también conducir al estudiante a una relación cercana a lo que Braudel denomina «empuje victorioso de las jóvenes ciencias de asunto humano». Se pone algún interés en cursos informativos de historia de México, para no apartarse de una vieja y malsana costumbre. Se concede mayor importancia a la elaboración de investigadores, al aprender haciendo, al ejercicio continuo, a la actividad investigativa. Aunque la sede del instituto está en provincia nunca se ha procurado formar historiadores sólo duchos en microhistoria e historia regional. En ningún momento se ha querido hacer obreros especializados para una gran fábrica de libros históricos como las que se estilan en algunos países, incluso el nuestro. [41]

Los historiadores que reciben una formación semejante a la de los científicos de la naturaleza sirven sobre todo en las investigaciones en equipo. En buena medida son un nuevo tipo de ayudantes de investigador; se trata de expertos en alguna nueva ciencia auxiliar de la historia como lo es, por ejemplo, la cuantificación de hechos históricos. El historiador especializado en un solo tipo de conocimientos y técnicas no expulsa al de saber enciclopédico. Aun dentro del equipo de trabajo hace falta el formado en

todas las disciplinas y algunas más. No se ve todavía quien pueda sustituir al estudioso del pasado poseedor de una vasta cultura. Por un buen tiempo, las buenas narraciones serán, como hasta ahora, productos de las prendas individuales del historiador, y una de ellas se llama sabiduría enciclopédica; otra, experiencia múltiple, y las demás, sentimiento, espíritu de veracidad, perspectiva adecuada, conciencia de pertenecer a una tradición rica en frutos, buenas dosis de

raciocinio, imaginación y perseverancia

y, según los historiadores de otras épocas, modales refinados. Hasta fechas recientes sólo entraban en el gremio los aristócratas, que por su condición social debían asumir una actitud desdeñosa, hablar con términos cultos y pronunciación segura. Ahora, para pertenecer a la elite intelectual basta el trato con filósofos, escritores y científicos sociales en cafés, cocteles, congresos, comidas de trabajo, revistas, academias y clubes. Tampoco basta escribir para el delfín y los suspirantes del poder. El nuevo historiador escribe en primer término para los historiadores y además anhela un lectorio amplio, un círculo de personas mucho más grande que el de la cúpula; gente de todas las condiciones sociopolíticas a quien dirigirse y de quien pueda obtener reconocimiento. Pero para mantenerse a flote en el mundo intelectual y ser bien recibido por un público vasto necesita otras dotes aparte de la veracidad, el calor humano, el saber enciclopédico y la experiencia.[42]

Aunque algunos no lo creen así, para ser historiador se requiere una inteligencia no demasiado común, lo cual no alude a un IQ superior, ni a grandes hazañas de raciocinio. Para hacer hechos históricos basta una pequeña dosis de inteligencia, pero para escribir historia se requieren porciones importantes de materia gris e independencia de juicio. «De los dóciles y humildes pueden salir los santos, pocas veces los sabios».[43]

Muchos moralistas no se conforman con las prendas dichas, quieren que el historiador, además de pertenecer a un oficio tan noble como viejo, de servir a la república desde un buen otero, de «no atreverse a decir nada falso ni a callar nada verdadero», vaya de un lado para otro, sea libre, sea metiche, sea humanista y humanólogo y observe las virtudes de la disciplina, la diligencia, la perseverancia, el orden, la humildad, y sobre todo, el ejercicio de la imaginación. La loca de la casa es indispensable en dos o tres momentos del oficio histórico: al hacer imágenes interinas del pasado, al llenar lagunas de información y al escribir historias. La imaginación en los estudiosos del

pasado no siempre ha sido bien vista. La usaron en demasía los antiguos y los románticos. Los modernos tienden a disimular su amplitud inventiva. Aceptan de mala gana la exigencia, por parte del trabajo histórico, de acudir a ficciones aunque sea sin agravio a la verdad. Todas las corrientes de la historiografía contemporánea hablan de ponerle camisa de fuerza a la loca fantasía, pero son conscientes, en mayor o menor grado, de que es un elemento deseable al hacer historia e imposible de erradicar del buen historiador. Azorín se pregunta: «En la historia más rigurosa ¿podemos acaso evitar la infiltración de lo imaginario?».[44]

Otra virtud altamente necesaria en el quehacer histórico es la tenacidad, definida por el diccionario de la lengua de la Real Academia como la condición de asirse o prenderse a una cosa de tal modo que es dificultosa la separación. Los sinónimos de tenaz son: firme, terco, porfiado, constante, asiduo, empeñoso, persistente, testarudo, cabezón, férreo, pertinaz y machetero. La peor trampa en la que puede caer un científico de la historia es hacer un poquito ahora y otro poquito más tarde, o ir de un asunto a otro. La carencia de *esprit de suite* y la dispersión esterilizan a los vástagos de Clío y a toda clase de investigadores. De tres a seis horas de trabajo diarias son suficientes para cumplir con la virtud de la perseverancia y no caer en el *surmenage*.

«Casi todos los que desconfían de sus propias fuerzas ignoran el maravilloso poder de la atención prolongada».[45]

> No pretendemos proscribir en absoluto las distracciones; pero las del investigador serán siempre ligeras […] El paseo al aire libre, la contemplación de las obras artísticas […] el encanto de la música, y sobre todo, la compañía de una persona que, penetrada de nuestra situación, evite cuidadosamente toda conversación grave y reflexiva […] En resumen, toda obra grande es el fruto de la paciencia y de la perseverancia, combinadas con una atención orientada tenazmente, durante meses y aun años, hacia un objeto particular […] Las empresas científicas exigen, más que vigor intelectual, disciplina severa de la voluntad y perenne subordinación de todas las fuerzas mentales a un objeto de estudio.[46]

Aparte de los perezosos, Ramón y Cajal habla de otros investigadores estériles que reparte en media docena de grupos: los contempladores, los bibliófilos y políglotas, los megalófilos, los organófilos y los teorizantes. Luego se refiere a las condiciones sociales que favorecen o que perjudican al investigador, entre ellas la familia. Sin embargo, huele a viejo al referirse al matrimonio y a la vida familiar.[47]

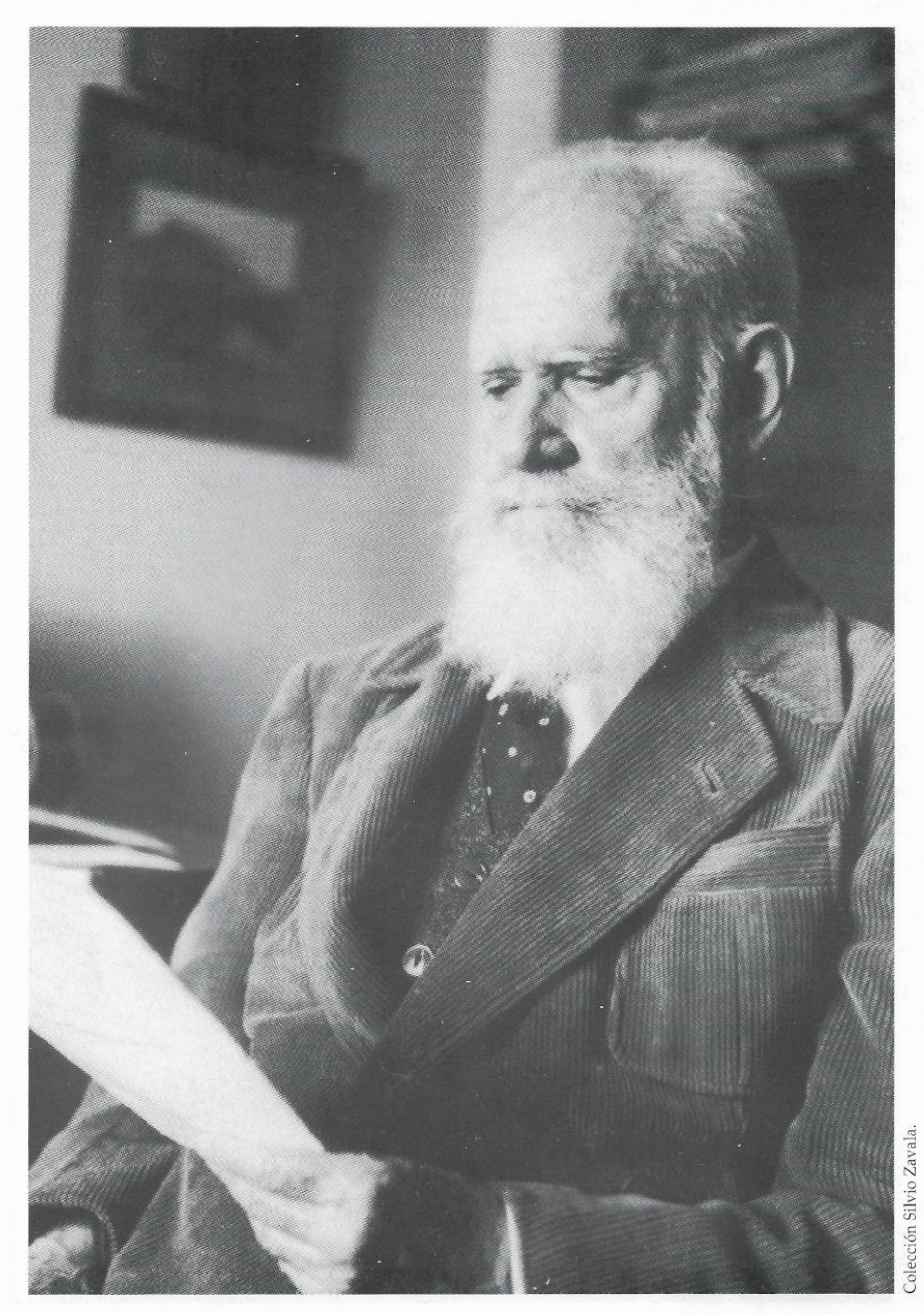
Se puede ser buen investigador aun siendo casado y causa de numerosa prole. Si el cónyuge es intelectual, pero no de la serie histérica, ayuda mucho a su contraparte. Cuando los dos o uno de ellos aman y persiguen el

micrófono, los cocteles, las playas de moda, los deportes, los objetos de fayuca, el dominio de muchos idiomas, la vida en el avión o en el automóvil, los artefactos inútiles, las poses teatrales y el dinero de sobra, ninguno de los dos realiza una buena tarea de investigación científica. El hombre que se casa con mujer hacendosa, que sabe guisar, coser, hacer el aseo y pulir niños, también podrá investigar de tiempo completo, o casi. El casi hace referencia a la atracción de las distracciones que no necesariamente deben ser poligámicas. Una manera ineludible de distraerse es el sueño. Don Daniel Cosío Villegas repetía: «Hay que dormir bien para mantenerse despierto». No menos necesarias son las comidas saludables y sabrosas, las caminatas a pie por lugares de buen ver y otros detalles de los que conviene hablar en un frívolo «arte de vivir» para uso de historiadores y no en este peliagudo tratado de metodología.[48]

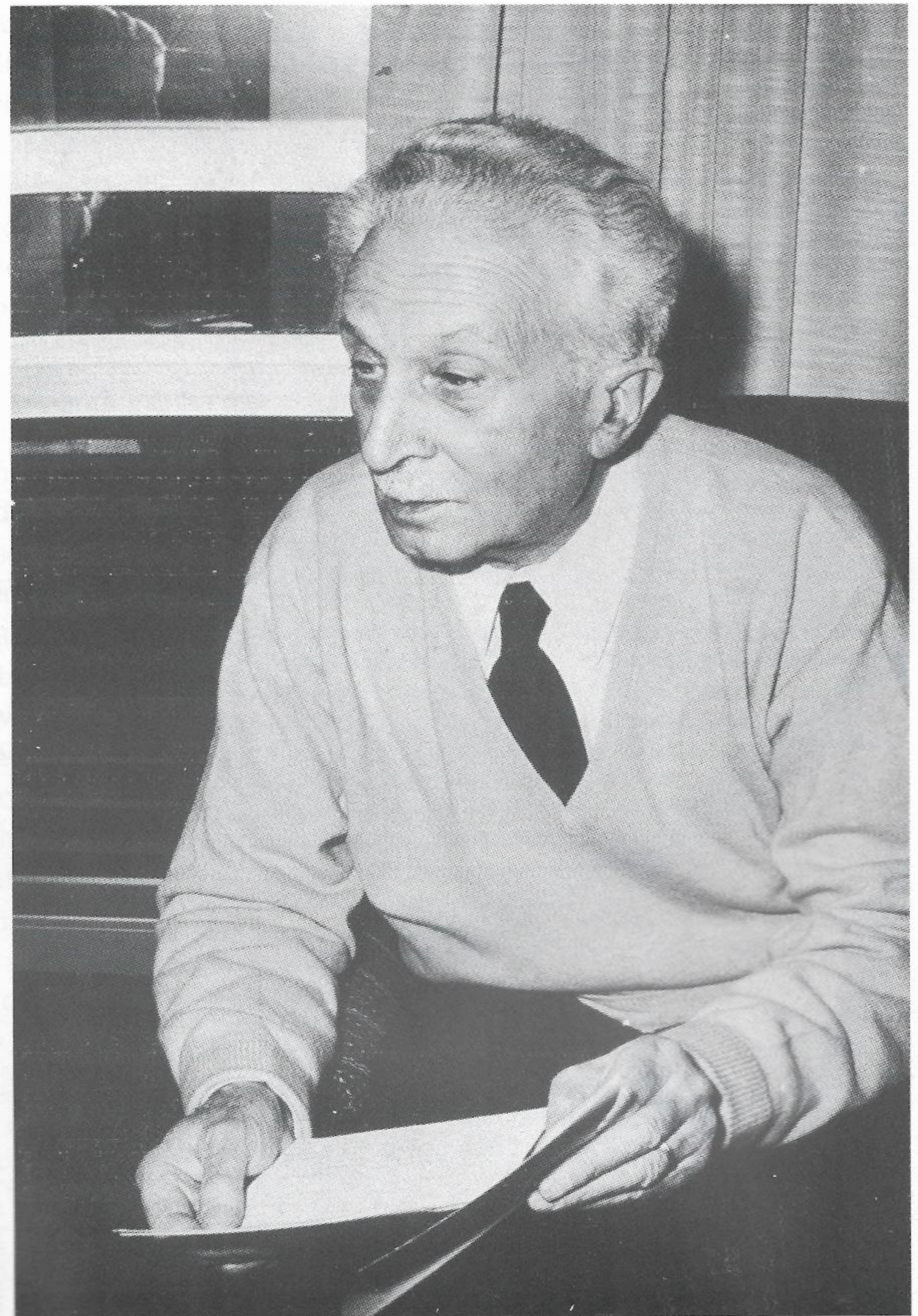


Biblioteca del Instituto Francés de América Latina.

Lucien Febvre


Colección Silvio Zavala.

Rafael Altamira y Crevea


Centro de Estudios Literarios Alfonso Reyes-INBA.

Marcel Bataillon



Alfonso Reyes y Enrique Diez-Canedo

Lo histórico

La tela de donde corta

el historiador los argumentos de sus obras recibe el nombre de mundo histórico. Aunque el historiador francohablante Paul Veyne asegura: «Todo es histórico […] todo lo acaecido realmente», la gran mayoría de los del gremio de Clío distinguen entre lo histórico natural y lo histórico humano.[1] «Uno y otro tienen ciertas notas en común […] Histórico parece ser, ante todo, lo pasado, pero una consideración sumaria basta para percatarse de que el historiador de lo natural» se comporta de manera diferente del historiador de lo humano, pues entre «la evolución natural y la humana hay una diferencia» de fondo. Lo histórico natural es «el origen y evolución del universo físico, del sistema solar, de la tierra». de rocas, de vegetales, del reino animal y de las razas del hombre, que éste estudia para reducirlo a formulaciones matemáticas. «La formulación matemática implica en último término la equivalencia de lo formulado o la inexistencia de toda auténtica novedad en ello».[2] Lo histórico humano se caracteriza por la abundancia de rarezas o novedades. Lo natural, por lo menos en cuanto llama la atención de los hombres, se comporta previsiblemente en la mayoría de las ocasiones; es raro que fructifique en terremotos y otras anomalías. Lo histórico de factura humana es con frecuencia arbitrario, irregular, imprevisible y poco dócil a las formulaciones matemáticas. Por otra parte, la naturaleza no sabe que tiene historia y el hombre sí. Por angas o por mangas, «la historia es ciencia del hombre» y de los hechos humanos.[3]

El mundo del que suelen desprender sus historias los historiadores está constituido por acciones humanas del pasado, distintas de los hechos de la naturaleza, que no totalmente extrañas al proceder natural. Por otra parte, sólo porciones del pasado humano son objeto normal de las historias escritas. «La

historia como objeto de la historiografía […] no es la totalidad absoluta de los acontecimientos humanos […] Si se entiende por realidad histórica el objeto del conocimiento histórico, se renuncia ipso facto al concepto de mundo histórico como totalidad absoluta».[4] Sin lugar a dudas lo histórico está muy lejos de abarcar el conjunto del quehacer humano, pues sólo una mínima parte de éste ha dejado huella, y por ende permite su conocimiento. Con la palabra *histórico* sólo damos a entender la suma de lo humano acontecido en el decurso del tiempo en la medida y hasta donde es posible saber de él, y esto en el mejor de los casos, pues muchos colegas opinan que no todas las acciones cognoscibles del *homo sapiens* son históricas, pues el historiador actual sólo se ocupa de los muertos.

Los periodistas dicen que los acaeceres a la vista son de la incumbencia de ellos. Carlos Monsiváis asegura: «El presente aún no es historia». Según los adalides de la prensa periódica, lo que es visible directamente sin necesidad de acudir a documentos no es roca de donde pueda extraer pedruzcos el historiador, sino campo para hacer reportajes. Los acontecimientos a la vista son asunto del oficio de cronicar según los muchachos de la prensa, la radio y la televisión.[5] Si es así, los señores Herodoto y Tucídides dejan de ser los padres de la historia, pues generalmente sus narraciones están construidas con sucesos vividos y vistos por ellos. En los tiempos modernos, los historiadores sólo se han quedado con las acciones de los difuntos; su campo se ha reducido a lo histórico humano muerto.

El doctor José Gaos agregaba que ni siquiera todo lo posible de conocer del pasado relativamente remoto es objeto de la historia. En 1949 nos dijo a sus alumnos de El Colegio de México: «El historiador no puede menos de seleccionar. Lo hace en dos dimensiones». Una de ellas espiga sólo lo memorable. Los criterios de selección que los historiadores acostumbran son cardinalmente tres: el de lo influyente, lo decisivo, lo que hace época, en mayor o menor grado; el de lo más y mejor representativo de lo coetáneo, y el de lo persistente, lo permanente, el de lo pasado que no ha pasado totalmente, que sigue presente en lo presente. Según esto, sólo lo digno de recordación, sea por su influencia, por su representación o por su tipicidad, es historiable, es objeto de las narraciones verdaderas.[6] A las demás conductas humanas se las expulsa del mundo histórico. Esto en teoría es fácil, pero no en la práctica. En cada época, en cada nación y en cada individuo se da un diferente criterio de importancia. Mucho de lo histórico importante de ahora valía un comino ayer. Acaeceres hoy considerados absolutamente insignificantes fueron en la

Edad Media muy valiosos. El mundo histórico, además de indeterminado, es movedizo, cambiante.

Otro aforismo del doctor Gaos afirmaba: «Lo histórico oscila entre lo individual y lo colectivo pero con una complicación propia: lo colectivo se capta en lo que tiene de individual […] Lo histórico oscila entre lo individual, rigurosamente individual o individual colectivo, y lo general», es decir, entre lo irrepetible y lo repetitivo, entre lo novedoso y lo común, entre lo que asombra y lo que aburre.[7] Según los historicistas alemanes, el mundo histórico, objeto general de las disciplinas historiográficas, está constituido por hechos únicos e irrepetibles. Según los modernos neopositivistas, los hechos de repetición son también objeto de las historias de los historiadores. Todavía más, algunos proponen que sean los hechos irrepetibles, individuales, los que dejen de ser objeto de la ciencia histórica.[8]

Según muchos filósofos y no pocos historiadores de la nueva ola, es histórico todo lo real. El divorcio entre el universo humano y físico está para algunos de la nueva generación pasado de moda. Para los biólogos actuales, la cultura y la biología son parte de un proceso continuo. En un sentido amplio, apenas defendido por un par de excéntricos, todo es historia. En un sentido estrecho, hasta ahora vigente, el mundo histórico incluye nada más las acciones humanas pretéritas, valiosas, documentables y diferentes. En cualquier sentido, lo histórico es inmenso; la fuente de donde saca el historiador sus textos es enorme, indeterminada, movediza, anchurosa e inagotable mientras exista la humanidad. Sólo los filósofos de la historia pretenden bebérsela de un tirón.

A los profesionales de la filosofía les da por discutir el origen, la dirección y la meta del mundo histórico en general. En la antigua Hélade se le vio como una incesante decadencia a partir de una edad de oro o de un paraíso o de un cielo poblado de dioses. También en aquellos tiempos de hombres ensabanados se habló de un suceder histórico recurrente, del eterno retorno del conjunto de las acciones humanas. En el tiempo presente, se cree en el proceso lineal. Según Carr, «en el mundo moderno no puede tomarse en serio ninguna teoría cíclica de la historia», por lo menos en los ámbitos universitarios.[9] En zonas poco sofisticadas han tenido bastante éxito las concepciones cíclicas de Arnold J. Toynbee y de Oswald Spengler. Con todo, dos golondrinas no hacen verano. Pese a los pesimistas, se mantiene en pie la idea de la historia como progreso. Desde el siglo de las luces muchos filósofos sostienen que lo histórico marcha en un sentido de mejoría; creen a pie juntillas en una humanidad que se encamina hacia la ilustración, la justicia

y la fraternidad. Dentro de las iglesias cristianas se arguye que la historia obedece a un proyecto divino, a un plan de la Providencia, entrevisto por San Agustín. Dentro de las herejías de los tiempos modernos, Hegel, Marx, Comte, Croce y otros ilustres pensadores le han hecho modificaciones importantes a la concepción agustiniana, a la idea de la historia como un orden necesario y perfecto. Por lo demás, ninguna de las anteriores filosofías de la historia han afectado de manera sustancial las tareas habituales de los historiadores. Las cuitas de éstos van por otro rumbo. Los aspectos de lo histórico que verdaderamente les interesan son cachos de ese mundo, son

épocas y periodos,

regiones, Estados, individuos y grupos, economías y políticas, ideas y valores; es decir, conjuntos articulados e inteligibles, en complejas redes de relaciones llamadas estructuras históricas. La historia como totalidad rara vez le interesa al historiador. En las habladurías de la gente del gremio no suelen figurar los vocablos de perpetua decadencia, eterno retorno, azar, desarrollo progresivo, plan divino, plan del mundo, obra del espíritu o la razón, fatalidad y otros términos similares. En cambio, en charlas de café y en congresos de historiadores salen a relucir constantemente las palabras edad, época, siglo, periodo, etapa, año, continente, imperio, nación, país, comarca, terruño, aristocracia, burguesía, clase media, proletariado, vida material, agricultura, industria, comercio, organización social, política, costumbres, religión, ideas y arte.

Al volver la vista hacia atrás el filósofo ve un mundo, una máquina inmensa que desciende, sube, da vueltas o corre desde un origen a una meta. El cronista ve una pululación de personas, nombres, batallas, leyes, libros, fechas, discursos, obreros, minas, ganados y sucesos de toda clase. El historiador está hecho para percibir periodos, espacios, grupos de hombres y actividades etiquetadas. Por regla general, es tan malo para la contemplación del bosque como para ver una a una las hojas de los árboles. El historiador se preocupa y ocupa en cortes cronológicos, geográficos, demográficos y culturales. La periodización es algo que le incumbe directamente. El mundo histórico se ofrece a sus ojos hecho trizas temporales, espaciales, antropológicas y axiológicas.

La periodización del conjunto es descubrimiento y obra de filósofos. San Agustín percibe al suceder general dividido en siete edades.

> La primera desde Adán hasta el diluvio, la segunda desde éste hasta Abraham […], la tercera de Abraham a David, otra desde éste hasta la cautividad de Babilonia, la quinta desde aquí hasta el nacimiento de Cristo […], la sexta es la que corre ahora […] Después de ésta descansará Dios. [10]

Siete siglos después, Joaquín de Fiore divide la historia humana en tres periodos: el del Padre, desde la creación hasta Jesús; el del Hijo, desde la cruz hasta la prédica del evangelio a todo el mundo, y la del Espíritu Santo o de la gracia que llegará hasta la consumación de los siglos.[11] En el siglo XVII cunde la moda de distinguir en lo histórico Antigüedad, Edad Media y Tiempos Modernos. Desde el siglo del barroco se ve como muy natural y se critica como absurda la división tripartita de la historia del mundo. Los historiadores europeos han discutido con pasión sobre las fechas límites de las tres edades. Unos dicen que la antigua llega hasta Constantino el Grande y la media hasta la caída de Constantinopla en 1453. Otros ven el fin de la Antigüedad en el año de 476 y el de la Edad Media en 1492; otros proponen las fechas de 622 y 1517 para uno y otro término.

Algunos mexicanos, quizá llevados por el espíritu colonialista, se han metido en la discusión de las tres edades y sus límites. Desde la perspectiva mexicana es una discusión banal. De hecho, es absurda para la mayoría de los historiadores de todo el mundo, los cuales muy rara vez pierden el sueño por periodizaciones ajenas a su territorio de estudio. Para los compatriotas tiene verdaderamente sentido el debate acerca de la división tripartita de la historia de México y de Hispanoamérica en general, de la división en época precortesiana, época colonial y época independiente. Son también muy dignas de debate las subdivisiones de cada una de las épocas, la subdivisión de la época precolombina en los periodos arcaico, preclásico, clásico y posclásico; de la época colonial en los periodos de la conquista, el barroco y la ilustración, y de la época independiente en los breves periodos de la revolución de independencia, las guerras de Santa Anna, la reforma y el porfiriato, y el periodo de la revolución mexicana, que, según decires de los políticos actuales, no tendrá fin, pues es el cielo por siglos tan deseado.

La periodización mexicana no ha satisfecho plenamente a nadie, aunque todos la usan. Los historiadores marxistas quisieran cambiarla por un sistema nomotético, por una periodización ajustada a leyes de desarrollo histórico. De hecho han hablado de las épocas del comunismo primitivo, de la esclavitud, de la sociedad hidráulica, del feudalismo y del capitalismo en la vida de México. La obra coordinada por Enrique Semo contempla dos periodos anteriores al arribo de Hernán Cortés: el de una comunidad primitiva y el de los Estados con grupo dominante. Viene en seguida la época colonial vista

como transición del feudalismo al capitalismo. Al México independiente lo corta al modo tradicional: independencia, medio siglo de vida independiente, dictadura porfiriana y revolución. A ésta la parte en seis etapas: los años diez, los años veinte, cardenismo, reforma agraria e industrialización, rebelión obrera y revuelta estudiantil y el México de los setenta. En suma, «pese a los esfuerzos por aplicar el concepto de modo de producción como determinante del cambio histórico, y ante la carencia de estudios suficientes, se insiste en la división tradicional, que muy frecuentemente se encuentra relacionada con transformaciones de la estructura económica», pero no siempre, según Andrea Sánchez Quintanar.[12]

Otra periodización de tipo nomotético propuesta para la historia de México se basa en la teoría de las generaciones de José Ortega y Gasset. Manejada principalmente por Wigberto Jiménez Moreno, reparte nuestra trayectoria del siglo XVI a la fecha en veintisiete periodos generacionales con duración aproximada de quince años cada uno.[13] Se ha dicho que cada quince años, poco más o menos, surge, en las naciones capitalistas, un grupo gobernante que modifica la situación nacional existente, que «pone los muebles de la patria en otro orden». Según los seguidores mexicanos de Ortega, cada dos, tres o cuatro lustros se cambia de postura, se producen mudanzas en la sensibilidad de México que determinan periodos en la vida del país. Por ejemplo, de la reforma para acá son distinguibles ocho periodos: el regido por los hombres de la reforma, que va de 1857 a 1876; el dibujado por Porfirio Díaz y sus compañeros, que comprende de 1877 a 1891; el de los *científicos*, que corre de 1892 a 1910; el modernista o revolucionario de horca y rifle, comprendido entre 1910 y 1920; el sonorense o pocho, que dirige la generación nacida entre 1875 y 1889 y concluye con la llegada de Cárdenas al poder; el de 1936 a 1957; el de 1958 a 1970, y el actual, a punto de morir si se cumple la ley de las generaciones.[14] Con todo, la periodización generacional está aún lejos de ser aceptada y puesta a prueba en la América española. Aun cortes tan arbitrarios como los del siglo XV, siglo XVI, siglo XVII, siglo XVIII, siglo XIX y siglo XX siguen teniendo más amantes que los cortes propuestos por marxistas y orteguianos. También se toman muy en cuenta en la periodización de la historia mexicana los cambios en la dirección política del país. Se acostumbra dividir al imperio mexica y a la Nueva España por reinados, y al México independiente, sobre todo de la reforma para acá, por periodos presidenciales. Desde 1934 rige el sistema métrico sexenal. Los últimos cincuenta años de la historia mexicana se acostumbra agruparlos en

sexenios, en los nueve periodos sexenales de otros tantos presidentes de la república.[15]

Las tendencias dominantes ahora postulan una periodización ideográfica. La mayoría estatuye la conveniencia de descubrir primero los caracteres de un periodo y después sus fronteras; considera absurdo el preestablecer la duración y el nombre de los periodos; declara que un periodo ha comenzado cuando los caracteres que lo definen son ya hegemónicos; generalmente bautiza a un tramo temporal con el nombre de la característica sobresaliente, y sobre todo procura que los cortes temporales se ajusten lo más posible a las articulaciones de la vida real, que no violenten el suceder de lo histórico. El doctor Gaos recomendaba: «El historiador ha de cuidarse de que los marcos en que encuadre su materia no los imponga a ésta desde un antemano extrínseco a ella, sino que sean sugeridos por la articulación con que lo histórico mismo se presenta».[16] Naturalmente el ilustre transterrado español no sólo se refería a las divisiones y subdivisiones temporales, según se ofrece al historiador el mundo histórico, sino también a las

configuraciones geográficas

y demás cortes que presenta ese mundo. Los hombres de todas las épocas han tendido a repartirse en numerosos reinos separados y cambiantes, en territorios de muy diversas dimensiones. Aunque se mire muy a la ligera el mundo histórico, se advierten en él numerosas figuras geofísicas y geopolíticas. La regionalización es otro aspecto muy importante de nuestro latifundio. Quizá quepa decir que el corte de la materia histórica en etapas es siempre sobrepuesto a la realidad. En cambio, parecen muy reales los cortes geográficos. El espacio histórico ha sido hasta ahora discontinuo.

«Por primera vez —escribe Raymond Aron— las sociedades llamadas superiores están en camino de vivir una sola y misma historia. Por fin, hay una sociedad humana».[17] La población fenecida de donde obtienen argumentos los historiadores para sus historias se ofrece loteada en gran número de segmentos territoriales. Lo histórico se corta, sin mayor agravio para la vida histórica, en continentes y subcontinentes, en historias de África, América, Asia, Europa y Oceanía; o bien, en Noráfrica, Sudáfrica, Angloamérica, Hispanoamérica, Remoto, Medio y Cercano Oriente. Desde hace cinco siglos se escriben historias de amplitud continental o subcontinental. Las hacen, la mayoría de las veces, los historiadores de

Europa.[18] Recientemente se ha puesto en marcha el dividir lo histórico en océanos y mares, en historias del Mediterráneo, del Pacífico, etcétera.

Sin embargo, ni la segmentación continental ni la oceánica son las más socorridas. En todos los tiempos la figura geopolítica predominante ha sido la del Estado en sus denominaciones de señorío, reino y nación. Ante los ojos de la gran mayoría de los historiadores de los últimos doscientos años se extiende una multitud de espacios nacionales.[19] Según Geoffrey Barraclough,

> una de las características distintivas del trabajo histórico desde 1945 ha sido la reacción contra el modelo de historia nacionalista, dominante hasta la segunda guerra mundial. Al menos en Europa […] se llegó a la conclusión de que la historia patria había sido uno de los factores responsables de la catástrofe que había hundido al continente. Se advirtió también que aquélla era claramente inadecuada para un mundo cada vez más integrado por la ciencia, la tecnología y el avance revolucionario de la comunicación de masas. En resumen, los acontecimientos negaban la adecuación de la historia nacional.[20]

Fuera de Europa, en la mayor parte del globo, predomina el contorno nacional, sobre todo en Asia y América, los dos continentes más extensos y poblados del mundo. El marco Estado-nación sigue siendo el consentido de la industria historiográfica actual.

Como se ha dicho repetidas veces, en México, mucho más que en otros países, el espacio de las historias es el de la nación mexicana. La gran mayoría de nuestras investigaciones son de asunto patrio. La consigna ha sido: «No historiar nada que no sea lo inscrito entre el Bravo y el Suchiate o entre Baja California y Yucatán ni asunto de menor tamaño que el de la república mexicana». Según un dicho popular, «Como México no hay dos». Todo lo suyo es único, originado en el propio territorio. Según nuestros líderes, hasta su religión católica se originó en Teotihuacán. Ni somos como los demás ni diferimos entre nosotros. Según la minoría rectora de México, éste es uno e indivisible. En todo caso, con fines puramente administrativos, se admite el reparto de la nación en nueve zonas y treinta y dos estados. Como éstos no responden a compartimientos naturales, pues son meras jurisdicciones administrativas, se mira sin miedo la hechura de historias de los treinta y dos virreinatos. Por regla general, la historia de cada uno de ellos muestra lo que tienen en común con el Distrito Federal. «Lo que se ha querido hacer pasar por el México disímbolo son cachos del común denominador de la patria, son partes de un todo y de ninguna manera todos aparte». Sin embargo, la realidad es otra. Me cito:

> La configuración del territorio mexicano, tan lleno de sierras y otros obstáculos, ha sido desfavorable para la unidad nacional, ha ayudado a la formación de doscientas regiones con características inconfundibles […] Algunas tienen nombres propios como el valle del Yaqui, la Huasteca, los Tuxtla, Altos de Jalisco, Tierra Caliente de Michoacán, Chontalpa, Costa Grande, el Bajío, la Laguna, etc. […] La región mexicana es una unidad cambiante de índole ecológica, económica, histórica y cultural […] que reconoce como cabeza a una ciudad-mercado. Generalmente no corresponde a una jurisdicción político-administrativa.

Los estudios científicos y particularmente las historias de las regiones mexicanas son todavía pocos y no siempre de buena calidad.[21] Esta figura de lo histórico, la historia regional, «cae en descrédito por el diletantismo con que frecuentemente se cultiva», según un viejo dicho de Guillermo Bauer.[22] Con todo, en los últimos años, Leuilliot y otros investigadores franceses le han dado lustre.

Además de la historia regional, comienza a conseguir adeptos la microhistoria. La historia de ciudades siempre los tuvo, aunque rara vez de buena calidad. Pero México no ha sido un país preponderantemente urbano, que sí multialdeano. Aquí se han hecho notar sobre todo los municipios rurales, los terruños, las tierrucas, las parroquias o matrias; es decir, espacios breves y poco poblados, en promedio diez veces más chicos que una región. El radio de la gran mayoría de los municipios rústicos se puede abarcar de una sola mirada y recorrer a pie de punta a punta en un solo día. «Nuestras matrias han estado secularmente en contacto íntimo con la tierra. Su población rústica y semirrústica se ha repartido entre el corto caserío del pueblo y un número indeterminado de minúsculas rancherías. Por regla general, los pueblos con sus calles y plazas, conforme al patrón de retícula o tablero de ajedrez», datan unos del siglo de la conquista y otros de tres siglos después. Cada uno de los dos mil municipios rústicos de México tiene su propia personalidad en el orden de la cultura.[23]

La gran mayoría de la gente de los dos mil municipios mexicanos de dimensiones rústicas y semirrústicas suele estar emparentada y conocerse entre sí. Los académicos dicen que en estos grupos humanos de cortas dimensiones se dan en abundancia los lazos de sangre y el conocimiento interpersonal directo. Por tal razón, cabe enlistarlos en otra serie de figuras históricas. Aparte de periodos y regiones, lo histórico ofrece otras caras si se le contempla por el lado de los hombres que distorsionan el mundo natural. Éstos se ofrecen a la contemplación de los historiadores como vidas personales, familias, tribus, etnias, estirpes, minorías rectoras, clases de medio pelo, grupos campesinos, masas obreras y otras

cuya presencia es en muchos casos tan antigua como la especie humana. La propia vida y las vidas personales de los hombres distinguidos son temas anteriores a la historia escrita. A partir de Plutarco los historiadores han manifestado una especial preferencia por las biografías. Según la opinión de algunos dómines acedos y pedantes, el campo de la biografía es ajeno al mundo histórico. Según Guillermo Bauer, «de las dos clases de biografías, la simple y la pragmática», sólo ésta es digna del historiador.**[24]** «Desde luego, la separación de una personalidad de sus vínculos con la vida de su ambiente tiene algo de peligroso, forzado y no histórico. En la misma medida aumenta el interés humano» si se traza la vida particular de alguien típico de un grupo de hombres o de quien ha influido en su contorno o de la persona que se ha saltado las trancas de su época. Para el acatadísimo Ranke, «es una ocupación elevada, y al mismo tiempo uno de los mayores placeres», considerar «cómo se desarrolla un hombre distinguido […] cómo el espíritu, agarrotado en sus comienzos, se hace cada vez más seguro […] cómo, finalmente, el alma […] se eleva hasta la armonía y la belleza».**[25]** Bauer agrega:

> Una buena biografía es una de las más difíciles tareas de la historia escrita. Establecer la relación entre la estirpe histórico-familiar y el origen histórico-espiritual, entre lo que la persona debe al mundo que la rodea (sociedad, familia, escuela, corrientes de su tiempo y la nación) y lo que este mundo le debe, supone grandes exigencias para el biógrafo.**[26]**

En esta época tan preocupada por el servicio de la ciencia no se ve con buenos ojos que los historiadores profesionales se fijen en los aspectos individuales de lo histórico.**[27]** Sin embargo, el actual mundo académico le ha dado carta de naturalización a la prosopografía, que junta y analiza en bloque trayectorias individuales unidas por algo: las vidas de la minoría rectora de una generación, los diputados de un congreso constituyente, los médicos sobresalientes de un determinado país y una época, los conquistadores de América en el siglo XVI, los insurgentes mexicanos contra España, etcétera. **[28]**

En México, la biografía en su forma hagiográfica fue el sector de lo histórico más cultivado por los historiadores de la Nueva España. Después de la independencia, no se han escrito muchas vidas de santos varones, pero sí de héroes y poderosos. Algunos personajes —Netzahualcóyotl, Cuauhtémoc, los curas Hidalgo y Morelos, los generales Santa Anna y Zaragoza y los presidentes Juárez, Díaz, Madero y Carranza, Obregón y Cárdenas— han sido biografiados muchas veces con el propósito de presentarlos como modelos de

conducta humana. Otros personajes del medio intelectual y artístico también se han hecho merecedores de biografías, generalmente sin frases empalagosas y sin fines de edificación. La biografía es un género bien arraigado en la república mexicana, pero han tenido muy pocos frecuentadores las vidas de personas oscuras, los destinos individuales de la gente de escaso bulto. Son excepciones distinguidas Ricardo Pozas y Susana Glantz.[29] Tampoco se practica sistemáticamente la prosopografía, y menos las historias de familia.

La industria historiográfica de nuestra época gusta poco del tema familiar. Recuerdo a un joven brillante de un país sudamericano que no fue admitido en un programa para hacer doctores por haber expuesto como prueba de su vocación un buen estudio sobre una familia ilustre de su patria. La historia familiar nos recuerda el pedante género genealógico que aún practican algunos miembros de las rancias aristocracias. Los que no tuvieron la fortuna de nacer en buenos pañales detestan la trayectoria familiar de los afortunados, pero el repudio de la historización de las familias nobles no debiera extenderse a otros jaeces de familias, como son las de campesinos, obreros y burgueses. Nuestros sociólogos e historiadores de la sociedad, que generalmente admiten que la familia es la célula del organismo socioeconómico, debieran promover la historia celular. Esa forma de lo histórico llamada familia se presta para hacer excelentes narraciones, máxime si echa mano de los recursos investigativos puestos en acción por la etnohistoria.

En *Histórica*, el libro recientemente publicado del viejo Droysen, se dice:

> La familia en su posterior difusión se convierte en estirpe, tribu, pueblo […] Este tema de las tribus y de las estirpes adquiere especial interés por el hecho de que ellas aparecen como una de las primeras protoformas de desarrollos estatales […] Una de las tareas más difíciles pero más aleccionadoras sería la de estudiar la significación histórica de las estirpes y linajes.[30]

De hecho, una rama del conocimiento histórico se ocupa muy activamente, de 1950 para acá, de la historia de las tribus, aunque no sólo de las antecesoras de los estados modernos. Otra rama, la etnohistoria, prefiere el estudio de las tribus supervivientes y más aún de los pueblos contemporáneos sin escritura. Sturtevant la ha definido como la «historia de los pueblos normalmente estudiados por antropólogos».

En los países hispanoamericanos son muy numerosas las comunidades estudiadas por antropólogos, y los etnohistoriadores tienen mucha tela de donde cortar. Éstos, como dice Adams, hacen su agosto en los países «donde la herencia indígena es evidente etnográfica y racialmente», donde parte de la población se agrupa en etnias, como es el caso de México.[31] Aquí el asunto

de las etnias es una de las zonas de lo histórico nacional con buen presente y mejor futuro. La historiografía de México no frecuenta la alta sociedad. Las clases sociales, con excepción de la obrera, han atraído muy poco a los historiadores mexicanos. Se encuentran más abandonadas aún las investigaciones históricas referentes a los marginados de las urbes, a los presos en cárceles, manicomios y demás cotos y a los círculos de sociabilidad: asociaciones de damas caritativas, clubes campestres, cafés, academias científicas y literarias, clubes de leones y otras especies de la misma índole y sociedades de charros y de tantos juegos de pies y de músculos que se agrupan bajo el rótulo de deportes. Las sociedades secretas de personas de bien y de delincuentes son temas aún poco frecuentados. Sólo las gavillas de bandoleros están en auge como tema de investigación. Según Muriá, «Hobsbawm ha desatado numerosos estudios sobre bandidos» y otros vindicadores de la clase proletaria.[32]

Otra articulación del mundo histórico muy tenida en cuenta en la actualidad es la demográfica. La historia se ha anexado la provincia de la población, que ya explotaban antes los sociólogos. «El hombre se hace multitud, y en este sentido, para entenderlo, hemos de recurrir a la ciencia de su evaluación numérica».[33] La cuantificación de las muchedumbres actuales ha despertado la curiosidad por la *demos* de otras épocas. Se le dedica cada vez más tiempo a la contabilidad de los conglomerados sociales del pretérito, a la historia demográfica que numera a nuestros predecesores según sexo, edad y distribución en el espacio, y que se ocupa de fenómenos como el del nacimiento y la muerte, el matrimonio y la reproducción, las migraciones y ciertas prácticas sexuales y anticonceptivas, que quizá pertenecen a otra serie de figuras del mundo histórico que alguna vez han sido llamadas

sectores de la vida práctica,

tan sobresalientes en el caleidoscopio de la realidad histórica. Durante siglos las formas de dominación, las prácticas gubernamentales, la conducta de monarcas y presidentes, en suma, la actividad política, opacaba a los otros tipos de quehaceres humanos, con la única excepción del estruendo de las batallas, casi siempre unido al mando y los mandarines. En los tiempos que corren, se procura tapar con un dedo al sol de la política y con otro a la luna de la guerra para centrarse en los vastos reinos de la actividad económica o de la producción, rebatinga y consumo de bienes materiales. Se ha llegado a decir que la realidad histórica se reduce a lo económico.

Una zona realmente vasta e importante del mundo histórico es la economía, que antes de la difusión del marxismo era poco atractiva. La conquista, el intercambio y el consumo de bienes materiales ofrecen temas hoy muy contemplados: el cultivo del suelo, la cría y explotación de animales, la zootecnia, la avicultura, la pesca, la artesanía, la industria, los transportes, el comercio, la moneda, la banca, los precios, el influjo de lo económico sobre lo político y lo social y viceversa, la renta nacional, el nivel de vida de cada grupo social y de cada sistema socioeconómico, las pesas y medidas y el influjo del medio geográfico sobre cultivos, ganaderías, manufacturas, mercados y otros vaivenes económicos. Algunos le atribuyen a Tucídides la paternidad de la historia de la economía. Otros dicen que Voltaire fue el primero en parar mientes en la importancia histórica de los aspectos materiales. Todos están de acuerdo en que Marx y Engels llamaron decisivamente la atención sobre el valimiento de lo económico en los demás sectores de la vida humana. Eso fue en el *Manifiesto comunista* de 1848. Medio siglo después, la historia de la economía llega a ser una disciplina independiente y bien consolidada. Entre las dos guerras aparecen numerosas sociedades y revistas obsesionadas por precios, monedas, crisis, ciclos e intercambios de bienes. La escuela de los *Annales* en Francia y la *New Economic History* de los Estados Unidos ponen en el mercado y consiguen la venta de historias tan aburridas como suelen ser las de asunto económico. La moda de lo histórico-económico entró en Hispanoamérica y México. En el congreso habido en Oaxtepec en 1969, Enrique Florescano hizo la apología de la historia sin operarios, y ha hecho a muchos historiadores afectos a las zonas económica y cuantificable de lo histórico.[34]

Las parcelas del trabajo y la propiedad ponen en conexión el amplísimo latifundio de la economía con el de las instituciones jurídicas. Los hombres de todas las épocas han dedicado una gran parte de su existencia a conseguir e intercambiar bienes, y otra, no mucho menor, a litigar a propósito del modo de conseguirlos y conservarlos. La práctica jurídica ha llamado la atención de los historiadores del Renacimiento para acá. Una enorme variedad de formas jurídicas (derecho público y privado, mercantil, procesal, canónico, administrativo, penal, etc.) han sido objeto de historias muy prestigiadas en Europa y en Hispanoamérica. En México, el semblante jurídico del mundo histórico, sin salirse del ámbito de las Leyes de Indias y del derecho de la república mexicana, ha sido muy amado por los mejores historiadores. Esa preferencia se atribuye al hecho de que numerosas figuras mayores de la investigación histórica nacional han estudiado antes que la carrera de lo

pasado la del derecho. Para muestra basten los botones próximos de Andrés Lira y Rafael Diego Fernández.[35]

Un factor semejante puede explicar el interés en el campo político del mundo histórico de los historiadores de estas latitudes. La costumbre de ejercer el gobierno y de escribir simultáneamente historia arranca desde los días de la independencia, y aún subsiste. Mientras en otros países los historiadores se pronunciaban contra lo histórico-político, aquí la historia política era la reina del género. Los historiadores mexicanos siguen adictos a la tradición que sostiene que la guerra y la política son los temas naturales de la historia. Aunque no ha faltado quien le haga segunda a la escuela de los *Annales*, aún se defiende la superioridad del fenómeno político sobre los restantes campos del mundo histórico. La vuelta de los franceses a la historia política, administrativa y constitucional ha encontrado a los historiadores de México en plena dedicación a la conducta de sus gobernantes. Aquí no se ha vuelto a ver con buenos ojos la figura histórica de la política porque nunca se ha apartado la vista de ella.[36]

La belicosidad de la nación mexicana, en cambio, ha dejado de ser noticia, quizá porque cada vez menos jefes militares ocupan su conocido ocio en la elaboración de historias, o tal vez porque las abundantes relaciones de las batallas de Hidalgo, Morelos, Santa Anna, los Niños Héroes, Álvarez, Degollado, Miramón, los triunfadores del 5 de mayo, Porfirio Díaz, Manuel González, Sóstenes Rocha, Álvaro Obregón, Pancho Villa, Felipe Ángeles, y no sé cuántos más, consiguieron hacer repelente la historia de soldaditos y generales para el público de México. Por otra parte, las guerras también habían dejado de ser noticia en otros países. Los peleoneros de la escuela de los *Annales* lucharon vehementemente contra la historia-batalla, pero al parecer no se consiguió extirparla de raíz, pues otra vez empieza a ocupar un sitio privilegiado en el primer mundo, seguramente no para tomar ejemplo de las inocentes guerras del pasado, que sí para ver el modo de evitar la guerra definitiva del futuro.

Dentro de lo histórico, la provincia de las costumbres se ha vuelto cada vez más solicitada. Los misioneros españoles del siglo XVI, transterrados a comunidades americanas plenas de rutinas exóticas, inauguran brillantemente el estudio de este campo. El ejemplo mayúsculo es el de la *Historia de las cosas de la Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún.[37] Dos siglos después de Sahagún, Voltaire escribió el *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*. Le siguen en la roturación del campo costumbrista Herder, Lecky, Wundt, Lubbock y muchos más que llevan el nombre de

etnólogos y de etnohistoriadores. En el presente, una de las cinco parcelas más cotizadas del mundo histórico es la de la vida cotidiana, lo acostumbrado por los hombres en su diario vivir: la comida y sus modos de prepararla y comérsela, la confección y el uso de vestidos, la casa, el mobiliario doméstico, la higiene, las maneras de hacer el amor, la medicina del hogar y otras muchas acciones de los seres humanos de otras épocas, denominadas comunidades ideales por Johann Gustav Droysen, y aquí consideradas bajo la denominación, quizá vaga y oscura, de

mentalidades, ideas y valores

de un tipo de hechos que de algún modo son diferentes de los de la vida práctica, aunque sea ésta «su presupuesto y condición». En la zona espiritual del mundo histórico Droysen ubica el habla y las lenguas, lo bello y las artes, lo verdadero y las ciencias, lo santo y las religiones. Quizá deba ser considerado también lo que algunos franceses de hoy se empeñan en llamar mentalidades, un sector asaz ambiguo dentro del mundo histórico, que algunos todavía se preguntan si existe y otros si cae en los dominios de la historia escrita y seria. Jacques Le Goff dice:

> el nivel de la historia de las mentalidades es el de lo cotidiano y de lo automático, lo que escapa a los sujetos individuales de la historia porque es el revelador del contenido impersonal de su pensamiento […] La historia de las mentalidades es a la historia de las ideas lo que la historia de la cultura material es a la historia económica […] El discurso de los hombres en cualquier tono que se haya pronunciado, el de la convicción, de la emoción, del énfasis, no es, a menudo, más que un montón de ideas prefabricadas, de lugares comunes, de ñoñerías, exutorio heteróclito de restos de culturas y mentalidades de distinto origen y tiempo diverso […] Lo que parece falto de raíz, nacido de la improvisación y del reflejo, gestos maquinales, palabras irreflejas, viene de lejos […] La mentalidad es lo que cambia con mayor lentitud […] Se revela preferentemente en el dominio de lo irracional y de lo extravagante:

la brujería, la herejía, el milenarismo, la locura. También andan metidos en ese cajón de sastre las creencias sobre la vida y la muerte, la salud y la enfermedad, la niñez y la ancianidad.[38]

El reino de las creencias es vecino del de la crianza y la educación. Los modales que se infunden al niño antes de meterlo en la escuela son un tema digno de historización poco historiado, pero la historia de la enorme variedad de férulas escolares sí ha atraído la mira de muchos historiadores de otros países y de México.[39] Lo mismo cabría decir de algunas formas de educación extraescolares, como son los sermones y los discursos, el periodismo, la radio, el cine y la televisión, si algunos de tales medios de

mamar enseñanzas no estuvieran tan desatendidos por los historiadores. Las oratorias cívica y sagrada, tan importantes en la vida espiritual de México, son temas aún no roturados. La televisión, que apenas cumple el medio siglo, tan influyente a pesar de su juventud, no es todavía un tema de moda entre historiadores. En cambio, las películas producidas por una industria ya centenaria en México interesan cada vez más a un número mayor de estudiosos. En el catálogo de tesis sobre historia de México, aparecido en 1984, se enlistan tres tesis sobre cine, y hay ya, aparte de algunas monografías, la multivoluminosa historia documental del cine mexicano de García Riera.[40] ¿Por qué no se le hinca el diente a la radiodifusión? También la trayectoria del libro mexicano anda en busca de autores.

De los distintos aspectos de lo histórico, el lenguaje suele ser de difícil acceso para el historiador común. En los países hispanohablantes la historia de la lengua la escriben los filólogos. Hay varias relaciones del idioma español, una magistral escrita por el mexicano Antonio Alatorre.[41] Con todo, ni Alatorre, ni Menéndez Pidal, ni Oliver Asín, ni Lapesa han agotado la historia de lo primero que aprendimos la mayoría de los mexicanos junto con la señal de la cruz. También el centenar de hablas indias de ayer y hoy son otro tema histórico de la mayor importancia. Los asuntos que se mueven entre el español de México y las hablas indias de Mesoamérica, así como los del afrancesamiento y el apochamiento de nuestra lengua patria, son algunos de los numerosos temas dignos de ser historiados.

«Antes pudimos decir —dice Droysen— que el lenguaje hace hombre al hombre. Igualmente típico y esencial para él es la religión, independientemente de la forma bajo la que aparezca».[42] El tema religioso ha sido una de las constantes de la historiografía, pero se le trataba antes en forma muy diferente de la de ahora. En la Edad Media y en nuestra etapa colonial se puso el ojo en las vidas de santos; hoy, pese al *Leonardo Castellanos*, de Francisco Miranda, se atiende más a la historia de las iglesias, a las relaciones entre Iglesia y Estado y a cultos y religiosidad popular en diversos países y épocas.[43] La historia religiosa está lejos de ser una de las más cultivadas en nuestros días. Con todo, Guy Thuillier habla en 1986 del retorno al cultivo de la provincia de la realidad histórica más reacia a las técnicas cuantitativas: «La de las instituciones, las creencias y sobre todo lo conocido con el nombre de espiritualidad».[44] Desde los días en que se enfrentaron rudamente las esferas religiosa y política en México y el círculo triunfante declaró reaccionario y feo todo olor a santidad, la vieja historia de misiones, vidas ejemplares, milagros, santuarios célebres, herejías, mártires y

persecuciones religiosas, entró en receso en los sectores más connotados de la república de Clío.

No muy distante de lo religioso se ubica el reino de lo artístico cuyas provincias mayores son la arquitectura, la escultura, la pintura y la música. Se les atribuye a los ilustrados del siglo XVIII el haber puesto en marcha la historia de las acciones estéticas. Después de Winckelmann, el iniciador, vinieron Burckhardt, Wölfflin y muchos otros. El conde de la Cortina echó a caminar el estudio del arte mexicano, pero su consolidación se debe a don Manuel Toussaint, que ha tenido varios seguidores, en su gran mayoría del género femenino: Beatriz de la Fuente, Esperanza Ramírez, Elisa Vargas Lugo… Un buen número de historiadoras mexicanas se dan tiempo para historiar el arte precortesiano y colonial en sus aspectos arquitectónico y escultórico, y el moderno por lo que toca a la pintura.[45] En el amplio campo de las letras, han trabajado, en lo que va del siglo, una legión: Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, los Méndez Plancarte, José Luis Martínez y Antonio Alatorre.

El doctor Gaos nos decía a sus discípulos: «Las ideas no sólo son tan hechos históricos como los que más lo sean, sino aquellos hechos históricos de que dependen los demás, hasta los menos ideales».[46] Algunos de sus discípulos llegaron a decir que no había otra historia que la historia de las ideas. A partir de 1940, llegó a tener en México un auge nunca visto en otros países. Una buena descripción de lo hecho durante los primeros veinticinco años se encuentra en un ensayo de Luis Villoro que publicó *Historia Mexicana*.[47] Allí mismo se dio cuenta de lo poco que había sido apreciado por los historiadores de acá la breve provincia de la ciencia a lo largo de la historia de México.[48] Con todo, es distinto y mucho mejor el panorama de 1965 para acá. Ya se cuenta con algunas buenas historizaciones de las ciencias físico-matemáticas y biomédicas y con un número mayor de investigaciones acerca de las ciencias sociales.

En gracia a la brevedad no vamos a referirnos como se merece al sector del ancho mundo histórico más vinculado a los del gremio: la historia escrita o historiografía, el aspecto de la realidad histórica que más debiera preocuparnos a los clientes de Clío, la práctica de los historiadores. Eso decía, si mal no recuerdo, don Ramón Iglesia, quien hizo que las investigaciones historiográticas ocuparan un puesto de preferencia en el repertorio de los temas históricos del México de nuestros días.[49] Desde los años cuarenta, la partícula del mundo histórico llamada historiografía ha sido una de las más cultivadas en nuestro medio, en parte por el patrocinio del Instituto

Panamericano de Geografía e Historia al proyecto de historiar la historiografía de cada uno de los países de este continente, y sobre todo, por la pervivencia del seminario de Edmundo O'Gorman que estudia y revive a los cronistas e historiadores de la Nueva España.[50]

Según el maestro Arnáiz y Freg, que gustaba de las frases brillantes y aforísticas, en el mundo histórico documentado no hay nada tan sublime ni tan vulgar que no pueda ser abierto por el bisturí del historiador. Desde 1940, los temas de interés para los historiadores se han ampliado sin cesar. Pese al gran número de colegas que figuran en los directorios de profesionistas, hoy la mies es más copiosa y variada.

Preguntas del historiador a lo histórico

La elección del campo de estudio

suele ser la segunda toma de decisiones de un vocado a las antiguallas. La primera fue la elección, generalmente misteriosa, de la carrera. Si se les pregunta a los historiadores por qué escogieron el oficio de historiar, muy pocos responden lúcidamente y sin titubeos. No falta quien diga que lo hizo para divertirse, en plan de *hobby*. Vivian H. Galbraith, el ilustre maestro de Oxford, dice para salir del paso: «Mi afición provino de una mera inferioridad física».[1] Carlo Cipolla culpa de su carrera a un excelente profesor de historia de la economía.[2] El noruego George Rudé escribe: «Creo que fue la lectura de Marx, y probablemente también la de Lenin, la que me condujo a la historia».[3] L. P. Curtis Jr. aclara: «Para alguien como yo, nacido en el hogar de un historiador […] no tiene mayor objeto explicar exactamente cuándo, cómo y por qué me decidí por la carrera de historia… No puedo recordar una época de mi infancia y juventud que no estuviese cargada de recuerdos».[4] A la mayoría de los historiadores no les gusta psicoanalizarse y descubrir qué experiencias infantiles o adolescentes los condujeron al estudio de las acciones humanas del pasado. Por lo demás no hace mucha falta saber por qué se optó por la carrera de historiador para escribir buenos libros de historia.

Tampoco es necesaria la conciencia de por qué se escogen de por vida una o más especialidades dentro del anchísimo mundo de la afición histórica. Quizá la tendencia natural de la mayoría de los historiadores es la de conocer y dar a conocer todo lo histórico, pero únicamente el insensato se empeña en la indagación y la escritura del conjunto de las acciones humanas. Marrou solía decirle al discípulo: «Tú no eres Dios: no te olvides de que eres tan sólo un hombre».[5] Ningún bípedo de la especie humana pervive lo suficiente y

posee la capacidad retentiva para saber todo acerca del pasado de los hombres. El oficio enciclopédico ni es posible ni está de moda. Quienes compilan directorios de historiadores por países ponen el nombre, el grado de estudios, la especialidad, la calle, la población y el teléfono de cada historiador. Sin embargo, no son pocos los opuestos al profesionalismo y son muchos los enemigos de la especialización. Únicamente si se es rico y se vive fuera de los institutos de alta cultura se puede cambiar de oficio varias veces y recorrer distintos campos de estudio. Incluso, cabe la posibilidad de convertirse en aprendiz de todo y oficial de nada.

Casi siempre el investigador de la historia se ve obligado a escoger como campo de estudio sólo un momento de la procesión de las naciones y de los imperios; sólo especializado recibe ayuda de una universidad o del poderoso o de un mecenas privado. Sólo se puede deambular con pasaporte y únicamente en una partícula del cementerio de los hombres. Ningún patrocinador admite ni le gusta socorrer a quienes no tienen oficio ni especialidad. En los países del primer mundo, los practicantes de la investigación histórica eligen a su placer y conveniencia su campo de estudio. Yanquis, franceses, británicos, alemanes y suecos pueden declararse especialistas en cualquier nación del mundo sin pérdida de la protección del gobierno de su patria y de las fundaciones transnacionales. En los países del tercer mundo, los historiadores se topan con la prohibición más o menos velada de salirse del contorno espacio-temporal de su país. De los cuatro centenares de estudiosos mexicanos de hoy, sólo trece dicen tener una especialidad que rebasa las fronteras de México o no cae dentro de éstas. A los patrocinadores les desagrada invertir en la investigación de asuntos exóticos y a los patrocinados les resulta cómodo el estudio de la historia doméstica.

Generalmente la mies escogida como especialización no es toda la actividad humana de un continente o de un país. El buen especialista acota un espacio breve y un periodo corto. A los historiadores de casa se les sugiere que trabajen de por vida en una de las tres épocas canónicas de la historia de México: la prehispánica, la colonial o la independiente. Ésta se ve con especial ternura. Sobre todo se privilegia a quienes se especializan en el movimiento emancipatorio, la reforma liberal y la revolución mexicana. En esta época de profesionalismo y especialidad, el estudioso no satisface a preguntones y mecenas si se limita a decir: mi título es de la Facultad de Filosofía y Letras y mi especialidad la historia de México en la época independiente. Se pregunta también por la clase de hechos históricos que interesan. Por regla general, ser especialista quiere decir ocuparse únicamente

de un país, una época y un tipo de historia; por ejemplo, historia política, o económica, o social, o de las ideas, o de las mentalidades, o del arte, o de la ciencia. A muy pocos sabios se les perdona, y sólo en la tercera edad, el vagabundeo por distintos terrenos. A los jóvenes, quizá con razón, se procura confinarlos en la especialidad escogida libremente o impuesta por las instituciones de alta cultura. Un buen número de neófitos se deja mangonear por los caciques de la cultura, y en vez de rebelarse, asumen resignada y aun jolgoriosamente las riendas.

Hay quienes son más papistas que el papa. Les parece poco el restringirse a un país, un periodo, una faceta social y un tipo de acontecimientos, y acotan como campo de estudio una parcelita ejidal, un minifundio. Don Ramón Iglesia se burlaba de los superespecializados y solía aducir como sujeto de sus burlas a un investigador alemán sumido de por vida en el estudio de los sarcófagos romanos del siglo III. Algunos compatriotas se dicen especialistas en desarrollo urbanístico de León, economía lacustre de Chalco, etnohistoria de Tlalpujahua, tenencia de la tierra en México en 1792, población de Celaya en 1770, 1775 y 1808 y otros minifundios, quizá porque confunden el ingreso en una especialidad con la

selección de tema

para un libro o un artículo de asunto histórico; para monografías históricas que son el fruto habitual y más frecuente de los estudiosos del pasado. Las historias generales del mundo, de un continente, de un país, de un sector social o de una rama del bullicio del hombre no son frutos comunes y corrientes, constituyen la excepción, no la regla, dentro de la república de Clío. Los neófitos y los aficionados casi siempre se ven compelidos a escoger para su obligada tesis o una obra digna de atención, un tema monográfico, el estudio de un aspecto, de una parcela espacio-temporal de cortas dimensiones.

Lord Acton recomendaba: «Estudiad problemas, no periodos». La recomendación es hermosa pero sin adentro. Para el historiador todo periodo o asunto elegido es un problema. Cualquier proceso de búsqueda se inicia con la selección de un enigma considerado interesante, ya por estar de moda, ya por novedoso, ora por controvertido, ora por ser de fácil resolución. Se puede escoger una tarea por un hecho tan casual como el hallazgo de un conjunto de papeles viejos o porque alguien esté en disposición de cubrir los gastos o por órdenes de algún maestro o por simple curiosidad. Para no pocos, la selección de un tema es tan arbitraria y emotiva como una selección amorosa. Unos

escogen un aspecto de la conducta humana porque esperan con su estudio la mejoría del hombre, y otros eligen una rareza de sus muertos por mera diversión. En las sociedades libres la selección de tema responde a mil cosas, no obedece a ninguna regla.

Marrou anota: «La riqueza del conocimiento histórico dependerá directamente de la inteligencia y la ingeniosidad con las que se planteen las cuestiones iniciales», entre ellas la de escoger un argumento apropiado, una pregunta inteligente, un problema importante, posible de resolver, original y del gusto del historiador.[6] Un asunto es de garra si sirve para el esclarecimiento de una dificultad gorda del presente o de un enigma que muchos quisieran ver descifrado. Un asunto es viable si se dispone de fuentes, de tiempo, de aptitudes y demás recursos que permitan estudiarlo a fondo. Un asunto es original si llena una laguna del conocimiento, si se aparta de lo ya trabajado por otros historiadores, si se aleja del manidísimo tema de los gobernantes y sus argucias y de los milites y sus matanzas. Un tema histórico es del gusto de quien lo investiga cuando nace de esa vaga entidad que es la gana. Quizá el mejor criterio para escoger el problema de estudio sea el del gusto propio. El campo más rendidor es el que en un momento dado despierta nuestra curiosidad, nos divierte y nos apasiona. En el momento de elegir tarea deben consultarse los gustos íntimos y la aptitud que se tiene para satisfacerlos.

En la práctica, entre el estudiante y el tema se interponen los maestros, que si lúcidos y honorables, le ayudan al alumno a saber lo que éste quiere y no le ensartan tema ajeno a su real gana. No pocos maestros presionan al pasante a que investigue el tema del consejero, ya para poder ayudarlo mejor, ya para servirse del fruto del trabajo del pasante. Fuera de los profesores deshonestos y aprovechados, los demás o no quieren comprometerse con un tema tan delicado como es el de escoger tema, o dicen vaguedades:

—Procura seleccionar un asunto que no sea ni muy vasto ni muy breve y que no rebase tu capacidad.

—Escoge de acuerdo con tu odio personal o tu simpatía un personaje o un acontecimiento. Tus pasiones deben ser las consejeras.

—Elige problema de acuerdo con los métodos y los aparatos cuya eficacia quieres demostrar.

—Analiza la vida y la obra de algún historiador que te guste.

—Ve qué documentos nunca vistos has encontrado y de ellos exprime el argumento de tu tesis.

—El asunto que asumas debe ser comprobable documentalmente, y recurre a documentos asequibles, al alcance de tu mano.

—Evita las materias controvertidas, salvo que quieras estar en el ajo y en el relajo de los congresos.

—No te pongas a sacudir el polvo a los santones de la patria, pues les puedes tumbar algo de su oropel y sufrir persecución.

—No es brillante, pero puede ser útil compilar de manera orgánica las opiniones de varios textos sobre un asunto muy llevado y traído.

—Cuídate de seleccionar un argumento muy visto, máxime si ha sido investigado por algún copetudo.

—Apártate de una cuestión del todo virgen, que te puede hacer quedar en ridículo.

—Ten presente que la investigación que no aporta nada al tema estudiado sólo te sirve a ti, no a los demás.

—Investiga algo sobre el comercio exterior u otro tema económico de los que ahora visten mucho.

—Haz la historia de tu familia, que probablemente nadie ha hecho.

—Revisa la contribución de un héroe epónimo de calles, jardines y pueblos, y no te faltarán mecenas.

—Métete con la trayectoria de un individuo jamás biografiado, que sí documentable.

—Si te gustan las matemáticas y no te aburren las retahílas de números, escoge un tema caro a la historia cuantitativa.

—Reúne en libro el número de criaturas, casados, migrantes y muertos al través de los siglos en una villa con archivo parroquial en buen estado de conservación.

—Están de moda los estudios acerca del modo de comer, de hacer el amor, de enfermarse y de morir en este o aquel país y en tal o cual siglo.

—Escoge algo que sea noticia por mucho tiempo y en hartos lugares o algo que truene y brille.

—Son muy bien pagados los temas relativos a las revoluciones mexicanas, juarista e insurgente.

—Asegúrate publicidad y buen salario escogiendo un asunto propio de la celebración centenaria en puerta. Ahora promete mucho el quinto centenario del encuentro en América de abarroteros de Europa y ceramistas de acá.

Stone escribe:

> Es peligroso para la profesión la creencia, cada vez más difundida entre los estudiantes de posgrado, de que sólo lo cuantificable es digno de investigación, pues es una actitud que reduce

drásticamente la temática de la historia de que los pioneros de la nueva historia se proponían liberar a la profesión.[7]

Tal vez no sea conveniente estar siempre al día. Los trabajos hoy aplaudidos por las academias se vuelven obsoletos rápidamente. Quizá convenga partir de un problema del aquí y ahora. Cada hoy, cada sociedad, tiene preguntas para los antepasados. Nadie le reprochará al historiador que tome una pregunta de ésas para contestarla, pero si no se pregunta se expone a que le digan: «Cuando no se sabe lo que se busca tampoco se sabe lo que se encuentra».

Bauer dice: «El comienzo de todo trabajo se parece mucho a la iniciación de un viaje de aventuras».[8] Como quiera, hay que escoger el asunto de la aventura después de estudios y búsquedas a fondo y, una vez escogido, definir cuanto antes el objeto del tema. Antes de incursionar en el cementerio de los seres humanos es conveniente definir lo que se busca «mediante la exposición de los objetivos, el contenido y el procedimiento».[9] Seleccionado el tema, se procede al deslinde. Simultáneamente se precisan los extremos cronológicos con prudencia, sin dogmatismo, y se visita a los competidores. Es importante el deslinde cuidadoso del objeto de estudio, pero no menos necesario es prestar atención a quienes han emprendido la resolución de un problema igual o semejante al propio. La consulta de lo ya resuelto sobre el asunto o

status quaestionis

debe comenzar con la nómina de los trabajos que se hayan ocupado del tema escogido. A la operación de enterarse de lo investigado «en torno del problema que le preocupa» a un historiador en el punto de arranque, en vísperas de la salida, Jorge Luis Cassani le llama «momento bibliográfico».[10] No es posible ni deseable partir de cero; hay que evitar el ridículo de proponer como novedad lo ya tan sobado como una vieja moneda. La gran mayoría de los metodólogos reitera la orden: «Todo el que investiga sobre algún tema ha de saber lo hecho por otros sobre el mismo tema». Pocos se explayan en el asunto del *status quaestionis* como Federico Suárez en *La historia y el método de investigación histórica*.

Quizá no esté de sobra decir las ventajas que tiene el inventario de los estudios que antes se han propuesto, con mayor o menor fortuna y acierto, el aclarar una cuestión, aun a sabiendas de que es muy difícil tener noticia de todos los que anteriormente se han ocupado del tema que preocupa a tal o

cual historiador aquí y ahora. En la hechura del inventario, Suárez recomienda un orden cronológico, mediante el cual se descubre la frecuencia con que «los autores se repiten unos a otros […] El examen de las distintas contribuciones bibliográficas sobre el tema […] debe hacerse con sentido crítico […] pero no se puede exigir, por ejemplo, que una obra general analice cada cuestión […]».[11] Habrá que cuidarse de no confundir las obras con sus autores. La crítica ha de enderezarse contra aquéllas, no contra éstos. No ayuda mucho calificar de conservador o liberal, de reaccionario o comunista, de ultra en uno u otro sentido a un historiador. Sí es útil procurar saber si sus afirmaciones son verdaderas o falsas, profundas o superficiales, noticiosas o interpretativas.

El historiador que se preocupa demasiado por estar al día de todo lo dicho sobre su tema «corre el riesgo de ocupar mucho tiempo en la lectura de libros, revistas, extractos y resúmenes». También debe cuidarse de los compendios y las panorámicas. Casi siempre la bibliografía de índole general es inútil «aun cuando comprenda el periodo al que pertenece el tema objeto de la investigación», pues sólo resume «lo ya dicho por otros del punto en cuestión […] Las amplias síntesis, las divulgaciones, las repeticiones, los ensayos y los puntos de vista que no pasan de interpretaciones de hechos conocidos se pueden dejar de lado sin gran inconveniente. Lo mismo cabe decir de las llamadas aproximaciones […] a no ser que se refieran muy concretamente al tema que se investiga».[12]

Los asuntos muy concurridos y relacionados con las celebraciones patrias suelen inspirar muchas obras de las cuales la mayoría recoge verborrea sin sentido, y las de buena factura repiten a las clásicas sobre el tema, salvo pocas excepciones. Así sucede, entre otros casos, con la revolución de independencia de México en los albores del siglo XIX y con los héroes y los episodios mayores de esa lucha. Si alguien ha escogido para su investigación el movimiento insurgente del cura Hidalgo, tendría que dedicar su vida a la lectura de los discursos del 16 de septiembre sin obtener quizá ningún provecho apreciable, y debiera disponer de otra vida para leer los trabajos serios y profundos acerca del Padre de la Patria para probablemente darse cuenta de que la mayoría repite o adjunta poco a lo dicho por los cuatro evangelistas de la vida, pasión y muerte del cura de Dolores; a saber: Bustamante, Zavala, Mora y Alamán.[13] En los temas muy controvertidos o manoseados es imposible ser exhaustivo en el examen del *status quaestionis*. Tampoco cabe dirimir claramente qué es lo útil y qué es basura.

Ni hay normas precisas en lo referente a lecturas preparatorias, ni todos los autores ni todos los temas se pueden regir por los mismos consejos. Quizá no sea inoportuna la siguiente recomendación: lee y entérate de los aspectos parecidos del problema. Si el tema escogido es la desamortización ordenada por Juárez de los bienes eclesiásticos y pueblerinos, conviene leer obras que se ocupen de los gobiernos de marca liberal de distintas naciones. Si se busca revivir la historia del pueblo donde uno nació, se examina lo escrito por otros autores sobre sus terruños. Para rodearse de la atmósfera del periodo, el espacio, la sociedad y los hechos que conforman nuestra trama, habrá que leer novelas costumbristas y demás obras literarias relacionadas con ella. Si se aspira a escribir sobre la sociedad del sur de Jalisco en tiempos de la cristiada, no puede dispensarse la lectura de los tres libros de Juan Rulfo y *La feria* de Juan José Arreola. El enterarse del estado de la cuestión presupone la lectura de una amplia bibliografía directa e indirecta. Mientras más se lea sobre el asunto y sus alrededores se dará mejor el paso siguiente: la forja de una

imagen interina del pasado

que se busca. Casi todos los autores de métodos para hacer historia dicen lo expresado por Marrou en sus justos términos:

> Lógicamente, el proceso de elaboración de la historia empieza a ponerse en marcha […] por el paso original que es la cuestión planteada […] pero cuando el entendimiento elabora una pregunta [acerca de un asunto histórico], en seguida [o poco tiempo después] formula una o varias respuestas posibles. Una interrogación precisa (y sólo las de este carácter son útiles en historia) se presenta bajo el aspecto de una hipótesis por verificar […] en el punto de partida hay un esfuerzo creador de los historiadores que consiste en la traza o dibujo de una imagen provisional del pasado.[14]

Nadie puede disculparse de no saber a dónde va. «Es, pues, inútil prescribir a los historiadores la elaboración o el uso de teorías o modelos: eso es lo que vienen haciendo desde siempre. No podrían obrar de otra manera, a menos que no pronunciaran una sola palabra».[15] Ningún historiador puede arrancar de un vacío de nociones acerca de su objeto. Todos necesitan por lo menos una creencia como punto de arranque, que podrá o no convertirse en certidumbre y veridicción.

Desde el punto de partida se vislumbra, con mucha o poca claridad, el punto de llegada. Se impone una respuesta provisional a la pregunta hecha por el investigador al pasado. Quiérase o no, se parte siempre de una conjetura o hipótesis, es decir, de lo que creemos que es la realidad. Entre el puerto de

salida, que es la elección de un problema, y el levado de anclas se interpone la hipótesis, la conjetura, el ideal, la prefiguración del puerto de llegada. Sobre este asunto no hay mayores divergencias entre los metodólogos de las dos mitades del mundo, entre los que navegan con la bandera del capitalismo y los militantes socialistas. Topolski, autor de una metodología histórica de primer orden, dice sin titubeos: «Las hipótesis […] son una categoría general de respuestas directas o indirectas […] [cabe] llamarlas, de modo muy general, intentos de respuesta a las preguntas de la investigación […] el planteamiento y la comprobación de las hipótesis es un procedimiento que acompaña al historiador a través de todo su trabajo, porque es la verdadera esencia de la búsqueda de contestaciones a las preguntas planteadas al pasado por él».[16]

> En los escritos sobre metodología, el concepto de hipótesis solía construirse, sobre todo, en relación con la experiencia adquirida en la ciencia natural. La aproximación complementaria fue aportada por J. Giedymin […] Tenemos que coincidir con él en que el concepto de hipótesis en la investigación histórica va mucho más allá del acercamiento de la ciencia natural, en la que una hipótesis se […] limitaba al procedimiento de explicación. En la investigación histórica formulamos hipótesis no sólo cuando buscamos respuestas a las preguntas explicativas (preguntas de «por qué»), sino también cuando contestamos a las preguntas factográficas (preguntas de «qué fue»), y este último proceso abarca también la lectura de la información de la fuente y el examen de la autenticidad y fiabilidad […] Se puede decir que, en la investigación histórica, cualquier afirmación sobre el pasado es una hipótesis si todavía no se ha sometido a un proceso de comprobación, y también después de someterse a él, si no se ha obtenido un grado suficiente de apoyo […] Hay que hacer, por tanto, una distinción entre hipótesis heurísticas (hipótesis antes de la comprobación) e hipótesis más o menos apoyadas.[17]

En términos generales, el historiador a lo largo de todo el camino de la investigación y la hechura de una historia construye y comprueba hipótesis. En cada recodo del camino, en cada espiral sucesiva, formula nuevas conjeturas. Durante toda la navegación de un puerto de arranque a otro de arribo se hacen imágenes previas de éste. En este momento sólo nos referimos a la hipótesis inicial o de punto de partida, a la que alude Pedro Pérez Herrero cuando escribe: «Es evidente que aquel que intente llevar a cabo una investigación sin plantear los puntos teóricos de partida y a dónde quiere llegar o qué es lo que quiere demostrar [sin marco teórico, como se llama a todo eso en las ciencias sociales] no logrará nada en claro».[18] El uso de marcos teóricos e hipótesis preliminares es obvio y algunas veces se le restriega en los ojos a quien lee. Otra cosa es el no molestar al lector con la estramancia[*] fea y tediosa de los andamios. Casi nunca hace falta transmitirle al lector los borradores del pensamiento de quien escribe. La necesidad de hacer borradores no conlleva la de publicarlos.

Los tratadistas piden otras cosillas, aparte de la hipótesis, antes de emprender el camino de la verdadera investigación. Según ellos, es muy provechoso poner por escrito para uno mismo y para el mecenas el asunto seleccionado, las virtudes del mismo, la hipótesis heurística, la ruta que se espera seguir y los tiempos del viaje. Sonia Comboni habla de hacer el diseño de la investigación y lo divide en dos partes. La primera reúne «los elementos que intervienen en las hipótesis de trabajo», y la segunda, las definiciones de palabras, listas de fuentes y calendario.[19] Desde el momento en que se tiene un tema bien delimitado, se sabe lo dicho acerca de él, se aclara la terminología, se elabora una imagen interina del pasado y se procede a la escritura del proyecto o plan de investigación. El escribir el

plan de operaciones

en una o dos docenas de cuartillas es muy recomendable. En el plan o proyecto conviene anotar varios presupuestos: el nombre de la obra, el modo como se seleccionó el tema, las características y los límites de éste, los trabajos anteriores sobre lo mismo, el marco teórico y algunas hipótesis concretas, el esquema o índice tentativo, las fuentes en que se proyecta beber, el esbozo, los tiempos y algún asunto práctico adicional. En el proyecto preliminar se ajusta todo lo relativo al arranque, el itinerario y el término de una investigación histórica. Si se redacta el proyecto en forma clara y precisa, el mecenazgo, la realización y las ayudas de fuera se facilitan mucho. Las instituciones y las personas que acostumbran cubrir los gastos de una búsqueda se guían, a la hora de conceder los fondos, por la minuciosidad del programa. Los maestros y los colegas sólo pueden aconsejar bien sobre la aventura de una investigación si conocen de modo claro, realista, serio y flexible la meta y el método que se piensa seguir.

Es obvio que un plan atrae mecenas, consejeros y buena marcha si lo entienden los demás y uno mismo. Si no se ponen en claro todas y cada una de las ideas del proyecto, probablemente nadie ayudará y los traspiés en el recorrido serán constantes. Tampoco hace falta decir que el investigador debe estar seguro del realismo de su proyecto y de su aptitud para llevarlo a la práctica. Ario Garza recomienda hacer planes que permitan «el máximo de adaptabilidad posible a circunstancias imprevistas, sin perjuicio de las metas perseguidas».[20] Si se quieren todavía más consejos sobre este asunto, leánse las siguientes recetas relativas a cada una de las partes de todo plan de operaciones.[21]

Ha de encabezarse con el título y el subtítulo de la obra y con el nombre y apellidos de quien va a realizarla. Se dice en seguida por qué y cómo se escogió el tema. Se vale ser lascivo si es que el amor lo condujo a él. Tampoco se calla la importancia del mismo. En caso de que los haya, se exponen los otros fines que no sean la mera curiosidad. La historia pragmática está mal vista, pero no es delito. Dígase sin recato si se busca mejorar al mundo de los hombres con la obra proyectada. La historia reverencial o de bronce suele ser cursi, pero, si usted admira un personaje o una epopeya, no dude en decir que le gustaría incorporarse al culto a los héroes y las proezas patrias. Todas estas declaraciones forman la introducción provisional e hinchada de la obra en veremos. Se trata de un auténtico prefacio donde también se incluye una nota acerca de lo publicado sobre el tema. Esa nota debe referirse a los principales precursores, nombrándolos y poniéndolos en su tiempo, sitio y condición. Debe hablarse de su índole, de sus intereses, de sus objetivos y de sus obras. Al referirse a las relacionadas con el tema de uno, dígase su contenido, su valía y su vigencia. Es indispensable extenderse en las limitaciones de los estudios previos al propio para justificar la investigación. Ver la paja en el ojo ajeno es injusto en la vida moral, pero quizá no en la científica. También conviene referirse, en esta parte del proyecto, a los libros de trama análoga al de uno. Quien quiera hacer un estudio sobre el bandido Heraclio Bernal debe hacer alusión a trabajos sobre bandoleros de otros países y épocas o sobre el bandolerismo en general. Que nunca la modestia impida dar la impresión de todo lo que se sabe de antemano acerca de un tema y su contorno. En el momento de pedir pecunia y consejo es mejor parecer presuntuoso que ignorante.

Ario Garza recomienda la descripción del procedimiento que se quiere seguir, dando a conocer «métodos y técnicas seleccionados» para la recopilación de los datos y la cosecha de frutos, así como «la naturaleza de las fuentes en que se basará el estudio». Pide ser muy concreto en la descripción de métodos y técnicas, incluso en el de «aparatos y programas para el registro y procesamiento electrónico de la información». Pide también un informe de las dificultades previsibles: falta de acceso a ciertas fuentes, o a ciertos aparatos procesadores, limitación de horario y otros topes.[22] Si se van a utilizar en el estudio palabras ajenas a la tribu, términos apantalladores o de la jerigonza científica, es conveniente la definición preliminar de esos vocablos exóticos.

Un prefacio como el acabado de proponer resulta mejor si se hace después del temario, esquema o índice-hipótesis, o resumen de la imagen interina del

pasado cuyo conocimiento firme se busca. Son recomendables varias maneras para la construcción del preíndice. No importa que se redacte con proposiciones afirmativas o en forma de preguntas. Sí es muy importante que sea un borrador de índice minucioso que equivalga a la hipótesis del trabajo. Delante de los números romanos se coloca el nombre de los temas englobantes. Precedidos por cifras arábigas, se escriben los títulos de los subtemas. Después, señalados con letras, los rótulos correspondientes a los asuntos mínimos. En otros términos, se anotan los títulos de partes, capítulos y párrafos según el plan de división previsto. El esquema del plan de operaciones resulta especialmente útil para el acopio de información, y a medida que sea más detallado será más servicial. No falta quien diga que son mucho mejores los esbozos simples. Según Garza, «un esquema con dos o tres tipos de divisiones es normalmente adecuado para la planeación de cualquier estudio […] Un esquema con cuatro o cinco tipos de divisiones es generalmente adecuado para la redacción de una tesis».[23]

Hay muchas maneras de construir bosquejos o temarios. Garza propone el decálogo de Santmyers:

1. Consigue tarjetas de las usadas por los historiadores para hacer fichas.
2. Apunta en cada tarjeta el nombre de un tema o subtema.
3. Pon las tarjetas sobre la mesa de tal modo que puedas mirarlas todas al mismo tiempo.
4. Agrúpalas según el criterio de afinidad.
5. Elimina las que repiten preguntas o afirmaciones.
6. A fuerza de imaginación y conocimiento, llena las lagunas de tu tarjetero.
7. Decide los rótulos más apropiados para cada grupo de temas.
8. Uniforma el estilo de los diferentes rótulos o encabezados.
9. Ordena las tarjetas para la hechura del esbozo preliminar definitivo.
10. Copia el contenido de las tarjetas en el mismo tipo de papel usado en el resto de la redacción de tu plan.[24]

Por otro lado, si alguien sin la lectura del anterior decálogo es incapaz de construir un esquema, también lo será para hacer un buen libro de historia. Los tratados de métodos y técnicas de investigación suelen aconsejar en exceso. Éste, que va saliendo de la pluma a ratos, se olvida con frecuencia de que a buen entendedor pocas palabras bastan. También incurre en el pecado de la buena educación mexicana: responde a todas las preguntas que hace un alumno a un maestro aunque muchas veces el docente no tenga respuestas adecuadas. Además, incluye algunos párrafos insinceros, llevado por el afán

moralizante. En la práctica, lo mejor es atenerse a los machotes del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) o de una fundación.

En los tiempos que corren y en la mayoría de los países es relativamente fácil hacer la lista de las fuentes que se proyecta consultar. Un gran número de importantes bibliotecas de la metrópoli mexicana ofrecen buenos catálogos de libros, folletos, revistas, periódicos, videocartuchos y otros materiales. Aun en Zamora es posible hacer bibliografías, si no completas, sí suficientes para conocer lo hecho por los principales antecesores y hacerse de una idea clara del tema escogido. Se puede dar cuenta de la bibliografía sin demasiado esfuerzo, que no de los otros tipos de fuentes. Entre nosotros, pese a los adelantos archivísticos de los últimos años, se suda la gota gorda para hacer un buen catálogo de manuscritos útiles para la investigación porque los archivos de México rara vez saben lo que tienen. En muchos casos ni siquiera es posible enterarse de los archivos donde pueda haber papeles útiles para aclarar nuestro problema.[25] De cualquier modo, que no se omita la nómina, por incompleta que sea, de las fuentes de archivo. Si se usaren reliquias, habrá que añadir un catálogo de piezas de museo o de sitios arqueológicos, y si se va a utilizar la tradición oral, es bueno hacer la lista comentada de posibles informantes.

Tampoco se silencien los lugares donde se piensa poner en obra un proyecto. Aunque sea obvio, dígase que para conseguir información bibliográfica óptima escogerá una ciudad (México, Washington o Moscú) donde haya grandes bibliotecas bien catalogadas. Sobre todo, mencione las urbes donde están los archivos que le interesan. Muchas veces se necesita sufrir los inconvenientes de la metrópoli para la cosecha de datos. Pocas veces se logra recolectar la materia prima necesaria por medio de los métodos electrónicos de comunicación. Todavía es más difícil reunir los datos que hagan falta en un sitio agradable y propio, en la propia biblioteca. De cualquier modo, si la fase de recolección hay que hacerla en sitios obligados, las operaciones de análisis y de síntesis, los quehaceres creativos, cabe hacerlos en sitios agradables, inspiradores, alejados de las urbes, quizá próximos al mar. Antes de meterse en la investigación conviene escoger lugares de trabajo y ponerlos en el apartado de problemas espacio-temporales del plan de operaciones, aunque probablemente el mecenas se haga de la vista gorda en este punto.

Quizá la hechura de un libro de historia debe durar tanto como la gestación de una criatura humana. De ser así, los historiadores podrían producir un libro al año. Pero la verdad es otra. El embarazo de un historiador

suele ser mucho más largo que el de una mujer, y no siempre de la misma duración. Ésta depende en parte de la voluntad del embarazado. Si es gente de orden, concluye su plan de criatura con unas líneas que dan cuenta del inicio y del fin de su investigación en forma aproximada o tan precisa como un calendario que tengo ante los ojos y en que leo: 7 de enero de 1987, fecha de arranque; 14 de diciembre de 1988, entrega del manuscrito a los señores sinodales. Lo mismo podría decir a la comisión de publicaciones o a la imprenta. También se acostumbra comunicar a los patrocinadores o a los sinodales el tiempo que se piensa invertir en cada una de las andadas: catorce meses para la recolección del material; un trimestre para el análisis de los datos; otro, para hacer la síntesis y la primera redacción; un bimestre para el afinado del libro, y mes y medio para su mecanografía y demás moños. Algunos no se limitan al presupuesto de las fechas límites y de duración de cada etapa; llegan a la finura de establecer un horario. El relativo al tiempo de recolección lo hacen conforme a las horas hábiles de bibliotecas, archivos y centros de cómputo. El horario de las tres etapas creativas se establece de acuerdo con el biorritmo del historiador. Para mayores precisiones sobre selección de tema, hipótesis y otros requisitos, consúltese el *Manual de técnicas de investigación* de Ario Garza. Ha sido reeditado y reimpreso quince veces en una década, lo cual demuestra su frecuente uso y el provecho obtenido por miles de usuarios.

Respuestas de una médium llamada fuente

Investigador que escribe a base de fuentes bibliográficas inéditas y reliquias, es una de las definiciones más justas del historiador. La sabiduría de éste no se funda ahora en la inspección de ojos, en el «Yo lo vi con estos tomates que se han de comer los gusanos». El clionauta reconstruye las acciones humanas del pasado al través de cicatrices terrestres, cadáveres, tumbas, monumentos, leyendas y dichos de transmisión oral, supervivencias, documentos y libros que describen pormenorizadamente dos vastas obras francesas: de Charles Samaran, *L'Histoire et ses méthodes*, mamotreto de 1770 páginas, y de Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Paire de l'histoire*, que en su versión española suma 800 páginas.[1]

Pedro Armillas decía emocionadísimo que las cicatrices hechas por los cultivos de la población prehispánica de la zona central de México le permitieron entrever la vastedad y la importancia de las técnicas agrícolas o cultivos de chinampa y de terraza entre los antiguos teotihuacanos, tenochcas y xochimilcas. Los cadáveres y las tumbas de tiempos remotos permiten inferir algunos modos de ser y aun de pensar de nuestros antepasados primitivos, y en general, de la gente sin escritura. Los arqueólogos vienen asomándose con mucho provecho a las culturas precortesianas de México a través de sepulcros, edificios en ruinas, tepalcates, enseres de piedra o hueso, puntas de flecha, canastas, coas, artefactos esculpidos y diversos monumentos conmemorativos. Los etnógrafos creen posible la reconstrucción de la vida de los pueblos prehistóricos a través de las costumbres actuales de ciertas tribus. Los etnohistoriadores se sirven de la tradición oral que se mantiene en forma de leyendas, anécdotas, dichos, mitos, rumores y canciones.

Los primeros historiadores y nuestros cronistas de Indias fueron testigos, y en el peor caso, confidentes, de las historias que narran y comentan. Los

historiadores de la época presente se asoman al pasado por los ojos de cerradura que son los vestigios materiales o monumentos y las obras escritas o documentos, y si pueden escoger entre unos y otros, prefieren el vehículo de la documentación al residual. «Por mucho tiempo se tuvo por seguro que la historia comienza allí donde se encuentran restos escritos del hombre».[2] Sin embargo, Lucien Febvre ha vuelto a decir:

> La historia […] puede hacerse, debe hacerse, sin documentos escritos cuando no los hay. A base de todo aquello que el ingenio del hombre historiador puede utilizar para fabricar su miel, a falta de flores normales. Con paisajes y tejas. Con formas de campos y malas yerbas. Con eclipses de luna […] con dictámenes de piedras […] En una palabra, con todo aquello que es del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, denota la presencia del ser del hombre.[3]

Cuando se incorporó México a la cultura occidental se produjo una abundante historia de corte clásico; sus autores podían decir con orgullo «Yo he visto», o por lo menos, «Yo he oído». Sin embargo, aun en aquella centuria original se echó mano de otras fuentes de conocimiento histórico, incluso de las que hoy se llaman vestigios materiales. Los evangelizadores se interesaron en edificios religiosos, esculturas, pinturas y diversos útiles de la antigüedad prehispánica con el fin mayor de destruirlos y el menor de estudiarlos. Fray Diego de Landa (1524-1572), el célebre obispo de Yucatán, fue famoso por las demoliciones e incendios que mandó hacer de obras de los antiguos mayas, y por la previa utilización de lo destruido «para demostrar puntos históricos como lo haría cualquier arqueólogo de hoy», según lo dice Ignacio Bernal.[4] Como quiera, los vestigios materiales nunca fueron la fuente más frecuentada por los historiadores novohispanos de los siglos XVI y XVII.

En la centuria del barroco destacó la figura solitaria de don Carlos de Sigüenza y Góngora, artífice de las primeras exploraciones francamente arqueológicas, pero no tuvo cauda de seguidores.[5] En el siglo de las luces aumentó el interés en las fuentes monumentales tanto de parte de algunos de casa como Francisco Xavier Clavijero, Antonio de Alzate, Antonio de León y Pedro José Márquez, como de algunos extranjeros, especialmente Alejandro de Humboldt. Aunque las revoluciones mexicanas del siglo XIX suscitaron muchos historiadores nacionalistas, muy pocos vieron el pasado de su país al través de la rendija arqueológica. Hubo mayor uso de parte de algunos extranjeros itinerantes como Brasseur de Boubourg, Charnay, Waldeck, Stephens y Lumholtz. Los mexicanos empiezan a beber con fervor en las fuentes monumentales de su historia desde que la revolución puso sobre el tapete la importancia del México prehispánico, de una larga época sobre la que hay pocas escrituras, pero sí piedras, cerámica, textiles y otros

testimonios monumentales. Pedro Armillas, Franz Boas, Jorge Acosta, Hermann Beyer, Luis Aveleyra, Frans Blom, Ignacio Bernal, Víctor von Hagen, Alfonso Caso, Alfred Kidder, Manuel Gamio, Isabel Kelly, José Corona Núñez, A. L. Kroeber, Wigberto Jiménez Moreno, Sylvanus Morley, Ignacio Marquina, H. E. D. Pollock, Pablo Martínez del Río, Eduard Seler, Eduardo Noguera, Herbert Spinden, Román Piña Chan, Eric Thompson, Eduardo Matos, Alfred Tozzer, José Luis Lorenzo, George Vaillant y Jaime Litvak han erigido un verdadero culto al tepalcate, han demostrado que a través de éste se logra entrever la vida mexicana antes del arribo de los españoles; han reconstruido, para solaz de turistas, numerosos restos monumentales de Mesoamérica, y han puesto a disposición de los estudiosos de las acciones humanas del pasado precolombino museos tan flamantes como el Museo Nacional de Antropología en el corazón del bosque de Chapultepec.[6]

Sin embargo, los residuos o antiguallas no suelen desvelar a los profesionales de la historia. Éstos se sirven muy poco de cacharros de cocina y demás útiles para descubrir acontecimientos. En todo caso, usan el recurso de las ruinas arquitectónicas, las esculturas y los utensilios después de haber pasado por la datación, la ubicación, la crítica y la hermenéutica de los arqueólogos. Los historiadores rara vez van a los sitios arqueológicos y a los museos en busca de fuentes de conocimiento. En vez de acudir al Templo Mayor, Uxmal, Mitla o Tingambato para introducirse en el mundo tenochca, maya, zapoteca o purépecha, leen los libros de Bernal, Morley, Caso o Piña para enterarse del valor testimonial de esas ruinas. Tampoco suelen ser hábiles en el manejo de símbolos monetarios, sellos, escudos y cosas por el estilo, que sí lectores de obras de numismática, sigilografía, heráldica, epigrafía y otras ciencias instrumentales.

Ahora se habla mucho de la importancia de la tradición oral como fuente de conocimiento histórico. Se arguye que el testimonio más valioso para conocer la historia de los pueblos sin escritura son las remembranzas que se transmiten de boca a oído al través de generaciones. Se dice que en casi todos los pueblos y etnias se da por lo menos un memorioso que recibe de otro anterior las hazañas mayores de su gente, le agrega otras y así enriquecidas las transmite a un nuevo miembro de la tribu. Un creciente número de historiadores usa la grabadora como agua de uso. Heriberto Moreno construyó su libro *Guaracha, tiempos viejos y tiempos nuevos* sobre la base de muchos testimonios orales. Otros prefieren que la recopilación de testimonios de boca la hagan los profesionistas de la etnografía.[7] Se deja en manos expertas la

hechura de grabaciones magnetofónicas y su subsecuente guarda y clasificación en discotecas, fonotecas y almacenes similares. En México se les suele llamar archivos de la palabra. Es especialmente dinámico el del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Sus mejores piezas se fijan por escrito y aun se publican. A partir de su publicación, que no antes, suelen ser utilizadas por los colegas.

En la práctica, la gran mayoría de los testimonios frecuentados por los historiadores modernos son escritos, a mano unas veces, a máquina otras y la mayoría de las veces en imprenta. Pese a los últimos adelantos en la informática, las personas dedicadas a la investigación histórica siguen siendo vecinos de la *Galaxia de Gutenberg*, lectores ávidos de folletos, libros y periódicos. Los sitios a que acuden con mayor frecuencia están atestados de volúmenes impresos. De allí que se les diga

ratones de biblioteca,

pues se pasan horas y felices días en las casas de los libros. Los tratados de metodología histórica recetan abundantísimas lecturas de todo tipo de impresos: estudios preparatorios, fuentes secundarias y fuentes primarias. Como ya se dijo, antes de echarse al agua de cualquier tema, es conveniente conocer la localización, el carácter y el posible uso de los testimonios mediante la consulta de las bibliografías y los catálogos de archivos de que dispone el investigador. También se recomendó leer libros sobre temas afines al de uno y ciertas obras generales de historia. Huelga decir que para estos menesteres conviene consultar el catálogo por materias y saber hacer esa consulta, pues el catálogo por autores es útil únicamente cuando ya se sabe bastante de lo que se busca. Pasada la revisión de lo ya estudiado por autores previos, se procede, en la mayoría de los casos, al encuentro de las fuentes primarias impresas: colecciones de leyes, reportajes de época, memorias administrativas, censos, etc. «La bibliografía ideal —dice Carlos Bosch García— sería la que reuniera fichas de todo lo publicado […] acerca del tema de interés». Como quiera, «en raras ocasiones se consigue este ideal», pues rara vez se dispone de una biblioteca tan surtida y bien catalogada que dé cuenta de todas las publicaciones directas o indirectas acerca de una trama histórica.**[8]** Muchas veces los silencios de los catálogos bibliotecarios se suplen con la consulta de bibliografías impresas.

La obligación de la lectura de impresos exige bibliotecas bien surtidas y acogedoras. En México no se encontrarán depósitos de publicaciones tan

vastas y serviciales como la Biblioteca del Congreso en Washington o la Lenin en Moscú, pero sí algunas de mucha valía por sus fondos antiguos y modernos, casi todas ubicadas en la capital de la república. Entre las metropolitanas son de la mayor importancia la Biblioteca Nacional y las de México, el Congreso de la Unión, Miguel Lerdo de Tejada, de Condumex, Benjamín Franklin, el INAH, la Secretaría de Relaciones Exteriores y El Colegio de México.**[9]** Esta última, con instalaciones y servicios al último grito de la *moda*, está de *moda* pero no es tan rica como la Nacional, en la que desembocaron las bibliotecas de Santo Domingo, la Profesa, la Merced, San Agustín, San Diego, el Carmen, Aranzazu, Portaceli, San Fernando, San Francisco y otras casas de religiosos, así como la biblioteca de la antigua universidad, de algunos ministerios y la turriana.**[10]** Lograron sobrevivir también al desgarriate de las revoluciones de México varias bibliotecas del interior.

El gobierno de la república presidido por Miguel de la Madrid ha mejorado notablemente los servicios bibliotecarios del país. La Dirección General de Bibliotecas de la Secretaría de Educación se propuso dotar con acervo mayor de diez mil volúmenes a los casi quinientos municipios que tenían más de treinta mil habitantes en 1980, y está a punto de conseguirlo. En la actualidad, México dispone de un millar y pico de bibliotecas públicas, algunas bien provistas de ficheros, libros de referencia, aparatos reproductores, salas de lectura, personal amable y silencio. Se pueden pasar paradisiacamente horas enteras en varias de las bibliotecas municipales, capitalinas, públicas de los estados y universitarias.

Pese a los últimos adelantos, perdura una antigua, bella y onerosa costumbre mexicana: la de las colecciones particulares de impresos y manuscritos hechas a la medida de los intereses de sus hacedores. A lo largo de cuatro siglos se han formado, con paciencia y gusto, muchas bibliotecas particulares en tierra mexicana. Algunas han ido a parar a otros países a la muerte de su dueño, como sucedió con la colección de don Genaro García. Otras, desaparecido su artífice, se han sumado a una biblioteca pública de acá, como la de don Carlos Basave. La de Alfonso Reyes o Capilla Alfonsina está ahora al servicio de los estudiosos. No faltan las dispersadas ni las que siguen en poder de los familiares una vez desaparecido el hacedor.

Algunos historiadores mexicanos han sido tan suertudos como para tener a la mano la gran mayoría de los impresos requeridos por sus investigaciones. Alfonso Reyes, en los últimos veinte años de su vida, escribió muchos libros de índole histórica, de asunto griego y mexicano, casi exclusivamente con los

fondos de la Capilla Alfonsina. El servirse de la colección propia permite algunas licencias: por ejemplo, marcar con lápiz los puntos de los libros que deseamos releer. Los libros son para usarse libremente, y por eso, todo plumífero aspira a ser dueño de sus instrumentos de producción. Algunos hombres gozan coleccionando obras de arte; otros, libros. Produce un gran placer el colocar retahílas de volúmenes contra un muro antes de ser fusilados. La utilidad que para un historiador tiene la biblioteca propia es indiscutible. También le sirve a la familia. Entre otras muchas cosas, las bibliotecas privadas producen viudas consolables y herederos agradecidos. Con todo, muy rara vez llevan a los historiadores hasta la autosuficiencia, pues éstos leen demasiadas escrituras. Aparte de libros y folletos, necesitan materiales hemerográficos y archivísticos, por lo común, ausentes de las colecciones privadas.

Las publicaciones periódicas, que comienzan a darse a luz en el siglo de las luces y se vuelven muy copiosas en las centurias decimonónica y actual, según unos historiadores son risibles como pruebas, y según otros, admiten una letanía de alabanzas, por lo que sirven para conocer la historia del último cuarto del milenio. Según éstos, el periódico es testigo de acaeceres, intérprete de acontecimientos, reproductor de datos, faro de la cronología, memoria de lo trivial y lo importante. La diezvoluminosa *Historia moderna de México*, dirigida por Daniel Cosío Villegas, se basa en un noventa por ciento en testimonios periodísticos. También los veintitrés volúmenes de la *Historia de la revolución mexicana* reconocen como fuente principal el conjunto de la prensa periódica mexicana de 1910 a 1964. Los colaboradores de ambas obras pasamos muchas jornadas con los ojos puestos en las grandes hojas de los diarios y haciendo fichas con material periodístico.[11] Durante años, una docena de investigadores fuimos ratas de las dos máximas hemerotecas de México: la Nacional y la de Hacienda, menos conocida por el nombre de Miguel Lerdo de Tejada. Casi sin excepción, es posible aclarar cualquier asunto histórico de México de la independencia para acá por la lectura de los periódicos. Bien pulido o defectuoso, el material hemerográfico es el mejor espejo disponible de las sociedades independentista, liberal, porfiriana y reciente de los Estados Unidos Mexicanos, lo cual no excluye el uso de otros espejos que caen bajo la custodia de los archivos. Por regla general, la investigación histórica exige también a quien la cultiva la metamorfosis en

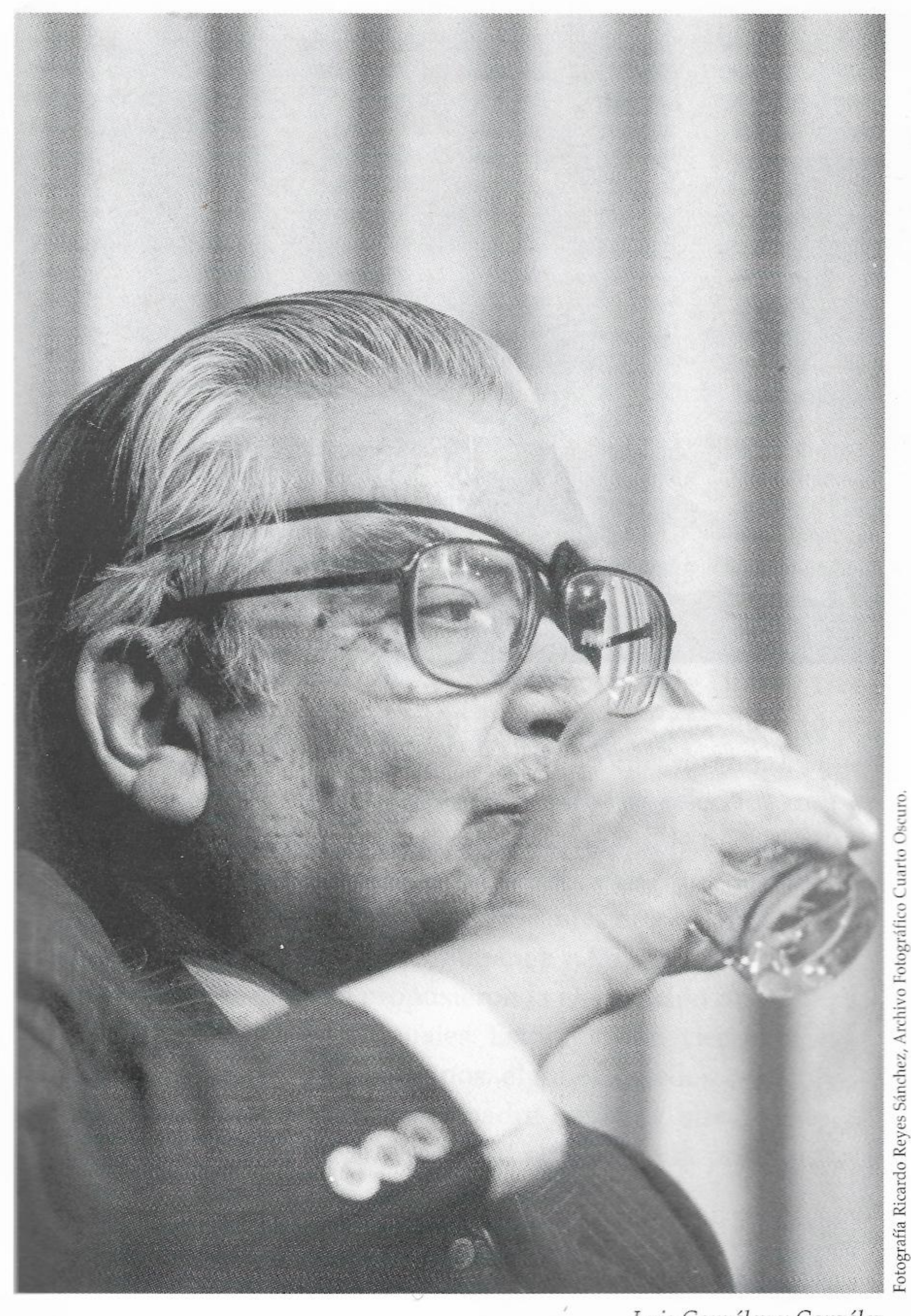


Centro de Estudios Literarios Alfonso Reyes-INBA.

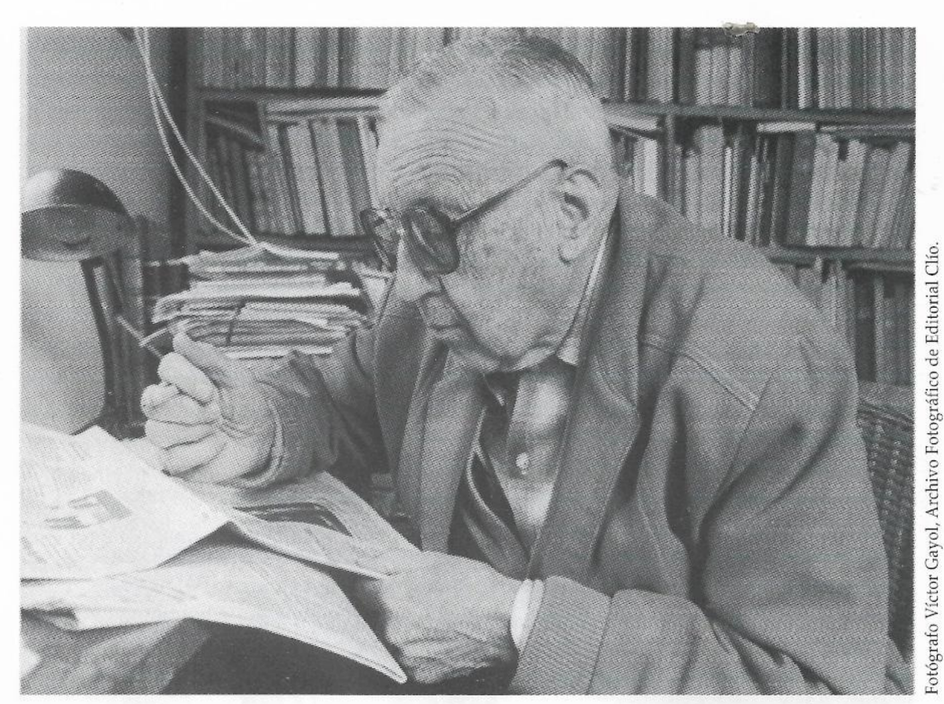
Daniel Cosío Villegas


Archivo Familiar.

Luis González y González


Fotografía Ricardo Reyes Sánchez, Archivo Fotográfico Cuarto Oscuro.

Luis González y González



Fotógrafo Víctor Gayol, Archivo Fotográfico de Editorial Clío.

Silvio Zavala



ratas de archivo, principalmente de los archivos de Estado, de los enormes almacenes de papeles oficiales que puso de moda el más triste de nuestros reyes, el riguroso don Felipe II, a partir del archivo de Simancas y luego del depósito al que acuden los historiadores mexicanos de hoy, el inagotable Archivo General de la Nación de México (AGN). Como quiera, por mucho tiempo este maravilloso hacinamiento de papeles fue poco frecuentado por los clionautas. Éstos preferían acudir para sus investigaciones a los depósitos de obras impresas, porque ni el nacional ni los otros que se formaron a ejemplo del grande eran realmente accesibles. Se podrían escribir muchas historias de terror que tuvieran como escenario nuestros depósitos de manuscritos. Pese a que las bibliotecas no se distinguían ni por su número, ni por su abundancia ni por su orden, eran preferibles a los hacinamientos de papeles, polvo, cucarachas, ratones y basura de todo tipo de archivos. Los profesionales de la historia se resistían a entrar en competencia con coheteros, ratas, saqueadores, polilla, fabricantes de cartón y demás usuarios de almacenes en vil abandono. Ni siquiera el máximo o nacional, adonde venían acudiendo algunos historiadores desde 1825, era medianamente confortable. Menos lo eran los archivos públicos de provincia, y menos todavía, los municipales.**[12]** Algunos archiveros, o archivistas como se les dice entre nosotros, que apenas ayer lograron hacer fértiles algunas colecciones de manuscritos, ya han conseguido en vida la canonización. Así Rafael Montejano, Israel Cavazos, Mario Colín, Wigberto Jiménez Moreno, Antonio Pompa y Pompa, Eduardo Salceda, Carmen Castañeda, Ignacio Rubio Mañé, Alejandra Moreno y otros ángeles custodios de las huellas manuscritas de nuestra historia.

Durante siglos todo fue romper papeles; sobre todo en la primera centuria del México libre y soberano. Algo de lo mucho perdido se debe a efectos naturales del clima y a la poca resistencia de algunas clases de papel.**[13]** Es difícil evaluar las pérdidas causadas por la polilla y los tiernos ratoncitos. Se sabe a ciencia cierta de desapariciones debidas a terremotos, incendios y diluvios. Apenas ayer, el terremoto metropolitano de 1985 dejó bajo los escombros toneladas de inéditos. El archivo mayor del país sufrió quemazones en 1624 y 1692. Pero las más de las pérdidas no han sido por accidente, que sí por negligencia o corrupción. Es una vieja costumbre mexicana la de destruir archivos. Aparte de los piromaniacos, han colaborado a su paulatina muerte los fabricantes de cartón y las tiendas de abarrotes,

sobre todo antes de la moda de las bolsitas de polietileno. Para no dejar posibles huellas de sus fechorías, algunos funcionarios menores han propiciado la pérdida de papeles del orden público.

El reverso de la medalla es la política encaminada a conservar manuscritos en espacios ad hoc. En pequeñas dosis, las autoridades civiles y eclesiásticas de antaño abrieron muchos archivos de trámite en el palacio virreinal, las oficinas de las audiencias, las sedes episcopales, las parroquias y los ayuntamientos. Se erigió también un gran archivo histórico con documentación proveniente de la Secretaría del Virreinato. Fue iniciado por el virrey Mendoza y muy bien atendido por los virreyes Bucareli y segundo Revillagigedo y por el insigne historiador Lucas Alamán. Pasó las de Caín durante las guerras santánicas y de reforma, y don Luis González Obregón lo recompuso.

En todas partes, la construcción de archivos y el almacenamiento y puesta en orden de grandes volúmenes de papeles escritos y no impresos avanzan a pasos agigantados en esta segunda mitad del siglo XX. México se incorpora a la carrera archivística en el sexenio de José López Portillo y Alejandra Moreno Toscano, a partir de 1976. Aquél como presidente de la república y ésta como directora del AGN hacen del palacio de Lecumberri un espléndido repositorio de toda clase de documentos, que no únicamente los de tipo oficialesco, tan valiosos para la historia política; también los de carácter más o menos privado, utilizables por la historia social, económica, de las ideas y demás de nuevo cuño. El archivo máximo, en su galería de «Archivos incorporados», recibe colecciones particulares de nota, no sólo por su volumen, también por la importancia de los donantes. Desde 1978, a través de su Departamento de Investigación y Localización de Documentos, se dedica a descubrir, inventariar y hacer accesibles colecciones privadas. Gracias a esto se dispone ya de series valiosas como las de Genovevo de la O, Lázaro Cárdenas y Carlos Chávez.[14] Aumenta el número de personas dispuestas a desprenderse de su vejestorio familiar en bien de la investigación histórica. En ocasiones, archivos particulares reciben la declaración de públicos, como el de Vicente Lombardo Toledano, y a veces esos archivos se mudan a una institución sabia, como es el caso del archivo de la familia Mora Álvarez cedido a la biblioteca de El Colegio de Michoacán por el miembro de la familia que lo custodiaba.

El microfilme ha enriquecido al AGN y a numerosos archivos de provincia. En los tres últimos decenios, la Sociedad Genealógica de Utah ha microfotografiado registros civiles y parroquiales, padrones y registros de

diversos institutos de México que ya forman unos cien mil rollos. Una colección de esos rollos se guarda en Salt Lake City; otra, en la Academia Mexicana de Genealogía y Heráldica, y una tercera se reparte entre las 1355 parroquias, las 757 municipalidades y demás instituciones microfotografiadas.[15] Al programa de la bienhechora sociedad de Utah se agrega el del Registro Nacional de Archivos del AGN. Éste, según Stella María González Cicero, parte de dos cuestionarios: uno lo aplica a los archivos de los ayuntamientos y el otro al de las parroquias, y así obtiene información sobre el estado material de esos repositorios y los documentos allí conservados. En ocasiones se pasa de la simple tarea de registro a la de ordenamiento y catalogación. Si se hacen catálogos, uno se da al archivo local, otro al estatal, y el tercero al AGN.

En los fondos que se agrupan en la categoría de «archivos de región», como los diocesanos, los de los poderes judicial, legislativo y ejecutivo de las 32 entidades federativas, los de las órdenes religiosas, los de notarios y algunos más, hicieron labores de microfilmación, desde los años cincuenta, los mormones de Utah y tres ilustres peregrinos microfilmadores de papeles de provincia (don Antonio Pompa, don Wigberto Jiménez y don Pepe Miranda), aunque nunca en tan gran medida como ahora. Los tres seleccionaron y microfilmaron una mínima parte de la inmensidad de documentos provincianos que permanecían en la república y que no habían caído aún en poder de ladrones o de fabricantes de cartón o de abarroteros, pero ni el trío de Pompa, Jiménez y Miranda, ni la Sociedad Genealógica de Utah se propusieron la elaboración de guías ni el inventario de las series regionales. Esto lo está haciendo el AGN con su propio acervo y los diocesanos, algunos de ellos accesibles, como el de Guadalajara, gracias al padre López, y otros siempre escondidos, como los de Zamora y Morelia, salvo la porción expropiada a éste y conocida con el nombre de Archivo de la Casa de Morelos (ACM).

Por otra parte, los historiadores de asunto mexicano han requerido casi siempre de papeles que se guardan en otros países. Algunos estaban en los repositorios nacionales, pero fueron adquiridos por robo o por compra. Muchos fueron a parar a depósitos extraños a poco de haber sido escritos, y un buen número, aunque de asunto mexicano, se escribió fuera de México. Son muy numerosos los archivos forasteros de interés para nuestra historia.[16] Los viajes que algunos estudiosos de la vida mexicana han hecho a Europa y los Estados Unidos no sólo se deben al gusto por asistir a reuniones sabias o por hacer turismo; también para reunir información en el frondoso Archivo General de Indias en la ciudad de Sevilla, el Archivo General de

Simancas y los del Palacio Nacional, el Museo de la Marina, el de la Real Academia de la Historia y el de la Biblioteca Nacional en Madrid.[17] Los archivos españoles son particularmente útiles para quienes hacen historias de tema novohispano, como lo comprueba don Silvio Zavala en muchas de sus obras. Hay varias fuentes archivísticas norteamericanas (los Archivos Nacionales de Washington, los fondos documentales de la Biblioteca del Congreso, la Biblioteca Pública de Nueva York, la Bancroft de Berkeley, la Sufro de San Francisco, la John Carter Brown de Providence, la Newberry de Chicago, la Colección Latinoamericana de Austin, la Huntington de San Marino y la Tulane en Nueva Orleáns) que guardan documentación reveladora de acontecimientos mexicanos. También esperan un mayor número de estudiosos los gabinetes de manuscritos de la Biblioteca Nacional de París, la Public Record Office y el Museo Británico de Londres y otros del Viejo Mundo.[18]

Pese a tantas huellas archivísticas que se han perdido hay todavía muchísimos papeles viejos para documentar miles de historias y atizar en los historiadores el fetichismo de los documentos. Los pesimistas hablan de la enorme cantidad de testimonios históricos mexicanos desaparecidos. Los optimistas no se cansan de exhibir los millones de pruebas existentes para ilustrar la vida de nuestros difuntos. Como México posee ricos yacimientos documentales, tiene andada la mitad del camino para conseguir una abundante cosecha historiográfica, máxime si sigue a la localización de sus archivos una lista de todos y el inventario de cada uno. Sin embargo, no basta la riqueza de combustible documental para obtener una copiosa y rápida producción de libros históricos. Tanto o más importante que la materia prima de los documentos son los motores que puedan ponerla en acción. Por lo pronto se requiere poner en obra

la lectura y los apuntes

tomados de ella. No quiero ocuparme aquí de los modos de leer de manera que la lectura sea provechosa. Para el caso léanse las veinte páginas que dedica a la lectura Rosa Krauze. Yo paso a referirme a los modos de espigar en los textos. El primero se llama memorización y sólo es recomendable para personas como Menéndez y Pelayo y personajes como el memorioso Funes, del cuento de Jorge Luis Borges. No me ha tocado conocer a nadie capaz de recoger en su memoria la información necesaria para escribir un ensayo histórico. Tampoco sirve el procedimiento de apuntar en una libreta lo que

conviene mantener de la lectura de las fuentes. Tengo a la vista *La Méthode en histoire* de Guy Thuillier, publicada en 1986, que dice: «Es necesario abolir el cuaderno (incluso el cuaderno de hojas cambiables) pues no responde absolutamente a las necesidades del trabajo del historiador».[19] Aunque practico la hechura de fichas-sábanas de poco menos de un metro de longitud y poco más de medio metro de anchura, no me atrevo a proponerlas a los jóvenes e ir contra costumbres eficaces y bien arraigadas.

Los maestros de «técnicas de investigación documental» recomiendan insistentemente el uso de fichas de pequeño formato, de once por catorce centímetros, o en todo caso de trece por veintiún centímetros, siempre fáciles de transportar y de poner en un fichero. Los catedráticos distinguen tres tipos de fichas: bibliográficas, de lectura y de ocurrencias. Las del primer tipo se cubren con el nombre del autor, el título de la obra, el número de la edición, el lugar y el nombre de la casa editora, el año de salida de la imprenta, el número de tomos y de páginas de cada impreso consultado. En las del último tipo, se recomienda escribir las ideas sugeridas por las lecturas u otras experiencias vitales. En el tipo más común, pone usted en la esquina de arriba y de la izquierda la palabra indicadora del tema y en la esquina superior de la derecha la indicación abreviada de la fuente. En el resto de la breve papeleta se copian palabras textuales o fragmentos de ideas o datos brutos.[20] Si las fichas están bien hechas es muy fácil su distribución en el fichero, que nunca debe faltar.

Si se requiere la copia larga de un texto se acude al fotocopiado. Cuando hace falta mantener una idea unida a su contexto se usan fotocopiadoras, que ya suelen tener a la mano hasta las bibliotecas y archivos del tercer mundo. Con las virtudes de la fotocopia cabe hacer una larga letanía: economiza tiempo, evita errores de transcripción, permite relecturas, ayuda a las operaciones de análisis y a no sé cuántas cosas más. Gracias a la fotocopiadora puede uno llevarse a su domicilio los impresos y los manuscritos que necesite releer in extenso o publicar más tarde en los apéndices de su obra. Por supuesto, indicará en las esquinas superiores de la fotocopia el tema fotocopiado y la fuente de donde proviene. Cada quien verá cómo mete las fotocopias en fólderes después de haberlas leído, meditado y anotado.[21]

Las técnicas de la informática son el último grito en cuanto al ahorro de tiempo. Gracias a la computadora se puede acumular una información amplísima. Debido a la memoria electrónica se tiene a la mano, disponible, el total de la información acumulada acerca de cualquier tema. Se dice que las

noticias reunidas antes a través de muchos meses ahora se reúnen en segundos. Julián Marías escribe: «Es notorio que la electrónica está permitiendo abreviar, en algunos casos extraordinariamente, el tiempo que reclaman las operaciones necesarias, y permite realizar muchos trabajos en una pequeña fracción del tiempo que hasta hace poco requerían», que no sin algunos riesgos y limitaciones. Marías observa:

> La existencia de bancos de datos, el almacenamiento de copiosa información disponible y que se puede actualizar en el momento deseado, es una tentación demasiado fuerte a contentarse con eso, a creer que ya se tiene el conocimiento cuando se han conseguido los materiales o recursos para empezar a pensar.

La electrónica encubre y promueve la proeza de los sabios cuantificadores que dicen haber cumplido con sólo la publicación de tablas y cuadros estadísticos. Por lo demás, según Marías,

> las enormes posibilidades de almacenamiento, actualización y disponibilidad de los computadores, la extremada facilidad de su utilización y la mecanización del conocimiento que todo ello permite, favorecen la tendencia a limitar las cuestiones a aquellas que pueden ser tratadas mediante computadores.**[22]**

Algunos de los historiadores de brillo y trueno, asistentes asiduos a las reuniones sabias, socios de todos los comités celebratorios, directores perpetuos de institutos, sacan las castañas con la mano del gato, se hacen pagar equipos de asistentes, ayudas de investigación o negros. Como en los demás países del mundo, en México son cada vez más los jóvenes universitarios, codiciosos y dóciles, dispuestos a cosechar noticias en bibliotecas y archivos para gente con fama, pecunia y poder. El trabajo en equipo para la recopilación de material ofrece algunas ventajas indudables. Varios lectores de documentos leen más que uno por la simple razón de que muchos ojos ven más que un par. Con ejércitos de fichadores se logran impresionantes ficheros que nunca podría reunir la más asidua rata de biblioteca. Empero, como es muy difícil que el responsable de una investigación logre compartir con otros su proyecto a cabalidad, sus negros no siempre leen y copian lo pertinente para los fines del patrono. Por otra parte, no suele ser virtud de los humildes acarreadores de datos la honestidad. La cacería de documentos es más rápida y más cómoda si se dispone de ayudantes de investigación, pero seguramente es menos justa y poco adecuada para seguir transitando bien por los caminos de la historia. Los equipos para reunir información acerca de tales o cuales acontecimientos ni son justos ni confiables.

El recoger datos en bibliotecas y archivos es tan placentero para muchos que lo convierten de medio en fin. La compilación de testimonios ha llegado a ser una manía irreprimible. Las universidades aceptan tesis de licenciatura que son meras compilaciones. Los historiadores que se cortan la coleta en la etapa heurística del camino suelen recibir los apodos de émulos de la polilla, historiadores-hormiga, historiadores-oruga, y en el mejor de los casos, eruditos. Se trata de gente que hace guías bibliográficas y archivísticas, compilaciones documentales e historias de tijeras y engrudo. Es una especie de ratones de biblioteca y archivo que son atrapados por la obsesión compiladora debido a muy distintas causas. Una de ellas puede ser el haberse sumergido en la busca de papeles sin presupuestos teóricos, sin saber con exactitud la meta, sin la imagen interina del acontecimiento buscado y sin poner límites precisos a la investigación. El que no sabe con exactitud a dónde va puede llegar a ser un distinguido bibliógrafo, hacedor de largas listas de libros y documentos o un notable coleccionista de pruebas históricas o un antologo de autores importantes acerca de un tema. La historia de la historiografía mexicana ofrece multitud de ejemplos de historiadores incapaces de salir o que se demoran en la etapa de recolección de documentos. Con todo, algunos de esos maniacos han llegado a ser glorias nacionales, epónimos de avenidas, como don Francisco del Paso y Troncoso, quien no se limitó a la junta privada de documentos. A él se deben

corpus o colecciones documentales

metódicamente clasificadas y entregadas a las prensas para bien de los estudios históricos de tema mexicano. La escuela positivista, tan mimada por el poder durante el porfiriato, auspició la hechura de corpus de documentos inspirados en dos compilaciones españolas de interés para América: 1) *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las posesiones españolas de América y Oceanía*, Madrid, 1864-1888, 42 vols., y 2) *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de ultramar*, Madrid, 1885-1932, 25 vols.[23] También de los archivos españoles, Francisco del Paso y Troncoso sacó sus dos célebres compilaciones documentales: los *Papeles* y el *Epistolario de la Nueva España*.[24]

En tiempos del porfiriato se formó un número grande de colecciones privadas que dieron la materia prima a muchos libros de erudición. De

estantes privados salieron obras de tan alta valía como la *Colección de documentos para la historia de México* de don Joaquín García Icazbalceta.[25] Como los archivos públicos del país eran la viva imagen del desbarajuste, los idólatras del documento se hacían sus propias capillas documentales, en algunas ocasiones con piezas extraídas de la documentación pública, y en otras con copias sacadas de archivos extranjeros, como fue el caso de Icazbalceta. De los archivos públicos mexicanos salieron, para imprimirse, colecciones de la mayor importancia: 1) J. E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México. De 1808 a 1821*, México, 1877, 6 vols.; 2) Genaro García, *Documentos históricos mexicanos*, México, Museo Nacional de Antropología, Historia y Etnología, 1901-1911, 7 vols.; 3) Genaro García, *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, publicados en la ciudad de México con la ayuda de Carlos Pereyra entre 1905 y 1911.[26] En suma, como las fuentes son inagotables es muy plausible el facilitar su consulta permanente mediante la impresión, y no sólo de las fuentes políticas o de las producidas por los grandes pensadores.[27]

La publicación crítica de fuentes para la historia económica y social fue una tarea que estuvo en boga en el segundo tercio del siglo actual. Publicaron colecciones multivoluminosas historiadores que superaban ampliamente el nivel de la pura erudición, como Luis Chávez Orozco, responsable de once volúmenes de *Documentos sobre las alhóndigas y pósitos de Nueva España* y siete sobre la *Historia del comercio exterior de México*;[28] Agustín Millares Carlo, aparte de la edición de los inéditos del señor Del Paso y Troncoso, hizo el *Índice y extractos de los protocolos del archivo de notarías de México, D. F.*, y Silvio Zavala, entre otras obras de la misma especie, ha dado a las prensas por dos veces sus *Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España* y las *Ordenanzas del trabajo. Siglos XVI y XVII.* En ambas se reproducen los documentos con la máxima pureza y de modo claro y legible.[29]

Los gobiernos de la revolución mexicana no sólo se han limitado a juntar en archivos documentos probatorios de sus proezas; han impreso, con la ayuda de docenas de eruditos, enormes series documentales como la que lleva el nombre de Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, o las menos extensas de Isidro Fabela (*Documentos históricos […]*) y Manuel González Ramírez (*Fuentes para la historia de la revolución mexicana*).[30] También se han hecho y publicado compilaciones

de documentos relativos a las figuras mayores de la historia de México. Sirva de botón de muestra la de Carlos Herrejón sobre Morelos.[31]

Algunas personas han obtenido su título de historiador con tesis de tema archivonómico, con útiles guías de archivos. Muchos historiadores (Manuel Carrera Stampa, Israel Cavazos Garza, Luis Chávez Orozco, Francisco Fernández del Castillo, Francisco Gamoneda, Lino Gómez Canedo, Gloria Grajales, Eulalia Guzmán, Agustín Millares Carlo, Rafael Montejano, Antonio Pompa y Pompa, Cayetano Reyes, Ignacio Rubio Mañé, Berta Ulloa, María del Carmen Velázquez y Silvio Zavala) no se han considerado menoscabados por haber hecho llaves o guías de archivos interesantes para la historia mexicana.[32] Todavía más, algunos historiadores muy jóvenes, como Óscar Mazín, siguen ejerciendo alegremente el deporte de la compilación documental y las guías de archivos para la imprenta. Otros, como Gerald McGowen, han echado mano de las nuevas técnicas electrónicas en la elaboración de registros documentales que le permiten al historiador entrar, con mayor rapidez y eficacia, en la dura y tediosa etapa crítica, asunto del siguiente capítulo.

Proceso a las respuestas de la fuente

Las operaciones críticas

preceden, acompañan y siguen a las operaciones de recolección o pepena de testimonios escritos, restos, relatos orales, documentos y fotos, y no pueden saltarse a la torera. Muchos historiadores de fama creen, como Handlin, que «el que fracasa como crítico fracasa también como creador».[1] La serie de análisis y comparaciones tendientes a fijar el aguante de los testimonios recogidos acerca de un asunto, se descompone en cuatro momentos. Para comenzar, se determina si las fuentes de que se dispone son auténticas o fraguadas. Luego se averigua si son fiables o creíbles. En tercer término, se leen e interpretan para saber lo que dicen, y por último se procede al careo o verificación de los testimonios. Las cuatro estaciones técnicas de la crítica son duras y a veces infructuosas. Quizá por eso los chambones, como Herodoto, se limitan a repetir lo dicho por sus fuentes, se reducen a la hechura de una historia que don Ramón Iglesia llamaba del «se dice». El Padre de la Historia sólo se propuso referir lo visto por él y lo que otros le referían y se abstuvo de responder a las preguntas que plantea todo testimonio: ¿Cuándo se produjo? ¿De dónde salió? ¿Quién lo dijo? ¿Está completo y sin retoques? ¿El testigo era veraz? ¿El testigo era competente? ¿Entiendo bien el testimonio? ¿Se contradicen, concuerdan o completan los testigos?

En honor a la verdad, ninguno de los clásicos ni de los medievales se puso a ver si los datos que les proporcionaban sus fuentes correspondían a los hechos, pues el llamado método de autoridades de los helenísticos es una crítica pobre. La crítica seria irrumpió estruendosamente gracias a los humanistas del Renacimiento: Leonardo Bruni, Lorenzo Valla, Nicolás Maquiavelo, Francisco Guicciardini y, sobre todo, el aguafiestas Juan Bodino, el procurador general de justicia de los franceses que vivió entre 1530 y 1596,

autor de un *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, con el cual volvió difícil pero segura la sabiduría histórica. Este pesado puso las bases de la moderna crítica de fuentes y los racionalistas del siglo de las luces construyeron las paredes del monstruoso edificio. En la tarea de hacer historiadores incrédulos tuvo mucho que ver Jean Mabillon (1623-1707) y su *De res diplomatica*, publicada en 1681. El paciente benedictino pidió a los curiosos del pasado que se armaran de paciencia y de duda cartesiana a la hora de someter la documentación a un examen minucioso de veracidad.[2]

A principios del siglo XIX el danés Barthold Niebuhr dio un curso de crítica práctica, un análisis de testimonios que derrumbó la autoridad del afamado Tito Livio.[3] Leopold von Ranke, el pontífice de la historia llamada positivista, dijo que los historiadores debían llenar todas las exigencias de la crítica y la erudición, y muchos metodólogos fanáticos de Ranke se entregaron a describir detalladamente las exigencias críticas. Así lo hicieron Johann Gustav Droysen (1808-1884), Ernst Bernheim (1850-1921), Charles Victor Langlois (1863-1929), Alfred Feder, Gilbert J. Garraghan y muchos otros.[4] Los problemas de la crítica ocupan el treinta por ciento de la *Metodología de la historia*, de Droysen; el diez por ciento de la *Introducción al estudio de la historia*, de Bernheim; la mitad de la *Introducción a los estudios históricos*, de los señores Langlois y Seignobos, y el cuarenta y cinco por ciento de *A Guide to Historical Method*, de los padres jesuitas Garraghan y Delanglez. Para los tratadistas del positivismo histórico lo fundamental del trabajo de los historiadores no es el descubrimiento de lo verdadero sino de lo falso; la cacería de testigos farsantes, mentirosos e incompetentes, por medio de astucias de detective.

También los seguidores de Dilthey, aunque se burlen del hipercriticismo de los positivistas, reconocen la frase acuñada por su patrono: «La historiografía segura sólo empieza con una crítica de las fuentes que constata los hechos verdaderos en los vestigios de la actuación misma y en los relatos acerca de ella, y la historiografía verdadera arranca con una interpretación de las fuentes que es capaz de entender estos hechos como expresión de la vida humana interna».[5] Los historicistas han puesto muchas ganas en las tareas de conocer, descifrar y comprender fuentes; han hecho todo lo posible para leer correctamente los textos escritos e interpretar las huellas terrestres y monumentales. Los historicistas se agarran principalmente de los métodos interpretativo y de avaloración de las fuentes. En los positivistas sobresale la actitud desconfiada, el síndrome paranoico, la preocupación de la tomada de pelo y otros temores que los conducen muchas veces al escepticismo histórico

y la esterilidad. Los historicistas son personas que se acercan con simpatía a los informantes, y los positivistas, con la espada desenvainada.

Ahora se dice que las operaciones críticas son válidas para una historia de tipo historizante o narrativa que echa mano de fuentes literarias. La nueva historia bebe en muchísimas fuentes seriadas que sería imposible someter a una crítica al detalle. El corpus documental que actualmente se maneja en la historia cuantitativa es tan enorme que se ríe de las recomendaciones críticas del viejo Langlois. En todas partes, la tendencia a explotar masivamente los documentos impide la crítica de uno a uno. Quienes historian las épocas remotas para las cuales hay escasos testimonios se permiten el lujo de criticar minuciosamente a los testigos. La mayoría de los historiadores que indagan sobre el pasado inmediato rehúsan perder el tiempo en erudiciones. En el mejor de los casos, descargan las operaciones heurísticas y críticas en los científicos auxiliares de la historia. Como quiera, es conveniente estar informado de las minucias, de los recovecos de la

crítica de erudición,

la crítica hermenéutica y la crítica de credibilidad; leerse una vez en la vida el libro segundo de Langlois y Seignobos, que habla detalladamente de las operaciones analíticas que permiten restituir un texto a su forma original, averiguar el origen exacto de documentos y monumentos, saber qué autores son embusteros y cuáles dignos de crédito, quiénes son unos pobres diablos y quiénes se saben todos los chismes de palacio por su perpetua amistad con el secretario de Gobernación o con la concubina del rey o el señor presidente. La crítica externa es de mucha utilidad para hacer una historia de tijeras y engrudo altamente creíble. Esta crítica tan mimada por los historiadores tradicionales consta de dos pasos: el de integridad o restitución y el de procedencia o autenticidad.

La operación llamada de integridad se ocupa de restituir las fuentes a su forma primera mediante la eliminación de interpolaciones y descuidos. Muchos textos nos llegan sólo en copias por haberse perdido los originales o por otras razones. Es bastante común la divergencia entre las distintas copias y el deber de optar por una variante entre varias. A veces jamás existió un original; así, por ejemplo, los poemas atribuidos a Homero sólo fueron fijados por escrito después de varios siglos de elaboración gradual, transmisión y relativa fijación. Los errores pueden ser detectados por la incorrección gramatical, las contradicciones, el hecho de atribuir a alguien ideas y

conocimientos que no podía tener y otras pifias. Las interpolaciones o palabras y pasajes agregados en el texto por sucesivos copistas se descubren cuando causan problemas lingüísticos o gramaticales, contradicciones y anacronismos. «La genealogía de las copias disponibles constituyen el instrumento esencial de trabajo en el marco de la crítica de restitución».[6]

La operación de procedencia o el conjunto de procedimientos empleados para establecer la fecha, el lugar donde se hizo y el autor de un documento también recibe los nombres de crítica interior o de autenticidad. Su propósito último es decidir si una fuente es auténtica o falsa en relación con un tema. Mediante este tipo de crítica, los eruditos se percatan si un texto es o no tal como lo redactó su autor, quién es éste, cuándo y dónde lo produjo, por qué caminos ha llegado hasta nosotros y otras cosidas por el estilo. Contra lo que pueda creerse, el concepto de autenticidad no ha sido definido de modo claro. Para algunos una fuente es auténtica cuando transmite el texto en su contenido, forma y vocabulario originales, sin cambio alguno. Para otros una fuente es auténtica cuando se conoce el tiempo y el lugar donde se produjo. No falta quien diga que todas las fuentes son auténticas, aunque no conozcamos su origen. Lo cierto es que la idea de autenticidad es cambiante según el uso que se haga de la fuente, según para lo que sirva. Me encontré en un archivo municipal una supuesta merced de tierras dada en 1531 por el virrey Antonio de Mendoza a un pueblo de la ribera sur del lago de Chapala. Para quien investigue el origen de las tierras comunales de Cojumatlán ese documento no es auténtico; pero para quien quiera saber cómo el pueblecito trató de defender sus tierras de la expansión de la hacienda de Guaracha en el siglo XIX, es una fuente auténtica.

Según Langlois y Seignobos la crítica externa o de autenticidad «pone a los historiadores a resguardo de peligros colosales […] Los servicios que presta al eliminar documentos falsos, al descubrir falsas atribuciones, al establecer las condiciones en que han nacido documentos que el tiempo había desfigurado […] han hecho de esta crítica, por estos servicios tan grandes, la crítica por excelencia».[7] En la práctica, los historiadores la ejercitan pocas veces y casi siempre con el apoyo de alguna ciencia o técnica auxiliar de la historia. Quienes escriben libros de historia acuden generalmente a obras cuya autoría, fecha y lugar de escritura y grado de conservación son bien conocidos. Se exceptúa naturalmente a quien toma como tema una fuente histórica.

Los estudiosos de la historia o de la literatura o del arte o de otras formas de comunicación difícilmente se pueden dispensar de la crítica externa. Si

alguien ha escogido como asunto de su investigación las crónicas religiosas de la Nueva España en el siglo XVI, se espera de él que diga cuáles fueron, cómo se llamaban y qué características personales y de grupo teman sus autores, dónde y cuándo se escribieron y si han llegado a nosotros tal como fueron escritas o con interpolaciones, enmiendas, tachaduras u otros desperfectos.

Identificar al autor de un impreso o de un manuscrito o de cualquier otro tipo de fuente no siempre es tarea fácil. La gran mayoría de los impresos da el nombre del verdadero autor. Sólo una minoría cae dentro de la clasificación de anónimos o seudónimos, y en muy pocos casos es difícil identificar al responsable. No así en tratándose de manuscritos o documentos. Aunque existen numerosas fuentes manuscritas firmadas y aun autógrafas, la mayoría son de carácter público y han sido firmadas por emperadores, presidentes o ministros sin ser obra de los firmantes y aun sin haber sido leídas por ellos. También se da frecuentemente el caso de que la firma puesta al pie de un documento es falsificada. Las indicaciones de procedencia en los manuscritos y mecanuscritos jamás son suficientes por sí mismas. Su autoría es en la mayoría de los casos sólo conjeturable. «Cuando no se logra determinar quién es el autor de un documento o parece que las atribuciones propuestas son problemáticas, habrá que buscar en el texto mismo elementos de identificación».[8]

La fecha de impresos y manuscritos generalmente está indicada con veracidad en los textos, y sólo presenta problemas cuando la indicación de data no corresponde al calendario vigente. En tal caso se requiere el auxilio de la cronología. Pero el problema de la datación ha de solucionarse con astucias propias cuando no hay pista clara de la fecha o la que se da es falsa. A veces, al través de la escritura, del análisis de la tinta y el papel, de las decoraciones y otras estratagemas se consigue aproximarse a la fecha de un documento; se logra acortar la distancia entre un *terminus antequem* o límite antes del cual no pudo escribirse el texto en cuestión y un *terminus post quem* o límite después del cual no pudo haberse escrito. Por lo que mira a vestigios materiales, hay diferentes técnicas de fechado: la del carbono 14, cuyos márgenes de error son muy grandes; la de termoluminiscencia, útil para fechar la cerámica, y otras varias que son de la competencia de los arqueólogos y sus técnicos auxiliares. El historiador debe confiar en la buena factura de las aportaciones de los expertos en la autentificación de tepalcates, piedras, osamentas y cicatrices terrestres.[9]

Aquí sólo mencionamos unas cuantas de las reglas del examen de autenticidad; no todas, que son muchísimas. Topolski las divide en preliminares y básicas. Aquéllas incluyen la que dispone ser precavido con las fuentes encontradas inesperadamente y en circunstancias oscuras y con aquellas de las que nadie ha visto el original, sólo copias. Las reglas básicas cabe reducirlas a un par: 1) las características externas de un documento supuestamente original no deben ser anacrónicas, y 2) el contenido del documento no debe diferir del de fuentes auténticas sin lugar a dudas.[10] De tales reglas emanan otras muchas que ponen en práctica, si no los historiadores comunes y corrientes, sí los responsables de la publicación de colecciones de documentos y quienes se dedican de manera destacada a evaluar los libros de historia. La mayoría de los historiadores, cuando su tema no es la fuente misma, descansa en la crítica de autenticidad hecha por arqueólogos, epigrafistas, numismáticos, sigilógrafos, cronólogos, diplomáticos, filólogos, químicos y demás estudiosos de las huellas dejadas por los difuntos.

Los viejos maestros positivistas afirmaban, con toda razón, que un testimonio puede ser auténtico pero no veraz. La inexactitud puede deberse a una conducta involuntaria o a ganas de mentir. Las operaciones críticas que andan tras la caza de errores cometidos involuntariamente reciben la denominación de crítica de competencia. Las que buscan embustes se llaman crítica de sinceridad. Ambos ejercicios aceptan el nombre común de

crítica de credibilidad

o momento aletológico. En este trance ha de saber uno si el informante puede y quiere transmitir información verdadera. El sentido común nos dice que la credibilidad de los informantes es una condición *sine qua non*, que si en las fuentes no hay concordancia entre lo dicho y lo que fue realmente, no se podrán escribir obras de contenido histórico; es imposible hacer novelas verdaderas. Por ende, el historiador procura que los informes en que basa su obra sean verídicos por haber sido hechos por personas competentes y veraces, no por zafios o bribones. Los optimistas creen que casi todo lo escrito es creíble; los pesimistas dicen que las fuentes son fruto, salvo contadas excepciones, de informantes necios o mentirosos. Ambos coinciden en la necesidad de las críticas de competencia y de exactitud al reunir *informes* para *informar* más adelante.

Ahora se concede mucho crédito a las fuentes estadísticas. Sin embargo, la credibilidad mayor en los números no está justificada. Handlin asegura:

> en cuanto a la calidad, el testimonio cuantitativo no es peor, pero tampoco mejor que otro cualquiera. Al precisar su nivel de exactitud, se debe considerar hasta qué punto trabaja la computadora con fragmentos, con sustitutos y con representantes, partiendo de cualquier lugar que accidentalmente sobreviva de un pasado que no guardó los registros ad hoc.[11]

Por lo que mira a la historia de México, las fuentes estadísticas las han elaborado, en muchas ocasiones, incompetentes o engañabobos. El que sabe cómo se han hecho los censos de población de la república mexicana los usa con especial prudencia. Son mucho menos creíbles los censos agrícolas, industriales y mercantiles. Las estimaciones numéricas sobre la gente y sus actividades económicas en la vida de México del siglo XVI al XIX aún suelen ser menos fiables que los censos.

Ninguna fuente está libre de incompetencias y embustes. A todas habrá que someterlas a la investigación de sus decires; examinarlas mediante cinco operaciones denominadas crítica de competencia, crítica de sinceridad, crítica de exactitud, verificación de los testimonios y crítica de interpretación, operaciones que no necesariamente se dan en el orden mencionado ni tampoco de manera independiente unas de otras.

La crítica de competencia quiere saber cómo el autor conoció el hecho relatado y hasta qué punto fue capaz de comprenderlo bien. Este análisis crítico recomienda someter a examen las condiciones psicológicas del testigo, el divisadero desde el que observó los hechos narrados, las posibilidades de observación del hecho atestiguado, las fuentes usadas por la obra escogida como fuente y las operaciones críticas realizadas por el autor del testimonio. Los tres primeros análisis se aplican a las fuentes primarias, y los dos restantes, a las secundarias. Por ejemplo, se analizan las *Cartas de relación* de Hernán Cortés a través de la índole psicológica, el carácter de jefe y la mirada desde el lado español de quien recorriera triunfalmente las costas del golfo de México y los diversos señoríos mesoamericanos hasta llegar a la populosa sede del emperador Moctezuma. Por su parte, el examen de competencia de una obra como la *Historia moderna de México* de Daniel Cosío Villegas pregunta por la múltiple autoría de la obra, el profesionalismo y otros aspectos de cada uno de los autores, la prensa periódica que sirvió de fuente al multivoluminoso libro y las operaciones de autenticidad, fiabilidad y hermenéutica aplicadas a las fuentes de la enorme obra de don Daniel y sus ayudantes y coautores.

Para los positivistas no basta con que Hernán Cortés o Cosío Villegas sean competentes. Si los autores de testimonios pasan los exámenes de competencia se los coloca en la categoría de autoridades, pero no se los declara, sin más, fidedignos. Para convertirse en sujetos de todo crédito deben recibir el visto bueno de la crítica de sinceridad, visto bueno que se logra si los autores pasan seis exámenes: 1) el que pregunta sobre los intereses prácticos del informante; 2) el que indaga por costumbres que inclinan a mentir; 3) el que analiza filias y fobias del autor de la fuente; 4) el que busca rasgos temperamentales que empujan a la mentira; 5) el que escudriña las presiones sociales sobre el autor, y por último, 6) el que averigua sobre las posibles inexactitudes de aquellos que mienten para no maltratar sus gustos literarios. Según el viejo manual de Langlois y Seignobos, «el historiador debe desconfiar a priori de toda afirmación de un autor, porque ignora si es mentirosa», y por ende ha de someterla a los exámenes exigidos por la crítica de sinceridad.[12]

Otras exigencias provienen de la crítica de exactitud que trata de descubrir los errores involuntarios cometidos por un autor al tratar de describir un hecho. Tales errores o pifias se producen generalmente a causa de creencias y prejuicios, distracciones, poca lengua, credulidad y chismes de que nadie se libra. Por ejemplo, la fe novohispana en cuanto a milagros, aparición de difuntos y demonios puebla las crónicas coloniales de hechos milagrosos y apariciones de desaparecidos y de ángeles buenos y malos de cuya realidad dudan los clionautas de ahora, incluso los creyentes en milagrerías y diabluras. Una de las misiones de la crítica de exactitud es la de limpiar de hechos sobrenaturales los testimonios cultos de los siglos XVI, XVII y XVIII, y los populares anteriores y posteriores a los de aquellas centurias. También descubre noticias inexactas debidas a distracción o poco espíritu de exactitud o lagunas de la memoria de algunos autores que dan cuenta de una actividad, siguen el curso de un suceso, rememoran su vida y la de sus allegados o producen cualquier otro tipo de testimonio. Muchas veces los memorialistas son torpes en la expresión y dicen una cosa por otra. En ese caso, el crítico debe descubrir lo que se quiso decir y no se pudo declarar plenamente. En muchas ocasiones el informante repite clichés, no cosas que haya visto o le consten. La crítica de exactitud se encarga de expulsar de las fuentes todas las inexactitudes involuntarias, ya por ser propias de la cultura del testigo, ya por imputables a su torpeza.[13]

La desconfianza de los profesores Langlois y Seignobos rara vez la pone en práctica el historiador común y corriente. Éste tira a creer que no son tan

comunes los trucos y cojeras como creen los ilustres metodólogos. Por regla general, se considera fidedigna la mayor parte de los testimonios primarios. Por lo que mira a los secundarios, se atienen con frecuencia al juicio de los historiadores de la historia. Muchos historiadores mexicanos, antes de usar una historia como fuente, indagan la credibilidad que le descubren los historiógrafos. Todavía no existe una historia de la historiografía mexicana que dé cuenta en un solo libro de las mañas e ineptitudes de todos los historiadores mexicanos y extranjeros que han escrito sobre México, pero sí hay abundantes estudios historiográficos que se ocupan de uno o de varios historiadores. Sirvan de ejemplo Manuel Alcalá, *César y Cortés*; Arturo Arnáiz y Freg, «Alamán»; José Bravo Ugarte, «Historia y odisea vasconceliana»; Daniel Cosío Villegas, *La historiografía política del México moderno*; varios artículos de Rosa Camelo; José Durand, «Gomara»; Francisco Esteve Barba, *Historiografía indiana*; Gabriel Ferrer, «Historia de la historiografía yucateca»; Enrique Florescano, *Memoria mexicana*; Gloria Grajales, *Nacionalismo incipiente en los historiadores coloniales*; Juan Hernández Luna, *Imágenes históricas de Hidalgo*; Ramón Iglesia, *Cronistas e historiadores de la conquista de México*; Wigberto Jiménez Moreno; Miguel León-Portilla, «Tendencias en las investigaciones históricas en México»; Álvaro Matute, numerosos libros y artículos, y desde luego Edmundo O'Gorman y Silvio Zavala.**[14]**

La crítica de credibilidad goza de poco crédito en estos días. Hoy predomina la credulidad moderada. Se desconfía de las memorias autobiográficas, de los discursos celebratorios, de las historias de bronce, de la propaganda, de la mayor parte de las fuentes informativas. Aun después de someterlas al examen crítico y de declararlas auténticas, competentes y veraces, siguen inspirando desconfianza, se las anatematiza tachándolas de voz del grupo de los explotadores, arma del aparato gobernante, discurso ideológico que descubre intereses en vez de hechos. En cambio, se manifiesta mucha confianza en los libros de los notarios, en las actas parroquiales, en la literatura popular, en el fisco y en las antiguallas que no se hicieron con fines de comunicación. Por otra parte, los mitos, tan repudiados por los positivistas, se han vuelto fuentes amadísimas de los historiadores de la mentalidad popular. Así pues, dos viejas operaciones críticas están en crisis, pero la llamada

crítica de interpretación

sigue boyante, sin raspaduras. Como todo mundo sabe, es necesaria la interpretación correcta de cualquier fuente para determinar lo que dice y lo que ha querido decir. Mediante la crítica de interpretación se pasa de los signos del documento a la cosa significada por tales signos; se transcurre de la expresión a la conciencia que se ha expresado. Se trata de un par de operaciones que también reciben el nombre de hermenéutica. El momento interpretativo generalmente es anterior o simultáneo a los dos anteriores, al de autenticidad y al de credibilidad, aun cuando se ocupen de él los metodólogos en tercer término. Para algunos historiadores la hermenéutica es el punto cumbre de la labor histórica. Para los historiadores de las ideas significa la llegada al puerto anhelado.[15]

Mediante los ejercicios de comprensión o hermenéuticos se deja bien sentada la naturaleza del conjunto testigo-testimonio; se desemboca en el ser del documento. Para la cabal intelección de la fuente se piden tres maniobras: la del desciframiento de las palabras, la de captura de las ideas y la de cacería de hombres y haceres humanos. Conduce a la comprensión de un testimonio el conocimiento de las peculiaridades lingüísticas en que está escrito, el entender las ideas que contiene e intuir el jaez de quien lo produjo.[16]

No por ser una perogrullada debe callarse el aforismo que dice: para iniciar la comprensión de un testimonio del pasado se debe conocer la escritura y la lengua en que está escrito. Ni duda cabe de que la falta de entendimiento de los signos alfabéticos no permite ni siquiera la lectura de los fonemas. Antes que nada se necesita descifrar, lo cual suele ser sumamente fácil si se trata de textos impresos o de manuscritos del pasado inmediato del círculo cultural propio. Muchas veces, aun sin salirse de la historia del propio país, se debe acudir al auxilio de las ciencias de la escritura, por lo menos de la epigrafía, la paleografía y la criptografía. Nadie que quiera leer manuscritos de las dos primeras centurias de la Nueva España podrá hacerlo sin la ayuda de la paleografía, y en concreto, sin servirse del *Álbum de paleografía hispanoamericana, siglos XVI y XVII*, de Agustín Millares Carlo.[17] De hecho, ningún historiador de asunto hispanoamericano necesita saber todos los tipos de escritura habidos al través de cinco mil años. La paleografía es un conjunto numeroso de técnicas autónomas. Por regla general, un historiador se contenta con el dominio de una de las paleografías. Aun hispanoamericanista le sirven de muy poco las paleografías griega, romana y aun medieval, pero si se ocupa del mundo americano de la época española requiere de la paleografía hispanoamericana.

Otra perogrullada: para comprender lo dicho por un autor hemos de conocer la lengua que usa. Como toda lengua cambia en el tiempo y varía según las regiones, la obligación lingüística incluye el conocimiento de la lengua de la época y la lengua del país de que se trate. Todavía más: ha de conocerse la lengua del medio o los giros usados por la corporación a que pertenece el responsable de un texto, pues varían los modos de escribir del ejército, de la Iglesia, de la administración pública y demás cuerpos sociales. No menos importante es el conocimiento del vocabulario y otras manías lingüísticas personales de un autor, y por último, ha de tenerse en cuenta el sentido general del texto, comúnmente llamado contexto. En suma, si se aspira a comprender lo que dice Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, los metodólogos recomiendan conocer los hábitos lingüísticos del segmento socio-cultural al que pertenecía el cronista y las expresiones personales de Bernal Díaz.[18]

Por añadidura, el historiador debe captar el verdadero pensamiento del autor; aparte de lo que dijo, lo que quiso decir.

> La alegoría o el símbolo, la ironía, la burla, la alusión e incluso una simple figura de lenguaje (por ejemplo, la metáfora, que consiste en trasladar el sentido propio de una palabra a otra que sólo le conviene en virtud de una comparación sobreentendida: la luz del espíritu) pueden ocultar el pensamiento del autor […] Los símbolos y las figuras del lenguaje abundan en los textos religiosos, en las cartas privadas y en los textos literarios. Si queremos evitar los contrasentidos o interpretaciones erróneas nunca hemos de pretender *adivinar* qué quiso decir el autor […] Si el texto es ambiguo, no debemos inclinarnos por la interpretación más favorable a nuestra propia tesis, sino señalar sinceramente el sentido más probable.[19]

Las recetas de los metodólogos no tienen fin. Entre otras muchas cosas, ordenan deslindar clara y distintamente cada una de las principales ideas filosóficas, científicas, políticas, artísticas, religiosas contenidas en el texto sometido a interpretación.

La lectura de textos es una actividad no por reciente menos brillante en el ámbito culto de este país. Desde la incorporación del doctor José Gaos a El Colegio de México y a dos universidades mexicanas, desde los años cuarenta de este siglo, el análisis de textos, y sobre todo la hermenéutica o comprensión de las fuentes, se volvió curso normal en las facultades de filosofía y letras. En el seminario para el Estudio de las ideas en Hispanoamérica, creación del doctor Gaos, se formaron excelentes lectores de textos y doxógrafos. Él condujo a Leopoldo Zea, Luis Villoro, Bernabé Navarro, Andrés Lira y otros alumnos a establecer el sentido literal e ideal de algunos textos importantes, principalmente de textos del siglo de las luces. Varios de los alumnos del maestro español, además de repensar ideas ajenas

como lo manda Collingwood, fueron hasta la develación de móviles, motivos y causas de los pensadores. Del famoso seminario del doctor transterrado salieron obras de hermenéutica que son ya clásicas en nuestra región. Así *La idea del descubrimiento de América,* de Edmundo O'Gorman; *El positivismo en México,* de Leopoldo Zea; *Los grandes momentos del indigenismo,* de Luis Villoro; *Dos etapas ideológicas del siglo* XVIII *en México,* de Monelisa Lina Pérez Marchand; *Introducción de la filosofía moderna en España,* de Olga Quiroz; *Los eclécticos portugueses,* de Carmen Rovira, e *Introducción de la filosofía moderna en México,* de Bernabé Navarro.[20]

Leo en Lonergan: «Los hechos no aparecen antes de que los datos hayan sido comprendidos».[21] Pero eso no es todo. Todavía falta el último examen de las fuentes, que se denomina en la jerga de algunos metodólogos la prueba del contrapunto o

verificación de testimonios,

cuyo propósito es el de descubrir la verdad de los decires de las fuentes mediante el careo de éstas. Es una tarea relativamente fácil en la historia moderna y contemporánea, sobre todo si lo que se historia es la trayectoria de la crema económica, política y cultural. Del último medio milenio y de los estratos cimeros de las sociedades humanas, suele haber muchos testigos de cada hecho histórico importante.[22] Los historiadores hispanoamericanos, generalmente entretenidos en asuntos de sus propios países posteriores a la invasión española del siglo XVI y en hazañas de héroes y campanudos, no pueden prescindir de la verificación de los testimonios, casi siempre abundantes. De la historia antigua y medieval sólo disponemos a menudo de un testimonio. Los historiadores, generalmente europeos, interesados en épocas remotas pocas veces pueden darse el lujo de contraponer sus testimonios. Los helenistas, los latinistas y los medievalistas rara vez afirman algo de modo firme por aquello de *testis unus, testis nullus*, porque, según Aristóteles y otros exigentes, no es legítimo creer una afirmación basada en la autoridad de un solo autor.[23] «De no hacerlo así, se puede llegar a la curiosa paradoja de que los hechos conocidos por una multitud de documentos contradictorios parezca que están menos probados que los sostenidos en un testimonio único».[24]

El problema del testigo único es poco frecuente en la historiografía hispanoamericana. Aun si nos ocupamos de la historización del pueblo y no

de las minorías rectoras, de asuntos económicos y culturales y no políticos, podemos ejecutar la operación del careo de testimonios. Casi siempre existen varias visiones acerca de un mismo hecho. Para afirmar los sucedidos del pasado colonial y nacional de Hispanoamérica es posible la comparación de diversos testimonios independientes que quizá se contradigan o concuerden y tiendan a completarse. En algunos casos asustan por el número. La historia mexicana, desde la conquista española hasta nuestros días, ofrece multitud de testimonios acerca de cada uno de los llamados hechos generales, acerca de acontecimientos cumbres, estructuras y doctrinas de aceptación común. En nuestra situación historiográfica es posible comparar numerosos testimonios acerca de los imperios tenochca y purépecha, de los señoríos que lograron escapárseles a los imperialismos aborígenes, de la caída de Tenochtitlán en poder de los españoles y sus aliados, la encomienda, la esclavitud, la servidumbre y la evangelización de los indios, la insurgencia de Hidalgo y sus feligreses, el latifundio y el peonaje, la pérdida de medio territorio nacional como consecuencia de la invasión norteamericana, y otros. Acerca de sucesos de menor bulto, el número de testigos disminuye notablemente, pero muy pocas veces nos topamos con el testimonio único y la imposibilidad de la verificación.[25]

Cuando las fuentes, después de pasar los exámenes de autentificación, competencia y certidumbre, concuerdan en lo general sobre un hecho y no son meras copias de un testimonio previo y único, el historiador declara verídico al hecho en cuestión. Si dos testigos sobre el mismo asunto dicen cosas diametralmente opuestas, se da por seguro que uno de ellos es falso. Si no es posible decidir entre dos informantes valiosos en parte distintos, se consigna la versión de cada uno de ellos. La concordancia absoluta es sospechosa; hace pensar que alguien copió a otro. En este caso se debe averiguar, con los recursos de la crítica externa, quién es copia y quién testigo original.

> Nuestra razón rehúsa admitir que dos observadores colocados necesariamente en dos puntos distintos del espacio y dotados de facultades de atención desiguales hayan podido notar, punto por punto, los mismos episodios; al igual que no aceptaría que dos escritores, trabajando independientemente el uno del otro, hubieran fortuitamente escogido los mismos términos, entre las innumerables palabras del idioma francés, y los hubiesen reunido de la misma manera para contar las mismas cosas.[26]

Se puede asegurar que la operación consistente en el enfrentamiento de dos o más testigos de un acaecer único es muy fecundo para conseguir proposiciones históricas verdaderas o con una elevada dosis de certidumbre. Sin embargo, no hay reglas mecánicas que conduzcan necesariamente a la

evidencia. Si fuera así, ya habrían desaparecido los debates acerca del derrumbe de Madero, la convención de Aguascalientes, el automóvil gris, la muerte de Zapata, la muerte de Carranza, los convenios de Bucareli, el fusilamiento de Serrano, el asesinato de Obregón, las entrometidas de mister Morrow, las elecciones de 1929, la balaceada de Ortiz Rubio, la pugna Calles-Cárdenas, la rebelión de Cedillo, los tesoros del Vita, la matanza de sinarquistas en León, la matanza del 2 de octubre, la masacre del 10 de junio, el fraude electoral de Chihuahua en 1985, para sólo citar algunos hechos importantes acaecidos en México en fechas relativamente cercanas a nosotros y que siguen siendo muy controvertidos.[27]

Los resultados de la verificación suelen ser de muchos tipos. A veces cabe afirmar el hecho con absoluta certeza. En numerosas ocasiones, la multitud de testimonios distintos, independientes y de valía semejante impiden llegar a una conclusión verídica. En muchos casos unos testimonios completan a los otros y conducen a la cosecha de un dato redondo y sin lagunas. No pocas veces numerosos testimonios afirman hechos que los sabios actuales declaran inadmisibles. Hoy el *non posse* da origen al *non esse*. Para los cultos de nuestra época no existen prodigios avalados por miles de ojos. En cambio, se aceptan muchos hechos del común aunque sólo consten en una fuente. Para establecer sus evidencias o datos ciertos, el historiador echa mano de multitud de testimonios, pero también de su código de credulidad.[28]

Quienes desprecian al historiador detective se declaran amantes de la historia de las estructuras o de los tiempos largos, «y esto hasta tal punto que quizás ha llegado ya el momento de la reacción». Por afecto a lo genérico y profundo, «la cultura histórica corre el peligro de abandonar la realidad concreta y de disolverse en humaredas abstractas. Recordemos constantemente a los jóvenes que la historia de la civilización (así como cada uno de sus historiales especiales) ha de proyectarse sobre una tupida red de nombres, fechas y sucesos concretos, y que los hechos políticos, que suelen ser los mejor documentados, proporcionan la trama sólida de tal cañamazo».[29] La historia fáctica no está moribunda, pero tampoco puede aspirar a ser la única.[30] Ningún historiador de fuste se limita a reunir e hilvanar testimonios verdaderos. Todos, en mayor o menor medida, agregan comentarios u ornamentos a lo dicho por las fuentes, productos de las operaciones de comprender, explicar y juzgar que comentaremos en seguida.

Comprender, explicar y juzgar

las razones y las causas

de los acontecimientos es algo que se pide a una narración histórica. Fuera de quienes compilan documentos o componen relatos de tijeras y engrudo o hacen historia puramente doxográfica, los profesionistas vulgarmente llamados historiadores avanzan contra el huracán de la explicación. Contestar a las preguntas de qué cosas ocurrieron y cómo ocurrieron es regodearse con la placentera práctica del chisme, pero dar respuesta a los porqués de los sucedidos es meterse en un nudo de dificultades. La explicación pone a prueba el talento del estudioso del pasado. Quienes consiguen responder satisfactoriamente a los porqués que se les atraviesan son aclamados como científicos; es decir, como poseedores de la forma paradigmática de conocimiento. Ni por ésas son plenamente conscientes de cómo explican. La teoría de la explicación histórica es quebradero de cabeza de filósofos, aunque también debiera serlo de historiadores. Para quienes escriben historias sería conveniente enterarse de las arduas discusiones acerca de los conceptos de explicación, causa, regularidades, leyes del desarrollo, filiación, condición necesaria, móviles, motivos e impulsos.

Sin previa discusión sobre si se puede y cómo averiguar los porqués de los acontecimientos históricos, los historiadores de todas las épocas se han puesto a la ímproba labor de descubrirlos. Después de todo, la historia no es un estudio tan desinteresado de las acciones del pretérito como creen algunos. El saber histórico se propone, como todo conocimiento, «captar la realidad para orientar con acierto nuestras acciones».[1] Herodoto de manera esporádica y Tucídides con mayor insistencia proponen causas para explicar ciertos acaeceres y volverlos útiles para la vida práctica. Cicerón no tuvo oportunidad de escribir historia, pero sí dijo que tan conspicua maestra de la vida «al

referir los hechos debía poner de manifiesto todas las causas y señalar el papel que, en cada caso, desempeñaban la fortuna, la prudencia o el arrojo».[2] Aun en los cronistas de la Edad Media hay conatos de explicación. En ellos y en nuestros cronistas de Indias se alude con frecuencia a una causa mayor de carácter divino y a numerosas causas segundas. La preocupación de los historiadores modernos por hacer transitable el tramo crítico de la ruta histórica descuidó la parte interpretativa por centurias. Johann Gustav Droysen, en el verano de 1857, proclamó que la etapa cumbre del método histórico era la etapa etiológica.[3]

En la segunda mitad del XIX fue notable la controversia sobre la explicación del acaecer histórico. Thomas Carlyle (1795-1881), Auguste Comte (1798-1857), Herbert Spencer (1820-1903), Antoine A. Cournot (1801-1877), Henry Thomas Buckle (1821-1862), Jacob Burckhardt (1818-1897), Hippolyte Taine (1828-1893), Karl Marx (1818-1883), Friedrich Engels (1820-1895), Wilhelm Windelband (1848-1915), Wilhelm Dilthey (1833-1911), Karl Lamprecht (1856-1915), Alexandru Dimitriu Xenopol (1847-1920), Georg Simmel (1858-1918) y Ernst Bernheim (1850-1942) discutieron ampliamente y publicaron mucho sobre el problema de la explicación histórica. Los sucedieron en el debate H. Rickert (1863-1936), Friedrich Meinecke (1862-1954), Ch. V. Langlois (1863-1929), Max Weber (1864-1920), Benedetto Croce (1866-1952), Ernst Troetsch (1865-1923), M. N. Pokrorski (1868-1932), Marc Bloch (1886-1944) y otros muchos. Robin G. Collingwood (1889-1943) acalora la discusión con un libro publicado tres años después de su muerte. También se atribuye a la segunda guerra mundial el haber avivado la preocupación por el porqué de la historia. En el quindenio 1940-1955 no menos de cien filósofos, científicos sociales e historiadores les pidieron a éstos explicaciones convincentes. En esa controversia tomaron parte Carlos Antoni, Raymond Aron, Henri Berr, Jacques Barzun, Isaiah Berlin, H. Butterfield, Lucien Febvre, Patrick Gardiner, José Gaos, P. Harsin, Carl Hempel, Errol Harris, Ramón Iglesia, Karl Lowith, José Antonio Maravall, Herbert H. Muller, Emerey Neff, Edmundo O'Gorman, F. M. Powicke, Erich Rothacker, Joseph R. Strayer, Arnold J. Toynbee, W. H. Walsh, H. G. Wood y Bertram Wolfe.[4]

En los últimos treinta años, Louis Althusser, Karl-Otto Apel, Étienne Balibar, Geoffrey Barraclough, Enrique Ballestero, R. Berkhofer, Isaiah Berlin, Manfred Bierwisch, Fernand Braudel, Edward Hallett Carr, Germán Carrera Damas, Ciro F. S. Cardoso, Pierre Chaunu, Noam Chomsky, William Dray, G. R. Elton, Josep Fontana, Hans Freyer, Michel Foucault, Hans-Georg

Gadamer, Louis Gottschalk, Carl Hempel, Witold Kula, Emilio Lledo, David Hackett Fischer, Jorge Lozano, Georg Lukács, Charles Morazé, Antonio Morales Moya, Lesek Nowak, George Novack, Carlos Pereyra, Karl Popper, M. M. Postan, M. H. Quintanilla, Carlos Rama, Paul Ricoeur, Pierre Salmon, Adam Schaff, R. Sedillot, Helmut Seiffert, Theodor Schieder, Lawrence Stone, Jerzy Topolski, W. H. Walsh, Lynn White Jr., Reinhardt Wittram, Corina de Yturbe y no sé cuántos otros más discuten apasionadamente sobre el momento cumbre de la investigación histórica, los nuevos medios de que dispone ahora el historiador para convertir su trabajo en ciencia, la búsqueda de generalizaciones objetivas, la idolatría de las computadoras, los niveles de conceptualización aceptables, el callejón sin salida de los modelos explicativos de ayer, la grandeza y la servidumbre de la filosofía especulativa de la historia, el intento de alinear a Clío con las ciencias sociales mediante la obligación explicativa, los medios que pueden transfigurar la historia en una disciplina nomotética, el vejamen y la defensa de las explicaciones intencionalistas, el papel de la filiación, la teoría de las estructuras, el neomarxismo y otros problemas relacionados con el proceso de pensar el pasado del hombre.[5]

Hasta ahora los metodólogos no han podido ponerse de acuerdo sobre la naturaleza y la valía científica de la explicación histórica, y sus disquisiciones se apartan cada vez más del lenguaje inteligible. Entre tanto los historiadores que no han contraído algún dogmatismo morboso siguen aclarando las acciones humanas de otras épocas con la ayuda del propio talento, el sentido común, la imaginación y las recientes contribuciones de las ciencias sociales sistemáticas, las llamadas por Jorge Luis Cassani disciplinas conexas de la historia: la economía, la sociología, la psicología, la etnología y la ciencia política. La tarea de la explicación ha removido el muro que separaba a la historia de las demás ciencias sociales. Los adictos a la matematización y los economistas son uña y carne. La gente de los *Annales*, muchos de ellos hispanoamericanos, les beben los humos a las obras de economía y sociología. Los que han vuelto a la desprestigiada historia del poder se sirven de las aportaciones de la moderna politología.[6]

Los filósofos ofrecen a los historiadores varios modelos explicativos que quizá se complementen entre sí. Los de la camiseta idealista han propuesto una audaz forma de explicación, llamada teleológica, consistente en el descubrimiento de los propósitos de las personalidades difuntas y su relación con los hechos. Los abanderados del positivismo recomiendan la filiación; quieren que se explique por antecedentes; proponen descubrir la génesis de

los acontecimientos. Los de la escuela de los *Annales* han hecho reverdecer la explicación estructuralista. La mayoría de los seguidores de Marx aseguran que éste ha dado con la clave esclarecedora de todo el devenir humano, y por lo mismo se inclinan por el modelo explicativo totalitario y holístico o monocausal. Ninguna de las formas de explicación se excluyen totalmente entre sí. La de

los motivos del lobo

es muy criticada por los neopositivistas y los marxistas, pero ha llegado a ser práctica común de los historiadores que le atribuyen un sujeto a la historia, es decir, la gran mayoría de quienes escriben obras de historia, pues sólo unos cuantos se han atrevido a decir que el decurso histórico, como la naturaleza, no tiene sujeto. «El modelo de comprensión teleológica se presenta como una alternativa plausible frente a las dificultades […] observables en la explicación causal de los acontecimientos históricos». La intencionalidad es el punto decisivo en los actuales desarrollos de este enfoque, a tal extremo que, en una respuesta a sus críticos, Von Wright precisa: «No deseo emplear más el nombre explicación teleológica para el modelo explicativo en cuestión […] me parece mejor nombre el de explicación intencionalista». El rasgo específico de la acción es la intencionalidad implicada en ella.[7] Todo esto se ve a las claras en Collingwood, el máximo formulador de la teoría intencionalista que aquí hemos llamado de los motivos del lobo por un simple recuerdo del declamado poema de Rubén y del aforismo del hombre lobo del hombre.[8]

Según Collingwood, los historiadores responden con sus obras a tres preguntas. La primera es sobre lo sucedido. La segunda indaga el porqué de los sucesos y la tercera inquiere sobre el para qué del conocimiento del pasado. El historiador responde a la primera pregunta con la exhumación de hechos bien documentados; a la segunda, con el acarreo de las ideas y los ideales que fueron el motor de las acciones, y a la tercera, con las moralejas que necesariamente exuda la investigación histórica. La tarea de responder al porqué de los acontecimientos recibe el nombre de explicación, pero sería más justo el término «comprensión». En el lenguaje ordinario se dice que uno comprende a otro cuando penetra en el pensamiento de éste, es decir, en el interior de sus actos.[9] Collingwood distingue en los hechos humanos una fachada y un interior. Entiende por fachada del hecho todo lo que, relacionándose con él, puede describirse a la manera de los cuerpos y sus

movimientos: el cruce de César, acompañado por algunos hombres, de un río al que se llamaba en cierta época el Rubicón. Entiende por interior del acto aquel que sólo cabe explicar al modo del pensamiento: la transgresión de César del derecho de la república. Los historiadores reconstruyen, con el auxilio de las fuentes y de la crítica histórica, el aspecto exterior de las acciones humanas, pero están obligados a rehacer también la parte interna. «Debe recordar que el hecho fue una acción, y que su tarea principal estriba en reflexionar sobre esta acción para discernir el pensamiento del agente».[10]

Ya el viejo Platón había dicho que las acciones humanas se esclarecían suficientemente si se miraba al hombre como un ser racional, perseguidor de fines. Otros muchos han pensado de manera parecida. Explicar una acción es para la mayoría de la gente exhibir el vínculo entre la finalidad, las ideas del personaje histórico para alcanzarla y la obra o conducta del mismo para darle cumplimiento.

> En una explicación intencionalista la acción individual es vista como algo a lo que el agente se encuentra obligado por su intención y su opinión de cómo llevar al cabo el objeto de su intención. Decimos, esto es lo que en estas circunstancias él tenía que hacer y así explicamos, comprendemos, volvemos inteligible por qué lo hizo.[11]

Generalmente el historiador se pregunta por qué Juárez decretó la nacionalización de los bienes eclesiásticos y suele responder con los propósitos que tenía Juárez de aminorar el poder del clero y de conseguir un préstamo de los Estados Unidos para vencer a los conservadores. Para obtener esos recursos se le pidió al gobierno mexicano el aval de las propiedades de la Iglesia mexicana.

Ahora bien, ¿de qué manera se puede conocer el pensamiento de un protagonista de la historia? Parece fácil cuando las reflexiones y los fines del protagonista han sido revelados por éste y son fidedignos. En general es una tarea difícil, y para algunos, imposible. Se habla de la intuición, la empatía, las vivencias y otros recursos del hombre para penetrar en la mente de sus prójimos. Collingwood propone descubrir los propósitos de una acción al través de la misma. Quien investiga el pasado debe mostrarse apto para «reconsiderar el pensamiento cuya expresión procura interpretar». Al través de la acción debe ver qué la inspira, pues toda acción humana enseña la cola de un pensamiento. Sin embargo, la idea de que si se contempla a fondo una aventura como la de Hernán Cortés se descubren los propósitos de ella, Collingwood no pudo completarla. A los cuarenta y tres años de edad sufre un accidente que lo pone fuera del ring. El estallido de diminutas venas de su

cerebro le impide proseguir la loable hazaña de perfeccionar su horadador de cerebros ajenos.[12]

Sin contar a los naturalistas fanáticos, los metodólogos han reconocido méritos en el modelo explicativo cuya formulación arranca de Dilthey y culmina con Collingwood. El marxista Topolski observa: «El historiador debe recurrir a la empatía cuando quiera descubrir los motivos que rigen las acciones humanas destinadas a un fin». Como quiera, «es enormemente difícil hacer uso adecuado del conocimiento propio al describir y explicar las acciones» de gente de otras épocas.[13] En todo caso, la explicación por motivos sólo se puede aplicar a los procesos intencionales de la historia, no a la totalidad del devenir. Sería absurdo el querer explicar lo histórico «sobre el supuesto de que únicamente consiste en una sarta de acontecimientos planeados. Los hombres no son tan calculadores, y aun cuando tratasen de actuar en todos los casos de acuerdo con una política cuidadosamente formulada, se encontrarían con que las circunstancias […] son a veces más fuertes que ellos».[14] Pero el mismo filósofo escribe: «Si es absurdo considerar la historia como una serie de movimientos deliberados, es igualmente absurdo ignorar […] que los hombres desarrollan algunas veces políticas coherentes», hechas conforme a un plan de operaciones.[15]

En el segundo tercio del presente siglo estuvo de moda en México la explicación histórica a la manera de Dilthey, Croce y Collingwood. A estos tres autores los publicó en español el Fondo de Cultura Económica. Los distinguidos maestros José Gaos, Ramón Iglesia y Edmundo O’Gorman fueron entusiastas descubridores de las ideas motoras de la conquista y la asimilación de México por España y de los posteriores avatares de la América española.[16] En esos mismos años, la corriente de pensamiento representada por Rafael Altamira, José Miranda y Silvio Zavala, tres ilustres maestros de tres generaciones distintas, mostraba inclinación por el modelo explicativo caro a los positivistas, por la explicación genética que algún malqueriente del positivismo llamó

chorizos o cadeneta,

a la cual otros llaman encadenamiento causal, filiación o explicación por antecedentes. Entender por los «antes» es la más espontánea de las explicaciones históricas. A todos nos resulta obvio que todo hecho es generado por hechos anteriores y distintos. La llegada de Colón a unas islas

del Caribe nos permite explicar el subsiguiente apoderamiento de esas islas y tierras aledañas por grupos de españoles armados. La conquista militar funge a ojos vista como condición necesaria de la tarea evangelizadora de los misioneros. La empresa de las misiones explica la transculturación de los pueblos indígenas. Para la mayor parte de los historiadores, el curso histórico ofrece las formas de cadenas o chorizos o simples trabazones de unos «antes» y unos «después». A primera vista un trozo del devenir histórico, situado entre dos fechas, unos límites geográficos, en el seno de un sector social y entre ciertas coordenadas culturales, se ve como un conjunto de puntos arrojados al azar. Pero ese mismo trozo de historia contemplado más detenidamente se transforma en una o varias líneas al yuxtaponerse la multitud de puntos y formar líneas rectas, o espirales o eslabones o algo parecido a un sabroso chorizo. «El desarrollo de instantes sucesivos es algo más que una línea discontinua de átomos de realidad, aislados como las cuentas de un rosario».[17] El historiador debe establecer los vínculos entre esos átomos, o en otras palabras, descubrir la filiación de los hechos.

Topolski distingue dos tipos de explicación genética o filiación. El primero simplemente enumera los estadios de desarrollo de un determinado asunto histórico; explícita una cadena en que cada acontecimiento figura como condición necesaria del siguiente. «Se supone, por tanto, que un hecho posterior no habría ocurrido sin la existencia del precedente». El segundo tipo de explicación genética va más allá del simple establecimiento de una secuencia de acaeceres bien comprobados; supera ligeramente a la historia narrativa; procura llenar las lagunas existentes, suplir los eslabones perdidos con acontecimientos imaginados, aunque no de cualquier modo. El atierre de las lagunas consiste en hacer referencia a una ley que diga que un hecho de tal tipo precede normalmente a tal otro.[18] El atierre de las lagunas, si se hace con vigorosa imaginación y con talento, no deteriora el suceder real, pero tampoco se puede decir con suma certeza que los hechos agregados sean idénticos a los reales. Podemos imaginar los brazos perdidos de la Venus famosa, pero no saber a ciencia cierta si esas extremidades superiores fueron como las imaginamos, con sus cinco dedos y demás componentes de una extremidad normal.

Según Pierre Salmon, el historiador parte de los hechos dados a conocer por los documentos para deducir nuevos datos mediante el razonamiento por analogía. Éste

> parte de la existencia de un hecho conocido por la documentación para deducir otro hecho cuya existencia no está demostrada por documentos. En efecto […] los hechos humanos suelen estar

> ligados […] El razonamiento por analogía se basa, pues, en una proposición general derivada del curso de la humanidad y en una proposición particular basada en documentos. Para conseguir una conclusión segura es preciso que la proposición general sea exacta y que la proposición particular sea conocida con detalle.

Así y todo, el razonamiento por analogía no proporciona certidumbre, sólo conjetura, y en el mejor de los casos, una gran probabilidad.[19]

El historiador debe prevenirse contra los abusos imaginativos; al establecer nexos mediante hipótesis procurará evitar los recursos de la novela común y corriente. Por otra parte, ¿cómo unir unos hechos con otros y al mismo tiempo reconocer la autonomía particular, la falta de trabazón de algunos acaeceres? El encadenamiento genético no es fácil, entre otras cosas porque los vínculos causales que se consigue o logra establecer entre los hechos aislados son la mayoría de las veces inciertos, equívocos por múltiples razones: porque los hechos están imperfectamente definidos, porque las series no son nunca del todo aislables, porque los fenómenos exteriores pueden modificar, desviar o paralizar el curso previsto de los acontecimientos.[20]

> Con el fin de obtener un relato coherente, en cierta manera por horror al vacío, con excesiva frecuencia el historiador recurre a generalizaciones, disimulando bajo vagas generalidades lagunas que a veces abarcan varios siglos. Ahora bien, para las épocas antiguas los escasos textos de que disponemos a menudo están separados por soluciones de continuidad. Es lícito situarlos en el tiempo y en el espacio, pero no es lícito juntarlos en un todo coherente. Sacrifiquemos sin vacilar los conocimientos dudosos y contentémonos con lo realmente acontecido.

La investigación histórica a veces sólo nos permite «conocer hechos aislados separados por inmensas lagunas». Es muy riesgoso llenar esas lagunas para conseguir una cadena genética que casi seguramente será falsa, hija de la ficción, no de la verdad histórica.[21] En el mejor de los casos, la filiación, según el parecer de los doctos, no explica a cabalidad. Para Carrera Damas la filiación es un estadio previo que no alcanza a quitarle a la historia el mote, apenas ayer tan prestigiado, de narrativa.[22]

Como si lo anterior fuera poco, la explicación genética sólo es aplicable a una especie de historia muy mal vista por las tres escuelas hegemónicas en el segundo tercio del siglo XX: la de Marx, la de los *Annales* y la de los cliométricos. Las tres escuelas miran desdeñosamente a una historia calificada de historizante, fáctica, miope, superficial, *événementielle*, narrativa, episódica, frágil, inútil, anticuada, tradicional, y en último término, sin porvenir. Según los nuevos historiadores, sólo la historia que recoge sucedidos irrepetibles y relampagueantes utiliza la explicación genética.

Quienes hacen historia de estructuras o de larga duración, quienes se interesan por los aspectos recurrentes de lo histórico, quienes se ocupan más por los espacios que por los tiempos de la vida histórica, quienes prefieren la contemplación de bosques, que no la de árboles y plantas ratizas, difícilmente hacen inteligible sus síntesis históricas mediante la vinculación de causas y efectos propios de la historia genética. Los historiadores de una nueva ola, ya en retirada, proponen otros modelos explicativos; especialmente un modelo que Bauer y Huizinga recomendaban mezclar con el genético. Trátase de un modelo que algunos denominan estructural y otros naturalista. Si se ve a través de él, las historias pierden la figura del chorizo o de la cadena y se nos presentan

como tiestos de rosas

según la expresión del holandés Huizinga. Cassani y Pérez Amuchástegui, advierten:

> La totalidad representa la armonía entre las partes. De esta manera, y aunque haya heterogeneidad entre los distintos hechos históricos particulares, su conjunto presenta homogeneidad y coherencia. El hecho histórico no será ya tal o cual circunstancia individual, sino una circunstancia inmersa en el conjunto que le da sentido, vale decir, que lo hace comprensible: tal es la idea de estructura, mucho más rica que la de serie.[23]

El modelo explicativo estructural o naturalista supone que los seres humanos tienen más naturaleza que historia. Son comprensibles no tanto por sus entrañas ni tampoco por sus aspavientos y por sus frutos, que sí por sus raíces y por la tierra en donde crecen. Si usted cree que la historia humana es una parte de la historia natural y está regida por normas independientes de la voluntad, la conciencia y la intención de los hombres, procurará aclararse el pasado con explicaciones de índole naturalista.

> Nos puede interesar la estructura de un sistema con la intención de señalar su susceptibilidad (o no susceptibilidad) a ciertos cambios, o nos pueden interesar aquellos hechos (dentro o fuera del sistema) que, según ciertas regularidades generales, hacen que las disposiciones de ese sistema hacia ciertos cambios hagan efectivos dichos cambios.[24]

Las estructuras geofísicas, bióticas, sociales y psíquicas de diversos modos empujan el surgimiento de estructuras, coyunturas y hechos de índole histórica. El historiador selecciona lo más esclarecedor y útil de los conocimientos aportados por las ciencias que se ocupan del medio ambiente,

de la especie humana, la organización social y la estructura psíquica del hombre. La explicación histórico-naturalista sigue ordinariamente cuatro caminos.

La explicación geográfica, puesta en uso por el Padre de la Historia, comenzó a ser abusiva en el siglo XVI con Bodino. Éste declaró que la valentía, la inteligencia, los modales, el comportamiento de los hombres y la dignidad de las mujeres son resultantes del universo natural. El conde Montesquieu sostuvo el determinismo geográfico. Otros sabios del siglo de las luces, de cuyos nombres no quiero acordarme, condenaron a los habitantes de América al subdesarrollo o raquitismo del cacumen por vivir en un continente con muy escasas disposiciones para el cambio en un sentido de mejoría.[25] Después de los ilustrados, Buckle, Marx, Ratzel, Ritter y Reclus se refirieron al influjo del clima, la lluvia, la sequía, los ríos, los mares, las costas, las islas, los llanos y las montañas en la vida histórica. En el presente siglo, el mexicano Francisco Bulnes, el yanqui Ellsworth Huntington y el francés Fernand Braudel han aclarado algunas caras de la historia mediante la recurrencia a factores geográficos. La microhistoria no puede evitar la explicación de los sucesos a partir del medio ambiente porque el campesino y su terruño están ligados como el caracol a su concha. La historia campesina se entiende en buena parte por el relieve, clima, suelo, agua, flora, fauna, sismos, inundaciones, sequías, endemias, epidemias y otras conductas de la madre tierra.[26] En suma, la explicación geohistórica no siempre es necia.

La interpretación de un acontecer histórico dado a partir de las modalidades de la naturaleza física de los seres humanos ha caído en descrédito por culpa de Gobineau, Nietzsche, Galton, Carlyle, Grant, los nazis y los racistas norteamericanos. El conde Gobineau quiso explicar el desigual destino histórico de los hombres por la *desigualdad de las razas humanas*.[27] Atribuyó a la naturaleza de la raza teutónica numerosas y grandes aportaciones a la ciencia, el arte y la filosofía. Muchos seguidores de Gobineau pretendieron explicar la vicisitudes de algunas sociedades por el color de la piel, los bucles, la forma de la cabeza y la estatura de sus componentes. Los nazis encontraron tan decisivas las características raciales en la marcha o el retardo de la civilización que decidieron contribuir al progreso humano con la aniquilación de las razas dizque poco fecundas, como la judía. Por lo demás, la teoría racista no ha servido para esclarecer cosa alguna, pero sí para legitimar abusos de las potencias imperialistas en los países débiles, muchos de los cuales son de gente morena, declarada inferior y domesticable por los poderosos. El racismo ayuda a explicar la servidumbre a

la que se sometió a los negros norteamericanos, pero no los pensamientos y los actos de la llamada raza de ébano, que muchas veces son distintos de las ideas y acciones de los blancos, pero por causas que no tienen nada que ver con la oscuridad de la piel y lo ensortijado del pelo.

La explicación de la vida de los pueblos por la textura de las fuerzas productivas y las relaciones de producción ni empieza ni acaba con Marx, pero este hombre con rostro de Dios padre la condujo a su plenitud. Como la interpretación racial, instrumento al servicio de los nazis y los imperialistas, la interpretación socioeconómica también se ha convertido en garrote de poderosas fuerzas políticas, pero sigue manteniendo prestigio universitario. Sobre todo la urdimbre económica de un momento y un país dado les explica ahora a los historiadores un titipuchal de acontecimientos. La preferencia actual por el modelo económico de explicación es muy comprensible si se mira cómo las sociedades de hoy son esencialmente económicas. Marxistas y antimarxistas coinciden en atribuir una gran importancia como recurso explicativo a la estructura material de la vida humana.[28] Charles A. Beard, Edwin Seligman, Witold Kula y otros muchos historiadores han usado y abusado de la vida económica como factor explicativo.[29] Los que antes se entendían como efectos caprichosos del poder político ahora se atribuyen a las fuerzas difusas de la producción de bienes, la oferta y la demanda, el trabajo y las luchas obreras. Después de Marx ni los más recalcitrantes antimarxistas se atreven a negar el valor explicativo de las condiciones económicas fundamentales; sin embargo, la economía no lo explica todo.

La explicación de la historia por móviles psicológicos ha sido la más frecuentada de las explicaciones históricas. Según Marc Bloch, como «los hechos históricos son, por esencia, hechos psicológicos, en otros hechos psicológicos hallan normalmente sus antecedentes».[30] Casi sin excepción, consciente o inconscientemente, los historiadores acuden a términos como lucidez, discernimiento, heroísmo, amor, amplitud de miras, locura, ambición, empuje, valentía, temeridad y miedo para hacer inteligibles las acciones de los grandes hombres, el papel del individuo en la historia en el que todo mundo cree en mayor o menor grado. Según los académicos y la gente municipal y espesa, los mascarones de proa, los Alejandro Magno, Julio César, Mahoma, Gengis Khan, Hernán Cortés, Napoleón, Simón Bolívar, Lenin, Hitler y Mao Tse-tung, los hombres que hacen historia realmente tuercen el curso de los acontecimientos, son la levadura que hace fermentar la pasta humana,[31] y según Gordon Childe, «la chispa que desencadena la explosión».[32] La psicología individual de los grandes hombres se utiliza como factor

explicativo. La mayoría de las veces se hace una explicación vulgar, pero cada vez más se acude a las teorías de Freud, Adler, Jung y otros psicólogos para iluminar las personalidades históricas.[33]

Actualmente se habla también de factores psicológicos colectivos, de una psique social promotora de cambios históricos, del alma de las muchedumbres y del espíritu de la época. Estos aspectos psíquico-sociales son estudiados hoy, con mucho cuidado y pasión, por el grupo de historiadores obsesionados por las mentalidades.[34] Quienes escriben historia general o económica o política o de los valores de la cultura, ya no pueden dispensarse de no conocer los estudios históricos acerca del sentimiento de la vida y la muerte, la actitud sexual, la locura, los sistemas de valores, la religiosidad y otros aspectos del alma colectiva tan caros a los historiadores de las mentalidades. En México, desde 1978, existe un seminario de Historia de las mentalidades y de la religión donde trabajan asiduamente Sergio Ortega, Solange Alberro y Serge Gruzinski.[35]

El modelo estructuralista de explicación tampoco saca al buey de la barranca. Es muy difícil deslindar la estructura o naturaleza de los múltiples sectores del mundo. Las ciencias factuales (física, química, biología, psicología, sociología, economía, ciencia política y otras) aún no descubren todas las aristas y virtualidades de la máquina del universo, del mundo molecular, de los organismos con vida, de la estructura psíquica de los hombres, de las sociedades humanas, las formas de poder, las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Por lo demás, «la explicación por referencia a las disposiciones [de la naturaleza muerta, viva y humana], aunque sigue el modelo general de Hempel, que refleja las regularidades dominantes en el mundo, no abarca el nexo fundamental entre causa y efecto».[36] Decepcionado por las aportaciones de las ciencias al problema de la explicación, el clionauta acude con frecuencia a la

filosofía especulativa de la historia,

que ostenta la pretensión de haber descubierto el factor superbásico del desarrollo histórico, la llave maestra que abre las cerraduras de la historia científica. La forma más común de esta explicación global es la ley de la historia entendida como tendencia invariable del acontecer histórico. La teoría legaliforme declara necesario el curso de los acontecimientos, ya sea curso

lineal o recurrente, o ya se considere tal curso como el desenvolvimiento de la voluntad de Dios o de las fuerzas productivas.

Cuando la ley que explica todo actúa fuera de este mundo, es estudiada o propuesta por la teología de la historia, cuyos más conocidos expositores fueron San Agustín, Pablo Osorio, Joaquín de Fiore y Benigno Bossuet, y ahora dos o tres epígonos de aquéllos. La ley del desarrollo histórico inmanente es asunto de la filosofía especulativa de la historia, que quizá ahora no tenga otro cultivador aparte de mi amigo Germán Posada. Antes, en el siglo de las luces, tuvo a Giambattista Vico y a Johann Gottfried Herder. La teología de la historia «puede ayudar eficazmente al creyente a situarse en la existencia, pero no puede inducir al historiador a hacer su oficio con más pulcritud».[37] ¿Acaso la filosofía especulativa de la historia le ayuda al historiador a resolver el arduo problema de la explicación histórica sin caer en un subjetivismo muy por encima del admisible en un novelista de lo verdadero?

No pocos historiadores han adoptado alguna de las filosofías especulativas de la historia para cumplir sin quebraderos de cabeza con el deber de la explicación. Según Marrou,

> es inevitable en el historiador la tentación filosófica de reducir la variedad a la unidad […] Considera un deber sustituir el escrupuloso y a su juicio timorato análisis que busca las matizaciones y da la parte que corresponde a cualquier relación avizorada, por el gran edificio, la bella hipótesis que reduciendo a unidad la múltiple del dato histórico, permita pensar por fin de manera satisfactoria sobre el suceso, la vida, el periodo o la civilización estudiados.[38]

Algunos hombres se han soñado viendo al mundo histórico desde distantes satélites; han escrito acerca de la visión global soñada, y han hecho creer a historiadores incautos o perezosos que el panorama de su sueño corresponde a la realidad y no a la ensoñación.

En los tiempos que corren, el materialismo histórico es la filosofía de la historia más utilizada para resolver de un plumazo el espinoso problema de la explicación. Según Engels y numerosos historiadores, «del mismo modo que Darwin descubre la ley de la evolución en la historia humana, Marx da con la ley de la evolución en la historia humana». Por su parte, Lenin dictamina: «La concepción materialista de la historia no ha de verse en adelante como mera hipótesis sino como una doctrina científicamente comprobada».[39] Stalin, en el opúsculo *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*, eleva a dogma los principios fundamentales de la doctrina de Marx: 1) «La historia conoce cinco tipos fundamentales de relaciones de producción: la comuna primitiva, la esclavitud, el régimen feudal, el capitalismo y la sociedad socialista.» 2) De

la infraestructura económica se pasa a la estructura social y de ésta a la superestructura de los valores culturales. 3) La peregrinación histórica es irreversible e incesante: ni se para ni se devuelve. 4) El curso de la historia está determinado por leyes científicas.[40] En ciertos países sólo se permite interpretar los acontecimientos históricos a la luz del catecismo de Stalin. En otros, algunos historiadores encuentran muy adecuado el materialismo histórico para explicar el surgimiento y el desarrollo del régimen capitalista.

La desaparición física de Stalin y las reflexiones de Gramsci le quitan rigidez al materialismo histórico.[41] Las cinco etapas del progreso humano llegan a ser vistas como un esquema provisional y siempre revisable. La primacía del motor económico se pone en duda y se abandona en gran parte la teoría del reflejo. Ciro F. S. Cardoso escribe:

> Las virtualidades contenidas en el materialismo histórico tal como lo plantearon y aplicaron Marx y Engels, dependen, para su realización efectiva, de dos condiciones: que se le considere únicamente, en primer lugar, como una especie de guía para el estudio. Tomar el materialismo histórico (o una versión adulterada de él) como verdad acabada y cerrada, conduce a una forma estéril de dogmatismo, cosa que de hecho ha pasado durante unos cuarenta años de este siglo. La dialéctica fue transformada en juego formal; el esquema evolutivo de las sociedades, convertido en un molde rígido, se mostró incapaz, por ejemplo, de conciliar la necesidad del desarrollo interno con fenómenos como el contacto cultural […] en segundo lugar, la integración de las dimensiones genética y estructural de las sociedades humanas en movimiento exige enorme cantidad de conocimientos que sólo la investigación puede proporcionar: no puede pasarle al marxismo nada peor que la difusión de ciertas desviaciones idealistas e intelectualistas como el althusserismo.[42]

En México sucedió lo que en otras partes. Hubo marxistas clásicos, como Rafael Ramos Pedrueza, Alfonso Teja Zabre, José Mancisidor, Luis Chávez Orozco y Miguel Othón de Mendizábal, que se sirvieron en demasía del materialismo histórico para explicar el conjunto y los momentos cumbres de la historia de México.[43] Hay ahora un buen número de metodólogos e historiadores marxistas apartados del dogmatismo estaliniano: Adolfo Sánchez Vázquez, Carlos Pereyra, Gabriel Vargas, Corina de Yturbe, Alonso Aguilar, Roger Bartra, Arnaldo Córdova, Sergio de la Peña, Adolfo Gilly, Pablo González Casanova, Juan Felipe Leal, Alfredo López Austin, Masae Sugawara, Andrea Sánchez Quintanar y Enrique Semo. Los neomarxistas se sirven del materialismo histórico únicamente como guía para esclarecer el desarrollo entero y por periodos de la historia mexicana. Andrea Sánchez Quintanar opina: «El materialismo histórico constituye un cuerpo teórico fundamental que presenta importantes sugerencias para la investigación histórica, pero de ninguna manera puede, por sí mismo, sustituir el trabajo concreto que implica el quehacer histórico».[44]

En el momento actual muy pocos historiadores creen en la clave universal iluminadora de cada uno de los episodios y del conjunto de la marcha del hombre. La mayoría de los del gremio niega ya la existencia de leyes de la historia por lo menos en el mismo sentido en que habla de leyes en el ámbito de las ciencias naturales. A pocos historiadores les quita el sueño la búsqueda de la ley del desarrollo histórico. Sí se los quita, en cambio, a los practicantes de las ciencias sistemáticas del hombre. Nuestros colegas sólo aspiran a hacer esbozos explicativos, que no explicaciones rigurosas basadas en leyes, y «no debemos esperar que una interpretación general se vea confirmada por estar de acuerdo con todos los rastros registrados».[45] Popper cree que siempre habrá cierto número de interpretaciones ulteriores (y quizá incompatibles) coincidentes con esos mismos registros. Según él, en la historia «rara vez pueden obtenerse teorías susceptibles de ser verificadas, y por consiguiente de carácter científico».[46] Pero aunque se llegara a obtenerlas, no siempre se usarían, como sucede con el mundo vegetal. La existencia de sólidas leyes botánicas no excluye el conocimiento particular y amoroso de las plantas que practican campesinos y jardineros. La historia tiene dos mil quinientos años de operar en el nivel precientífico sin desmoronarse. En algunos de sus caminos, como son los de la heurística y los de la crítica, ha conseguido, en los tiempos modernos, excelentes técnicas para entrar en conversación con los difuntos. En etiología se ha avanzado poco.

Para hacer inteligibles y útiles los libros de historia hay que suprimir los ismos o recetas que ofrecen los mercados del pensamiento y el poder. Lo único recomendable en la etapa interpretativa es el talento del historiador, el prudente uso de la loca de la casa, como le decía Santa Teresa a la imaginación. Para explicar y escribir no hay recetas valiosas aunque muchos se sirvan de ellas.

> Como la inteligencia humana es de suyo perezosa, se arroja con voracidad sobre las recetas de pensar que prometen algún ahorro de esfuerzo. De aquí que ni educadores ni educandos se ocupen todo lo que debieran en el estímulo de la imaginación histórica, que supone una capacidad natural —una «inspiración», acentuaría un romántico—, sin la cual jamás podrá establecerse la comunicación eléctrica entre el pasado y el profeta del pasado.[47]

Que los educadores no intenten enseñar rutas para salir del trance explicativo, sino inducir a los educandos al desarrollo de sus potencialidades, de sus talentos, de sus propias fuerzas; sobre todo, de la fantasía. Tampoco han de excederse en la recomendación de prohibiciones. La mayoría de éstas son esclavas de modas. Cuando estudiaba, los maestros prohibían al unísono el empleo de

juicios de valor,

el empleo, por mínimo que fuera, de reproches y alabanzas. El buen entendedor de los difuntos nunca vituperaba a Nuño de Guzmán, la matanza de Cholula, la esclavitud de los negros, el peonaje, la inquisición, la piratería, el imperialismo inglés, el imperialismo yanqui, la servidumbre por deudas, la discordia civil, el pensamiento mágico, el fanatismo religioso, la persecución religiosa, los bandoleros, las dictaduras, la anarquía y aun las peores iniquidades. Tampoco elogiaba el aguante de Cuauhtémoc, los gritos de Hidalgo y lo impasible de Juárez.

A lo largo de muchas centurias la historia había servido «para justificar, para ensalzar, para canonizar», así como «para el vituperio, para la sátira y para el ejercicio de la crítica».[48] Según Carr, «la convicción de que es deber del historiador pronunciar juicios morales acerca de sus *dramatis personae* tiene un rancio abolengo. Pero nunca tuvo la fuerza que en la Gran Bretaña del siglo XIX, cuando contribuían a ella tanto las tendencias moralizadoras de la época como un culto sin trabas del individualismo. Rosebery apuntó que lo que los ingleses querían saber de Napoleón era si había sido “un hombre bueno”. Acton, en su correspondencia con Creighton, declaraba que “la inflexibilidad del código moral es el secreto de la autoridad, de la dignidad y de la utilidad de la historia”, y quería hacer de la historia “un árbitro de las controversias, una guía para el caminante, el detentador de la norma moral”», el juez supremo de todas las épocas.[49]

A lo largo de la historia de México, los historiadores jueces han tenido mucha aceptación. Numerosos personajes de nuestra vida nacional, maltratados por la opinión pública, han pedido que la historia los juzgue. La mayoría de nuestros políticos gordos de ayer y de hoy parece que quisieran decirle a todo historiador con que se topan en su camino: «Tú serás nuestro juez». De hecho muchos personajes históricos han exclamado: «La historia nos juzgará». Sin duda la mayoría de los historiadores se han puesto la toga del juez con gran gusto, sobre todo para reconvenir a ciertas gentes. No sólo Genaro y Rubén García se han portado muy rigurosos con Hernán Cortés y sus huestes. Forman legión los denostadores de Nuño de Guzmán, Agustín de Iturbide, Miguel Miramón y Victoriano Huerta. Como quiera, son cada vez más los declarados inocentes y beneméritos. También son cada vez menos los historiadores que se atreven a juzgar a los difuntos notables de la historia patria.

En el actual gremio de Clío predomina la fobia contra los jueces precursores del valle de Josafat. El combatiente por la historia, Lucien Febvre, enfatiza: «No, el historiador no es un juez. Ni siquiera un juez de instrucción. La historia no es juzgar; es comprender y hacer comprender. No nos cansamos de repetirlo».[50] Pierre Salmon y Jean Batiste Duroselle aseguran que el historiador no debe deducir de los hechos culpabilidad o inocencia.

> El autor ha de esforzarse —según Duroselle— en descubrir los objetivos, las intenciones, las motivaciones, las convicciones, incluso los mitos de cada una de las partes interesadas, sin acomodarlos a sus propios juicios de valor. No debe repartir reproches o elogios […] El hecho mismo de que exista un conflicto, y de que cada una de las partes crea sinceramente estar en lo cierto, presupone que dos concepciones distintas, una y otra subjetivas, se han enfrentado. ¿Qué moral universalista […] sería capaz de decidir entre esas dos concepciones […]? Por otra parte, ¿qué interés puede tener para la ciencia que un historiador emita juicios de valor? Sea cual fuere su buena voluntad, es tan sólo un individuo entre la masa de los demás y su opinión personal carece realmente de importancia.[51]

Casi todos los académicos detestan al historiador que asume el pedante papel de juez.

Junto a quienes piden el olvido de las historias de buenos y malos están los historiadores maniqueos que interpretan el acontecer histórico como lucha entre la luz y la sombra, los patriotas y los traidores, los buenos muchachos del capitalismo y los socialistas camorreros, y viceversa; los apóstoles del proletariado y los lobos del hombre. Incluso algunos distinguidísimos pensadores de nuestros días, como Isaiah Berlin, sostienen que una de las tareas del historiador es la de «juzgar a Carlomagno, a Napoleón, a Gengis Khan, a Hitler o a Stalin por sus matanzas».

> La ciencia marxista, por su parte, defiende categóricamente el derecho de la ciencia histórica a la evaluación y el juicio, y es —según Kula— la única concepción interiormente consecuente al comprobar que es posible y válido el juicio histórico […] En la metodología marxista nos encontramos por lo general con dos criterios de juicio: el criterio de concordancia con las regularidades históricas […] y el criterio de concordancia con los intereses de las masas populares.[52]

Aunque ninguna corriente justificara el juicio histórico, éste seguiría dándose. «Ningún escritor que se ocupe de las cuestiones humanas puede reprimir todos los sentimientos favorables u hostiles sobre los hechos y personas que describe. En este sentido, debiéramos agradecer cualquier indicación franca sobre sus simpatías y antipatías». En este caso sólo nos molestaría un abuso de vituperios y elogios que acabe por encubrir la información. «Hay dos razones que nos impiden liberarnos de las palabras emocionalmente lastradas.

La primera es que no hemos acuñado términos suficientes para transmitir la enorme variedad de interacciones humanas», ni los acuñaremos con éxito. «Los vocablos […], aunque sean perfectamente asépticos en el momento de su creación, cobran muy pronto matices de elogio o censura».[53] Las famosas etiquetas del marxismo (comunismo primitivo, esclavitud, modo de producción asiático, feudalismo, capitalismo y socialismo) ya no sólo identifican conductas sociales; también les dan una calificación. Cuando a un modo de producción se le dice capitalista se le está vituperando. En cambio, la denominación de socialista da visos de bondad.

Las historias de todos los historiadores contienen los llamados juicios de valor, proposiciones en que se predica del sujeto un valor biológico, ético, estético o religioso. No es posible evitar los juicios de valor, y quizá no sea deseable. Bertrand Russell dice:

> Un historiador que sea imparcial, en el sentido de no preferir un partido a otro y en el de no permitirse tener héroes y malvados entre sus caracteres, será un escritor sin brillo. Si esto ocasiona la unilateralidad de algún historiador, el remedio consiste en buscar otro historiador que esté aquejado del prejuicio opuesto al del primero […] Si usted quiere saber cómo era la vida en la época de las luchas religiosas, lo conseguirá, probablemente, leyendo las historias protestante y católica, pero no lo conseguirá si sólo lee a los autores «desapasionados» […] No me agrada la tendencia, a que propenden algunos historiadores modernos, que atenúa todo lo que hay de dramático en la historia y demuestra que los héroes no fueron tan heroicos ni los malvados tan perversos.[54]

¿Acaso conviene volver a la historia plagada de calificativos como valiente y cobarde, sano y morboso, grande y pequeño, patriota y traidor, benigno y cruel, bueno y malo, hermoso y horrible, inteligente y tonto, sabio y palurdo, piadoso e impío y revolucionario y reaccionario?

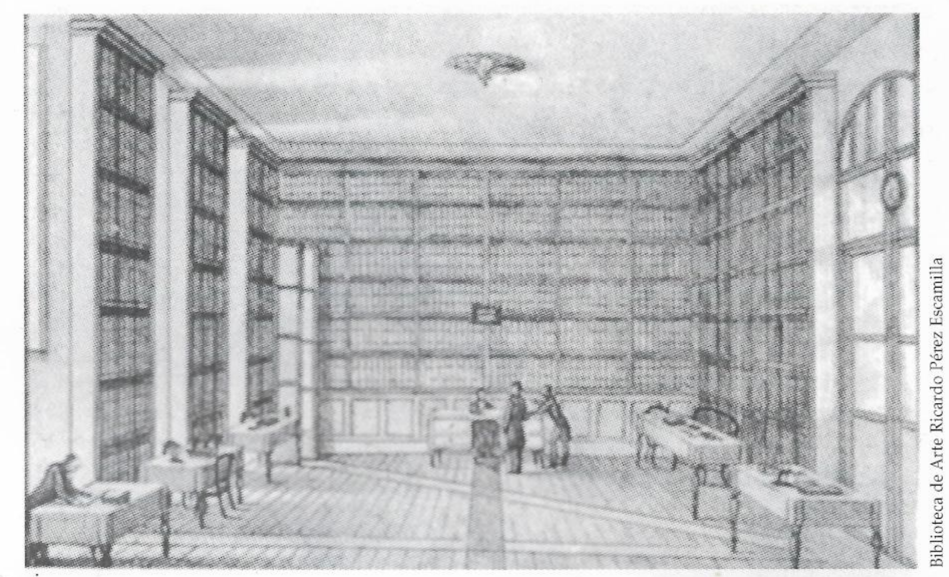
En lugar de la imposible supresión de los juicios valorativos en los textos históricos, Andreski propone «un compromiso moral con la justicia, la disposición del estudioso a ser justo con las personas y las instituciones, a evitar las tentaciones del pensamiento interesado o venenoso y la valentía de resistir las amenazas y las seducciones». Pensar que la historia científica excluye los juicios morales supone ignorar su naturaleza y ver con desdén el reclamo popular que pide a gritos los juicios de valor; quiere que se juzguen con la balanza de los valores vigentes ahora a los hombres muertos; detesta la neutralidad en historia; reclama a los sacerdotes de la ciencia de lo acontecido que, además de explicar, comprender y referir, dicten sentencia sobre personajes, hechos e instituciones. Por tanto, el historiador que prefiera el aprecio público debe cumplir con la obligación del juez, y quien aprecie sobre todo el juicio de los colegas que se abstenga de parecer juez, ya que no puede

dejar de serlo, y que sólo juzgue cuando tenga suficientes pruebas para hacerlo o palabras para disimularlo.

Las historias que se acostumbra leer hoy día distan mucho de ser filmes o reproducciones fotográficas de las actividades de los maestros cuando eran vivos. Las historias suelen servirse al público consumidor aderezadas con distintos males y cremas. Los paladares exquisitos de los académicos exigen la salsa de las explicaciones intencionalista, genética y dialéctica, y el lector raso la salsa enchilosa de los juicios de valor. Pero no es todo. El consumo de novelas verídicas obliga a quien las hace a ofrecerlas en forma grata a la vista y a darles la cocción o punto que las vuelva sabrosas. Conseguida la faena de comprender, explicar y juzgar, se pasa al arte de la composición —tema del siguiente capítulo— y al arte de la escritura, asunto de un capítulo ulterior.


Biblioteca del Museo Nacional de Antropología e Historia.

Alfonso Caso


Biblioteca de Arte Ricardo Pérez Escamilla

Archivo General de la Nación, ca. 1880


Fotógrafo Agustín Estrada, Archivo Fotográfico de Editorial Clío.

Archivo General de la Nación, 1994



Fototeca del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Biblioteca Nacional


Archivo General de la Nación, Fondo Hermanos Mayo.

Arturo Arnáiz y Freg

El arte de la composición

La arquitectónica

es una parte del camino del historiador de la que rara vez tratan los metodólogos modernos y de la que se ocupan mucho los antiguos. La obsesión por hacer de Clío una divinidad científica ha hecho que se olvide su carácter básico de musa. Concluida la etapa de explicación, donde el sentido común, la ciencia y la filosofía desempeñan el papel de consejeros, vienen las jornadas donde hay que aconsejarse de la oratoria, la literatura y todos los géneros artísticos. Los trabajos de investigación histórica se comunican normalmente por medio de tres canales (el hablado, el escrito y el audiovisual), los tres de pocos queveres con la ciencia y muchos con el arte. Por un par de milenios se usó de modo hegemónico el cauce oral; de Gutenberg hasta ahora ha predominado el empleo del canal escrito, y se prevé para un futuro próximo el uso prioritario de la comunicación audiovisual, principalmente televisiva.

Aparte de las narraciones de los viejos, precursores y acompañantes hasta nuestros días del género histórico, éste nos ha llegado escrito, pero desde los orígenes hasta el Renacimiento casi siempre se transmitió mediante piezas oratorias o lecturas en voz alta; era manjar para el oído. Tal costumbre ha perdurado. Hoy utiliza dos formas breves y una larga. Las breves son la ponencia que se pone a discusión en congresos, coloquios o simposia de científicos y se transmite en pocos y apretados minutos, y la desparpajada y no siempre breve conferencia para público heterogéneo. Es posible que un historiador se pase la vida sin exponer oralmente las conclusiones de su investigación ante auditorios disímbolos; pero es muy difícil que escape a la costumbre de presentar ponencias, que por lo demás es un hábito provechoso, pues al través de los comentarios o el silencio a su comunicación recibe

sugestiones útiles para el mejoramiento del ejercicio profesional. Con todo, se prescinde aquí de las consideraciones de montaje de ponencias y conferencias por salirse del propósito de este tratado. Se descarta también cualquier reflexión sobre la forma larga de exponer oralmente la historia, sobre el curso de contenido histórico.[1]

La exposición escrita de una historia suele verterse en dos clases de moldes: el artículo y el libro. Aquél puede dirigirse, por los canales de diarios y semanarios, al gran público, o a los colegas al través de revistas especializadas. El primero tira a una brevedad que va de las tres a las doce páginas en octavo, aunque no aparece en publicaciones en octavo sino en periódicos cuyas hojas son la mitad de un pliego de papel y en revistas con hojas de cuarto de pliego. Los diarios de México acostumbran publicar en su sección editorial o en un suplemento destinado a la cultura numerosos y breves artículos de divulgación histórica. La mayoría son meros refritos de obras mayores del autor o de colegas de éste, reflexiones sin mayor base documental o meras bocanadas de incienso a los personajes canónicos de la historia patria. Los ensayos que publican revistas de alta divulgación como *Nexos* y *Vuelta* son muchas veces primicias de investigaciones históricas serias, pero no viene al caso decir aquí cosa alguna de sus características formales, porque estas formalidades son recomendadas por las revistas, no por los metodólogos de la historia.

Las guías de la investigación también tienen poco que decir de los aspectos arquitectónicos de los artículos de historia para revistas especializadas como *American Historical Review*, *Les Annales, Anuario de Estudios Americanos*, *Cuadernos Americanos*, *Encuentro*, *Hispanic American Historical Review*, *Historia Mexicana, Historias, Historia y Sociedad*, *Jahrbuchfür Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesselschaft Lateinamerikas*, *Relaciones, Revista de Indias, Revista de Historia de América*, *Revue Historique* y tantas otras.[2] Muchos historiadores se han dado a conocer con artículos de fondo que da a luz una revista especializada. Los artículos de fondo suelen tener una extensión de veinte a cincuenta cuartillas en promedio; desarrollan un asunto que no da materia para un libro; recogen una parte de un libro en preparación; esbozan un mamotreto; se explayan en un punto de vista diferente del de un tratado propio o ajeno, o describen un episodio dentro de una disputa entre sabios. El doctor Edmundo O’Gorman ha tenido la costumbre de refutar a doctos historiadores de la estatura de Marcel Bataillon, Georges Baudot, Jacques Lafaye y Lino Gómez Canedo mediante extensos artículos que algunas veces se publican, además,

como folletos. El doctor Silvio Zavala ha procurado publicar en forma de artículos la multitud de temas secundarios que le salen al paso mientras investiga sobre un problema toral.[3]

Según Peter B. Medawar, «la perspectiva de escribir [artículos para revista especializada] llena de espanto a los científicos».[4] No pensó en la grafomanía de la gente de Clío. Hay ágrafos estudiosos de las acciones humanas en el tiempo, pero son los menos. La mayor parte de los historiadores confeccionan artículos y volúmenes no periódicos de más de cincuenta páginas, máquinas de leer que en los países de lengua española se llaman libros. Se trata de artefactos que exigen diferente composición según sean «textos», historias universales, historias de una nación o un Estado, historias de principio a fin de una materia o monografías históricas. Los primeros se sujetan a normas expedidas por los pedagogos. Las historias generales del mundo o de una nación o de una materia las escriben generalmente historiadores muy experimentados que no necesitan consejos de nadie. En una modesta colección de «cornos», tal la presente, sólo cabe referirse a las monografías históricas en las que incurren jóvenes y aficionados; aquéllos para obtener un título, y éstos para dar a conocer el pequeño mundo que los rodea. Nada de lo dicho aquí vale para viejos historiadores que se sientan y escriben como si tal cosa uno, dos y más volúmenes. Se procurará no salirse del tema monográfico, del libro de historia que es el resultado de la investigación de un solo tema, y en este momento de

normal que oscila entre cien y mil cuartillas, y dice tener como virtud básica la unidad y consta de más de una decena de partículas: la portada, la dedicatoria, el prefacio, la introducción, el cuerpo de la obra, el epílogo, las notas, los anexos documentales, la bibliografía general, el índice de nombres propios, el índice analítico, el índice de ilustraciones, el sumario o índice general, el colofón y las solapas. El padre de la forma monográfica es el autor de la *Historia de la guerra del Peloponeso*, pero de Tucídides al presente la monografía ha sufrido muchas mudanzas y diversificaciones. Ahora se distinguen cinco o seis modelos monográficos: el de época, el de región o fundo microhistórico, el de problemas concretos, el de materias especiales y el biográfico. Seguramente hay diferencias de forma entre *La revolución de independencia* de Luis Villoro, *La frontera nómada* de Héctor Aguilar Camín, *La invención de América* de Edmundo O'Gorman, *Letras de la Nueva*

España de Alfonso Reyes y *La emperatriz Eugenia y su aventura mexicana* de José Fuentes Mares.

La monografía es la forma preferida por los historiadores de formación universitaria. Actualmente es la manera normal de expresión de la ciencia histórica. Algunos historiadores se permiten ligerezas y digresiones al hacer artículos, opúsculos, manuales y ensayos, pero toman muy en serio la unidad, el equilibrio y la escritura de una monografía. Aquí el cuidado comienza desde la portada, donde se incluye el nombre del autor, la firma a la que pertenece, el título y subtítulo de la obra, la imprenta, el lugar y el año en que fue impresa. El omitir la mención de quien escribe es una mala costumbre de algunas publicaciones oficiales. Lo justo y lo normal es poner siempre en un sitio muy visible el nombre del responsable del texto. Por centurias se acostumbró alargar la gracia del autor con dos o tres nombres de pila y otros tantos apellidos. Ahora se usa cada vez más poner un solo nombre y un solo apellido aunque el sujeto se llame Pedro Pérez o Luis González. Es de mal gusto anteponerle grado y posponerle membrecías al nombre y apellido del autor. En las tesis se pide poner el membrete de la institución donde se presenta el examen de grado.

El hecho tan trivial de la elección de un título requiere fantasía y buen gusto. Antes se acostumbraba farragoso. Recuérdese que la obra mayor de fray Juan de Torquemada se llamó *Primera, segunda y tercera partes de los veintiún libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerra de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la mesma tierra*. Hoy ningún membrete de monografía, ni aun sumándole el subtítulo, alcanza esas dimensiones. Acabo de leer un volumen del doctor O'Gorman que se llama *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de nuestra señora de Guadalupe del Tepeyac*.[5] Son más comunes los títulos y subtítulos en jerga científica, generalmente ingratos para el común de los lectores. El título de un libro debe dar idea de lo que dice, pues si es engañoso engendra sentimientos contra el astuto. A mí me sucedió eso con Levene cuando leí su *Cultura histórica y sentimiento de la nacionalidad* donde no se dice nada de lo anunciado en el título.

Hugo Hiriart ha escrito el ensayo indispensable sobre las dedicatorias. Unas son conflictivas como la siguiente: «Mi esposa, por razones que entiendo, me sugirió que dedicara este libro a la memoria de J. N. Hummel. Sin embargo, yo preferí no hacerlo». Otras metafísicas (dedico mi tratado «a la *res cogitans*») o enigmáticas («a ti»), o excluyentes («a todos, menos a mis

maestros») o a posibles mecenas («a don Carlos Prieto») o a ninguno («no he hallado a nadie digno de que le ofrezca este libro magistral»). Hiriart recuerda que don Alfonso Reyes dedicó su primera serie de *Simpatías y diferencias* «a los tipógrafos y correctores de *El Sol*, de Madrid, que tantas veces, y con esa seriedad que es la más alta condición de su oficio, tuvieron que tolerar —al componer estos artículos— mi impaciencia y mi tardanza, mis fidelidades a la regla o mis personales manías ortográficas».[6] Entre los jóvenes son muy frecuentes las dedicatorias a cada uno de los miembros de su familia, que tratándose de familias mexicanas llegan a ser muy extensas, máxime si se añaden los nombres de la novia y del perro. Algunos le dedican su primera monografía a sólo uno de sus familiares como aquel que escribió en la segunda o tercera hoja de su texto: «Dedico esta obra a mi tía Lucha quien juró que se clavaría en la frente la tesis que yo escribiera». Muy pocos dedican las segundas o terceras monografías y algunos agraciados con una dedicatoria sienten que la pequeñez del autor los achica. El homenaje de una dedicatoria siempre es prescindible y riesgoso.

El exordio, proemio, preámbulo, prefacio, loa, advertencia, isagoge, preludio, entrada, prólogo o umbral les merecía mucha atención a los antiguos y no es materia desdeñada por algunos preceptores modernos. Los *Preceptos historiales* de Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, escritos en Guatemala hacia 1694, recomiendan proemios como los de Salustio, no como los de Suetonio; proponen la brevedad y la moderación del autoelogio y agregan: «Básteles a los que escriben, para con sus mecenantes, el uso de una atenta cortesanía».[7] Carlos Bosch pide para el preámbulo que se diga «cómo se llevó a cabo la investigación […] qué instituciones ayudaron, y finalmente mencionar las personas a las que, por cortesía, el autor desea agradecer su ayuda».[8] El prólogo es la presentación de los responsables del libro. A veces se alardea de modestia; se tumba uno para que el lector lo levante; niega tener el talento de otros para tratar el asunto, o las horas necesarias para profundizar en el tema o el suficiente espacio para descargar toda su sabiduría. Otras veces se cae en el vicio opuesto, en el autoelogio descarado. Es costumbre añeja el pedir a un amigo la redacción del proemio o por lo menos la hechura de la solapa o de la cuarta de forros donde se reiteran las virtudes del autor y las aportaciones del libro antes expuestas en el preámbulo. Quienes no necesitan disculparse ni atraer la benevolencia de lectores y mecenas no escriben proemios ni siquiera para la edición príncipe de su monografía, menos para las ediciones siguientes.

La introducción, que no debe confundirse con la advertencia preliminar, preámbulo, prólogo, preludio o prefacio, sirve para presentar la materia del libro y es poco menos que obligatoria en el mundillo académico. Generalmente en la introducción se pone la pregunta a la que va a responder la monografía en su conjunto, y de manera sucinta, la respuesta. Si la monografía se dirige a un público lego, no está de más ofrecer en la introducción el panorama donde se sitúa la pregunta y la respuesta fundamentales. En el capítulo introductorio se acostumbra meter demasiadas cosas no siempre gratas al lector. La mayoría acomoda en él el marco teórico, las hipótesis mayores y los procedimientos de fábrica. Es fácil ahuyentar lectores si se les ofrece una prolija descripción del marco teórico. Los lectores de libros de historia son reacios a las lecturas etéreas. Más de alguna vez el marco es sarta de pesadeces. No así la noticia del procedimiento que a nadie atosiga y da seguridad al lector. Los historiadores que cuentan cómo procedieron para escoger un tema, delimitarlo, dar con las fuentes adecuadas, medir la solidez de los documentos, interpretar y explicar los hechos, ordenarlos y escribirlos se ganan fácilmente la credulidad de los lectores.[9]

La mayoría de éstos —repito— agradece que el autor le comunique el trabajo que condujo a la escritura de la obra. Es justo y necesario poner las cartas sobre la mesa mediante la exposición del proceso recorrido desde el inicio de una búsqueda hasta el final. Expuesto el punto de arranque, conviene contar las imágenes internas que se tuvieron, las fuentes utilizadas para resolver la pregunta inicial, las aventuras corridas en archivos y bibliotecas, las operaciones críticas realizadas, los métodos seguidos en la explicación y demás avatares del camino hasta el arribo a un cuerpo de proposiciones, a un relato histórico que no necesariamente se monta igual en todas las monografías, cuyas maneras de exposición son incontables, si bien las más generalizadas se denominan

formas investigante, narrativa,

polémica, dialéctica y axiomática. La exposición general o el cuerpo de una monografía es con mucho la parte más gorda de ella. Por su amplitud requiere de subdivisiones. Las más acostumbradas son la parte, el capítulo y el párrafo. Por lo demás, las subdivisiones externas deben concordar con el modelo expositivo seleccionado.

De las formas para exponer los datos, se llama investigante a la que informa el camino recorrido desde el comienzo de la investigación hasta su

fin. Este modelo es la introducción de una monografía histórica, de una búsqueda de detective que no tiene desenlace. Al contrario de los otros modelos, éste se escoge al final, no antes de ponerse en marcha. La exposición investigante fue descrita por Droysen en su metodología de la historia.[10] Se pone en práctica cuando se tienen más sombras que luces acerca de un asunto histórico.

> La forma investigante de la exposición se nos impone cuando la insuficiencia o la oscuridad del material histórico con el que nos enfrentamos no nos permita, en una simple alineación de los detalles investigados, destacar el contexto y la importancia de aquello que queremos investigar.[11]

Los arqueólogos y los historiadores de épocas remotas o poco documentadas nos cuentan con lujo de detalles las peripecias de su investigación, la pregunta de partida y las distintas estaciones de la caminata que los condujo a la cosecha de un puñado de verdades insuficientes para llenar un libro. La forma investigante revela el vía crucis de quien visita a los muertos en sus panteones; informa de las pesquisas del investigador, aunque no necesariamente en el mismo orden en que fue realizada la búsqueda. El molde investigante se asemeja al usado por la gran mayoría de los escritores de novelas policiacas.

El arqueólogo Alfonso Caso decía que tomaba inspiración de las novelas policiacas cuando escribía sobre el proceso y el resultado de sus investigaciones. Ni él ni otros que dan testimonio del camino, y no únicamente de la llegada, hacen informes exhaustivos. De hecho, «no hay ninguna razón para exponer también las equivocaciones, los fracasos y los engaños que acompañaron a la pesquisa real. Sólo se recoge aquello que […] resultó ser algo que conducía o permitía avanzar hacia el objetivo». El buen gusto manda descargar la exposición de todo aquello que no conduce a la meta.[12] Esto no quiere decir que la forma investigante de la exposición se ciña a normas inamovibles. Aquí, como en casi todos los procederes de los historiadores, hay muchas maneras admitidas de matar pulgas.

Este modo de exponer produce un buen número de adictos, pese a su dificultad. Según Droysen, «tiene una atracción tan grande que es perfectamente concebible que quien alguna vez la ha probado la prefiera a todas las demás. Es un signo de sana y robusta cientificidad el que esta forma se encuentre en permanente ejercicio y reconocimiento».[13] No sé a ciencia cierta por qué se dice que no debe recomendarse a menores o neófitos de la investigación histórica. Las guías de jóvenes aconsejan otras formas muy

cotizadas de vaciado u acomodo de los materiales constituyentes de una monografía.

La forma más añeja y quizá todavía la más común de exposición histórico-monográfica es la inventarial en su modo narrativo. Indudablemente un inventario de hechos comprobados e interpretados se puede disponer por lugares, por materias o según el orden cronológico. Los manuales y libros que abarcan la historia universal, o de un continente o una nación, si adoptan el modelo inventarial, reparten el tema según las zonas donde hubo acontecimientos o según el tipo de los acaeceres, aunque en combinación con el orden cronológico. Sea la *Historia de México*, de José Bravo Ugarte. Dentro de las divisiones mayúsculas de la historia de la nación en época precolombina, novohispana, independiente, preliberal, liberal y revolucionaria, hace apartados para las distintas clases de sucesos: políticos, económicos, sociales, religiosos y de índole cultural. Algunas historias de Hispanoamérica inventarían los grandes hitos de la vida hispanoamericana según países y subregiones: México, Centroamérica, el Caribe, Colombia, Brasil, etc. Por regla general, estos inventarios son ilegibles, ahuyentan lectores y someten a tortura a los estudiantes con obligación de leerlos.

Las monografías se prestan poco para los inventarios geográficos y temáticos, pero sí admiten el cronológico, o en distintos términos, la exposición narrativa, que algunos consideran la más apropiada para los trabajos históricos. Según Veyne, la historia es normalmente anecdótica. «Nos interesa porque relata, como la novela», y únicamente se distinguen del género novelístico por lo verdadero.[14] Droysen estima que «la esencia de la narración es presentar el devenir y el transcurso de aquello que debe ser narrado». Parte de la formación de un país,

> la juventud de un hombre, el estallido de una guerra y sigue la marcha del devenir […] Alineando hecho tras hecho, hace que este devenir transcurra ante los ojos del lector. Y el que narra puede hacer esto en la medida en que ha investigado con seguridad el hacer y el querer del actor, lo inhibitorio y lo que promueve este devenir, su enlace con lo anterior y con lo contemporáneo, su importancia para lo que sigue.[15]

Las monografías históricas inclinadas al uso de la explicación genética utilizan la forma narrativa de exposición. A los microhistoriadores, que generalmente estudian espacios cortos (un municipio, una ciudad, una pequeña región) y tiempos largos, les viene de maravilla el molde típico de los cuenteros locales, la narración en orden cronológico, aunque no necesariamente de año en año. Sobra decir que la historia narrativa suele apartarse del orden en que sucedieron las cosas. Se ciñe a una periodización

escogida de antemano, nunca rigurosamente cronológica. Los antiguos narradores repartían su materia en años y al resultante de tal reparto lo llamaban anales o efemérides. Ahora se procura repartir el material de que se dispone en periodos más extensos y apegados al acontecer mismo. No faltará quien se atenga a la periodización política, reinados, sexenios presidenciales y otros cortes. También cabe incurrir en la división generacional.

Los cronistas municipales tienden a las narraciones atiborradas de datos. Cuentan cosas sin importancia; refieren sucedidos sin relación con el tema central; plagan su discurso de basura, y en definitiva, deforman la forma clásica de la narración de los buenos narradores.[16] Éstos seleccionan, de la gran cantidad de sucedidos arrojados por las fuentes, los que sirven para dar una imagen homogénea y significativa. No todo cabe en el vaso de una buena crónica. Tampoco debe colmar el vaso con naderías. Ya se dijo al referirse a la explicación genética que se pueden llenar lagunas de información dentro de ciertas condiciones. La mayoría de las veces no es posible referir lo que no consta en documentos. Sin embargo, no hay reglas precisas ni para la selección de los datos ni para el atierre de lagunas. El historiador decide qué acaeceres incluye y en qué orden los dará a conocer, pero no sin condiciones, de las cuales la mayor es la de no falsificar la realidad histórica. Se pueden omitir datos insulsos para la pintura de la imagen verdadera de un hombre o una sociedad. Se pueden meter noticias no basadas en fuentes cuando se está seguro de no deformar lo acontecido.

Hay varias formas de exposición narrativa. Droysen distingue cuatro: la pragmática, la biográfica, la desarrollista y la catastrófica. La primera usa y abusa de la explicación intencionalista. En la forma narrativo-pragmática las cosas suceden como se habían previsto. En este caso se describen las intenciones de un protagonista o un grupo de líderes y después la realización de sus planes punto por punto. La forma narrativo-biográfica se centra en la vida de un dirigente. En la época virreinal de México se escribieron abundantes narraciones biográficas de los siervos de Dios, y en la época independiente se han escrito muchas biografías de los siervos de la nación. Pese a que la mayoría de los historiadores de la vida mexicana suelen narrar los momentos estelares de esa vida al través de las vidas individuales de Hidalgo, Morelos, Santa Anna, Juárez, Díaz, Madero, Cárdenas y demás próceres, otros prefieren seguir la senda narrativa de signo opuesto al biográfico, ver el desarrollo de una época al través de una fuerza motriz impersonal, del desenvolvimiento de las fuerzas productivas y los modos de producción. Por último, la forma catastrófica fue muy acostumbrada por los

historiadores griegos y lo es por quienes hacen historia de batallas. «Aquí lo que importa es mostrar los momentos a partir de los cuales podía y tenía que desarrollarse la lucha […]; seguir la lucha misma» y ver los resultados.[17] En este caso la narración se parece a una crónica deportiva, pero se trata de un modo mal visto por quienes gustan de

las formas estructural y dialéctica

de exponer los frutos de una investigación histórica. Antes, la síntesis estructural era empleada por las ciencias sistemáticas del hombre. Ahora el cuerpo de muchas monografías históricas parecen tratados de economía, sociología o ciencia política. Difieren de las obras de economistas, sociólogos y politólogos en que estudian épocas pasadas y no el ahora palpitante. También se distinguen porque nunca consiguen evitar completamente la forma narrativa de exposición, que parece consustancial a todo libro de historia.

En abstracto,

> las síntesis estructurales se caracterizan por el dominio de la estructura de un sistema, es decir, las relaciones específicas entre sus elementos. Los partidarios de esta forma se interesan sobre todo por la reproducción de ciertas maneras estructurales en su forma intacta, y por tanto formulan con ese espíritu sus respuestas a las preguntas de investigación básica […] Muchos estudios sobre la historia de la cultura material resultan ser síntesis estructurales. Las síntesis estructurales, en su forma pura, son características de la sociología, más que de la investigación histórica.[18]

Se trata de una forma de exponer los datos históricos que también admite el calificativo de funcional.

En concreto, han adoptado la forma analizada por Topolski y la forma estructural o funcional de exposición histórica de Fernand Braudel en *El mundo mediterráneo en la época de Felipe II* y otros muchos historiadores para quienes la historia es la proyección de las ciencias sociales en el pasado, y por lo mismo rehúyen exponer consecuencias de hechos importantes.

> La investigación histórica estructuralista consiste esencialmente en aplicar al material empírico varios conjuntos de generalizaciones empíricamente derivadas, y en verificar la exactitud del resultado obtenido en la esperanza de que se puedan encontrar ciertas uniformidades, ciertas situaciones típicas y ciertas relaciones típicas entre factores individuales en estas situaciones.[19]

Los más impactados por las ciencias sociales evitan el esquema narrativo clásico y alguna vez logran caer en el extremo opuesto, en la exposición

estructural. Sin embargo, hay otros modos intermedios de exponer los resultados de una investigación histórica. Don Ciro Cardoso propone la forma dialéctica que procura unir «en una visión unificada los enfoques estructural y genético».[20]

Para Topolski, «las síntesis dialécticas son las que unen el aspecto de secuencias genéticas con el de estructura, es decir, las que muestran las secuencias genéticas sin romper las estructuras». Los tres tipos de exposición pueden apreciarse con el ejemplo siguiente: supóngase que el sistema investigado es una telaraña. «Podemos mostrar, enrollándola en un ovillo, cómo se hiló; es decir, cómo se alargó cada vez más el hilo». Esto muestra la forma usada en una narración. También cabe ver la telaraña tal como se presenta en un momento determinado de su formación. Esto hacen los adictos a la exposición estructural o fotográfica.[21] Si conseguimos mostrar con la película del proceso del hilado «cómo cambia la telaraña, de ser sólo un hilo mostraría que busca la síntesis dialéctica», que es la forma más frecuentada por los fieles del materialismo histórico. Algunos portadores de otras filosofías de la historia también se inclinan por la forma dialéctica de exposición, muy usada en la historiografía académica actual.

Si se repasa la sección histórica, si se miran los índices de los libros marcados con el número 9, si se va a una biblioteca en busca de las formas de exposición acostumbradas por los historiadores, se verá que son más de las expuestas hasta aquí.[22] Aparte de la arquitectura investigante, narrativa, estructural y dialéctica, conviene referirse a una que los debates ideológicos en México, las luchas entre liberales y conservadores y entre reaccionarios y revolucionarios, pusieron en boga. En muchas partes y en distintas épocas se han escrito monografías en

plan polémico y en plan comparativo,

bien conocidos en ámbitos tanto académicos como populares. El primero es un molde muy apropiado para dar a conocer la monografía histórico-problemática, que generalmente escoge como asuntos ciertos problemas muy relacionados con los valores.[23]

Una exposición polémica consta generalmente de tres partes. En la primera se exponen las tesis que se desea rebatir. Generalmente se hace una exposición inicial caricaturesca que se preste para hacer un fusilamiento lucidor en la segunda parte. En la tercera se da una nueva versión del asunto.

La exposición de forma comparativa no es vieja en el gremio de Clío; está relacionada con el afán generalizador de la nueva historia. Consta normalmente de tres partes. En la primera se expone un tipo, una especie de realidad estilizada, un «modelo».[24] Por ejemplo, si es un estudio de historia urbana el que se distribuye, conforme a esta forma se ofrece al principio la idea abstracta de ciudad. En la segunda parte se describe el caso concreto, que puede ser la ciudad de Tenochtitlán, y en tercer término se pone la correlación entre el tipo ideal y el caso. Esta forma, como la narrativa, es poco menos que inevitable para el historiador.[25]

Las formas descritas no son todas las posibles. Por otra parte, rara vez se dan en pureza. Los historiadores, según su mayor o menor cultura, el marco teórico de partida, la idea del quehacer histórico y sus planes iniciales de investigación, escogen la arquitectura de su trabajo. Casi siempre se asemeja al de la imagen interina que se hizo uno de su tema en vísperas de emprender la investigación. El plan de trabajo con que se arranca suele ser parecido al plan de exposición con que se llega al final. En otros términos, es igual la estructura previamente imaginada a la resultante de arduas investigaciones, aunque con las modalidades impuestas por las fuentes y los modelos explicativos. En la mayor parte de los historiadores sistemáticos se da un notorio parecido entre el índice de materias inicial de una investigación y el índice de materias de una monografía terminada.

Además de dividir el cuerpo de la obra en las partes exigidas por el modo de exposición que se escoja, se acostumbra dividir las partes en capítulos y párrafos. Al frente de cada capítulo se pone un encabezado. Según algunos, el capitulaje lo deciden las divisiones lógicas de la materia de la monografía; según otros, cada capítulo se llena con la dosis de lectura que puede asimilarse en una hora. Para éstos, un tramo capitular no debe exceder la cifra de diez mil palabras. Cabe subdividir los capítulos en tres o cuatro secciones, cada una titulada. Generalmente no se titulan las subdivisiones mínimas, los párrafos entendidos como el conjunto de palabras contenidas entre dos puntos y aparte. Para aligerar la lectura se hacen párrafos de trescientas palabras y para mantener el hilo del discurso conviene evitar los párrafos muy pequeños; no sólo se gasta mayor volumen de papel cuando se prodigan los puntos y aparte. Ayer sólo se numeraban las partes y los capítulos; ahora da un aire científico el poner número a capitulillos y parágrafos. Después de todo, somos del siglo de los números; aunque usted piense que es superfluo numerar secciones y párrafos, hágalo si quiere seguir a Milan Kundera, tan de moda.[26]

El maestro José Miranda era enemigo de agregar una conclusión al cuerpo de las monografías. Quizá la mayoría de los historiadores prescinde de ese apéndice que puede servir para evitarse la lectura de un libro pesado. Ciertamente hay conclusiones tontas, inoportunas, estrafalarias, inútiles e ilegibles como las apocalípticas, hechas a base de grandes párrafos sobre la fraternidad de todos los hombres, contra el imperialismo y la burguesía, o en favor de las grandes causas; o los cajones de sastre donde se ponen las pequeñas ideas olvidadas o que no tuvieron cabida en el cuerpo de la monografía; o las que les dicen a los futuros investigadores cómo deben proceder en situaciones similares a las afrontadas por el autor. Es grato concluir un libro de historia con un breve resumen donde quepan algunas ideas personales del autor, se responda con claridad a la pregunta de arranque, se digan cosas sobre problemas conexos con el tratado y aun se aluda a posibles aplicaciones prácticas del texto. Muchos autores cierran la conclusión con una frase lapidaria propia o ajena. Para los trabajos de tesis es preferible separar, en secciones distintas, el resumen, las conclusiones y las recomendaciones. Hay muchas maneras tolerables de concluir. Podría escribirse un tratado del epílogo o conclusión o corolario o moraleja. Mientras, atengámonos al sentido común que recomienda, aparte de otros modos de poner punto final, el epílogo breve.[27]

Ninguna monografía acaba en la conclusión. A ésta le siguen multitud de añadidos. De éstos, algunos son perdonables, como el apéndice documental, los índices de autores y analítico y aun la bibliografía última; otros indispensables, como el colofón, rabillo de la incumbencia de los editores, y esa pelambre que da prestigio a las monografías y adquiere varias formas. Aludo naturalmente a las

citas y notas,

que se llaman de pie de página cuando acompañan al texto y simplemente notas cuando se las acomoda en grupos al final de cada capítulo o todas juntas en las penúltimas páginas del volumen. «El mismo derecho que tiene el investigador a preguntarse por el fundamento de un dato, lo tiene el lector respecto a las afirmaciones que el investigador hace en la exposición de su trabajo».[28] El conjunto de notículas colgantes y entrecomillados dentro del texto constituyen el engorroso parapeto erudito que mata o aminora la incredulidad de los lectores cultos. Los colegas exigen la erudita alegación de libros mediante largas citas y copiosas colgaduras al pie de páginas y

capítulos. Abundan las narraciones históricas que apenas se pueden leer por la superabundancia de comprobantes. No falta quien asegure que es preferible caer en la pedantería de un aparato crítico obeso a no dar cuenta de las fuentes. Tampoco faltan los soberbios y los profetas que aspiran a ser creídos porque ellos lo dicen y los lectores dispuestos a creer lo que digan los periodistas del ahora y del ayer.

En un libro doxográfico se parte de citas que a continuación se interpretan. En la mayoría de los libros de historia se cita un texto en apoyo de lo que se acaba de decir. En el primer caso, los fragmentos que se van a someter al análisis interpretativo se transcriben con una amplitud razonable. «La cita supone que se comparte la idea del autor citado […] En cada cita deben figurar claramente reconocibles el autor [en este caso Umberto Eco] y la fuente impresa [aquí *Cómo se hace una tesis*]». Eco dice: «Las citas de las fuentes primarias se hacen normalmente refiriéndose a la edición crítica o a la edición más acreditada […] Cuando una cita no supera las dos o tres líneas se puede insertar dentro del párrafo entre comillas dobles […] Cuando la cita es más larga, es mejor ponerla a un espacio y con mayor margen», cosa que no hemos hecho a lo largo de este escrito. «Las citas tienen que ser fieles» y sin interpolaciones. «Citar es como aportar testigos en un juicio».[29]

Sobre las notas se ha escrito en abundancia. Como todo mundo sabe, remiten a ellas unos numeritos que estropean la lectura del texto. Para ciertas almas sensibles son tan molestos como el revoloteo de las moscas. La mayoría de los lectores no les hace el más mínimo caso. Algunos las toman en cuenta porque ponen en duda las afirmaciones del texto que leen o por una extraña perversión. Los lectores desconfiados bajan la cabeza o cambian de página en busca de la nota aludida con un número, o algunas veces, con un asterisco.

Las notas pueden ser una verdadera e insufrible plaga cuando son muchas e inútiles. El esnobismo de algunos historiadores se traduce en una notomanía que puede arruinar el más galano de los textos. La soberbia de otros los conduce a poner menos notas que las necesarias. Dar con el número justo es una virtud escasa en el gremio. Hacer buenas notas es otra cualidad poco común. La gran mayoría pertenece a una de estas cuatro clases: notas bibliográficas, digresiones, citas y aclaraciones. Las hay de otros tipos, como las que transcriben en su lengua original las citas traducidas intercaladas en el texto o las referencias cruzadas que conducen al lector a otras partes del mismo libro.[30]

Las notas más comunes son las bibliográficas. Para respaldar sus afirmaciones el autor remite a libros, opúsculos, artículos, reportajes de los periódicos, anuarios, toda clase de páginas manuscritas y aun a objetos de museo o de sitio arqueológico. Naturalmente, sólo algunas de las afirmaciones necesitan de ese respaldo. Lo que es umversalmente sabido no requiere el apoyo de ninguna nota bibliográfica. Para que la nota produzca credulidad en el lector debe dar la ficha completa del libro, folleto, artículo, reportaje o manuscrito que avala una afirmación cuando se le cita o evoca por primera vez. Dejan mala impresión en los lectores las fichas de segunda mano. Con todo, muchas veces no se puede evitar el confróntese. Téngase en cuenta que, además de las de apoyo, se usan las notas bibliográficas de refuerzo.[31]

Si se cita un libro por primera vez se indica el nombre y el apellido del autor en versalitas; el título de la obra, en cursiva; número de edición, lugar, editorial, fecha, el tomo y las páginas citadas.[*] Por ejemplo: GABRIEL ZAID, *La economía presidencial*, 2.ª ed., México, Vuelta, 1987, pp. 91-93. Cuando haya que citar un artículo se pone nombre y apellido del autor; título entrecomillado; título de la revista en cursivas; lugar y fecha de la revista entre paréntesis; volumen y número y páginas citadas. Por ejemplo: Ramón Xirau, «Acto, creación, imagen», *Diálogos* (México, julio-agosto de 1973), vol. IX, núm. 4, p. 32. Cuando se cita en nota un documento archivístico se da el nombre del archivo, del fondo, del volumen y el número del documento citado. Por ejemplo: Archivo General de la Nación de México, ramo Inquisición, tomo XXXVI, doc. 6. Si se cita un testimonio oral se dice el nombre, la edad del testigo, el nombre del encuestador y el lugar y la fecha del testimonio. Por ejemplo: Rosa González Cárdenas, 87 años, entrevistada por Álvaro Ochoa en San José de Gracia, Mich., el 5-X-1986. Cuando se alude a una fotografía, se pone en la nota la denominación del archivo fotográfico, y si se puede el autor de la foto, el lugar y la fecha en que fue tomada y el número de inventario. Por ejemplo: Archivo Fotográfico del INAH, Alejandro Maass, Teotihuacán, 6-VI-1986. Si es necesario citar una película se dice el nombre de la cineteca; el número de inventario; el nombre y apellido del director; el título del filme, en cursiva; el lugar y la fecha de la película; el formato y la duración.[32]

Es frecuente poner como notas las citas que serían molestas en el texto. Se trata de notas que pretenden aclarar lo que no parece muy explícito en la narración. Algunos autores se corrigen en las notas y otros las llenan de digresiones. A muchos individuos se les ocurren anécdotas que no vienen al

caso mientras escriben. Algunas de tales personas no aguantan la tentación de consignar en su libro las rememoraciones ajenas al asunto mayor. Otra nota sobre las notas dice que éstas nunca tienen por qué ser muy largas; si propenden a la largura, es mejor que sean notas de fin de capítulo o de final del volumen y no notas de pie de página; si son demasiado extensas, se les quita el rótulo de notas y se les pone el de apéndice documental.[33]

Los apéndices documentales no obedecen a ninguna exigencia de orden académico. La mayor parte de las monografías históricas prescinden de ellos. Muchas veces sólo se ponen para darle robustez o gordura a un cuerpo de libro muy flaco. Como quiera, se puede justificar su inclusión por razones de peso académico.

El apéndice documental, la bibliografía y los índices

pueden devenir partes indispensables de una composición histórica, tan necesario como el sótano en algunos edificios. El dar a luz un documento inédito avala muchas veces afirmaciones audaces que sin prueba a la vista no serían creíbles. En cambio, sólo se justifica la inclusión de un documento impreso en un apéndice documental cuando es de muy difícil consulta. Algunas monografías históricas han llegado a tener prestigio por el gran interés de su apéndice documental. Existen, por supuesto, unos modales aceptados para la publicación de documentos en la trastienda de un libro.[34] Se aceptan modernizaciones ortográficas y desatamiento de abreviaturas, pero no corrección de estilo ni cambio de palabras.

Generalmente se exige que una monografía histórica, desde su estado de mecanograma, luzca apéndice bibliográfico. Muchos autores reflexionan de la siguiente manera: «Si mi libro contiene numerosas notas de pie de página en las que se describen las fuentes utilizadas, una bibliografía final no añade gran cosa, es simplemente una acción pedante, un volver a decirle al lector que uno es muy sabio». Otros piensan de modo distinto: «Debe haber una bibliografía final para dar gusto y solaz a un frecuente maniático que sólo lee las bibliografías y los índices». Lo cierto es que, por muy pormenorizadas que sean las referencias bibliográficas al final de las páginas o de los capítulos, conviene hacer la bibliografía del conjunto de las fuentes para no obligar a un lector interesado en la búsqueda de fichas de libros, artículos o documentos a regresar por nuestro camino página por página. Si se hace, lo mejor es cumplir con ciertas convenciones. Por ejemplo la de limitar la bibliografía al tema tratado en la obra y la de hacer las descripciones de libros y artículos de

modo homogéneo. Se pide también que las fichas bibliográficas sean un poco más completas que las de las notas. En la bibliografía final se pone el número de páginas de la publicación y se le agrega la abreviatura *ilus*. si tiene ilustraciones, aunque no siempre. En cambio, sí es una constante el anteponer el apellido del autor a su nombre de pila. Esto porque la bibliografía se ordena la mayoría de las veces de acuerdo con el orden alfabético de apellidos. Las bibliografías grandes se subdividen por temas, pero dentro de cada tema se observa la sucesión del alfabeto. En algunos casos conviene colocar las fichas en orden cronológico; poner al principio las obras más viejas y al final las novedades bibliográficas. Cuando se presentan los libros por orden de aparición se ve a las claras el desarrollo de un problema, y los partidarios de estar a la moda pueden enterarse con mayor facilidad de lo último acerca de un asunto determinado.

La exposición de fichas bibliográficas es uno de los vicios más agradables de la manía coleccionadora. La bibliografía es una actividad con larga y fecunda tradición en México. Quienes la practican se saben apoyados por Joaquín García Icazbalceta, Vicente de P. Andrade, Nicolás León, Jesús Guzmán y Raz Guzmán, Genaro Estrada y Agustín Millares Carlo.[35] Por lo demás, la preparación de una monografía histórica suele desembocar en momentos de fatiga en los que no es conveniente ocuparse en tareas de análisis, síntesis o redacción. Tampoco conviene hacer pausas en muchas ocasiones. Para las horas de cansancio no hay nada mejor que llenar tarjetas con el apelativo de una persona, el nombre de su obra publicada, el pie de imprenta de la misma y su obesidad medida en número de páginas, y ordenarlas, por orden alfabético o de aparición, en un tarjetero al principio, y al último en las hojas de un mecanograma.

Toda historia de corte científico empieza y concluye con la hechura de índices. Hemos visto que la hipótesis es básicamente un índice temático, también conocido por los nombres de índice general y de sumario. A éste se agregan, para ayuda de otros investigadores y quizá en algunos casos también para el servicio de los lectores legos, muchos índices más, como son el de nombres propios, el toponímico, el analítico, el de ilustraciones, el de cuadros estadísticos y gráficas, el de siglas y la fe de errores tipográficos. A veces se juntan dos o tres en uno. Cuando esto sucede con el de personas y el de lugares se denomina índice de nombres propios u onomástico. Si éste se incrusta en el de ideas se le llama al conjunto índice analítico. También los índices de ilustraciones y gráficas cabe reducirlos a uno, como es obvio.

En el índice general, como lo sabe todo alfabeta, figuran los nombres de las partes, capítulos y subcapítulos de una obra, seguidos del número de la página donde empieza cada una de esas divisiones. Unos editores prefieren poner este índice al principio de la obra, al voltear las hojas de la portadilla y la portada; otros, después del prefacio, y unos terceros, al final del volumen, sólo antes del colofón y la cuarta de forros. Aunque la tradición hispanoamericana recomienda poner el sumario en las últimas páginas, la buena educación estima recomendable ponerlo en las primeras, y el buen juicio considera disparatada su inserción en páginas intermedias, después del prólogo, según la costumbre anglosajona. El orden del índice general y del de ilustraciones no se aparta ni un ápice del orden del libro. Los órdenes de otros índices son alfabéticos y su hechura viene después de otros pasos de los que se hablará en el capítulo siguiente.

La composición de un libro de historia se inicia desde el punto de arranque y concluye hasta la publicación del volumen, hasta el momento que se le pegan a éste los índices analítico y onomástico y el colofón, que son rabos añadidos en el segundo tercio del tiempo de imprenta. Pertenece tanto al momento de componer como al de escribir y publicar la intercalación de ilustraciones en los libros de historia. Algunos tratadistas encomian la hechura e intercalación de cuadros sinópticos que permitan ver el esqueleto de cada capítulo o de la obra en su conjunto, según el caso. Son más los que insisten en las muchas ventajas de intercalar mapas, indispensables para la intelección de muchos textos. Al parecer, todo mundo concuerda en la costumbre de esparcir en las narraciones históricas abundantes dibujos y fotos. Los sacerdotes de la grey culta dicen que, para adquirir respetabilidad en el mundo universitario, se necesita romper la narración varias veces con gráficas estadísticas de varia índole. Aun un libro de teoría y método como el presente admite ilustraciones en su composición. Una obra similar a ésta, que lleva el nombre de *Historia* y es el número 40 de la Biblioteca Salvat de Grandes Temas, está constituida, en un alto porcentaje, por fotos, pinturas, recuadros, mapas y otros elementos decorativos. La ilustración, a la que volveremos en el acápite siguiente, decora la mayoría de los estudios históricos que se componen y escriben en este tiempo de mirones.

Modos de escribir y dar a luz

Sentarse a escribir

suele ser ahora la última etapa activa de todo investigador en cada una de sus aventuras intelectuales. Los investigadores físico-matemáticos y biomédicos padecen la obligación de tener que sentarse a escribir un artículo para una revista especializada cada vez que concluyen una búsqueda. Los historiadores generalmente gozan cuando se llega el día de escribir un libro como coronamiento de las arduas caminatas que los pedantes designan con los nombres de propedéutica, heurística, crítica, hermenéutica, etiología y arquitectónica. Al historiador, al fin y al cabo descendiente del cuentero, le gusta referir cosas de manera detallada. Al científico *strictu sensu*, según declaración ya hecha, le disgusta ponerse a escribir y desea acabar pronto. Por regla general sólo confecciona artículos. A la gran mayoría de los historiadores no le bastan los breves espacios que conceden al escritor los periódicos y las revistas. Los libros individuales en varios volúmenes son obra de enciclopedistas e historiadores; sólo excepcionalmente, de novelistas, y nunca, de científicos. Si un profesional de las acciones humanas del pasado rehúsa escribir o exponer oralmente el fruto de sus pesquisas, da lugar a que se dude de su vocación.

Algunos historiadores modernos muy reputados han escrito poco, pero han expuesto su sabiduría en la cátedra. Las obras completas de don Arturo Arnáiz y Freg no ocupan más de cuatrocientas páginas, aun si se incluyen sus colaboraciones en diarios, pero sus exposiciones orales seguramente requirieron de más de treinta mil horas.[1] En una ocasión en que don Wigberto Jiménez Moreno puso una docena de líneas en el álbum de una dama alguien le dijo: «Maestro, esta señorita le ha inspirado la mitad de su obra». Don Wigberto escribió poco, pero habló mucho acerca del resultado de

sus afanosas investigaciones y dio lugar a que otros dieran a conocer por escrito y como si fueran propios los descubrimientos wigbertianos. Por lo demás, es común que los historiadores expongan en conferencias y cursos, antes que en libros, lo investigado por ellos. Son muy pocos los extratímidos o los suspicaces que no lo hacen. Con la previa comunicación oral se corre el riesgo de ser víctima de plagio, pero se ganan algunas observaciones de los oyentes, útiles para la redacción final. La costumbre de ofrecer ponencias en congresos de historia es muy recomendable. No lo es menos el dar a conocer los resultados de una investigación en un curso para estudiantes con licenciatura concluida o en conferencias para gente del gremio o de los corrales afines. Sería normal y provechoso en esta obra de recomendaciones a neófitos y aficionados decir cómo se expone una conferencia o un curso brillante, pero no sería sincero si recomendara el uso de transparencias, modulaciones de voz y recursos retóricos capaces de conmover a los oyentes o de mantenerlos sin bostezar porque me parecen deshonestos y falsos los trucos propios de la oratoria.

Parecen menos forzados otros lenguajes, uno de ellos el fotográfico; otro el audiovisual. Los investigadores debieran servirse del lenguaje del cine y de la televisión. Como la historia es ver más que pensar, cabe difundirla al través de libros de fotos y de dibujos animados, de películas y de videocápsulas.[2] Las series mexicanas para la televisión que se transmiten en 1987 con los nombres de *Biografía del poder* y *Senda de gloria*, originadas en sendos textos de Enrique Krauze y de Eduardo Lizalde y Fausto Zerón-Medina, son ya un buen síntoma de los servicios que pueden rendirle a la exposición histórica los «medios» masivos. Si ahora el lenguaje audiovisual de la televisión y el cine resulta todavía ineficiente es por la inexistencia de historiadores capaces de manejar una cámara cinematográfica con la misma pericia que una pluma, una máquina de escribir o una procesadora de palabras. Quizá Aurelio de los Reyes está a punto de ser la excepción de la regla en México.

Por lo pronto, aquí sólo cabe hablar de la escritura de una monografía histórica como las que presentan ante un jurado los que quieren ser maestros o doctores en uno de los oficios más viejos en el mundo, o los que escriben por puro amor a las antiguallas y ejercen sin título de historiador, pues maldita la falta que les hace leer esto a doctores universitarios con estudios en París, Harvard, Moscú, Madrid, Oxford o Cambridge y con muchas horas de vuelo. Al lector de un libro como éste quizá no quepa decirle que antes de iniciar la redacción de su monografía debe escoger cuidadosamente un sitio inspirador,

silencioso, apacible y con buena vista, pues probablemente no tenga oportunidad de escribir en un ámbito placentero. Quizá sí surta efecto la recomendación de rodearse de herramientas bibliográficas (diccionarios, gramáticas y un libro como éste) y físicas (lápices, plumas, máquina de escribir, papel y gomas). Si ya se han adquirido manías como las de escribir con pluma fuente y tinta azul-negra se aconseja seguir haciéndolo.

Leer páginas de don Alfonso Reyes o de Jorge Luis Borges o de Pedro Henríquez Ureña antes de tomar la pluma entona al escritor novato. Leer y releer las fichas de apoyo para el texto antes de ponerse a escribir también resulta muy rendidor. En cambio, tener a la vista el fichero a la hora de redactar predispone a la historia de tijeras y engrudo. El borrador inicial se hace sin la mirada fija en las fuentes y se escribe en él todo lo que pasa por la cabeza. No es necesario redactar en el mismo orden acordado para el libro. Se puede escribir el principio en la última jornada. El comienzo del primer borrador no es siempre lo primero que se escribe. Si las primeras frases de un capítulo se resisten a la pluma se las deja para otro día. Es conveniente que la prosa avance con fluidez, sin demasiados pujos. De nada sirve darse topes contra la pared. El primer borrador se hace con el mínimo de esfuerzo. Sea manuscrito o mecanuscrito se deben dejar espacios generosos entre línea y línea que permitan la intercalación de palabras y aun de líneas enteras.

Para la segunda redacción no debe olvidarse la advertencia del epigrama que dice: «Lo escrito fácilmente se lee con dificultad». Tampoco ayudan las prisas. Sirve desentenderse del borrador inicial durante una temporada. A mí, por lo menos, me sirve. Después de una estación de reposo, vuelvo al borrador lanza en ristre y bien armado de tijeras y correctores. Procuro corregir imprecisiones, ahora sí con el auxilio de las tarjetas. Aclaro conceptos; intercalo noticias que parecen necesarias; lleno lagunas; suprimo afirmaciones sin comprobación; busco la exactitud, y termino un segundo borrador que en un veinticinco o cuarenta por ciento se parece al monstruo original. Como me apena dárselo a leer a otro, rara vez sigo el consejo de Guy Thuillier y Jean Tulard de «pasar el borrador a un amigo. Esta persona —si no es historiador de oficio— puede hacer un trabajo de revisión muy útil».[3] Mi segundo texto lo paso a la secretaria, quien hace dos copias del primer manuscrito. Uno va a la peluquería de Armida y el otro lo someto a la autocrítica.

Aquí interviene la voluntad de estilo y la elaboración consciente de efectos literarios. Los historiadores se han servido de diferentes técnicas literarias al través de dos mil quinientos años para comunicar noticias y

explicaciones de la vida y la obra de la gente muerta. Ha desaparecido la costumbre, introducida por Tucídides, de poner discursos en boca de los personajes históricos para dar a conocer su pensamiento. Sólo parcialmente se acepta hoy la recomendación de Luciano (ca. 120-180): «El trabajo del historiador consiste en disponer los hechos bellamente, y en darlos a la luz con la mayor brillantez posible […] Ha de haber en la historia tranquilidad y nobleza […] dicción clara y urbana».[4] Los historiadores romanos se distinguieron por la dignidad y elegancia de la forma. Los renacentistas quisieron ser como los romanos. Ahora nos parece que Maquiavelo y otros renacentistas abusaron de los discursos hermosos y de los recursos propios de la novela. También fueron abusivas las dramatizaciones propias de los colegas de los siglos XVI y XVII. Hoy

quizá se parezca principalmente al más común de los escritores del siglo de las luces, a Gibbon y a Clavijero. Seguramente rehúye a los románticos. El estilo de Michelet nos revela lo que fueron algunos de los procedimientos de la retórica de los historiadores del romanticismo: «El empleo de la metáfora que trasmuta por el efecto mágico del verbo la analogía en demostración, la sustitución de la idea por la imagen, el antropomorfismo».[5] La reacción positivista fue de abandono de la voluntad de estilo en algunos casos y de esgrimir frases pomposas en otros. Los positivistas de casa, especialmente Justo Sierra, se esmeraron en escribir de un modo parecido al de los grandes oradores. Algunos positivistas declaraban: «Las fuentes mismas deben hablar». No por pereza hacían historia de tijeras y engrudo. Su intención de reconstruir el pasado con todos sus pelos y señales los hacía abusar de los entrecomillados. Muchos procuraron rehacer el lenguaje de la época. Don Luis González Obregón, estudioso de la Nueva España, quiso escribir a la manera de los documentos que leía. El arcaísmo en la escritura produjo la prosa cursi que Genaro Estrada ridiculizó en *Pero Galín*. También suele desembocar en la cursilería el uso de mexicanismos y neologismos.

Los modernos metodólogos de la historia, al contrario de los clásicos, procuran decir lo menos posible acerca del estilo. Excepcionalmente, Donald Robertson aconseja adquirir «las características del literato creador».[6] Thuillier y Tulard recomiendan «escribir claramente […] evitar las fórmulas brillantes y poner freno a la imaginación y a la pluma».[7] Schieder dice que

«el lenguaje de la historia ha de preocuparse por una precisión y concisión extremas».[8] Kirn sólo se atreve a sugerir el desuso de palabras comodines y extranjeras.[9] Eco es más explícito en *Cómo se hace una tesis* de humanista. Allí se lee: «No seáis Proust. No hagáis periodos largos […] No seáis Cummings […] pues no sois poetas de vanguardia […] No uséis puntos suspensivos ni exclamaciones, no expliquéis las ironías […] No uséis nunca el artículo delante de un nombre propio […] No castillanicéis nunca los nombres de los extranjeros». Eco pocas veces aconseja positivamente: «Castellanizad los apellidos extranjeros únicamente en caso de tradición asentada»: Lutero, Moro, Mahoma, el Bosco. En otra parte dice acerca del uso del yo: «Algunos creen que es más honrado poner yo en vez de utilizar el plural mayestático». Para él no es así. Se usa el «nosotros» porque se supone que lo afirmado puede ser compartido por los lectores.[10]

Don Alfonso Reyes deslinda los diferentes modos de escribir textos científicos, poéticos, litúrgicos, humanísticos, en jerga criminal, etc. De la lectura de su *Deslinde* se desprende que los estilos históricos distan mucho entre sí y de los acostumbrados por los hombres de ciencia que incurren en numerosos tecnicismos, los versificadores que atropellan sin miramientos las reglas gramaticales, los delincuentes que gustan de hacer criptogramas y los oradores que andan a la caza de vocablos altisonantes y esdrújulos.[11] Parece exagerado afirmar que la historia ya no es una especie de literatura. Michel de Certeau opina que la adecuación a lo real es en la historia, como en la novela realista, un modo de decir propio de un género literario.[12] Como quiera, hay enormes diferencias de estilo entre los grandes historiadores, aunque en la gran mayoría predomina la voluntad de escribir bien. Algunos creen que el estilo falsea el conocimiento. Ahora comienza a decirse que lo ahonda y ayuda a «transmitir un poco de su emoción y esa vida que trata de restituir».[13] Después de decenios de crítica a los buenos narradores, se ha vuelto al elogio de los clásicos de la historia cuya naturaleza es esencialmente literaria. La sociedad le exige al historiador el uso de efectos literarios.[14]

Alfonso Reyes precisa en «Mi idea de la historia»: «Dato comprobado, interpretación comprensiva y buena forma artística son los tres puntos que cierran el "triángulo de las fuerzas", y ninguno debe faltar» en un trabajo histórico. En seguida recuerda lo dicho por Menéndez y Pelayo sobre las virtudes literarias de los historiadores.

> Por tales virtudes […] viven y vivirán eternamente a los ojos de la memoria la peste de Atenas, la oración fúnebre de Pericles y la expedición de Sicilia, en Tucídides; la batalla de Ciro el Joven y su hermano, en Jenofonte; la consagración de Publio Decio a los dioses infernales y la

> ignominia de las Horcas Caudinas, en Tito Livio; el tumulto de las legiones del Rin y la llegada de Agripina a Brindis con las cenizas de Germánico, en Tácito; la conjuración de los Pazzi y la muerte de Julián de Médicis, en Maquiavelo; la acusación parlamentaria de Warren Hastings, el terrible procónsul de la India, en lord Macaulay.**[15]**

También el filósofo Bertrand Russell sale en defensa de la narración histórica bellamente escrita.

> Entremos —dice— en la cuestión de cómo debería ser escrita la historia, si queremos que produzca el mejor resultado posible en quien no sea historiador. Ante todo, existe un requisito extremadamente sencillo: debe ser interesante […] No me agrada la tendencia, a que propenden algunos historiadores modernos, que atenúa todo lo que hay de dramático en la historia y demuestra que los héroes no fueron tan heroicos ni los malvados tan perversos […] Si la prosa expositiva ha de resultar interesante, ha de haber un periodo de incubación […] este periodo es muy poco probable que se dé, si el autor no dispone de una gran cantidad de ocio, y sí de una considerable cantidad de fatiga […] Dentro del marco de la historia como arte, hay diversos tipos de historia […] Uno de esos tipos es ejemplificado por Gibbon que nos ofrece una majestuosa procesión de caracteres […] Escribió con imaginación viva.**[16]**

Habrá que defenderse de algunas manías modernas de las ciencias sistemáticas del hombre. Las otras ciencias sociales se han dado un lenguaje técnico o artificial. La historia usa un reducidísimo vocabulario propio. Casi siempre le basta con el lenguaje étnico o natural. Pocas veces necesita de neologismos. «Nuestra ciencia no dispone —según la docta opinión de Marc Bloch— de un sistema de símbolos aparte de todo idioma nacional. El historiador habla exclusivamente con palabras, con las palabras de su país».**[17]** Sin embargo, a muchos historiadores les gustaría escribir como científicos, caer en las oscuridades de un Talcott Parsons, ver a otros quebrarse la cabeza por entenderlos. Para tener el prestigio de los autores confusos y farragosos, usan vocablos provenientes de la jerigonza de sociólogos y economistas. Quien se atreva con términos seudocientíficos como orientación societaria, *in-group*, *out-group*, retroalimentación y otras innovaciones verbales confusionistas, quizá consiga el asombro de algunos novatos en congresos, simposia y mesas. Muchos creen estar *à la mode* si afean el lenguaje como aquel Argüello, citado por Ignacio del Río, quien postuló

> que la colonia no tenía una sola y uniforme estructura típica, sino que era la síntesis dialéctica de diversas estructuras atípicas (infraestructuras) combinadas y conjugadas inarmónica y desigualmente dentro de un todo pluriparticular de esencia asiático-feudo-colonial hasta mediados del siglo XVII. Dichas infraestructuras eran, por lo menos, gentílico-tribal (subproducto involucionado del modo de producción asiático); esclavista (subproducto de la desestructuración de las masas indígenas y de la necesidad profunda de extracción minera y agropecuaria para el comercio mundial); y semifeudal de las haciendas y de los centros gremio artesanales.

Eso y más se dice a propósito de «La acumulación originaria en la Nueva España».[18] Existe otra costumbre que imita el lenguaje ambiguo, altisonante y oscuro de algunos políticos.

Lo anterior no quiere decir que todos los textos históricos deban escribirse con la misma pluma artística. Algunos tipos de historia requieren de un vocabulario y un discurso próximo al de las ciencias sociales. Las historias llamadas demográfica, económica, social, de las mentalidades, de la filosofía y de la ciencia quizá no encuentren en el lenguaje cotidiano, étnico o de la tribu, todas las herramientas lingüísticas que requiere su mensaje; quizá necesiten echar mano de palabras especiales, de un vocabulario ad hoc.[19] Algunas de esas historias (especialmente la demográfica) no suscitan pasiones necesitadas de un lenguaje artístico para expresarse. Las historias numéricas de gente y mercaderías piden lenguajes de comunicación y nada más, y se dirigen a personas pertenecientes en su gran mayoría a la casta del científico social. En suma, el género histórico es multilingüe. Unos historiadores se expresan en el idioma del aburrimiento propio de los eruditos, muchos en jergas científicas, y otros, los mejores, los clásicos, se sirven, según sea necesario, de las formas expresivas de la tragedia, el drama y la comedia; son capaces de hacer llorar, o de hacer reír, y no únicamente de estimular el sueño. Los aspirantes a historiadores pueden ponerse aburridos, románticos, trágicos o irónicos al momento de escribir, pero no cuentan con alternativas a la hora de

la presentación de originales

en los cenáculos de colegas. Lo normal es que las narraciones verídicas de la gente de Clío sean criticadas por círculos minúsculos de colegas envidiosos antes de salir a la luz pública y de establecer contacto con el público municipal y espeso. En instituciones como El Colegio de Michoacán se acostumbra dar a leer el producto de una investigación a los compañeros antes de ser publicado. Aunque en algunas ocasiones la crítica del prójimo sea injusta, siempre es valiosa.

Está en proceso de cambio el modo de presentar una monografía ante colegas, un jurado de examen o un consejo editorial. En ninguna de las tres instancias aceptarán textos escritos a mano y en un material anterior al papel. Quizá pronto reciban disquetes elaborados por una computadora. Siguen siendo bien acogidas las copias mecanográficas en hojas tamaño carta. Después de escribir la hoja titular, que sólo lleva el nombre del investigador

(si la vanidad lo exige, en mayúsculas) y el título y el subtítulo (casi siempre subrayados), vienen las cuartillas del prólogo o introducción, de las partes, capítulos y secciones, de las notas y de los apéndices. El nombre de las partes o divisiones mayores se acostumbra ponerlo en mayúsculas y en hoja aparte; el de los capítulos, al comienzo de cada uno, en la parte superior de la hoja y en letras mayúsculas, y los de las secciones al principio de éstas, en altas y bajas subrayados.[20]

No parece tener mayor importancia, pero es necesario mecanografiar cada cuartilla conforme a ciertas normas para no exponerse a recibir los calificativos de roñoso y sucio y la devolución violenta del manuscrito. En cada cuartilla debe dejarse en blanco un margen izquierdo no menor de tres centímetros; otro a la derecha que basta con que sea de uno, y los de arriba y abajo de tres cada uno. En el espacio restante no se permite que haya más de dos docenas de renglones, lo que equivale a decir que debe mecanografiarse a renglón abierto, salvo las citas largas que algunas veces se transcriben a renglón seguido. La longitud de cada línea escrita es de diecisiete centímetros o sesenta y cinco golpes, salvo las acortadas por los puntos y aparte. Todas las hojas se escriben sólo por un lado y van foliadas desde la primera hasta la última página.[21]

Para presentar el texto ante la imprenta hay tal cantidad de obligaciones que ocupan capítulos enteros en los tratados sobre la composición en artes gráficas. El original debe ser preparado escrupulosamente. Euniciano Martín pide, además de la hoja de instrucciones generales sobre medida, cuerpo, interlineado, posición de los títulos, colocación de iniciales y de notas, numerar en orden progresivo las hojas del original; proponer los caracteres de títulos y subtítulos; precisar la parte del original que ha de componerse de cuerpo o medida distintos del conjunto de la obra; dar un vistazo a la puntuación, a las llamadas de nota, a las comillas de las citas; instruir sobre letras o signos especiales; unificar la ortografía de las palabras que pueden escribirse de dos o tres maneras, de las mayúsculas arbitrarias y de las abreviaturas; comprobar la numeración sucesiva de las partes, capítulos y notas, y decir claramente dónde han de colocarse ilustraciones y gráficas. «La preparación del original debe ser todavía más diligente y meticulosa si la obra» se hace conforme a los sistemas automatizados. En este caso, habrá que introducir en el texto que se presenta a los impresores los signos clave «para que el lector óptico, el operario teclista, el ordenador o computadora interpreten correctamente los cambios de caracteres, medidas, interlineado, etcétera».[22]

Pero muy rara vez los autores presentan sus originales según las normas de don Euniciano. Hacerlo como él quiere le corresponde al regente del taller de impresión. Con todo, no está por demás que el autor sepa un par de minucias. Ha de saber que para indicar lo que va a componerse en letra cursiva o bastardilla debe subrayarse. Lo que debe ir en versalitas o letras mayúsculas del tamaño de las minúsculas llevan doble subrayado en el mecanuscrito. En hoja inicial y aparte del texto conviene advertir las características especiales de la edición que se desea; por ejemplo, que no se ponga el nombre del autor, sólo la inicial (G. Pérez), que se escriban en minúscula las iniciales de los nombres propios y cualquier otra desviación de la norma. También conviene recordarle al impresor, en las advertencias para él, que en castellano las mayúsculas van acentuadas, pues es una norma que infringe con inexplicable asiduidad.[23]

La policía académica de nuestro tiempo dispone que las obras sean ilustradas o con «monitos» para bien de sabios y legos. Las ilustraciones pueden ser directas (fotos y figuras), esquemáticas (cuadros sinópticos y mapas) y ordenadoras (cuadros estadísticos y gráficas). Las ilustraciones, que suelen repartirse a lo largo del texto y no amontonarse en medio o al final de un libro, aclaran casi siempre lo que se escribe e incluso lo embellecen en algunas ocasiones. Ya es raro encontrar obras científicas que no estén profusamente ilustradas.[24] Los libros de historia no pueden ser la excepción, y quienes los escriben han de llevar su texto a la empresa editora acompañado de las ilustraciones más indispensables y que no hagan muy cara

la impresión multivoluminosa

de un mecanuscrito. Sólo las historias del arte, que se acostumbra pagarlas a muy alto precio, pueden darse el lujo de prodigar láminas a color, grabados, litografías y reproducciones fotográficas. Las historias de contenido político deben conformarse con uno o dos mapas y los retratos de los protagonistas. Las historias de tema social y económico requieren cada vez de mayor número, si no de efigies, sí de cuadros, tasas, pirámides, diagramas de barras, histogramas, polígonos de frecuencia, tabulación y diagramas de sectores y de correlación.[25] Una vez que han sido entregadas las ilustraciones, la empresa editorial procura que en la edición de una obra comparezca lo menos posible el autor del texto. De hecho, en la etapa de publicación el padre de la criatura está de sobra.

El nacimiento actual de los libros se asemeja al de los bebés. Éstos brotan

en un hospital en donde el protagonista es el médico y no el padre, y aquéllos, en una casa editora donde las figuras de mayor relieve son el director de la editorial, la persona que diseña el libro, quienes lo imprimen y los distribuidores o libreros. En la Antigüedad los libros nacían en casa, pues eran libros desde que se terminaba el texto del autor. De Gutenberg para acá ningún manuscrito tiene calidad libresca si no ha pasado por editores, impresores y vendedores. Los tres son casi siempre individuos quejumbrosos. Ahora hablan del carácter residual del libro. Según ellos, sólo sirve para transmitir lo invisible o lo que tiene un interés tan limitado que no atrae la atención de quienes manejan los medios audiovisuales. Según sus detractores, ya ni siquiera es un archivo de información, pues los modernos bancos de datos tienen formas más eficaces de archivar el saber.

Una de las primeras cosas que se aprenden cuando se entra en el círculo de quienes hacen libros es que la publicación de cada uno de ellos requiere de tres operaciones. Mediante la primera se consigue que una casa editorial acepte imprimirlos. En seguida se procede a la impresión y encuadernado de las obras. En tercer término, las obras aceptadas e impresas se distribuyen en las librerías. Las tres operaciones son realizadas por las editoriales. Unas son departamentos universitarios u oficinas de gobierno. En los países llamados libres la mayoría son editoras-negocio. Por regla general, los editores oficiales atienden a lo bueno o lo ortodoxo de los libros y los privados a lo vendible para decidir su publicación. Unos y otros, con la ayuda de un consejo la mayoría de las veces, seleccionan lo publicable. En algunas ocasiones, el jurado examinador de una tesis recomienda su publicación. En este caso, el joven sólo debe esperar, hasta la vejez quizá, a que las prensas universitarias impriman su libro. Si no recibe recomendación alguna del jurado, puede llegar a publicarse con rapidez en una editorial extrauniversitaria.

En la primera etapa de la publicación, a los historiadores sólo les queda esperar pacientemente, o proponer su libro a las casas editoriales o conseguir un hombre influyente que ordene la publicación de una obra con o sin méritos. En la segunda etapa, la influencia de los autores suele ser mayor. Por un lado preparan el mecanuscrito para la imprenta conforme a normas generales y a consejos específicos del editor; normas y consejos que difieren poco de las peticiones acostumbradas por los institutos de educación superior para aceptar tesis. A veces también se les deja intervenir en la corrección de pruebas pese al disgusto de los impresores. Éstos alegan que el conocimiento del escrito impide que el autor dé con las erratas de la obra; que quien escribe tiende a corregir su texto más allá de lo tolerable por la imprenta, aunque esté

en galeras o cartones, donde sólo se justifica la corrección de fallas tipográficas.

De cualquier modo es conveniente que el responsable del texto esté al tanto de las mañas de la corrección de pruebas que, además de ser pocas, son fáciles de aprender. No exige demasiada materia gris el memorizar los signos de tachar (ζ), trasponer en la misma línea ( ), unir horizontalmente ( ), punto y aparte ( ), punto y seguido o enlazar de una a otra línea ( ), letras mal fundidas ( ), cursivas (-), versalitas (=), versales (≡), uniformar blanco (|||), trasponer de una a otra línea ( ). No perjudica saber que las correcciones se hacen en los márgenes a la altura de la línea donde haya que corregir. Si falta una letra de una palabra, se tacha una de las letras vecinas y se pone en el margen la sílaba a que pertenecen la letra tachada y la faltante. Si una palabra tiene dos errores o más se tacha y se escribe correctamente al margen. En fin, puestos en el trance de hacer correcciones tipográficas es bueno tener a la vista una guía de corrección de pruebas donde consten los treinta signos más usados en esa tarea y las varias formas de corregir.[26]

Otros muchos aspectos relacionados con la impresión quedan al margen de la actividad ordinaria de quien escribe libros de historia. Se puede ser buen historiador sin saber nada de tipometría, metalografía tipográfica, clasificación de caracteres, clases de composición, filetes y viñetas; composiciones en verso, de citas y notas, de índices, de catálogos y obras teatrales; técnicas de compaginación; medidas de página, ornamentación, folios, signatura, montaje de la forma, y otros detalles; arquitectura gráfica, lenguaje, color, clases de impresiones y otros puntos relacionados con la estética y la técnica del impreso; la composición en caliente y en frío, la monocomposición y la dactilocomposición, los tamaños y clases de papel y los costos en artes gráficas. El autor reaparece para ayudar a la

captura de lectores,

que en estas latitudes y en este planeta de voyeristas se ha puesto tan difícil que lo mejor es dejársela a expertos en mercadotecnia y engatusología. Todo mundo está de acuerdo en que se leen poco los periódicos, menos las revistas y poquísimo los libros, máxime en los países de lengua española. Se dice que los estudiantes de nivel medio y superior pocas veces leen cosas que no sean las mandadas por el *magister*. Quién ignora que las obras de gran tirada, como

son las que superan la cifra de diez mil ejemplares, son una gota que se pierde en un mar de doscientos cincuenta millones de hispanohablantes que padecen, en su gran mayoría, la inapetencia de lectura.

En la etapa de la distribución y de la venta de un libro, muchos autores se retraen totalmente y otros se vuelven unas vedettes. El editor procura vender lo antes posible los ejemplares impresos. Para lograrlo utiliza varias estratagemas: ponerles un precio no muy alto o muy asequible, incluirlos en una colección, mandarlos a las grandes librerías, a las tiendas de todo y a las ferias de libros, solicitar de los enseñantes que los impongan a sus alumnos y de los reseñadores de la prensa periódica que se les hagan reseñas laudatorias. Cada vez con mayor frecuencia se monta una presentación del libro ante un ente, que en esta ocasión se denomina respetable público.[27]

Para la ceremonia de presentación se solicita la presencia y la ayuda de quien suscribe el libro. Éste ha de invitar a dos o tres de sus colegas para que hagan ante un grupo, generalmente amistoso, el elogio de la obra. El autor también se elogia, ya dejándose caer para que lo levanten, ya con palabras y gestos de la más pura egolatría. Acto seguido se distribuyen bebidas de bajo contenido alcohólico entre los asistentes, algunos de los cuales se aíslan de la bola para ir a comprar el hojaldre al mostrador donde se exhibe. De aquí pasan a la mesa donde el supuestamente homenajeado se pasa un rato escribiendo dedicatorias. Una apreciable cantidad de los posibles compradores y lectores sólo adquiere libros dedicados y sólo lee las dedicatorias. Si ésta es cálida, convierte al que la recibe en un probable propagandista del libro presentado.

Pero quienes se encargan generalmente de esparcir la buena nueva son los que visten el hábito de críticos. Hay por lo menos dos clases de críticas. La especializada que, después de dar algunas noticias sobre el autor y sus obras anteriores, habla de la estructura y las ideas centrales de la recién aparecida y somete a riguroso análisis el libro en cuestión. Esta clase de reseña sólo sirve para capturar especialistas y colegas. La otra, siempre superficial, consigue compradores legos si repite lo dicho en la cuarta de forros. Algunos autores la evitan porque no quieren que sus libros sean considerados de «vulgarización».

Otra parte de la tarea distributiva la ejecutan las tiendas y las ferias de libros en las que el autor casi nunca tiene cosa que hacer. Son muy pocos los autores dueños de una librería, pero no son tan pocos los que compran sus propios libros; algunas veces, en tratándose de adinerados ególatras, hasta agotar una primera edición. Si se consigue vender la príncipe, aunque sea por autocompra, las demás pueden llegar a expedirse como se vendía el pan

caliente antes de la guerra contra la gordura. También sirve saber que son mejores las ferias de libros que las librerías como expendios de nuestros hojaldres. En México, la tradición de las ferias está bien consolidada. Aun las del libro, celebradas anualmente en el palacio de Minería y en el pasaje Pino Suárez de la ciudad de México y en las urbes mayores y medianas de la república, suelen ser muy concurridas, incluso por gente que lee muy poco. En las ferias se consiguen más compradores que lectores. Lo mismo sucede con la táctica del libro de colección y con la del libro lujoso. Éste es adquirido por ricachones que quieren adornar la sala de su mansión o hacer regalos a un poderoso. También las series de libros de igual formato se prestan para la decoración de casas, y por otra parte, dan gusto a los coleccionistas. La manera más eficaz de capturar lectores para un libro es la de imponérselo a los alumnos, pero la más satisfactoria es la de conseguirlo por sus virtudes propias, porque se ocupa de un tema palpitante, porque es verdadero o simplemente porque está bien escrito, o por las tres cosas.

El buen historiador ha de ser consciente de que su tarea no concluye con la hechura de un bello relato, de una agradable veridicción. Ha de saber el uso de las estrategias de credibilidad y captura de lectores. Todos los clionautas tienen un ego necesitado de comida y masaje y una función social, un papel de educadores que requiere de las artes de la eficacia.[28] Para conseguir lo que se dirá en el último capítulo de esta obra fue necesario referirse a las artimañas propagandísticas que aparentemente son ajenas a las funciones de cúpula de los intelectuales. Sin poder persuasivo y sin difusión, el discurso histórico no conseguiría ganar lectores e influir sobre la gente, no tendría más sentido que un acto de retozo.

En todos los tiempos la narración histórica ha trascendido, por regla general, al acto de escribirla. En primer término, aunque no siempre, le ha conseguido soldada, cargos honrosos y recompensas de distinta índole al historiador. En segundo lugar, la resurrección de los antepasados ilustres tiene una función pedagógica; es una escuela de patriotismo y buen comportamiento. En otro nivel, las historias pueden exorbitar conflictos y armar revoluciones. También cabe convertirlas en fuente de placer; y en última instancia, un relato histórico de buena factura puede convertirse en lazarillo de ciegos caminantes, según se dirá en el último tramo de esta obra.

Uso y abuso del saber histórico

Las salidas profesionales,

las recompensas, las críticas y las mudanzas derivadas de la publicación, venta y lectura de un relato histórico, suelen ser muchas y de interés tanto para el autor como para la sociedad y el tiempo en que vive, y quizá para otras sociedades y épocas si consigue la dimensión de clásico. Quizá ninguna publicación es enteramente banal. Ni aun los historiadores que sólo se dirigen a otros historiadores o a los científicos sociales o únicamente al jurado examinador se esfuman una vez cumplido su papel de fuentes o el requisito del examen profesional. Del otro lado de donde se expulsa la bala hay varios pájaros que se matan de un solo tiro.[1]

Se puede poner la primera piedra del fin de este manojo de consejos con unas reflexiones sobre las resultas más inmediatas y obvias de los ensayos históricos. En los tiempos que corren, los primeros libros de un historiador reciben el nombre de tesis y van dirigidos a la obtención de papeles que autorizan a publicar en el futuro y vivir de las obras. Sin tesis y sin título se pasan las de Caín. Antes bastaba con una tesis o tesina para ingresar en el gremio de los historiadores. Antes de eso no hacía falta presentar ningún libro a jurado alguno. Ahora se escriben hasta tres tesis. La primera para obtener el diploma de licenciatura; la segunda, el de maestría, y la tercera, el de doctorado. En algunas escuelas de historia en México no exigen tesis para conseguir el diploma de licenciado, y en otras sólo exigen tesina, que a fin de cuentas sólo es un artículo extenso. Abundan las escuelas que dan títulos a cambio de simples compilaciones documentales o de refritos de una o dos o más obras de reconocida solvencia. Las mejores, para dar carta de naturalización dentro de la compañía a un novato, piden un buen libro que debe pasar por las horcas caudinas de un jurado examinador.

El primer lectorio de un primer libro de historia está formado por tres o cinco individuos, que pocas veces ven con simpatía la aparición de un nuevo bulto en su gremio y que aprovechan la coyuntura de un examen profesional para deslucir al pretendiente al título de licenciado, maestro o doctor, y lucirse ellos frente a familiares, amigos y compañeros de la víctima del examen. La primera salida pública de un primer libro puede ser ingrata, aun cuando se obtiene el diploma (pues generalmente nunca se le niega a nadie) y se disfruta de un convivio o reventón con asistencia de los sinodales. En mis tiempos, además del título, podía obtenerse una mención honorífica, un *cum laude* o un *magna cum laude*, que distinguía desde el principio de una carrera a quienes de veras la iban a ejercer y no sólo iban a usar el título para conseguir un sueldo. Ahora todos arrancan con aparente igualdad de oportunidades.

Obtenido uno o dos o tres de los diplomas, con licenciatura, maestría o doctorado, se tiene acceso a varias salidas profesionales que admiten el calificativo de decorosas. Las primeras narraciones largas de un historiador sirven para obtener, además de orgullo, los papeles que abren la puerta a tres tipos de empleos: docencia, investigación y custodia.

La gran mayoría de los agraciados con una licenciatura, ganada con tesis o tesina de contenido histórico, se emplea rápidamente como profesor de secundaria o preparatoria; obtiene un puesto que le permite vivir a las carreras y con estrecheces, y quizá algún día se haga acreedor al apelativo de profesor diamante «que multiplica la luz que ha recibido en ricas, múltiples y brillantes facetas».[2] Por otro lado, ya no se le ofrecen oportunidades de seguir escribiendo narraciones históricas, pues la enseñanza en los niveles de secundaria y bachillerato rara vez deja el tiempo requerido por la investigación y la escritura de obras de valía, lo que no es el caso de un profesor que consigue enseñar en una escuela universitaria o un instituto de educación superior por tener maestría o doctorado. Las cátedras en la cúpula, aunque más peliagudas que los cursos de nivel medio, dejan más tiempo disponible para emprender investigaciones.

Una tesis y un título de historiador también sirven para conseguir empleo decoroso en los institutos llamados de investigación, tan abundantes en los países ricos y cada vez más numerosos en los países con apreturas, como el nuestro. La república mexicana ya le puede dar empleo de investigador de dedicación exclusiva a dos mil historiadores. También puede acomodar a otros mil en plazas administrativo-académicas en los centenares de archivos, bibliotecas y museos que tiene el país. Otras veces acomoda a los historiadores en embajadas y el servicio público.[3] En la república en que nos

ha tocado vivir, al gusto de investigar se añade la ganancia de un empleo regularmente pagado y seguro, la obtención de cátedras y de rango, el no padecer miserias y el conseguir, si se permanece al pie del cañón, otras muchas satisfacciones de muy diversa índole. Los historiadores empeñosos y vocados, quienes gozan con el oficio y su práctica, suelen recibir en una proporción creciente

premios y recompensas

nada desdeñables, quizá no necesarios pero sí muy buenos combustibles. Además de tener licencia académica para el ejercicio de su profesión y una paga contante que les permita ejercer la licencia, la gente de Clío aceptan con gusto regalías, premios y otras dádivas. Un buen número de historiadores busca las recompensas económicas y honoríficas con frenesí. Otros no hacen nada para conseguirlas. Aun las personas que dicen no importarles la cara crematística de su oficio, se abstienen de recoger los derechos de autor que les corresponden. Casi todas se inflan cuando es muy subido el monto de las regalías que se cubren conforme al porcentaje de los volúmenes vendidos. No conozco a ningún enemigo de la premiación que rechace los premios que otorgan la comunidad académica y el poder público. Todos los historiadores la pasan bien con la libertad de que gozan para la realización de sus tareas eruditas y los múltiples estímulos que reciben, sin el deber de atenerse a los gustos y deseos de los estimuladores. Generalmente llegan primero los estímulos económicos llamados becas.

En México, las universidades, las fundaciones, el Conacyt y el Sistema Nacional de Investigadores han otorgado abundantes becas en el último medio siglo. Quizá el Colmex empezó con la buena costumbre, que después se ha extendido a muchas instituciones universitarias, de conceder becas antes de tener méritos, para formar investigadores meritorios.[4] Las becas a estudiantes han propiciado la hechura de no pocos historiadores de primera línea que luego se hacen dignos de recibir becas privadas, de las cuales las primeras en ser famosas fueron las de las fundaciones Ford, Rockefeller y Carnegie. Gracias a la Rockefeller se pudo reclutar gente adecuada para la hechura de obras colectivas de gran tamaño como la *Historia moderna de México*, de Daniel Cosío Villegas.[5] Esas tres fundaciones yanquis y otras de menos fama han dado alguna vez estímulos económicos a la gran mayoría de los historiadores mexicanos y han inspirado la formación de institutos similares en México: Fonein, Fonapo y no sé cuántos más, pero ya no pocos.

Las instituciones gubernamentales han aventajado a las privadas en donación de ayudas. Las más sonadas entre nosotros son el Conacyt y el SNI.[6] Aquél prefiere a los investigadores físico-matemáticos y biomédicos, pero éste extiende su cobija a todos, incluso a los humanistas. Para compensar en parte la tremenda baja en los ingresos de los investigadores, a partir de 1982, año uno de la crisis de los ochenta, el gobierno presidido por don Miguel de la Madrid establece en 1984 un mecenazgo estatal cuyas siglas son SNI. El SNI cobija en 1987 a casi cinco mil personas dedicadas efectivamente a la investigación científica. De ese número, cosa de ciento cincuenta investigan y escriben acerca de las acciones mexicanas del pasado. El sistema cubre ya a una tercera parte de los historiadores en ejercicio. Entre los ausentes se cuentan los que no han solicitado su ingreso, los que prefieren redondear su economía doméstica con un oficio secundario, los carentes de un diploma de maestría o doctorado, los que trabajan fuera de los institutos oficiales de investigación, los que están tomándose unas largas vacaciones, y quizá quienes están tan embebidos en sus pesquisas que no se han percatado de la existencia de un mecenas que proporciona simultáneamente fama y dinero. A los investigadores en despegue los declara candidatos a investigador nacional y a los que están en pleno vuelo los reparte en tres niveles. A los del nivel más alto, el sistema los ayuda con cinco o seis salarios mínimos del Distrito Federal, les da prestigio y los estimula en su trabajo. No faltará quien siga trabajando sólo para evitarse el ridículo de ser dado de baja en el sistema.[7]

Los historiadores que investigan y publican pueden ser un día invitados a formar parte de las fuerzas directivas de una institución académica. «No sólo en Harvard una brillante carrera de historiador puede llevar de catedrático numerario a director de departamento, a decano e incluso a rector, y luego a una trombosis coronaria y al olvido».[8] Como quiera, la empleomanía es la excepción. También pueden ingresar en grupos menos elitistas, como son los institutos universitarios, donde se codean con gente del mismo gremio, reciben una remuneración regular, se les protege de los caprichos del mercado, se les asegura la libertad académica y se les permite proseguir en la investigación.[9]

La pertenencia a clubes intelectuales de gran prestigio todavía es para muy pocos. Tal es el caso de la Academia Mexicana de la Historia y El Colegio Nacional, las dos sociedades más codiciadas por los historiadores. Entre 1915 y 1987, en un periodo de setenta y dos años, el número de historiadores de casa de buen nivel alcanzan la cifra de quinientos, pero sólo ochenta han sido llamados a sentarse en una de las veinticuatro sillas de la

Academia.[10] Desde 1944 hasta 1988 muchos historiadores laborantes en México han publicado sesudos libros de historia. De cuatrocientos, El Colegio Nacional ha escogido a quince. De estos quince, únicamente ocho son historiadores profesionales, pues los demás son literatos y filósofos que esporádicamente han incurrido en la investigación histórica. En otros términos, la Academia Mexicana de la Historia le ha dado pasaporte a la notoriedad al dieciséis por ciento de quienes escriben novelas verdaderas, y El Colegio Nacional ha honrado sólo al tres por ciento o a menos del dos si sólo se mira a los historiadores de tiempo completo.[11]

A lo anterior se suman los premios concedidos anualmente. Sin salirse ce los nacionales y los accesibles a los historiadores, son prestigiosos el Premio de Economía Banamex, instituido en 1951 y dado ya a un buen número de historias de la economía; los recientes premios de la Academia de la Investigación Científica incluyen ya a una media docena de historiadores que no llegaban a los cuarenta años al tiempo de recibirlo. De los muy recientes galardones manejados por la UNAM más de alguno ha venido a parar a un historiador. Algunos premios Elías Souraski, instituidos en 1965, han beneficiado a la gente de Clío. El premio Fray Bernardino de Sahagún, consistente como casi todos en una medalla de oro y un cheque, ha tenido tiempo de favorecer a muchos arqueólogos e historiadores. Naturalmente, los premios más codiciados son los nacionales, establecidos en 1945. Mediante unos discursos, unos diplomas, unas medallas de oro y unas cantidades sustanciosas de dinero, el Estado manifiesta anualmente su reconocimiento a un corto número de mexicanos que han contribuido de manera destacada a enriquecer la cultura nacional con libros, obras de arte e innovaciones técnicas. En cuarenta y dos años, el presidente de la república ha hecho entrega solemne del Premio Nacional a cien compatriotas, entre ellos poco más de veinte autores de libros de tema histórico.[12]

La investigación histórica que fructifica en publicaciones produce para quien la hace un poco de dinero, bastante fama y cada vez menos influencia o poderío. Hemos visto que los historiadores mexicanos del siglo XIX tuvieron fuerza política. Existía la idea de que el conocimiento histórico era especialmente útil para gobernar bien a los Estados. Se suponía que si los historiadores no podían sustituir en los puestos clave a los generales, debían influir en sus decisiones. Quienes confeccionaban libros de historia aconsejaban a los presidentes generales; se convertían en secretarios de Estado, en hombres de recursos, de prestigio y de poder. Hoy ya pueden vivir lejos del sol quemante sin morirse de hambre o de tedio. La profesión da para

tener amigos, vivir cómodamente y aun para volver la espalda a las ciudades y hacer nido en el campo.

La pasión por la historia, más fuerte en México que en otros países según una observación muy generalizada, da al fruto de los historiadores una repercusión tan vigorosa como la conseguida por quienes escriben novelas, poemarios, ensayos, dramas, y mayor que el reconocimiento otorgado a quienes se dedican a las investigaciones físico-matemáticas, biomédicas y tecnológicas; pero mucho menor que el ¡uja! hecho a deportistas, actores, actrices, cantantes, funcionarios, delincuentes y a los enriquecidos inexplicablemente, que son aquí y ahora las figuras máximas de

la popularidad y la crítica,

aunque no las únicas, pues nadie podría calificar a los historiadores mexicanos de perfectos desconocidos. Existe una imagen popular del pepenador de antiguallas. Aunque usted no lo crea se lo considera infatigable, inteligente, memorioso, sabio, ruco, feliz, tímido, inmodesto, distraído, descuidado, pobretón, interesante y víctima de dos o tres chifladuras.[13] No se le malquiere. Se esperan de él beneficios que quizá no pueda producir. Se leen poco sus obras porque la mayoría no ha adquirido aún plenamente la costumbre de la lectura. Hay asomos, se dan síntomas indicativos de que de lo poco leído mucho es de índole histórica. Pero a muchos historiadores los tiene sin cuidado la popularidad, el aplauso de la muchedumbre y el ser best-seller. La preocupación de ser el más vendido se da en los otros novelistas, no en los verídicos. Y entre más universitarios son y más deseosos de ser tenidos por hombres de ciencia, menos los atosiga el amor de las masas. A cambio de la popularidad, quieren el aplauso de sus colegas, la traducción de sus libros a otros idiomas, ser citados y dar pie para reseñas bibliográficas muy elogiosas.

La mayoría de los historiadores mexicanos toma en cuenta la crítica suscitada por sus libros aun cuando es consciente de las muchas deficiencias de los críticos. Un alto porcentaje de las reseñas bibliográficas aparecidas en publicaciones periódicas son hechura del autor o de la casa editorial o un amigo con quien existe el acuerdo tácito del elogio mutuo. La propaganda del editor, el autoelogio y el elogio hecho por los amigos constituyen una parcela de la crítica. El ninguneo y la censura forman otra parte. La envidia no es el menor de los pecados de la intelectualidad mexicana de medio pelo. Muchos se entristecen y disgustan con la aparición del libro de un colega. Si para su máximo pesar les parece bueno, callan sus virtudes, lo ningunean; si ofrece

flancos débiles, lo censuran con acrimonia. En su conjunto, la crítica mexicana quizá sea menos objetiva que la de otras latitudes. No sólo por malinchismo, los historiadores mexicanos procuran y agradecen la opinión extranjera; buscan, y rara vez obtienen, el beneplácito de los académicos de fuera.

Las recensiones agudas de libros de historia mexicanos son frecuentes en *The Americas*, *Encuentro*, *Hispanic American Historical Review, Historia Mexicana, Históricas, Cuadernos Americanos, Historia y Sociedad, Universidad de México, Nexos*, *L'Ordinaire du mexicaniste, Relaciones, Revista de Historia de América, Tlalocan* y *Vuelta*. En estas y otras publicaciones periódicas de México, España, Estados Unidos y Francia, algunos críticos conocedores de la materia, con fuerza moral y de pensamiento claro, ofrecen notas bibliográficas donde dan información del contenido y apreciaciones acerca de los fundamentos, los usos metódicos y la validez de muchas publicaciones históricas mexicanas. Ciertamente todavía hay libros que pasan de noche, cuya existencia es inadvertida aun por el *Handbook of Latin American Studies* o la *Bibliografía Histórica Mexicana*.[14] Quedan por allí trabajos de buena calidad que no han tenido la suerte de toparse con un buen crítico. Quienes publican fuera de la ciudad de México apenas atraen la atención de la crítica.

Los provincianos y los jóvenes son también los menos citados en los libros. Por regla general, las publicaciones históricas citan como fuentes secundarias, ya en notas, ya en la bibliografía final, libros y artículos afines de los que quizá se hayan servido. Los comentarios y las menciones hechas en un libro de historia de otros libros semejantes adolecen de vicios viejos. Uno muy común es el citar sólo las obras de los correligionarios y amigos; otro, el ofrecer fichas bibliográficas sin discriminación alguna, sólo por el prurito de dárselas de muy informado, y otro, el callar los autores con quienes se tiene una mayor deuda. Las obras plagiadas suelen ser silenciadas por los plagiarios. Las citas hechas de un autor sólo reflejan parcialmente su influjo en otros y casi nunca el volumen verdadero de su influencia.

Los masajes al ego del historiador provienen de premios y recompensas, comentarios revisteriles, citas en libros ajenos y aceptaciones en congresos, mesas redondas, coloquios y demás juntas esporádicas de cultos. Gozan de poco prestigio las libres y multitudinarias. El historiador suele cacarear las invitaciones a congresos o simposia reunidos fuera de México y sobre todo si son transnacionales. Reuniones como el Congreso Internacional de Historiadores, el Congreso de Americanistas, el descontinuado Congreso

Mexicano de Historia, los coloquios anuales de Antropología e Historia Regional, celebrados en Zamora, y otras reuniones similares, reflejan de algún modo el nivel de aprecio conseguido por un historiador entre sus colegas. Permiten también el lucimiento de los vanidosos. Generalmente en esas juntas se consagran los monstruos sagrados de la historia, los magníficos.

Los historiadores aficionados de ayer se dirigían a un público que nunca los defraudaba. Los libros de historia llegaron a ser lectura de una vasta minoría. Pocos historiadores de cuño universitario buscan ahora la atención del común de los lectores, pero quienes no lo desdeñan siguen siendo relativamente muy leídos. Es innegable la calidad académica de las obras de Héctor Aguilar Camín, José Fuentes Mares, Enrique Krauze, Andrés Lira, Jean y Lorenzo Meyer y Elías Trabulse y también la aceptación pública que han tenido. Como quiera, muchos de los nuevos historiadores, amigos de las fuentes estadísticas y opuestos a la narración, le voltean la cara a la gente inculta y sólo se dirigen a los profesionales. Quizá éstos y las bibliotecas compren sus obras, pero tal vez sus únicos lectores son los estudiantes forzados a leerlos. Sin duda muchas manifestaciones de la nueva historia no son leídas por personas legas muy interesadas en los procesos históricos. Por fortuna para esa gente son cada vez más los historiadores de formación universitaria que están dispuestos a la manufactura de historias interesantes, a volver a la historia narrativa y a esparcir sus libros para servicio de todos, no sólo de los agremiados.[15]

Todo parece indicar que los libros de historia repercuten sobre quien los escribe de muy diversos modos. El escribir y publicar les acarrea a los historiadores licenciaturas, maestrías y doctorados; empleos que les permiten seguir escribiendo; aplausos y recompensas que los estimulan en su trabajo, y críticas que los inducen a modificar sus relatos o a empecinarse en ellos. Como si lo anterior fuera poco, el oficio de historiador proporciona larga vida y vejez fecunda y feliz a quien lo ejerce. También le sirve de varios modos a los distintos grupos de la sociedad; acarrea provechos de varia índole. Algunos historiadores exageran la utilidad del conocimiento histórico para proteger su fama y su paga, pero, fuera de las exageraciones, todos los tipos de historia son útiles.

La utilidad de las historias tradicionales

es reconocida en todo el mundo. Aunque en el ámbito académico se malmiran aún las historias que buscan el placer de los lectores o la hechura de santos o

la formación de nacionalistas valientes o el diseño de levantiscos, se siguen haciendo libros con intención placentera, edificadora y revolucionaria. Por otro lado, aun sin proponérselo, todo libro de historia produce placer, edificación o rebeldía, además del mero conocimiento. No es una panacea, pero sí un instrumento adecuado para resolver problemas sociales.

En la actualidad, la historia anticuaría o narrativa sigue siendo la mejor historia para la mayoría de los lectores, pese a lo dicho por Nietzsche: «La historia anticuaría impide la decisión en favor de lo que es nuevo, paraliza al hombre de acción, que siendo hombre de acción, se rebelaría siempre contra cualquier clase de piedad».[16] Hoy, en los grupos de izquierda se afirma que la erudición histórica que deparan los narradores «es una defensa de todo un orden de cosas existentes», es un baluarte del capitalismo, es un arma de la reacción. En los frentes de derecha religiosa suele hablarse de la curiosidad egoísta de los historiadores. Todos los encopetados y pudientes, lo mismo revolucionarios que reaccionarios, coinciden en la idea de que la narración histórica frena la acción fecunda, adormece, es opio. Sólo si se acepta el derecho al placer, se pueden encontrar virtudes en la escritura y el consumo de historia anticuaría. Para el primer historiador, la historia fue una especie de viaje placentero por el túnel del tiempo, y como tal lo han sentido los muchos lectores de Herodoto. En palabras de Macaulay, «el gusto de la historia se parece al que recibimos de viajar por el extranjero. Quien viaje hacia el pasado al través de los libros o filmes de historia anticuaría se complacerá con las maravillas de los tiempos idos, con la visión de costumbres exóticas».[17]

La trascendencia de la historia narrativa o interesante es un hecho que se niegan a justificar los que consideran pecaminoso el placer. Se dice que no están los tiempos para divertirse, y sí para hacer penitencia. Los colegas de nivel universitario se resisten, claman, peroran, despotrican contra la repercusión bien sonante, dulce, aromática, aterciopelada, placentera de algunos libros de historia. Si se descalifican los trabajos serios que llegan a convertirse en lectura popular, con mayor razón se lanzan diatribas contra quienes procuran divertir a los lectores con vidas de reyes, escenas de alcoba, crímenes de nivel artístico, excentricidades de héroes y genios, batallas estruendosas, festines palaciegos, aventuras en tierras lejanas y frases célebres. En cambio, la narración opuesta a la de tipo hedonista se aguanta y aun se aplaude en los rigurosos círculos académicos.

Otra especie del género histórico «trata de darse cuenta de cuán injusta es la supervivencia de una cosa, por ejemplo de un privilegio, de una casta, de una dinastía». Esta especie va a las raíces de lo injusto. Quizá su mayor

abogado haya sido Voltaire, quien solía decir: «Nunca se nos recordarán bastante los crímenes y entuertos de otras épocas». «Usted —le escribía Diderot a Voltaire— refiere los hechos para suscitar en nuestros corazones un odio intenso a la mentira, a la ignorancia, a la hipocresía, a la superstición, a la tiranía, y la cólera permanece incluso después de haberse desvanecido la memoria de los hechos».[18] Se trata de un saber histórico de tipo genético que gusta descubrir el origen humano, demasiado humano, de instituciones y creencias; que demuestra lo endeble de la veneración concedida a varias formas de la vida social.

La historia crítica es desacralizadora, y por lo mismo revolucionaria. La practicaron los misioneros de nuestro siglo XVI al traer a su presente lo injusto y supersticioso de la vida prehispánica de los pueblos mesoamericanos. Los criollos del siglo de las luces y de la guerra de independencia hicieron historia crítica al exhibir los orígenes de la colonia novohispana como un simple acto de codicia y de ambición de poder por parte de los españoles. Los discursos históricos hechos en ayuda de la revolución mexicana se complacían en la rebusca de la parte podrida del porfiriato. Un buen número de historiadores de hoy propenden a la historia crítica; se deleitan en descubrir la villanía que se encuentra en el origen de las grandes instituciones del mundo o de la edad del capitalismo, y con eso ayudan al derrumbe del mal.

A este tipo de sabiduría histórica se le atribuye una función corrosiva. Según Voltaire, el conocimiento de las grandes faltas cometidas en el pasado sirven para despertar el odio y poner la piqueta en manos de los hombres.[19] Si se llega a sentir el peso del pasado, se procura romper con él, se evita su supervivencia o su regreso. La recordación de los pasos de infeliz memoria contribuye a lo dicho por Goethe «escribir historia es un modo de deshacerse del pasado» y por Brunschvigg «si los hombres conocen la historia, la historia no se repetirá».[20] Hay un saber histórico disruptivo, revolucionario, liberador, rencoroso. Muchas supervivencias estorbosas, muchos lastres del pasado son susceptibles de expulsión del presente haciendo conciencia de su cara sombría. La detracción histórica hecha por Wistano Luis Orozco y Andrés Molina Enríquez del latifundio o hacienda sirvió para conocer lo anacrónico, lo ineficaz y lo injusto de la institución; para expedir leyes condenatorias de la gran propiedad y para repartir los grandes ranchos entre millones de campesinos sin tierra. Quizá en el origen de la enérgica redistribución de los bienes rústicos ejecutada por el presidente Cárdenas, estuvo la labor de algunos historiadores que minaron el prestigio del latifundio.

La historia crítica debiera llamarse conocimiento activo del pasado, saber que se traduce fácilmente en acción destructora.

> Si desde los primeros tiempos —escribe Diderot— la historiografía hubiera tomado por los cabellos y arrastrado a los tiranos civiles y religiosos, no creo que éstos hubiesen aprendido a ser mejores, pero habrían sido más odiados y sus desdichados súbditos habrían aprendido tal vez a ser menos pacientes.[21]

La historia aguafiestas es un saber de liberación. Denuncia los recursos opresores y represores de opulentos y gobernantes; en vez de legitimar la autoridad, la socava; dibuja tiranos; pinta patrones de haciendas blandiendo el látigo; descubre movimientos obreros reprimidos por la fuerza pública; estudia intervenciones de los países imperialistas en naciones indefensas y destaca los perjuicios de la sobrevivencia de las situaciones injustas para acabar con ellas.[22]

El reverso de la historia crítica es la historia homenaje, que también recibe los nombres de maestra de la vida, didáctica, conservadora, moralizante, pragmático-política, pragmático-ética, monumental o de bronce. Su perfil es bien conocido: recoge los acontecimientos celebrados en fiestas patrias, en el culto religioso y en el seno de varias instituciones. Resucita gente de estatura extraordinaria, gigantes con aureola de santos, sabios y caudillos muertos con el fin de perfeccionar las almas de los hombres vivos; presenta conductas dignas de imitación; imparte clases de civismo y de moral por ejemplos; es un código del bien y del mal y una escuela de perfección. Fue la historia preferida por los mandamases de México en el siglo XIX. Según sus promotores, la historia reverencial podía hacer del peor de los niños un niño héroe como los muertos en Chapultepec «bajo las balas del invasor».

Contra las dos historias conscientemente pragmáticas se lanzó Paul Valéry. Para él la especie que recoge las bondades y las villanías de los seres humanos de otras épocas «hace soñar, embriaga a los pueblos, engendra en ellos falsa memoria, exagera sus reflejos, mantiene viejas llagas, los atormenta en el reposo, los conduce al delirio de grandeza o al de persecución y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insoportables y vanas». Paul Valéry declara a la historia «el producto más peligroso de la química del intelecto humano», pero los escultores de héroes y maleantes se han reído de él.[23]

La historia de bronce mantiene su prestigio como guía moral, maestra de pundonor y faro de buen gobierno. Los pedagogos creen a pie juntillas que algunos hombres de ayer dejaron gloriosos ejemplos dignos de ser emulados

por los hombres de ahora, que la evocación de su conducta es el medio más eficaz para la reforma de nuestras costumbres. Los maestros de la escuela mexicana están convencidos de que las hazañas de Quiroga, Hidalgo, Juárez y los próceres de la revolución, bien contadas por los historiadores, harán de cada niño mexicano un hombre merecedor de la medalla Belisario Domínguez. Gracias a la historia de bronce, «mil santos, estadistas, inventores, científicos, poetas, artistas, músicos, enamorados y filósofos, todavía viven y hablan, todavía enseñan», según la feliz expresión de Durant. [24] Pese a su flaqueza teórica, la historia de bronce «llegó para quedarse». La recomiendan con igual entusiasmo los profesionales del patriotismo y los predicadores de buenas costumbres. Es la historia preferida de los gobiernos, pero también la pluma de vomitar de la academia.

Los tres tipos de historia anteriores han sido declarados espurios en la academia, en el mundillo de la universidad, en las sociedades sabias. No se pone en duda lo útil de las historias de chismes, de piqueta y de bronce, pero sí su validez como conocimiento. Se desacredita la violencia hecha al pasado para volverlo instrumento útil. Se considera ilegítimo el valerse de una historia trunca, y en ocasiones embustera, para conseguir que el conocimiento del pasado sea guía para la acción del presente. Se estima que la única historia con carta de legitimidad, la historia científica, también cumple la función de guía y de mejor modo que las historias que se autollaman maestras de la vida.

La utilidad de la historia científica

es un hecho algunas veces negado por los historiadores científicos. Fustel de Coulanges le negó a la historia seria la aptitud para ser candil, ejemplo, norte o guía de conductas civiles o privadas. Ya he contado en algún otro sitio la indignación manifiesta del maestro José Miranda cuando alguien quería medir el valor de un libro de historia por su utilidad. Según él, la buena historia no ayuda a resolver los problemas del presente; tampoco impide la repetición de atrocidades de otras épocas. No enseña ni evita nada. Desde el punto de vista práctico su valor es insignificante.[25]

Alejandra Moreno Toscano, directora del Archivo General de la Nación entre 1977 y 1982, se cuestionó el papel de los archivos, y en definitiva el sentido y la utilidad de la historia. Con ese motivo, para ayudarse a resolver la cuestión que se propuso, hizo una junta de historiadores y simpatizantes de la historia en La Paz, en 1980. En la asamblea en la minúscula metrópoli de la parte sur de la Baja California, diez contestamos a la pregunta alejandrina que

se nos formuló así: la historia ¿para qué? Las respuestas constan en un libro llamado como la pregunta.[26] Todas las respuestas coinciden en atribuirle utilidad a la historia científica. El filósofo Carlos Pereyra, tocayo que no pariente de un conocido historiador mexicano, dice:

> Ninguna respuesta a las preguntas que hoy pueden formularse respecto a la situación presente es posible en ausencia del saber histórico. Mientras más confusa y caótica aparece una coyuntura dada, como es el caso de esta que se vive a comienzo de los años ochenta, más contundente es el peso de la investigación histórica en el esfuerzo por despejar tales caos y confusión […] Planteada así la función central de la historia, resulta claro que el estudio de los últimos cien años tiene más repercusiones que el de los siglos y milenios anteriores.

Poco después agrega:

> El impacto de la historia no se localiza solamente, por supuesto, en el plano discursivo de la comprensión del proceso social en curso. Antes que nada impregna la práctica misma de los agentes, quienes actúan en uno u otro sentido según el esquema que la historia les ha conformado del movimiento de la sociedad.[27]

Según lo dicho por el filósofo e historiador Luis Villoro, «la historia puede expresar un pensamiento de reiteración y consolidación de los lazos sociales o, a la inversa, un pensamiento de ruptura y de cambio». Sin embargo, la historia es también útil en un sentido más profundo:

> da un sentido a la vida del hombre al comprenderla en función de una totalidad que la abarca y de la cual forma parte: la comunidad restringida de otros hombres primero, la especie humana después y, tal vez, en su límite, la comunidad posible de los entes racionales y libres del universo.[28]

El escritor José Joaquín Blanco inicia su ponencia con la respuesta contundente a la pregunta de ¿para qué la historia? El escribir historia

> ayuda a vivir, a la alegría y aun al rapto intelectuales; porque [esa actividad] es de suyo placentera —esto es, permite una feliz realización del cuerpo que la hace o la estudia— y, sobre todo, porque lo es tanto, y con una adicción tan incurable, que muchos hombres a lo largo de los siglos la han encontrado aventura suficiente, incluso interminable o imposible, de sus vidas.

Blanco no rechaza la utilidad pública de la historia (apoyo a los cambios de vida, reconocimiento de raíces, defensa de algunas verdades, denuncia de los mecanismos de opresión y fomento de las luchas libertarias), pero le da mayor importancia a la utilidad íntima del quehacer histórico consistente en «vivir días que valgan la pena, alegres y despiertos».[29]

Por mi parte, después de referirme a las formas tradicionales del saber histórico que aspiran a ser útiles en uno u otro sentido, traté de la historia

científica que es útil sin pretender serlo, que no aspira a dar consejos para la acción, cuyo fin se agota en la exhumación de las acciones humanas del pasado, sin otro propósito que el puramente cognoscitivo. Hablé de la historia cuantitativa de la que Chaunu dice:

> Busca en los testimonios del pasado respuestas a las interrogantes mayores de la ciencia social […] La demografía tiene necesidad de un espesor estadístico que la historia demográfica proporciona […] La economía tiene necesidad de una historia económica regresiva […] Es así como la historia puede ser útil en el sentido más noble y al mismo tiempo el más concreto.[30]

Me referí también a la suposición de que las ciencias sociales, reforzadas por la historia científica, sirven a las mil maravillas para esclarecer el presente y vislumbrar el futuro. Recordé la obligación del conocimiento histórico de dar un sentido a la aventura del hombre; de unir a éste con el futuro. Cité la profecía de Childe: «El estudio de la historia permitirá al ciudadano sensato establecer la pauta que el proceso ha ido entretejiendo en el pasado, y de allí deducir su probable desarrollo en el futuro próximo». Reproduje una frase prudente de Lacombe: «De la historia, ciencia compleja en el más alto grado […], no hay que esperar una previsión infalible y sobre todo una previsión circunstanciada […] A lo más llegaremos a entrever las corrientes que llevan a ciertos puntos».[31]

En seguida me pregunté: ¿hasta dónde el estudio cuantitativo del pasado, hasta dónde las listas de precios, de nacimientos y defunciones de seres humanos, de volúmenes de producción y de otras cosas cuantificables nos permiten encontrar sentido y orientación para el presente y el porvenir? La computación de las pocas noticias conservadas en documentos seriables de otras épocas no parece prometer mucho. Pero aun cuando la historia académica nos deje de cumplir, las demás formas del modo científico de historiar seguirán siendo útiles. Entonces concluí: la presuntuosa ciencia del pasado, en sus múltiples manifestaciones de historia general, económica, social, demográfica y de las mentalidades, no es una mera inutilidad. Es cada vez una mejor ancila —por no decir esclava— de las ciencias sistemáticas del hombre. También ayuda a comprender mejor la situación social de ahora, y en esta forma, a orientarse en el futuro inmediato, pero quizá nunca llegue a predecir y manipular el porvenir como quisieran los atribulados dirigentes del mundo actual.[32]

La historia, conocimiento concreto de la vida pasada, sirve a la vida adulta de muchos modos, pero sin estridencias. No es un saber puramente peligroso ni mera curiosidad, pero tampoco algo tan indispensable para vivir como la casa, el vestido y el sustento. La historia científica, que tiene como único fin

el conocer por el conocer, tampoco va a reemplazar, como creen algunos, las respuestas que han ofrecido hasta ahora para alimento del espíritu humano las ciencias naturales, la filosofía, la religión, la literatura y demás artefactos del pensamiento.[33] ¿Qué queda entonces de la utilidad de la historia? Probablemente muy poca para resolver los problemas de la niñez y la adolescencia, pero quizá mucha para desenredar los líos en que se meten los adultos. Si es así, a la historia sin meta alguna distinta del mero conocer debe sacársela de los planteles escolares, donde sólo sirve para martirizar niños, y devolverla a la plaza pública, donde se reúnen los adultos y los viejos deseosos de aplazar la muerte y aun suprimirla con la ayuda de los muertos.

Bibliografía

Este catálogo de sólo medio millar de títulos no iguala pero sí adiciona al veinteañero y gordo trabajo de J. C. Rule, *Bibliography of Works in the Philosophy of History* (Gravenhage, Mouton, 1961), y más aún al añoso y relativamente breve índice bibliográfico de Fritz Wagner, que ocupa las cien últimas páginas de *La ciencia de la historia*. En la presente lista figuran los libros de teóricos y metodólogos anglosajones y franceses que se mencionan con mayor frecuencia en las bibliografías finales de casi todos los tratados recientes de introducción al estudio de la historia; pero al contrario de éstos, aquí se citan, si las hay, en vez de las originales, las versiones en español de esos libros. Los alumnos y los aficionados a la historia en los países hispanohablantes, igual que anglos, franceses, rusos y alemanes, sólo entienden bien sus lenguas maternas, y por lo mismo sacan más provecho de la lectura de una traducción defectuosa que de un texto en idioma extraño. La lista que viene a continuación ofrece también la novedad de incluir libros de teoría y método de la historia hechos por hispanoamericanos, generalmente ausentes en bibliografías grandes y pequeñas fabricadas en países del llamado primer mundo y aun en bibliografías confeccionadas en el tercer mundo.

En un primer apartado se enlistan sólo cincuenta y cinco obras sobre el cómo y por qué y sobre el origen, desarrollo y meta del acontecer histórico. A los libros de filosofía especulativa de la historia siguen los de filosofía crítica o teoría de la historia, un tercio de los cuales son de pluma hispanoamericana. En la tercera sección se alude a una mínima parte de los miles de libros que historian el quehacer de los historiadores y de los filósofos de la historia. La mayor parte de los seleccionados son de autor y tema hispanoamericano. Lo mismo pasa con las noventa y dos fichas puestas bajo el título de «Métodos y

técnicas de investigación histórica», antecedentes inmediatos de este volumen. En cambio las cincuenta relativas a la enseñanza de la historia tienen poco que ver con ésta, pese a que se trata en gran parte de cómo se les infunde la historia a los niños de los países de idioma español. Cierra la bibliografía un cajón de sastre, que no únicamente rubros de libros de ciencias y técnicas hermanas y auxiliares de la ciencia y arte de la historia.

I. Filosofía de la historia

ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA URSS, *El papel de las masas populares y el de la personalidad en la historia*, tr. de M. B. Dalmacio, Buenos Aires, Cartago, 1959, 386 pp.

AGUSTÍN DE HIPONA, *La ciudad de Dios*, intr. de Francisco Montes de Oca, México, Porrúa, 1979, xxxii + 625 pp.

BALIÑAS, CARLOS A., *El acontecer histórico. Un estudio ontológico sobre el tema del historiador*, Madrid, Rialp, 1965, 366 pp.

BERDIAEFF, NICOLÁS, *Le Sens de l’histoire. Essais d’une philosophie de la destinnée humaine*, tr. de S. Jankélévitch, París, Aubier, 1948, 223 pp.

BERLIN, ISAIAH, *Lo inevitable en historia*, tr. de Nathan Lerner, Buenos Aires, 1957, 109 pp.

BOSSUET, JACQUES-BÉNIGNE, *Discours sur l’histoire universelle*, París, Garnier-Flammarion, 1966, 437 pp.

BURCKHARDT, JACOB, *Reflexiones sobre la historia universal*, tr. de Wenceslao Roces, México, FCE, 1961, 333 pp.

___, *Sobre las crisis en la historia*, tr. de Felipe González Vicen, Madrid, Nueva Época, 1946, 91 pp.

BURLATSKI, F. *et al.*, *Materialismo histórico*, tr. de J. Bogdan, Moscú, Progreso, 1982, 366 pp.

BURY, J. B., *The Idea of Progress*, Nueva York, Dover Publications, 1955, 355 pp.

BUTTERFIELD, HERBERT, *El cristianismo y la historia*, tr. de Delfín Leocadio Garasa, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1957, 156 pp.

CAIRNS, GRACE, *Philosophies of History*, pról. de Pitirim A. Sorokin, Londres, Peter Owen, 1963, 496 pp.

CARLYLE, THOMAS, *Los héroes*, tr., pról. y notas de J. Farrán y Mayoral, Barcelona, Orbis, 1985, 300 pp.

CASTELLI, ENRICO, Les *Presupposés d'une théologie de l'histoire*, París, Vrin, 1954, 190 pp.

CATURELLI, ALBERTO, *El hombre y la historia. Filosofía y teología de la historia*, Buenos Aires, Guadalupe, 1956, 344 pp.

CIARDO, MANLIO, *Natura e storia nell'idealismo attuale*, Bari, Laterza, 1949, 248 pp.

COMTE, AUGUSTE, *Discurso sobre el espíritu positivo*, tr. de Consuelo Berger, Madrid, Sarpe, 1984, Los Grandes Pensadores, núm. 53, 157 pp.

CONDORCET, ANTOINE MARQUÉS DE, *Bosquejo de un cuadro histórico del progreso del espíritu humano*, Madrid, Colección Universal, 1907.

CROCE, BENEDETTO, *La historia como hazaña de la libertad*, tr. de Enrique Diez Canedo, México, FCE, 1942, 369 pp.

D'ALEMBERT, JEAN LE ROND, *Discurso preliminar de la Enciclopedia*, tr. de Consuelo Berger, Madrid, Sarpe, 1985, Los Grandes Pensadores, núm. 56, 188 pp.

DANIÉLOU, JEAN, *El misterio de la historia*, tr. de Javier Goitia, Bilbao, Dinor, 1963, 462 pp.

DELFGAAUV, BERNARD, *La historia como progreso*, tr. de José Rovira Armengol, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1968, 3 vols.

DOMÍNGUEZ, VIRGILIO, *El materialismo histórico. Aspectos filosófico, sociológico e histórico*, pról. de Antonio Caso, México, UNAM, 1933, 255 pp.

FEDERN, KARL, *La concepción materialista de la historia*, tr. de Carlos María Reyles, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942, 267 pp.

GARCÍA MORENTE, MANUEL, *Ideas para una filosofía de la historia de España*, Madrid, Rialp, 1957, 308 pp.

GOBINEAU, JOSEPH ARTHUR DE, *Essai sur l'inégalité des races humaines*, París, Nouvel Office d'Édition, 1963, 381 pp.

HALEVY, J., *Essai sur l'accelération de l'histoire*, París, Arthème Fayard, 1961, 166 pp.

HARNECKER, MARTA, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, México, Siglo XXI, 1972, 341 pp.

HEGEL, GEORG WILHELM FRIEDRICH, *Filosofía de la historia universal*, tr. de J. Gaos, Buenos Aires, Anaconda, 1946, 850 pp.

HERDER, JOHANN GOTTFRIED, *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, tr. de J. Rovira Armengol, Buenos Aires, Losada, 1959, 701 pp.

JALDÚN, IBN, *Introducción a la historia universal*, estudio preliminar de Elías Trabulse, México, FCE, 1977, 1165 pp.
JASPERS, KARL, *Origen y meta de la historia*, tr. de Fernando Vela, Madrid, Revista de Occidente, 1965, 363 pp.
KANT, IMMANUEL, *Filosofía de la historia*, tr. de Emilio Estiu, Buenos Aires, Nova, 1958, 198 pp.
KONSTANTINOV, F. V., *El materialismo histórico*, tr. de Wenceslao Roces, México, Grijalbo, 1957, 446 pp.
LE BON, GUSTAVE, *Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos*, tr. de Carlos Carrillo Escobar, México, Editora Nacional, 1973, 231 pp.
MARÍAS, JULIÁN, *El método histórico de las generaciones*, 4.ª ed., Madrid, Revista de Occidente, 1967, Selecta, núm. 24, 214 pp.
MARITAIN, JACQUES, *Filosofía de la historia*, tr. de Jorge L. García Venturini, Buenos Aires, Troquel, 1962, 152 pp.
MARX, KARL, *El capital. Crítica de la economía política*, tr. de Wenceslao Roces, México, FCE, 1959, 3 vols., 759, 527 y 953 pp.
MILLÁN PUELLES, ANTONIO, *Ontología de la existencia histórica*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1951, 200 pp.
NIEBUHR, REINHOLD, *Faith and History. A Comparison of Christian and Modern Views of History*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1949, 257 pp.
NISBERT, ROBERT, *Social Change and History. Aspects of the Western Theories of Development*, Nueva York, Oxford University Press, 1969, 335 pp.
ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *Una interpretación de la historia universal. En torno a Toynbee*, Madrid, Revista de Occidente, 1959, 361 pp.
PÉREZ BALLESTER, JORGE, *Fenomenología de lo histórico*, Barcelona, CSIC, 1955, 341 pp.
PLEJANOV, G., *El papel del individuo en la historia. La concepción materialista de la historia*, México, Palomar, 1962, 117 pp.
POPPER, KARL, *La miseria del historicismo*, tr. de Pedro Schwarts, Madrid, Taurus, 1961, 206 pp.
___, *La sociedad abierta y sus enemigos*, tr. de Eduardo Loedel, pres. de Norberto Rodríguez Bustamante, Buenos Aires, Paidós, 1957, 683 pp.
ROTHACKER, ERICH, *Filosofía de la historia*, tr. de Hilario Gómez, Madrid, Pegaso, 1951, 262 pp.

SCHWEITZER, ALBERT, *Filosofía de la civilización*, tr. de Héctor Vaccaro, Buenos Aires, Sur, 1962, 2 vols., 105 y 390 pp.

SPENGLER, OSWALD, *La decadencia de Occidente*, tr. de Manuel García Morante, Madrid, Espasa-Calpe, 1925, 4 vols.

THILS, GUSTAVE, *Théologie de l'histoire. Théologie des réalités terrestres*, t. II, París, Desclée de Brouwer, 1949, 110 pp.

TOYNBEE, ARNOLD J., *Estudio de la historia*, tr. de J. Perriaux, Vicente Fatone y A. Luis Bixio, Buenos Aires, Emecé, 1951-1968, 15 vols.

USCATESCU, GEORGE, *Escatología e historia*, Madrid, Guadarrama, 1959, 242 pp.

VICO, GIAMBATTISTA, *Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones*, pról. y tr. de José Carner, México, El Colegio de México, 1941, 2 vols., 230 y 223 pp.

VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, tr. de Hernán Rodríguez, Buenos Aires, Hachette, 1959, 1218 pp.

ZUBIRI, XAVIER, *Naturaleza, historia, Dios*, Madrid, 1951, 444 pp.

II. Teoría del saber histórico

ALTAMIRA, RAFAEL, *Obras completas. Cuestiones modernas de historia*, t. XV, Madrid, M. Aguilar, 1935, 311 pp.

ARON, RAYMOND, *Dimensiones de la conciencia histórica*, tr. de David Huerta y Paloma Villegas, México, FCE, 1983, 328 pp.

___, *La Philosophie critique de l'histoire*, París, J. Vrin, 1950,324 pp.

___, *Introducción a la filosofía de la historia*, tr. de Ángel H. de Gaos, Buenos Aires, Losada, 1946, 557 pp.

ARRILLAGA TORRES, RAFAEL, *Introducción a los problemas de la historia*, Madrid, Alianza, 1982, 220 pp.

BAGBY, PHILLIP, *La cultura y la historia*, tr. de Enrique Boada, Madrid, Taurus, 1959, 267 pp.

BALIBAR, ÉTIENNE *et al.*, *Teoría de la historia*, comp. de Corina Yturbe, México, Térra Nova, 1981, 218 pp.

BATAILLON, MARCEL y EDMUNDO O'GORMAN, *Dos concepciones de la tarea historiográfica*, México, Imprenta Universitaria, 1955, 117 pp.

BATTAGLIA, FELICE, *La Valeur dans l'histoire*, pref. de Régis Jolivet, tr. de M. L. Roure, París, Aubier, 1955, 206 pp.

BERMEJO BARRERA, JOSÉ, *Psicoanálisis del conocimiento histórico*, Madrid, Akal, 1983,180 pp.

BIANCO, F., ed., *Il dibattito sullo storicismo*, Bolonia, Il Mulino, 1978.

BRADLEY, F. H., *The Presuppositions of Critical History*, intr. y comentarios de Lionel Rubinoff, Chicago, Quadrangle Books, 1968, 147 pp.

BRAUDEL, FERNAND, *La historia y las ciencias sociales*, tr. de Josefina Gómez Mendoza, Madrid, Alianza, 1968, 221 pp.

BRIOSO Y CANDIANI, MANUEL, *Las nuevas orientaciones para la construcción de la historia […]*, Oaxaca, Gobierno del Estado, 1927, 109 pp.

CANTO, ARTHUR, *Analitical Philosophy of History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1965, 318 pp.

CARR, EDWARD H., *¿Qué es la historia?*, tr. de Joaquín Romero Maura, Barcelona, Seix Barral, 1970, 212 pp.

CARRERA DAMAS, GERMÁN, *Crítica histórica. Artículos y ensayos*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1960, 162 pp.

___, *Entre el bronce y la polilla*, Caracas, Universidad Central, 1958, 123 pp.

CARRERA, J. J. *et al.*, *Once ensayos sobre la historia*, Madrid, Fundación March-Río Duero, 1976.

CASO, ANTONIO, *El concepto de la historia universal y la filosofía de los valores*, México, Botas, 1933, 150 pp.

CASSANI, JORGE LUIS y A. J. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, *¿Qué es la historia?*, Buenos Aires, Perrot, 1960, 60 pp.

CASSIRER, ERNEST, *Antropología filosófica*, México, FCE, 1951, 321 pp.

CASTRO, AMÉRICO, *Dos ensayos*, México, Porrúa, 1956, 74 pp.

CERTEAU, MICHEL DE, *La escritura de la historia*, tr. de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 1985, 372 pp.

CHESNEAUX, JEAN, *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*, México, Siglo XXI, 1977, 219 pp.

CHILDE, V. GORDON, *Teoría de la historia*, tr. de Aníbal Leal, Buenos Aires, La Pléyade, 1974, 141 pp.

COLLINGWOOD, ROBIN GEORGE, *Ensayos sobre la filosofía de la historia*, tr. de José Luis Cano Tembleque, Barcelona, Barral, 1970, 200 pp.

___, *Idea de la historia*, tr. de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, México, FCE, 1952, 383 pp.

CROCE, BENEDETTO, *Teoría e historia de la historiografía*, tr. de Eduardo J. Prieto, Buenos Aires, Imán, 1953, 302 pp.

CRUZ, MANUEL, *El historicismo. Ciencia social y filosofía*, Barcelona, Montesinos, 1981, 113 pp.

DARDEL, ERIC, *L'Histoire, science du concret*, París, Presses Universitaires de France, 1946, 141 pp.

DILTHEY, WILHELM, *El mundo histórico*, tr. de Eugenio Ímaz, México, FCE, 1944, xxviii + 430 pp.

DRAY, WILLIAM, *Filosofía de la historia*, tr. de Molly K. Brown, México, UTEHA, 1965, 196 pp.

___, *Laws and Explanation in History*, Londres, Oxford University Press, 1960, 174 pp.

DUNNING, WILLIAM A., *Truth in History and Other Essays*, Nueva York, Columbia University Press, 1937.

EINSTEIN, LEWIS, *Historical Change*, Cambridge, Cambridge University Press, 1946, 132 pp.

FEBVRE, LUCIEN, *Combates por la historia*, tr. de F. J. Fernández, Barcelona, Ariel, 1970, 246 pp.

FINBERG, H. P. R., ed., *Approaches to History*, Toronto, University of Toronto Press, 1962, 221 pp.

FISCHER, DAVID HACKETT, *Historian's Fallacies. Toward a Logic of Historical Thought*, Nueva York, Harper, 1970, 338 pp.

FONTANA, JOSEP *et al.*, *La historia*, Barcelona, Salvat, 1975, Biblioteca Salvat de Grandes Temas, núm. 40,140 pp.

FONTANA, JOSEP, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982, 340 pp.

FUENTES MARES, JOSÉ, *Mi versión de la historia*, México, Jus, 1975, 33 pp.

GADAMER, HANS-GEORG, *Le Problème de la conscience historique*, Lo vaina, Publications Universitaires, 1963, 90 pp.

GALBRAITH, V. H., *An Introduction to the Study of History*, Londres, C. A. Watts, 1964,153 pp.

GAOS, JOSÉ, «Notas sobre la historiografía», en *Historia Mexicana*, México, abril-junio de 1960, vol. IX, núm. 4, pp. 481-508.

GARCÍA GRANADOS, RICARDO, *El concepto científico de la historia*, México, Tipografía Económica, 1910, 64 pp.

GARDINER, PATRICK, *La naturaleza de la explicación histórica*, tr. de José Luis González, México, UNAM, 1961,171 pp.

___, ed., *Theories of History*, Nueva York, The Free Press of Glencoe, 1964, 549 pp.
GEYL, PETER, *Use and Abuse of History*, Binghamton, Nueva York, Yale University Press, 1955, 100 pp.
GONZÁLEZ ROJO, ENRIQUE, *Teoría científica de la historia*, México, Diógenes, 1977, 406 pp.
HANDLIN, OSCAR, *La verdad en la historia*, tr. de Mercedes Pizarro de Parlange, México, FCE, 1982, 427 pp.
HOOK, SIDNEY, ed., *Philosophy and History*, Nueva York, Nueva York University Press, 1949, 400 pp.
HUIZINGA, JOHAN, *El concepto de la historia y otros ensayos*, tr. de Wenceslao Roces, México, FCE, 1946, 452 pp.
___, *Sobre el estado actual de la ciencia histórica*, tr. de D. María de Meyere, Madrid, Revista de Occidente, 1934,135 pp.
KAHLER, ERICH, *¿Qué es historia?*, tr. de Juan Almela, México, FCE, 1966, Breviarios, núm. 187, 216 pp.
KULA, WITOLD, *Reflexiones sobre la historia*, tr. de Jan Patula, México, Ediciones de Cultura Popular, 1984, 190 pp.
LACOMBE, PIERRE, *La historia considerada como ciencia*, tr. de Juan Luis de Angelis, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1948, 345 pp.
LE GOFF, JACQUES y PIERRE NORA, coords., *Hacer la historia*, tr. de Jem Cabanes, Barcelona, Laia, 1980, 3 vols., 245, 260 y 286 pp.
LONERGAN, BERNARD, *Lecturas historiográficas*, intr., tr. y notas de Xavier Cacho, México, Universidad Iberoamericana, 1985, 184 pp.
LOZANO, JORGE, *El discurso histórico*, Madrid, Alianza, 1987, 223 pp.
LUKÁCS, GEORG, *Historia y conciencia de clase*, tr. de Manuel Sacristán, México, Sarpe, 1985, 2 vols., 202 y 254 pp.
MANNINEN, JUHA, comp., *Ensayos sobre explicación y comprensión*, tr. de Luis Vega, Madrid, Alianza, 1980, 204 pp.
MARAVALL, JOSÉ ANTONIO, *Teoría del saber histórico*, Madrid, Revista de Occidente, 1967, 310 pp.
MARROU, HENRI-IRÉNÉE *et al.*, *L'Homme et l'histoire*, París, Presses Universitaires de France, 1952, 408 pp.
MARROU, HENRI-IRÉNÉE, *El conocimiento histórico*, tr. de J. M. García de la Mora, Barcelona, Labor, 1968, 228 pp.
MATUTE, ÁLVARO, *La teoría de la historia en México. 1940-1973*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, SepSetentas, núm. 126, 205 pp.

MEYER, EDUARDO, *El historiador y la historia antigua […]*, tr. de Carlos Silva, México, FCE, 1955, 413 pp.
MEYERHOFF, HANS, *The Philosophy of History in Our Time*, Nueva York, Doubleday, 1959, 350 pp.
MICHELIS, ENRICO DE, *El problema de las ciencias históricas*, tr. de Vicente P. Quintero, Buenos Aires, Nova, 1948, 290 pp.
MISES, LUDWIG VON, *Teoría e historia*, tr. de Jorge Gómez de Silva, México, Colofón, 1964, 396 pp.
MORAZÉ, CHARLES, *La lógica de la historia*, tr. de Lourdes Ortiz Sánchez, Madrid, Siglo XXI, 1970, 213 pp.
NIETZSCHE, FRIEDRICH, *De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida*, tr. de Gabriel Moner, Buenos Aires, Bajel, 1945, 90 pp.
NOUSCHI, ANDRÉ, *Initiation aux sciences historiques*, París, F. Nathan, 1967, 205 pp.
NOVACK, GEORGE, *Para comprender la historia*, tr. de Francisco Cuso, Barcelona, Fontamara, 1981, 213 pp.
O'GORMAN, EDMUNDO, *Del amor del historiador a su patria*, México, Condumex-Centro de Estudios de Historia de México, 1974, 24 pp.
____, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947, 350 pp.
ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *Sobre la razón histórica*, Madrid, Revista de Occidente/Alianza, 1979, 237 pp.
ORTEGA Y MEDINA, JUAN A., *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, UNAM, 1970, 475 pp.
___, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, México, UNAM, 1980, 273 pp.
PAGÉS, PELAI, *Introducción a la historia*, Barcelona, Barcanova, 1983, 363 pp.
PEREYRA, CARLOS *et al.*, *Historia ¿para qué?*, México, Siglo XXI, 1986, 245 pp.
PEREYRA, CARLOS, *Configuraciones. Teoría e historia*, México, Edicol, 1979, 204 pp.
___, *El sujeto de la historia*, Madrid, Alianza, 1984, 249 pp.
PRIETO ARCINIEGA, A. M., *La historia como arma de la reacción*, Madrid, Akal, 1976, 111 pp.

RABB, THEODORE y ROBERT I. RATBERG, *The New History. The 1980's and Beyond Studies in Interdisciplinary History*, Princeton, Princeton University Press, 1982, 332 pp.

RAMA, CARLOS M., *Teoría de la historia*, Buenos Aires, Nova, 1959, 238 pp.

REGLÁ, JUAN, *Introducción a la historia*, 2.ª ed., Barcelona, Teide, 1970, 208 pp.

RENIER, G. J., *History. Its Purpose and Method*, Londres, G. Allen and Unwin, 1950, 252 pp.

RICKERT, J., *Ciencia cultural y ciencia natural*, tr. de Manuel García Morente, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1945, 219 pp.

___, *Introducción a los problemas de la filosofía de la historia*, Buenos Aires, Nova, 1961,161 pp.

RICOEUR, PAUL, *Histoire et verité*, París, Éditions du Seuil, 1955, 268 pp.

ROMERO, JOSÉ LUIS, *La historia y la vida*, Tucumán, Yerbabuena, 1945.

RUBIO SACRISTÁN, JOSÉ ANTONIO, *Una crisis en la ciencia histórica*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1987, 64 pp.

RUSSELL, BERTRAND, *Retratos de memoria y otros ensayos*, tr. de Manuel Suárez, Madrid, Alianza, 1976, 254 pp.

SCHAFF, ADAM, *Historia y verdad*, tr. de I. Vidal Sanfeliú, Barcelona, Crítica, 1976, 382 pp.

SCHIEDER, THEODOR, *La historia como ciencia*, tr. de Rafael Gutiérrez Girardot, Buenos Aires, Sur, 1970, 164 pp.

SÉE, HENRI, *Science et philosophie de l'histoire*, París, Felix Alcan, 1933, 513 pp.

SIMMEL, GEORGE, *Problemas de la filosofía de la historia*, tr. de Elsa Tabernig, Buenos Aires, Nova, 1950, 226 pp.

STERN, ALFRED, *La filosofía de la historia y el problema de los valores*, tr. de Óscar Nudler, Buenos Aires, Eudeba, 1963, 297 pp.

STONE, LAWRENCE, *El pasado y el presente*, tr. de L. Aldrete, México, FCE, 1986, 292 pp.

SUÁREZ, LUIS, *Grandes interpretaciones de la historia*, 5.ª ed., Pamplona, EUNSA, 1985, 240 pp.

TEGGART, FREDERICK J., *Theory and Processes of History*, Berkeley, University of California Press, 1960, 323 pp.

TEGGART, J., M. R. COHEN y M. MANDELBAUM, *La causalidad en historia*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1959.

VALCÁRCEL, DANIEL, *Teoría de la historia*, Lima, San Marcos, 1956, 81 pp.
VALÉRY, PAUL, *Miradas al mundo actual*, tr. de José Bianco, Buenos Aires, Losada, 1954, 274 pp.
VEYNE, PAUL, *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, tr. de Joaquín Aguilar, Madrid, Alianza, 1984, 238 pp.
VILAR, PIERRE, *Historia marxista, historia en construcción*, Barcelona, Anagrama, 1975, 228 pp.
VILLALBA F., FEDERICO, *Lógica y teoría de la historia*, Caracas, Tropikos, 1984, 127 pp.
VILLORO, LUIS, *Creer, saber, conocer*, México, Siglo XXI, 1982, 310 pp.
WAGNER, FRITZ, *La ciencia de la historia*, tr. de Juan Brom, México, UNAM, 1958, 590 pp.
WAISMANN, A., *Cuatro ensayos sobre el pensamiento histórico*, Córdoba, Dirección General de Publicidad, 1959, 139 pp.
WALSH, W. H., *Introducción a la filosofía de la historia*, tr. de Florentino M. Torner, México, Siglo XXI, 1968, 256 pp.
WINDELBAND, WILHELM, *La filosofía de la historia*, pról. y tr. de Francisco Larroyo, México, UNAM, 1958, 68 pp.
WRIGHT, GEORG HENRIK VON, *Explicación y comprensión*, tr. de Luis Vega Reñón, Madrid, Alianza, 1979, 197 pp.
XENOPOL, ALEXANDRU DIMITRIU, *Teoría de la historia*, tr. de Domingo Vaca, Madrid, D. Jorro, 1911, Biblioteca Científico-Filosófica, xv + 550 pp.

III. Historia de la historia

ALTAMIRA Y CREVEA, RAFAEL, *Proceso histórico de la historiografía humana*, México, El Colegio de México, 1948, 255 pp.
ANDRÉ, JEAN MARIE y ALAIN HUS, *La historia en Roma*, tr. de Néstor Miguez, México, Siglo XXI, 1975, 279 pp.
ARIÉS, PHILIPPE, *Le Temps de l'histoire*, Monaco, Éditions du Rocher, 1954, 325 pp.
BARNES, HARRY ELMER, *A History of Historical Writing*, 2.ª ed., Nueva York, Dover Publications, 1962, 440 pp.
BARRACLOUGH, GEOFFREY, «Historia», en *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales*, t. II, Madrid, Tecnos/UNESCO, 1981, pp. 293-

567.
BARRERA, ISAAC J., *Historiografía del Ecuador*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1956, 124 pp.
BARROSO ACOSTA, PILAR *et al.*, *De la Antigüedad al siglo XVII. El pensamiento histórico ayer y hoy*, t. I, México, UNAM, 1985, 381 pp.
BAUDOT, GEORGES, *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana*, tr. de V. González L., Madrid, Espasa-Calpe, 1983, 451 pp.
BEASLEY, W. G. y E. G. PULLEYBLANK, *Historians of China and Japan*, Londres, Oxford University Press, 1962, 350 pp.
BUTTERFIELD, HERBERT, *Man on His Past. The Study of the History of Historical Scholarship*, Cambridge, Cambridge University Press, 1955, 238 pp.
CARBIA, RÓMULO D., *Historia crítica de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Coni, 1940.
CARBONELL, CHARLES-OLIVIER, *La historiografía*, tr. de Aurelio Garzón del Camino, México, FCE, 1986, 163 pp.
CARDOSO, CIRO F. S. y HÉCTOR PÉREZ BRIGNOLI, *Perspectivas de la historiografía contemporánea*, t. I, México, Secretaría de Educación Pública, 1976, SepSetentas, núm. 280, 182 pp.
CARDOZO, EFRAIM, *Historiografía paraguaya*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1959, 610 pp.
CARRERA DAMAS, GERMÁN, *Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio*, Caracas, Imprenta Universitaria, 1961, 650 pp.
CARRERA DAMAS, GERMÁN, *Cuestiones de historiografía venezolana*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1964, 190 pp.
CHÂTELET, FRANÇOIS, *El nacimiento de la historia. La formación del pensamiento historiador en Grecia*, tr. de César Suárez, México, Siglo XXI, 1978, 571 pp.
CHAUNU, PIERRE, *Las grandes líneas de la producción histórica en América Latina. 1950-1962*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1965, 55 pp.
D'OLWER, LUIS NICOLAU, *Cronistas de las culturas precolombinas*, México, FCE, 1963, 756 pp.
DENTAN, ROBERT C., ed., *The Idea of History in the Ancient Near East*, New Haven, Yale University Press, 1954, 376 pp.

DUCHET, MICHEL, *Antropología e historia en el siglo de las luces*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975, 477 pp.
DUJOVNE, LEÓN, *La filosofía de la historia en la Antigüedad y en la Edad Media*, Buenos Aires, Nueva Visión/Galatea, 1958, 246 pp.
___, *La filosofía de la historia desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII*, Buenos Aires, Galatea, 1959, 244 pp.
___, *La filosofía de la historia de Nietzsche a Toynbee*, Buenos Aires, Galatea, 1957, 204 pp.
ESTEVE BARBA, FRANCISCO, *Historiografía indiana*, Madrid, Gredos, 1964, 737 pp.
FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Breve historia de la historiografía*, Madrid, Nacional, 1955, 127 pp.
FINLEY, M. I., *Uso y abuso de la historia*, tr. de Antonio Pérez Ramos, Barcelona, Crítica, 1979, 336 pp.
FITZSIMONS, MATHEW A. *et al.*, *The Development of Historiography*, Harrisburg, Stacpole, 1954, 458 pp.
FLORESCANO, ENRIQUE, comp., *La historia económica en América Latina*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, 2 vols., 266 y 309 pp.
___, *El poder y la lucha por el poder en la historiografía mexicana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1980, 83 pp.
___, *Memoria mexicana. Ensayo sobre la reconstrucción del pasado*, México, Joaquín Mortiz, 1987, 342 pp.
FRANCOVICH, G., *Toynbee, Heidegger y Whitehead*, Buenos Aires, Raigal, 1951.
FUETER, EDUARD, *Historia de la historiografía moderna*, tr. de Ana María Ripullone, Buenos Aires, Nova, 1953, 2 vols., 373 y 307 pp.
GARIBAY, ÁNGEL MARÍA, *Historia de la literatura náhuatl*, México, Porrúa, 1954, 2 vols., 501 y 419 pp.
GARZA, MERCEDES DE LA, *La conciencia histórica de los antiguos mayas*, México, UNAM, 1975, 144 pp.
GENTILE B. y G. CERRI, *Storia e biografía nel pensiero antico*, Bari, Laterza, 1983.
GIRON DE VILLASEÑOR, NICOLE, *Perú. Cronistas indios y mestizos en el siglo XVI*, México, Secretaría de Educación Pública, 1975, SepSetentas, núm. 199, 182 pp.
GOOCH, G. P., *Historia e historiadores del siglo XIX*, tr. de Ernestina de Champourcin y Ramón Iglesia, México, FCE, 1942, 607 pp.

GOVEIA, ELSA V., *A Study on the Historiography of the British West Indies […]*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1956, 183 pp.

GUBERNATIS, ÁNGEL DE, *Historia de la historiografía universal*, Buenos Aires, CEPA, 1943, 316 pp.

HALL, D. G. E., *Historians of South East Asia*, Londres, Oxford University Press, 1961, 342 pp.

HERREJÓN, CARLOS, ed., *Humanismo y ciencia en la formación de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1984, 481 pp.

Historical Studies Today, en *Daedalus*, invierno de 1971, 270 pp.

HOFSTADTER, RICHARD, *Los historiadores progresistas*, tr. de Eduardo J. Prieto, Buenos Aires, Paidós, 1970, 446 pp.

HUERTA, ALICIA *et al.*, *Balance y perspectivas de la historiografía social en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1979, 2 vols., 228 y 302 pp.

HUIZINGA, JOHAN, *Hombres e ideas. Ensayo de historia de la cultura*, tr. de Aníbal Leal, Buenos Aires, Fabrie, 1960, 332 pp.

IGLESIA, RAMÓN, coord., *Estudios de historiografía de la Nueva España*, México, El Colegio de México, 1945, 329 pp.

IGLESIA, RAMÓN, *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, México, El Colegio de México, 1980, 295 pp.

___, *El hombre Colón y otros ensayos*, intr. de Álvaro Matute, México, FCE, 1986, 274 pp.

KRAUZE, ENRIQUE, *Caras de la historia*, México, Joaquín Mortiz, 1983, 195 pp.

LAISTNER, M. L. W., *The Greater Roman Historians*, Berkeley, University of California Press, 1963, 196 pp.

LAPEYRE, HENRI, *Ensayos de historiografía*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1978, 247 pp.

LEFÈBVRE, GEORGES, *El nacimiento de la historiografía moderna*, Barcelona, Martínez Roca, 1974, 341 pp.

LEWIS, BERNARD y P. M. HOLT, *Historians of the Middle East*, Londres, Oxford University Press, 1962, 519 pp.

LEWIS, BERNARD, *La historia recordada, rescatada, inventada*, tr. de Juan González Hernández, México, FCE, 1979, 132 pp.

LUKÁCS, GEORG, *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*, tr. de Wenceslao Roces, México, FCE,

1959, 707 pp.
MEINECKE, FRIEDRICH, *La génesis del historicismo*, tr. de José Mingarro y Tomás Muñoz Molina, México, FCE, 1943, 524 pp.
MILBURN, R. L. P., *Early Christian Interpretations of History*, Londres, Adam and Charles Black, 1954, 220 pp.
MURIÁ, JOSÉ MARÍA, *La historiografía colonial. Motivación de sus autores*, México, UNAM, 1981, 107 pp.
O'GORMAN, EDMUNDO, *Cuatro historiadores de Indias*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, SepSetentas, núm. 51, 251 pp.
ORTEGA Y MEDINA, JUAN A., *Estudios de tema mexicano*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973, SepSetentas, núm. 84, 191 pp.
Panorama actual de la historiografía mexicana, México, Instituto Mora, 1983, 45 pp.
PÉREZ CABRERA, JOSÉ MANUEL, *Historiografía de Cuba*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1962, 394 pp.
PHILIPS, C. H., ed., *Historians of India, Pakistan and Ceylon*, Londres, Oxford University Press, 1962, 504 pp.
QUIRARTE, MARTÍN, *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, México, UNAM, 1970, 263 pp.
RAMA, CARLOS M., *La historiografía como conciencia histórica*, Barcelona, Montesinos, 1981, 135 pp.
RICO GONZÁLEZ, VÍCTOR, *Historiadores mexicanos del siglo XVIII*, México, UNAM, 1949, 220 pp.
RICO GONZÁLEZ, VÍCTOR, *Iniciación a la historiografía universal*, México, Secretaría de Educación Pública, 1946, 199 pp.
ROMERO, JOSÉ LUIS, *De Herodoto a Polibio. El pensamiento histórico de la cultura griega*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1952, Colección Austral, núm. 1117, 144 pp.
___, *Sobre la biografía y la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1945, 200 pp.
SÁNCHEZ ALONSO, BENITO, *Historia de la historiografía española*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1947-1950, 3 vols., 677, 507 y 736 pp.
SHOTWELL, JAMES T., *Historia de la historia en el mundo antiguo*, tr. de Ramón Iglesia, México, FCE, 1940, 430 pp.
SKOTHEIM, ROBERT ALLEN, *American Intellectual Histories and Historians*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1966, 326 pp.

STERN, FRITZ, *The Varieties of History from Voltaire to the Present*, Nueva York, Meridian Books, 1957, 427 pp.

TATE, ROBERT B., *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid, Gredos, 1970.

THOMPSON, JAMES WESTFALL, *A History of Historical Writing*, Nueva York, MacMillan, 1958, 2 vols., 676 y 674 pp.

THYSSEN, JOHANNES, *Historia de la filosofía de la historia*, tr. de Federico Korell, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1954, 191 pp.

TUÑÓN DE LARA, MANUEL, *Historiografía española contemporánea. X Coloquio de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y resumen*, Madrid, Siglo XXI, 1980, 498 pp.

UNESCO, *The Historiography of Southern Africa*, París, ONU, 1980, 112 pp.

Varios autores, *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México*, México, UNAM/El Colegio de México, 1971, 755 pp.

Varios autores, *Las humanidades en México. 1950-1975*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, 802 pp.

Varios autores, *Veinticinco años de investigación histórica en México*, México, El Colegio de México, 1966, 674 pp.

VÁZQUEZ DE KNAUTH, JOSEFINA, *Historia de la historiografía*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973, SepSetentas, núm. 93, 174 pp.

VOLTES BOU, PEDRO, *Tendencias actuales de la historiografía*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1957, 68 pp.

ZAVALA, SILVIO, coord., *Estudios de historiografía americana*, México, El Colegio de México, 1948, 486 pp.

IV. Métodos y técnicas de investigación histórica

ALBERRO, SOLANGE y SERGE GRUZINSKI, *Introducción a la historia de las mentalidades*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1979, 319 pp.

Aujord'hui l'histoire. Enquête de la nouvelle critique, París, Éditions Sociales, 1974, 350 pp.

AYDELOTTE, WILLIAM, *The Dimensions of Quantitative Research in History*, Princeton, Princeton University Press, 1972, 435 pp.

BALIBAR, ÉTIENNE *et al.*, *Hacia una nueva historia*, Madrid, Akal, 1976, 159 pp.

BALLESTEROS, ANTONIO, *Cuestiones históricas. Metodología*, Madrid, Jorro, 1920.

BARZUN, JACQUES y HENRY F. GRAFF, *The Modern Researcher*, Nueva York, Harcourt, 1957, 386 pp.

BAUER, GUILLERMO, *Introducción al estudio de la historia*, tr. de Luis G. de Valdeavellano, Barcelona, Bosch, 1957, 626 pp.

BAVARESCO DE PRIETO, AURA M., *Las técnicas de la investigación […]*, Cincinnatti, South-Western Publishing, 1979, 302 pp.

BEARD, CHARLES *et al*., *Theory and Practice in Historical Study*, Nueva York, Social Science Research Council, 1946.

BENOIT, JOACHIM, coord., *La formación social en México a nivel regional […] Problemas de la investigación histórica*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1979, 172 pp.

BERNHEIM, ERNST, *Introducción al estudio de la historia*, tr. de Pascual Galindo Romero, Barcelona, Labor, 1937, 324 pp.

BETANCOURT, J., *Introducción al estudio de la historia*, Montevideo, Medina, 1949.

BEUTIN, LUDWIG, *Introducción a la historia económica*, tr. de Rafael Gutiérrez Girardot, Buenos Aires, Sur, 1966, 188 pp.

BLÁSQUEZ DOMÍNGUEZ, CARMEN, *Manual de metodología de la investigación histórica*, México, ENEP-Acatlán, 1977, 60 pp.

BLOCH, CAMILLE y PIERRE RENOUVIN, *Guide de l'étudiant en histoire moderne et contemporaine*, París, Presses Universitaires de France, 1949, 144 pp.

BLOCH, MARC, *Introducción a la historia*, tr. de Pablo González Casanova y Max Aub, México, FCE, 1979, 157 pp.

BOSCH GARCÍA, CARLOS, *La técnica de la investigación documental*, México, UNAM, 1963, 60 pp.

BROM, JUAN, *Para comprender la historia*, México, Nuestro Tiempo, 1972, 171 pp.

BULLEJOS, JOSÉ, *Método para la redacción de tesis profesionales*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Económicas, 1966, 72 pp.

CACHO VÁZQUEZ, XAVIER, *Guía de introducción a la historia*, México, Era, 1977, 162 pp.

CARDOSO, CIRO FLAMARIÓN y HÉCTOR PÉREZ BRIGNOLI, *Los métodos de la historia. Introducción a los problemas, métodos y técnicas de la historia*, México, Grijalbo, 1977, 439 pp.

___, *Historia económica y cuantificación*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976, SepSetentas, núm. 279, 183 pp.

___, *Introducción al trabajo de la investigación histórica. Conocimiento, método e historia*, Barcelona, Crítica, 1985, 218 pp.

CARRERA DAMAS, GERMÁN, *Metodología y estudio de la historia*, Caracas, Monte Ávila, 1980, 262 pp.

CASSANI, JORGE LUIS y A. J. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, *Del epos a la historia científica*, Buenos Aires, Nova, 1971, 234 pp.

CERUTTI GULDBERG, HORACIO, *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1986, 174 pp.

CHAUNU, PIERRE, *Histoire quantitative, histoire sérielle*, París, Armand Colin, 1978, *Cahiers des Annales*, núm. 37, 305 pp.

COMBONI, SONIA y JOSÉ MANUEL JUÁREZ, *Introducción a las técnicas de investigación*, México, UAM, 1984, 122 pp.

COMELLAS, JOSÉ LUIS, *Guía de los estudios universitarios. Historia*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1977, 347 pp.

COMMAGER, STEELE, *La historia*, tr. de Antonio Garza y Garza, México, UTEHA, 1967, 271 pp.

CORTÉS, FERNANDO y ROSA MARÍA RUBALCAVA, *Métodos estadísticos […]*, México, El Colegio de México, 1987, 165 pp.

CURTIS, L. P., comp., *El taller del historiador*, tr. de Juan José Utrilla, México, FCE, 1975, 343 pp.

DARRA, RAÚL y CARLOS SEVILLA, *Guía de procedimientos y recursos para técnicas de investigación*, México, Trillas, 1977, 74 pp.

DROYSEN, JOHANN GUSTAV, *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, tr. de Ernesto Garzón Valdés y Rafael Gutiérrez Girardot, Barcelona, Alfa, 1977, 392 pp.

ECO, UMBERTO, *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*, tr. de Lucía Baranda y Alberto Clavería, México, Gedisa, 1986, 267 pp.

EHRARD, H. y G. P. PALMADE, *L'Histoire*, París, Presses Universitaires de France, Collection U, 1964,

FLOUD, RODERICK, *Métodos cuantitativos para historiadores*, tr. de Jaime García, Madrid, Alianza, 1975, 237 pp.

FUENTES Y GUZMÁN, FRANCISCO ANTONIO DE, *Preceptos historiales*, Guatemala, Ministerio de Educación Pública, 1957, 150 pp.

GABORIAU, MARC, *Estructuralismo e historia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1969,156 pp.
GANDÍA, ENRIQUE DE, *Introducción al estudio del conocimiento histórico,* Buenos Aires, Claridad, 1947, 412 pp.
GARCÍA DE SERRANO, IRMA, *Manual para la presentación de informes y tesis*, Puerto Rico, Editorial Universitaria, 1965, 239 pp.
GARRAGHAN, GILBERT J., *A Guide to Historical Method*, Nueva York, Fordham University Press, 1957, 482 + 30 pp.
GARZA MERCADO, ARIO, *Manual de técnicas de investigación para estudiantes de ciencias sociales*, México, El Colegio de México, 1981, 287 pp.
GEORGE, HEREFORD B., *Historical Evidence*, Oxford, Oxford University Press, 1909.
GOMEZJARA, FRANCISCO y NICOLÁS PÉREZ R., *El diseño de la investigación social*, México, Fontamara, 1986, 360 pp.
GONZÁLEZ, LUIS, *Invitación a la microhistoria*, México, FCE, 1986,145 pp.
___, *Nueva invitación a la microhistoria*, México, Secretaría de Educación Pública, 1982, SepOchentas, núm. 11, 155 pp.
___, «El oficio de historiar», en *Nexos*, México, septiembre de 1983, año VI, vol. 5, núm. 69.
GOTTSCHALK, L., *Understanding History. A Primer of Historical Method*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1954.
GOUHIER, HENRI, *L'Histoire et sa philosophie*, París, Vrin, 1952, 151 pp.
GRAY, WOOD *et al.*, *Historian's Handbook. A Key to the Study and Writing of History*, Boston, Houghton Mifflin, 1964, 88 pp.
GREENLEAF, RICHARD y MICHAEL MEYER, eds., *Research in Mexican History: Topics, Methodology, Sources and Practical Guide to Field Research*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1973, 226 pp.
HALKIN, LÉON E., *Initiation à la critique historique*, París, Armand Colin, 1963, 221 pp.
HALPHEN, LOUIS, *Initiation aux études d'histoire du Moyen Âge,* París, Presses Universitaires de France, 1946, 89 pp.
___, *Introduction à l'histoire,* París, Presses Universitaires de France, 1948, 90 pp.
HARSIN, PAUL, *Comment on écrit l'histoire,* Lieja, G. Thone, 1933,160 pp.
HOCKETT, H. C., *The Critical Method in Historical Research and Writing,* Nueva York, MacMillan, 1955, 330 pp.

JARA, ÁLVARO, *Problemas y métodos de la historia económica hispanoamericana*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1969, 94 pp.

KENT, SHERMAN, *Writing History*, Nueva York, Appleton / Century / Crofts, 1941, 136 pp.

KIRN, PAUL, *Introducción a la ciencia de la historia*, tr. de Orencio Muñoz, México, UTEHA, 1961, Manuales UTEHA, núm. 55, 146 pp.

KULA, WITOLD, *Problemas y métodos de la historia económica*, tr. de Melitón Bustamante, Barcelona, Península, 1973, 639 pp.

LANDES, DAVID S. *et al.*, *Las dimensiones del pasado. Estudios de historia cuantitativa*, tr. de Carlos Fernández Pulgar, Manuel Rodríguez Alonso, J. de Celis Bores y Mercedes Abad, Madrid, Alianza, 1974, 354 pp.

LANGLOIS, CHARLES VICTOR y CHARLES SEIGNOBOS, *Introducción a los estudios históricos*, tr. de Domingo Vaca, Madrid, Jorro, 1913, 372 pp.

LARRÁINZAR, MANUEL, *Algunas ideas sobre la historia y la manera de escribir la de México […]*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1865.

LETELIER, VALENTÍN, *La evolución de la historia*, Santiago de Chile, 1892.

MARCZEWSKI, JEAN, *Introduction à l'histoire quantitative*, Ginebra, Droz, 1965, 183 pp.

MCCOY, F. N., *Researching and Writing in History. A Practical Handbook for Students*, Berkeley, University of California Press, 1974, 100 pp.

MONDOLFO, RODOLFO, *Problemas y métodos de la investigación en la historia de la filosofía*, 2.ª ed., Buenos Aires, Eudeba, 1960, 255 pp.

MONNER SANZ, JOSÉ MARÍA, *El problema de las generaciones*, Buenos Aires, Emecé, 1970, 263 pp.

MOUSNIER, ROLAND y DENIS HUISMAN, *L'Art de la dissertation historique*, París, SEDES, 1962, 408 pp.

NEVINS, ALLAN, *The Gateway to History*, ed. rev., Garden City, Nueva York, Doubleday, 1962, 440 pp.

NORLING, BERNARD, *Towards a Better Understanding of History*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1960, 146 pp.

PADUA, JORGE *et al.*, *Técnicas de investigación aplicadas a las ciencias sociales*, México, El Colegio de México/FCE, 1982, 360 pp.

PARDINAS, FELIPE, *Metodología y técnicas de la investigación en ciencias sociales*, México, Siglo XXI, 1969, 188 pp.

PETIT, PAUL, *Guide de l'étudiant en histoire ancienne*, París, Presses Universitaires de France, 1959, 208 pp.

PINO DÍAZ, FERMÍN DEL, *Ensayos de metodología histórica en el campo americanista*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1985, 178 pp.

PLA, ALBERTO J., *La historia y su método*, 2.ª ed., Barcelona, Fontamara, 1982, 126 pp.

PLASCENCIA, ADELAIDA, comp., *Metodología de la investigación histórica*, México, Quinto Sol, s. f., Cuadernos de Marxismo, 247 pp.

POSTAM, M., *Fact and Relevance. Essays on Historical Method*, Cambridge, University Press, 1971, 187 pp.

Problèmes de la recherche en histoire contemporaine, Estrasburgo, CUHEE, 1966, 90 pp.

RADAELLI, SIGFRIDO A., *La irreverencia histórica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1947, 131 pp.

RAMÓN Y CAJAL, SANTIAGO, *Los tónicos de la voluntad*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1941, 175 pp.

SALAS, ALBERTO, *Nueve cartas a un joven intelectual*, Buenos Aires, Troquel, 1966.

SALMON, PIERRE, *Historia y crítica. Introducción a la metodología histórica*, tr. de David Romano, Barcelona, Teyde, 1978, 158 pp.

SAMARAN, CHARLES, dir., *L'Histoire et ses méthodes. Recherche, conservation et critique de témoignages*, París, Gallimard, 1961, Encyclopédie de la Pléiade, 1773 pp.

SUÁREZ, FEDERICO, *La historia y el método de investigación histórica*, Madrid, Rialp, 1977, 256 pp.

THUILLIER, GUY y JEAN TULARD, *La Méthode en histoire*, París, Presses Universitaires de France, 1986, Que sais-je?, núm. 2323, 125 pp.

TOPOLSKI, JERZY *et al.*, *Historia económica. Nuevos enfoques y nuevos problemas*, tr. de Josep M. Barnadas, Barcelona, Crítica, 1981, 250 pp.

___, *Metodología de la historia*, tr. de María Luisa Rodríguez Tapia, Madrid, Cátedra, 1973, 519 pp.

TUCHMAN, BARBARA W., *Practicing History. Selected Essays*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1981, 306 pp.

URIBE VILLEGAS, ÓSCAR, *Técnicas estadísticas para investigadores sociales*, México, UNAM, 1957, 413 pp.

VÁZQUEZ DE PRADA, VALENTÍN, ed., *El método histórico. Sus posibilidades y límites*, Pamplona, EUNSA, 1985, 182 pp.

V. Didáctica de la historia

AGUILERA, MIGUEL, *La enseñanza de la historia en Colombia*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1951, 167 pp.

ALTAMIRA, RAFAEL, *La enseñanza de la historia*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1895, 475 pp.

ARIAS ALMARAZ, CAMILO y MANUEL GÓMARA PARRA, *Didáctica de la historia*, México, Oasis, 1972, 163 pp.

BAXTER, MAURICE G. *et al.*, *The Teaching of American History in High-Schools*, Bloomington, Indiana University Press, 1964, 160 pp.

BURSTON, W. H. y C. W. GREEN, *Handbook for History Teachers*, Londres, Methuen, 1964, 716 pp.

BURSTON, W. H., *Principies of History Teaching*, Londres, Methuen, 1966, 183 pp.

CARRERA DAMAS, GERMÁN, *La renovación de los estudios históricos: El caso de Venezuela*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976, SepSetentas núm. 281, 199 pp.

___, *Sobre la teoría y la práctica de la enseñanza de la historia en una era de cambios*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1966, 15 pp.

CART, WILLIAM H., *The Teaching of History in the United States*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1950, 194 pp.

CATALANO, FRANCO, *Metodología y enseñanza de la historia*, tr. de Ricardo Pochtar, Barcelona, Península, 1980, 310 pp.

CHÁVEZ OROZCO, LUIS, *Ensayo de crítica histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1939, 192 pp.

COMITÉ MEXICANO DE CIENCIAS HISTÓRICAS, *Registro nacional de instituciones dedicadas a los estudios históricos*, México, CMCH, 1984, 272 pp.

COMMANGER, HENRY STEELE, *La historia, su naturaleza. Sugestiones didácticas*, México, UTEHA, 1967, 271 pp.

CORONAS TEJADA, LUIS, *Didáctica de la historia*, Salamanca, Anaya, 1971, 524 pp.

CORREA ZAPATA, DOLORES, *Nociones de instrucción pública y derecho usual*, México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1906.

CORREO FILHO, VIRGILIO *et al.*, *La enseñanza de la historia en Brasil*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1953, 202 pp.

DÍAZ COVARRUBIAS, JOSÉ, *La instrucción pública en México*, México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1875, cxiii + 218 pp.

ELTON, G. R., *The Practice of History*, Nueva York, Thomas Crowell, 1970, 177 pp.

GARCÍA RUIZ, RAMÓN, *La enseñanza de la geografía, la historia y el civismo*, México, Pax, 1960, 132 pp.

GIANELLO, LEONCIO, *La enseñanza de la historia en Argentina*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1951, 122 pp.

GONZÁLEZ, LUIS, «La pasión del nido», en *Historia Mexicana*, México, abril-junio de 1976, vol. XXX, núm. 100, pp. 530-598.

___, *El estilo Colmex de estudios superiores*, México, UNAM-Centro de Estudios sobre la Universidad, 1982, 16 pp.

GUIRAL, PIERRE, *Guide de l'étudiant en histoire moderne et contemporaine*, París, Presses Universitaires de France, 1971, 330 pp.

HINSDALE, B. A., *El estudio y la enseñanza de la historia*, tr. de Domingo Barnés, Madrid, Danill Jorro, 1912, 470 pp.

HUTCHINGS, A. W. S., comp., *The Teaching of History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1961, 210 pp.

LABRIOLA, ANTONIO, *Pedagogía, historia y sociedad*, tr. de Sebastián Álvarez, Salamanca, Sígueme, 1977, 318 pp.

LAVÍSSE, MONOD, HINSDALE, ALTAMIRA y COSÍO, *La enseñanza de la historia*, s. l., La Lectura, s. f., 157 pp.

LOYO, GILBERTO, *Sobre enseñanza de la historia*, México, Talleres Gráficos de la Secretaría de Agricultura y Fomento, 1930, 61 pp.

LUNA ARROYO, ANTONIO, *Concepto y técnica de la historia, según la reforma socialista del artículo 3.º constitucional*, México, Patria, 1934, 138 pp.

MÁRQUEZ, R., ed., *Historia objetiva de México. Juego pedagógico*, México, Compañía Periodística Nacional, 1922, 81 pp.

MASTACHE ROMÁN, JESÚS, *Didáctica de la historia*, México, Herrero, 1977, 325 pp.

MIRANDA BASURTO, ÁNGEL, *Didáctica de la historia*, México, Luis Fernández, 1956, 133 pp.

MOLINA ARGÜELLO, CARLOS, *La enseñanza de la historia en Nicaragua*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1953, 222 pp.

NATHAN, FERNAND, *Le Commentaire de textes et de documents historiques*, París, Nouschi, 1969, 207 pp.

PACART, MARCEL, *Guide de l'étudiant en histoire médiévale*, París, Presses Universitaires de France, 1968, 169 pp.

PERKINS, DEXTER y JOHN L. SNELL, *The Education of Historians in the United States*, Nueva York, McGraw-Hill, 1962, 244 pp.

PRESSOIR, CATTS, *L'Enseignement de l'histoire en Haïti*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1950, 82 pp.

RAMÍREZ, RAFAEL *et al.*, *La enseñanza de la historia en México*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1948, 338 pp.

RÉBSAMEN, ENRIQUE C., *Guía metodológica para la enseñanza de la historia en las escuelas elementales y superiores de la república mexicana*, 4.ª ed., México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1904, 120 pp.

REINHARD, MARCEL, *L'Enseignement de l'histoire*, París, Presses Universitaires de France, 1957, 142 pp.

RIVERA, ANTONIO y ARTURO MORALES CARRIÓN, *La enseñanza de la historia en Puerto Rico*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1953, 102 pp.

ROWSE, A. L., *The Use of History*, Londres, Hodeer and Stoughton, 1946, 247 pp.

SANTIBÁÑEZ, ENRIQUE, *Principios de instrucción pública […]*, México/Nueva York, Compañía Nacional Editora Águilas, 1928, 221 pp.

SANTOVENIA, EMETERIO S. *et al.*, *La enseñanza de la historia en Cuba*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1951, 292 pp.

SORLIN, PIERRE, «Marxisme, politique et enseignement de l'histoire en URSS», en *L'Histoire et l'historien*, París, Arthème Fayard, 1964.

UNESCO, *El mejoramiento de los manuales de historia*, París, UNESCO, 1952, 31 pp.

UNIÓN PANAMERICANA, *Bases para el desarrollo de geografía e historia de América en la enseñanza secundaria y superior con el propósito de fomentar la composición y la solidaridad interamericana*, Washington, OEA, 1953, 196 pp.

VÁZQUEZ, JOSEFINA ZORAIDA, *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1975, 331 pp.
VÁZQUEZ, PEDRO TOMÁS y J. M. SISO MARTÍNEZ, *La enseñanza de la historia en Venezuela*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1951, 225 pp.
VERNIERS, LUIS, *Metodología de la historia*, tr. de Luisa Navarro, Buenos Aires, Losada, 1968, 107 pp.
ZEPEDA RINCÓN, TOMÁS, *La enseñanza de la historia de México*, México, UNAM, 1933, 115 pp.

VI. Ciencias hermanas y ancilares de la historia

ABBAGNANO, NICOLA, *Diccionario de filosofía*, tr. de Alfredo N. Galletti, México, FCE, 1983, 1206 pp.
ALATORRE, ANTONIO, *Los 1001 años de la lengua española*, México, Bancomer, 1979, 372 pp.
ALMAGRO, MARTÍN, *El hombre ante la historia*, Madrid, Rialp, 1957, 153 pp.
ÁLVAREZ, JOSÉ ROGELIO, *Enciclopedia de México*, México, Impresora y Editora Mexicana, 1977, 12 vols. + suplementos.
ANDRADE, VICENTE DE P., *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo XVII*, México, Imprenta del Museo Nacional, 1899, 803 pp.
ANDRESKI, STANISLAV, *Las ciencias sociales como forma de brujería*, tr. de Juan Carlos Curutchet, Madrid, Taurus, 1973, 290 pp.
ARIAS GALICIA, FERNANDO, *Introducción a la técnica de investigación en ciencias de la administración y del comportamiento […]*, México, Trillas, 1974.
BABELON, JEAN, *Les Monnaies racontent l'histoire*, París, Arthème Fayard, 1963, 211 pp.
BAKER, A. R. H., *Historical Geography and Geographical Change*, Basingstoke, 1972.
___, comp., *Progress in Historical Geography*, Newton, Abbot, 1972.
BALLESTEROS, ENRIQUE, *El encuentro de las ciencias sociales. Un ensayo de metodología*, Madrid, Alianza, 1986, 134 pp.
BERENSON, BERNARD, *Æsthetics and History*, Garden City, N. J., Doubleday, 1948, 283 pp.

BERNAL, IGNACIO, *Historia de la arqueología en México*, México, Porrúa, 1979, 208 pp., ils.

BERR, HENRI, *L'Histoire traditionelle et la synthèse historique*, París, Felix Alcan, 1935, 146 pp.

BIRLAN, ANTONIO G., comp., *La historia*, Buenos Aires, Americalee, 1954, Antologías Universales, 198 pp.

BOBBIO, NORBERTO y NICOLA MATTEUCCI, *Diccionario de política*, tr. de Raúl Crisafio, Alfonso García, Mariano Martín y Jorge Tula, México, Siglo XXI, 1985, 2 vols., 1750 pp.

BOCHENSKI, I. M., *La filosofía actual*, tr. de Eugenio Ímaz, México, FCE, 1949, Breviarios, núm. 16, 340 pp.

BORDIEU, PIERRE *et al.*, *El oficio de sociólogo*, tr. de Fernando Hugo Azcurra, México, Siglo XXI, 1979, 372 pp.

BOSCH GARCÍA, CARLOS, comp., *Guía de instituciones que cultivan la historia de América*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1949, 231 pp.

BOULANGER-BALLEYGUIER, GENEVIÉVE, *La investigación en ciencias humanas*, tr. de Luis Morente, Madrid, Marova, 1970, 172 pp.

BROWN, E. H., comp., *Geografía. Pasado y futuro*, tr. de Robert Ramón Reyes Mazzoni, México, FCE, 1985, 424 pp.

BRYSON REID A. y THOMAS J. MURRAY, *El clima y la historia*, México, Edamex, 1985, 183 pp.

CARRERA STAMPA, MANUEL, *Archivalia mexicana*, México, UNAM, 1952, 276 pp.

CHAMORRO, ARTURO, ed., *Sabiduría popular*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1983, 610 pp.

CHAUNU, PIERRE, *Historia, ciencia social. La duración, el espacio y el hombre en la época moderna*, tr. de Isaac González, Madrid, Encuentro, 1985, 611 pp.

CHILDE, V. GORDON, *Introducción a la arqueología*, tr. de Eugenio Aubet, Barcelona, Ariel, 1972, 180 pp.

COLEGIO DE MÉXICO, EL, *Bibliografía histórica mexicana*, México, El Colegio de México, 1960-1984, 15 vols. publicados.

___, *Ciencias sociales en México. Desarrollo y perspectiva*, México, El Colegio de México, 1979, 332 pp.

COMITÉ MEXICANO DE CIENCIAS HISTÓRICAS, *Segundo directorio de historiadores*, México, CMCH, 1985, 134 pp.

CORSO, RAFFAELE, *El folklore*, tr. de Myrtha Roquette y J. Fernández, Buenos Aires, Eudeba, 1966, 180 pp.

COSÍO VILLEGAS, DANIEL, *Nueva historiografía política del México moderno*, México, El Colegio Nacional, 1965, 176 pp.

DE LAET, SIGFRIED J., «La arqueología y la prehistoria», en *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos/UNESCO, 1981, t. II, pp. 233-292.

DÍAZ DE LEÓN, FRANCISCO, *La técnica literaria*, Barcelona, Barna, 1950.

ENCISO, JORGE, *Sellos del antiguo México*, México, s. e., 1947, 153 pp.

ESCARPIT, ROBERT, *Sociología de la literatura*, tr. de J. F. Marsal y J. C. Puig, Buenos Aires, Los Libros de Mirasol, 1962, 171 pp.

ESCOBAR, SAÚL *et al.*, *Historiografía del México contemporáneo*, México, COMECSO, 1986, 657 pp.

FAVIER, JEAN, *Les Archives*, París, Presses Universitaires de France, 1958, 126 pp.

FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, JOAQUÍN, *Tesoros bibliográficos de México en los Estados Unidos*, México, Cultura, 1959.

FERNÁNDEZ SANTOS, FRANCISCO, *Historia y filosofía*, Barcelona, Península, 1969, 236 pp.

GAOS, JOSÉ, *En torno a la filosofía mexicana*, México, Porrúa y Obregón, 1953, 2 vols., 90 y 85 pp.

GARCÍA ICAZBALCETA, JOAQUÍN, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, pról. de A. Millares Carlo, México, FCE, 1954, 591 pp.

GARCÍA MARTÍNEZ, J. A., *Introducción a la historia del arte*, Buenos Aires, Nova, 1962, 105 pp.

GÓMEZ CANEDO, LINO, *Los archivos de la historia de América. Periodo colonial español*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1961, 2 vols., 654 y 386 pp.

GONZÁLEZ, LUIS *et al.*, *Fuentes de la historia contemporánea de México. Libros y folletos*, México, El Colegio de México, 1961-1962, 3 vols., 521, 678 y 648 pp.

GONZÁLEZ NAVARRO, MOISÉS, *Sociología e historia en México (Barreda, Sierra, Parra, Molina Enríquez, Gamio, Caso)*, México, El Colegio de México, 1970, Jornadas, núm. 67, 86 pp.

GRIFFIN, CHARLES C. y J. B. WARREN, *Latin America. A Guide to the Historical Literature*, Austin, University of Texas Press, 1971, 700 pp.

GROPP, ARTHUR E., *A Bibliography of Latin American Bibliographies*, Metuchen, The Scarecrow Press, 1968, 515 pp.
HOLLINGSWORTH, T. H., *Demografía histórica*, tr. de Aurora Garrido, México, FCE, 1983, 388 pp.
HULME, EDWARD MASLIN, *History and Its Neighbors*, Londres, Oxford University Press, 1942, 197 pp.
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA, *La memoria y el olvido. II Simposio de Historia de las Mentalidades*, México, INAH, 1985, 193 pp.
JASINOWSKI, B., *El problema de la historia y su lugar en el conocimiento*, Santiago, Universidad de Chile, 1945.
JONES, W. T., *Las ciencias sociales y las humanidades. Conflicto y reconciliación*, tr. de Flora Botton Burlá, México, FCE, 1976, 433 pp.
KALIVODA, R. *et al*., *Psicoanálisis e historia*, tr. de Hugo Acevedo, Buenos Aires, Papiro, 1971, 125 pp.
KEITHLEY, ERWIN M. y PHILIP J. SCHREINER, *Manual para la elaboración de tesis, monografías e informes*, Cincinnatti, South-Western Publishing, 1980, 107 pp.
KNIGHT, FRANK H., *On the History and Method of Economics. Selected Essays*, Chicago, University of Chicago Press, 1956, 309 pp.
KRAUZE DE KOLTENIUK, ROSA, *Introducción a la investigación filosófica*, 2.ª ed., México, UNAM, 1986, 216 pp.
LASSO DE LA VEGA, JAVIER, *Cómo se hace una tesis doctoral. Manual de técnicas de la investigación científica*, Madrid, Mayfe, 1958, xxi + 597 pp.
LEÓN, NICOLÁS, *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1902-1908, 5 vols.
LESTER, J. D., *Writing Research Papers*, 2.ª ed., Nueva York, Scott, 1976.
LEWIS, I. M. *et al*., *Historia y antropología*, tr. de Juan López, Barcelona, Seix Barral, 1972, 434 pp.
LITVAK KING, JAIME, *Todas las piedras tienen 2000 años. Una introducción a la arqueología*, México, Trillas, 1986, 213 pp.
LUKÁCS, GEORG, *La novela histórica*, tr. de Jasmin Reuter, México, Era, 1971, 452 pp.
MAIR, LUCY, *Introducción a la antropología social*, tr. de Carlos Martín Ramírez, Madrid, Alianza, 1970, 375 pp.
MAUROIS, ANDRÉ, *Aspects de la biographie*, París, Grasset, 1928, 178 pp.

MAZLISH, BRUCE, ed., *Psychoanalysis and History*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1963, 183 pp.
MEDAWAR, PETER B., *Consejos a un joven científico*, tr. de J. J. Utrilla, México, FCE, 1984, 156 pp.
MILLARES CARLO, AGUSTÍN, *Álbum de paleografía hispanoamericana. Siglos XVI y XVII*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1955, 3 vols.
___, *Ensayo de una bibliografía de bibliografías mexicanas […]*, México, Departamento del Distrito Federal, 1943, xvi + 224 pp.
___ y José Ignacio Mantecón, *Repertorio bibliográfico de los archivos mexicanos y de las colecciones diplomáticas fundamentales para la historia de México*, México, UNAM, 1959, 366 pp.
MONDOLFO, RODOLFO, *Entre la historia y la política*, Puebla, Cajica, 1973, 458 pp.
NEFF, E., *The Poetry of History […]*, Nueva York, Columbia University Press, 1947, 258 pp.
O'GORMAN, EDMUNDO, *Seis estudios históricos de tema mexicano*, Jalapa, Universidad Veracruzana, 1960, 220 pp.
ORTEGA Y PÉREZ GALLARDO, RICARDO, *Historia genealógica de las familias más antiguas de México*, 3.ª ed., México, Carranza y Compañía, 1908-1910, 3 vols.
PAOLI BOLIO, FRANCISCO, *Las ciencias sociales*, México, Trillas, 1984, 110 pp.
PIKE, E. ROYSTON, *Diccionario de religiones*, adaptación de Elsa Cecilia Frost, México, FCE, 1960, 426 pp.
PRATT FARICHILD, HENRY, ed., *Diccionario de sociología*, tr. y rev. de T. Muñoz, J. Medina Echavarría y J. Calvo, México, FCE, 1960, 318 pp.
REYES, ALFONSO, *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*, México, El Colegio de México, 1944, 376 pp.
ROMAQUERA, JOAQUIM y ESTEVE RIAMBAU, *La historia y el cine*, tr. de Marta Pérez, Barcelona, Fontamara, 1983, 252 pp.
ROSS, STANLEY R., *Fuentes de la historia contemporánea de México. Periódicos y revistas*, México, El Colegio de México/UNAM, 1965-1978, 5 vols.
SÁNCHEZ ALONSO, BENITO, *Fuentes de la historia española e hispanoamericana*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1952, 3 vols.

SHORTER, EDWARD, *The Historian and the Computer. A Practical Guide*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice Hall, 1971, 149 pp.

SIMÓN DÍAZ, JOSÉ, *La bibliografía. Conceptos y aplicaciones,* Barcelona, Planeta, 1971, 331 pp.

SIMPSON, LESLEY BYRD, *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador con otro ensayo de Ramón Iglesia*, México, El Colegio de México, 1945, Jornadas, núm. 51, 47 pp.

SOMOLINOS D'ARDOIS, GERMÁN, *Historia y medicina. Figuras y hechos de la historiografía médica mexicana*, México, UNAM, 1957, 160 pp.

STUART HUGHES, H., *History as Art and as Science. Twin Vistas on the Past*, Chicago, The University of Chicago Press, 1975, 107 pp.

TORRE VILLAR, ERNESTO DE LA, *Lecturas históricas mexicanas,* México, Empresas Editoriales, 1966-1971, 5 vols.

TREVELYAN, GEORGE MACAULAY, *Clio, a Muse and Other Essays, Literary and Pedestrian,* Londres, Longmas Green, 1913.

TUÑÓN DE LARA, MANUEL, *Por qué la historia*, Estella, Navarra, Salvat, 1983, 64 pp.

URÍAS HERMOSILLO, MARGARITA, *Los estudios económicos sobre el siglo XIX*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1979, 63 pp.

VANSINA, JAN, *La tradición oral,* tr. de Miguel María Llongueras, Barcelona, Labor, 1968, 225 pp.

VILAR, PIERRE, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico,* tr. de M. Dolors Folch, Barcelona, Crítica, 1981, 315 pp.

WARREN, HOWARD C., *Diccionario de psicología*, tr. de Eugenio Ímaz, Antonio Alatorre y Luis Alaminos, México, FCE, 1960, 383 pp.

WEBER, ALFRED, *Sociología de la historia y de la cultura,* tr. de José María Coco Ferraris, Buenos Aires, Galatea, 1957, 181 pp.

WEBER, MAX, *La acción social. Ensayos metodológicos*, tr. de Michael Faber-Kaiser y Salvador Gine R., Barcelona, Península, 1984, 190 pp.

___, *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, tr. de José Chávez Martínez, México, Premià, 1981, 114 pp.

WHITE, LYNN *et al.*, *Fronteras del conocimiento*, tr. de Noemí Rosenblat, Ricardo E. J. Malfé y Néstor Miguez, Buenos Aires, Eudeba, 1963, 334 pp.

WILLIS, ARTHUR, J., *Introducing Genealogy*, Londres, Ernest Benn Ltd., 1961, 95 pp.

WÖLFFLIN, HEINRICH, *Conceptos fundamentales de la historia del arte*, 3.ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1952, 346 pp.

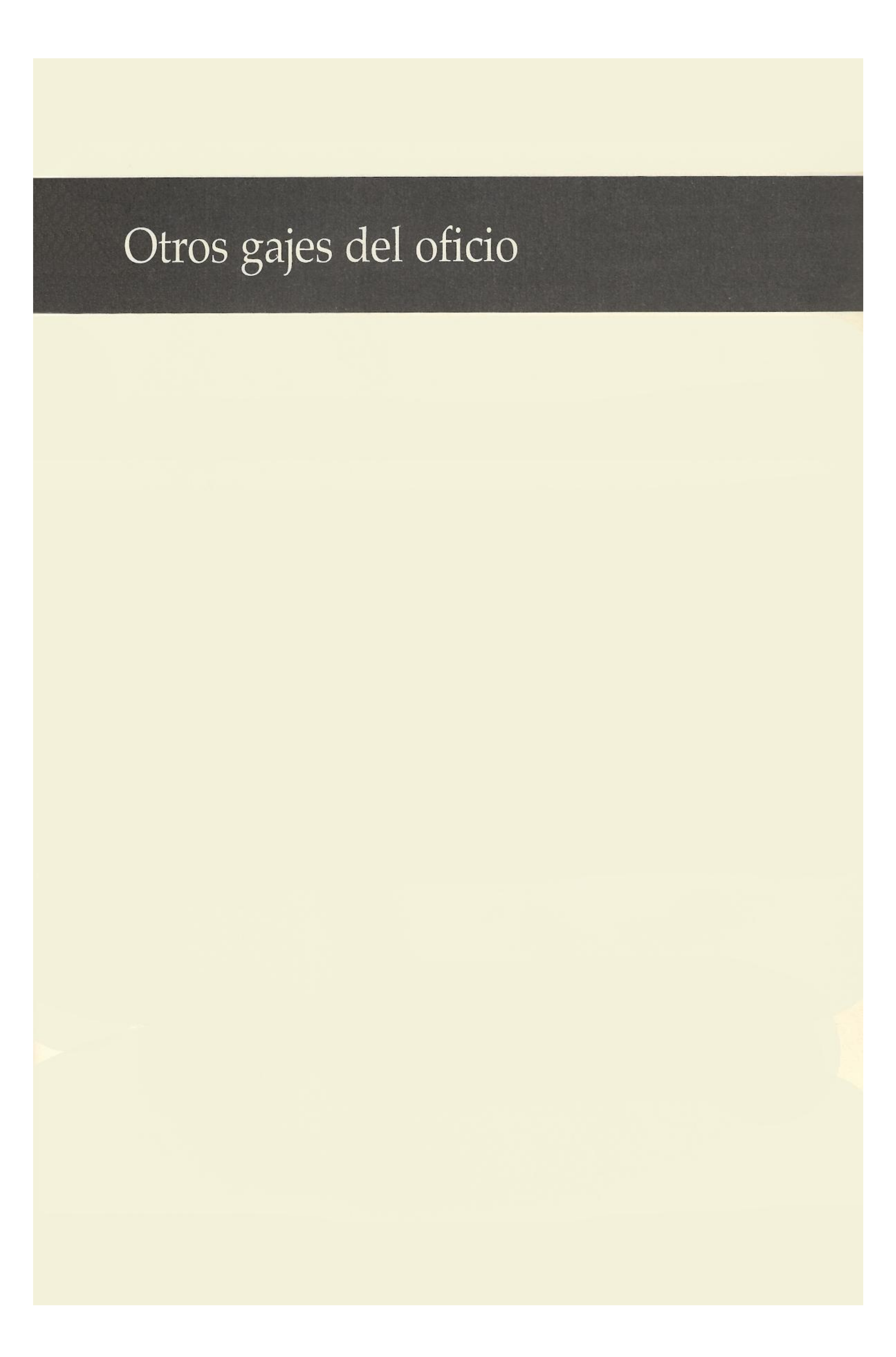
WRIGLEY, E. A., *Historia y población. Introducción a la demografía histórica*, tr. de José Juan Tokaria, Barcelona, Crítica, 1985, 252 pp.

ZAID, GABRIEL, *Los demasiados libros*, Buenos Aires/México, Carlos Lohlé, 1972, Cuadernos Latinoamericanos, núm. 11,112 pp.

___, *Cómo leer en bicicleta*, México, Joaquín Mortiz/SEP, 1986, Lecturas Mexicanas, núm. 62, 201 pp.

ZEA, LEOPOLDO, *La filosofía en México*, México, Libro-Mex, 1955, 2 vols.

ZUBIZARRETA, G. y F. ARMANDO, *La aventura del trabajo intelectual. Cómo estudiar y cómo investigar*, Panamá, Fondo Educativo Interamericano, 1969, 184 pp.



Otros gajes del oficio

Ser historiador

Nombre propio, patria y oficio

suelen ser en nuestro mundo las principales señas de identificación de los individuos de la especie humana. Nuestros padres nos dotan normalmente de la manera de ser llamados, nos escogen un nombre de pila y nos transmiten sus apellidos. Si se quiere saber por qué alguien es conocido por la denominación de Pedro Pérez, que se lo pregunte a sus progenitores. Por regla general, el sitio donde se nace otorga el gentilicio. Al nombre de Pedro Pérez se añade el mote de español, cubano, argentino u otro similar. En cada nación la escuela se encarga de decirle a cada quien según sea oriundo de España, Cuba, Argentina u otro país en qué consiste y qué obligaciones arrastra el ser gachupín, cubano o humilde argentino. En casi todos los casos no depende de nosotros el onomástico y el gentilicio, pero generalmente sí la calificación de deportista, chofer, albañil, abogado, médico o historiador. A cada uno de nosotros nos toca darnos cuenta del oficio que hemos elegido. También tenemos la obligación de transmitir a quienes aspiran a practicar una profesión como la nuestra la naturaleza de nuestro modus operandi. Todo maestro en un oficio, sea servil, administrativo o intelectual, suele enfrentarse con aprendices u oficiales del oficio en cuestión que esperan oír del maestro en qué consiste ser albañil, servidor público, médico o lo que sea. El maestro les comunica a los jóvenes aspirantes a un determinado oficio lo que a él le enseñaron y lo que él ha aprendido por experiencia. En este momento, me propongo decirles lo que es ser historiador según las enseñanzas de mis maestros (los transterrados de España a México), de muchos libros de teoría y método de la historia, y de mi propia experiencia.

Según la Organización Internacional del Trabajo, las personas que los demógrafos consideran aptas para el quehacer productivo se reparten en diez

mil ocupaciones, carreras, oficios o empleos. Los más, de grado o por fuerza, asumen una ocupación mecánica, manual o servil. Un número menor desempeña un empleo que suele denominarse empresarial, político o de mando. Sólo una minoría de la población activa se compromete con un oficio intelectual, de alta cultura o libre. Sobre todo, en las naciones con menos recursos hay más gente vigorosa; hay también abundancia de mandarines y son escasos los hombres de ideas. La república mexicana tiene abundantes braceros para cubrir demandas materiales internas y externas, muchos administradores muy bien dispuestos a ser guías de sus hermanos y un número creciente y nada desdeñable de científicos y artistas. Nuestra planta intelectual todavía no es tan numerosa como la de otros países del primer mundo, pero sí empieza a pujar recio.

Los intelectuales mexicanos no bajan ahora de quince mil. En esta canasta se incluyen tres mil físicos, astrónomos y alquimistas que han aceptado la función de investigar acerca de la imagen física de México y el mundo; otros tantos biólogos, médicos y bioquímicos que dilucidan en revistas especializadas los misterios de la existencia de los seres orgánicos; los economistas y sociólogos, que ya pasan de tres mil, y difunden lo que es necesario saber de la estructura y el funcionamiento de las múltiples sociedades mexicanas, y dos millares de artistas develadores de los aspectos emotivos de nuestro ser y decir. Incluyo también a filósofos que se empeñan en escribir sobre el todo y algunas cosas más y a seis centenares de historiadores que descubren y dan cuenta por escrito de la inestabilidad de la vida mexicana, de las culturas de Mesoamérica que quedaron reducidas a sitios arqueológicos y de los personajes y los episodios mayores de la vida neoespañola y mexicana.

En la Nueva España hubo pocos intelectuales, pero bien integrados a la elite de la nación. Muy pocos trabajaban para obtener el pan suyo y de su familia. Casi todos eran eclesiásticos que vivían en convento, en pobreza y en soledad. En el siglo XIX se produjo la secularización de los intelectuales. Algunos se mantuvieron con los recursos propios de su familia, pero los más, que no eran oriundos de casa rica, se volvieron poderosos o paniaguados del poder. Aunque se autonombraban profesionistas liberales no era la libertad lo que principalmente los caracterizaba. Entre azul y buenas noches pasaron las tormentas del siglo XIX y primer tercio del siglo XX. Tampoco fueron especialmente mimados en los periodos de pacífica dictadura.

Los buenos aires para la intelectualidad mexicana son recientes. Aquí y ahora se celebra el cincuentenario de El Colegio Nacional, el primer templo

mayor de la nueva cultura mexicana. De poco tiempo para acá se han generalizado las sociedades cultas, los sueldos suficientes para asegurar la dedicación exclusiva a las tareas intelectuales, los congresos y las mesas redondas para debatir sobre problemas de todo orden, los premios nacionales, los institutos universitarios de investigación y organismos de ayuda para los picados por las arañas de la búsqueda científica o de la creación artística. Sin compromisos humillantes, sin restas a la libertad de expresión se está llegando a un nivel ideal, aunque no de cumbre. La gran mayoría de los intelectuales mexicanos de ahora no son de la alta sociedad, pero a través de becas, premios, salarios y otras prestaciones puede cumplir, sin cortapisas, con sus programas de acción. Los gobiernos de los últimos cincuenta años han dirigido fuertes sumas al fomento de la investigación científica y del arte. Para la opinión pública mexicana, el hombre de letras, el pintor, el músico valen menos que un político, un empresario, un cómico o un deportista, pero mucho más que la mayoría de los mexicanos.

El oficio de historiador en México

está, si no en la cúspide de su gloria, sí en un periodo de bienaventuranza, superior al limbo en que estuvo en la Nueva España y al purgatorio de las revoluciones de independencia, de reforma liberal y de justicia para los desposeídos. Los cronistas de la época española no se preocupaban por el pan, pero sí tenían que limitarse a escribir una historia pragmático-ética, a sólo contar las virtudes de sus correligionarios. Los historiadores humanistas de la época independiente gozaron de altas dosis de independencia, pero no del tiempo necesario para investigar. Aunque eran muy pocos y de buenas familias no podían costearse un tiempo completo para sus investigaciones. Fuera de muy pocos solteros de vida recoleta, tenían mujer e hijos y estaban acostumbrados al lujo y al prestigio social. Ninguno cursó materias específicas para ser historiador, pues ninguna universidad las deparaba, pero casi todos poseían un diploma de abogado, médico o ingeniero que los sacaba de apuros. De los que entonces lanzaron libros de historia no se podía afirmar a ciencia cierta su carácter de historiadores. Casi todos figuraron como políticos, que en tiempos de mala fortuna escribían historia. Ése fue el caso de los historiadores de la independencia (Alamán, Bustamante, Mora y Zavala) y de muchos de las épocas siguientes. García Icazbalceta, Del Paso y Troncoso y Nicolás León hicieron su obra al margen de la política, pero Vicente Riva Palacio, Francisco Bulnes, Genaro García, Justo Sierra, José Vasconcelos y

otros más fueron altos administradores públicos, miembros del gabinete presidencial que gozaron buenas remuneraciones, mucha fama y gran poder.

En el último medio siglo las condiciones económicas, de prestigio y de fuerza del historiador han cambiado notablemente. El número de personas empleadas en escribir textos históricos es muy superior al de cualquiera de las épocas anteriores. En este final de siglo están en el frente mexicano alrededor de seiscientos devotos de Clío. Más de alguno ha suspirado por el poder y ha conseguido chambas administrativas de medio pelo. La gran mayoría se da por bien servido si recibe un saludo o una palmada presidencial.

El historiador de ahora accede a muchas residencias prestigiosas: las universidades, la Academia Mexicana de la Historia y otras asociaciones cultas; asiste a congresos de historia, antropología y demás ciencias sociales. Obtiene recursos de su alma máter y de otras almas generosas. Recibe apapachos y premios de agencias públicas y aun privadas.

La mayor parte de los historiadores obtiene estímulos de toda índole de la vieja UNAM, de varias docenas de universidades recientemente abiertas en la metrópoli y en los estados, del célebre Colegio de México y de los colegios hechos a su imagen y semejanza en Michoacán, la frontera norte, Jalisco, Sonora y el Estado de México; del Instituto Nacional de Antropología e Historia, del Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social, de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, y de otras instituciones que sería largo y tedioso enumerar.

Ninguno de los historiadores actuales puede repetir el dicho de Manuel Orozco y Berra: «Cuando tengo tiempo de investigar y escribir carezco de pan, y cuando dispongo de éste me hace falta el tiempo». Hoy los albergues de cultura superior reparten pan y tiempo simultáneamente entre todos los investigadores de la historia nacional. En promedio, cada investigador se junta con mil dólares al mes proporcionados por el instituto en el que está inscrito. En la mitad de los casos a los mil ganados en casa, otros mil que les otorga el Sistema Nacional de Investigadores. Casi todos tienen ingresos por cátedras, regalías y trabajos especiales del mismo monto de los ya referidos. Las grandes fundaciones norteamericanas, la Ford y la Rockefeller, hacen donativos a instituciones y a proyectos en gran escala más que a personas. Como quiera, los historiadores somos capaces de ganarnos la vida haciendo lo que nos gusta hacer. Podemos vivir en nuestras respectivas nubes con los pies bien puestos en el piso.

Ninguno de nuestros clionautas ha recibido el premio Nobel, pero casi todos se han llevado algún galardón internacional. De los veinte premios

nacionales de historia, ciencias sociales y filosofía otorgados de 1960 a la fecha, diez han recaído en historiadores. Los estímulos de esta clase aumentan día con día y rigorizan un oficio donde abundan los vocados.

No me cabe duda de que la vocación histórica es universal. De artista, de filósofo, de historiador y de loco todos tenemos un poco. Para evocar el pasado únicamente hace falta el sentimiento nostálgico tan común en los bípedos implumes. Con todo, ahora, el ser historiador de fuste implica un aprendizaje previo al ejercicio de investigar el pasado y de escribir acerca de él.

La profesionalización de la historia

ha llegado en fecha reciente pero con el propósito de quedarse. Lo común era el clionauta improvisado. Lo importante era el ser dueño de ricas experiencias. A Bernal Díaz del Castillo le bastaron sus intervenciones en aquella hazaña fundadora dirigida por Cortés para convertirse en padre indisputado de la historia de México. Los cronistas de las órdenes religiosas fueron sometidos a una amplia escolaridad, pero fuera de la teología de la historia inventada por San Agustín, nada de lo aprendido por ellos les ayudaba en sus investigaciones sobre el pasado. Ninguno de los grandes clionautas de nuestro siglo XIX tuvo el diploma que lo acreditara historiador. Casi todos ostentaban títulos de abogado, médico o ingeniero y más de alguno anteponía a su nombre un grado militar o la P. de «padre». Quizá ninguno fue investigador de tiempo completo. La mayoría, aparte de investigaciones históricas, hacía poemas y ficciones literarias. Casi todos anduvieron metidos en actividades políticas. De un tiempo para acá se les ha colgado el título de historiadores humanistas para distinguirlos de los actuales que se enorgullecen de ser historiadores con estudios ad hoc, profesionistas a carta cabal, que en vez de saber un poco de todas las experiencias humanas saben muchísimo de un punto concreto de la trayectoria del hombre, y en lugar de chile de todos los moles son ratas de biblioteca y archivo. De un tiempo a esta parte la cédula profesional ha suplantado al mero gusto por el chisme histórico. Ahora ser historiador exige ser profesional.

En el decenio de los cuarenta, la historia se vuelve una profesión universitaria. Se abren escuelas hacedoras de antropólogos, historiadores y archivistas. Tuvo especial significación la apertura, en 1941, del Centro de Estudios Históricos (CEH) de El Colegio de México. Lo dirigió el doctor Silvio Zavala y enseñaron en él intelectuales rojos de los que anduvieron en la

trifulca española. En la vida académica eran inofensivos, usaban anteojos y tenían una amplia educación formal. Vinieron, en auxilio del grupo español, tres estadounidenses, dos franceses, dos alemanes, un inglés y cinco mexicanos.

También la UNAM abrió entonces la carrera de historia, pero de lo sucedido en la universidad no puedo decir mucho. Me consta que en el Colmex nos profesionalizamos cosa de treinta historiadores en el decenio de los cuarenta. La tercera parte vino de otros países de lengua española. De los diecinueve de acá, sólo cuatro veníamos de provincia. Cosa rara entonces: diez eran mujeres. Casi siempre, después de múltiples asistencias a clase, de miles de lecturas y de la redacción de dos o tres ensayos históricos publicables, después de los cuatro años de estudios formales, generalmente tras la presentación de la tesis, venía el toque de prestigio que debía conceder una universidad de los Estados Unidos o de Europa.

Algo parecido a lo que nos sucedió a los colmexianos ha ocurrido con los centenares de historiadores que ostentan ahora en México los grados de licenciatura, maestría y doctorado en historia o ciencias afines. Actualmente se considera pecaminoso y punible el ejercer sin título el oficio de historiar. Todavía más: los doctores en historia se dan el lujo de despreciar a los que ejercen la profesión con sólo el diploma de licenciatura o de maestría. Ser doctor abre las puertas de los máximos institutos de la cultura y se ha vuelto requisito indispensable para ser recibido en el SNI. Ser doctor con estudios en una universidad del primer mundo rompe muchas barreras y ser especialista en la cuantificación de datos históricos, o en tal o cual punto del acontecer, asegura un trabajo de tiempo completo en las universidades de punta. El profesionalismo y la especialidad hacen de cualquier historiador un cerebro robable, un invitado permanente a los institutos que pagan en dólares u otra moneda fuerte. Pero el ser historiador titulado y especialista también convierte a muchos en buenos historiadores. Ser sistemáticamente ducho en metas y métodos de quienes nos precedieron en el oficio, ayuda en la selección de asuntos y modos de historiar. El profesionalismo es la torre desde la que se divisan mejor los latifundios de Clío. También es comparable a un telescopio que nos permite vislumbrar las lejanías, así como la especialización cabe compararla con un microscopio que nos da acceso a lo invisible a simple vista.

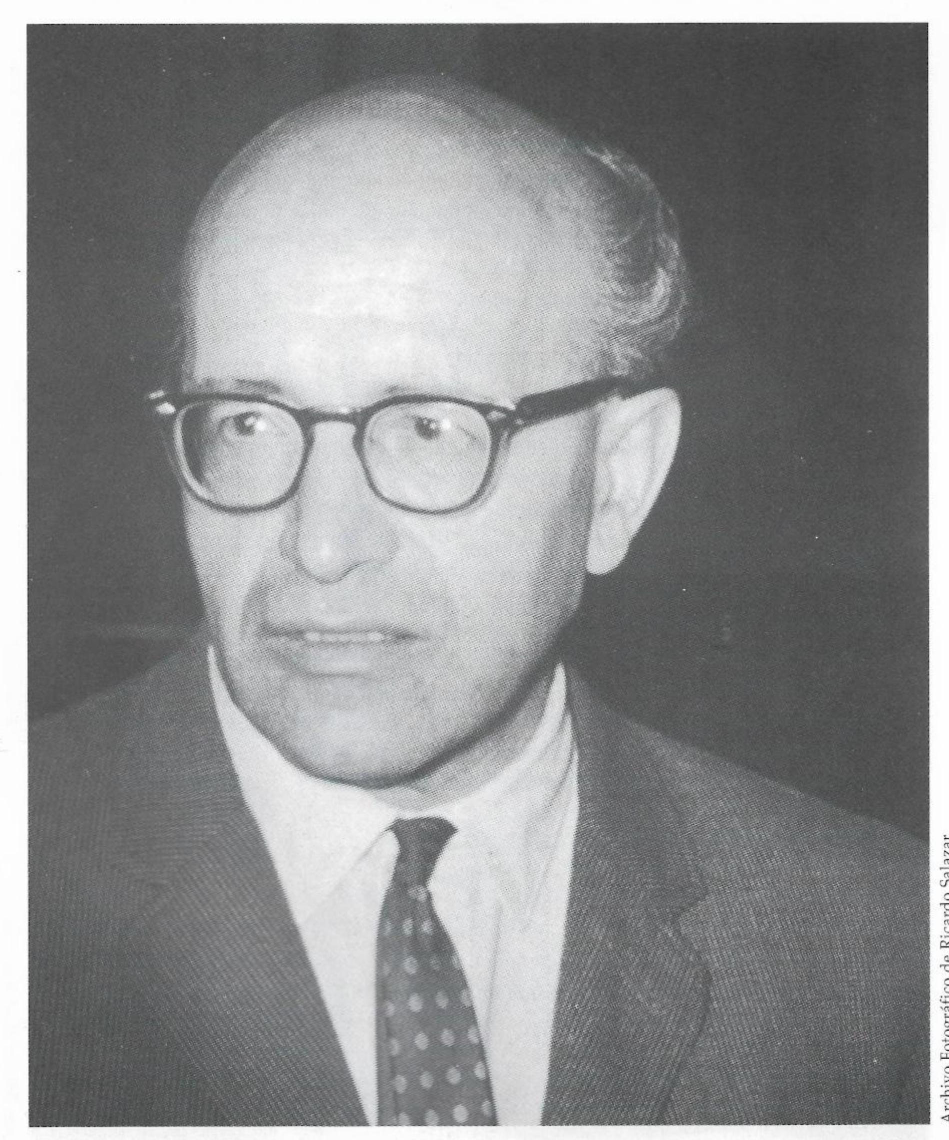
El profesionalismo sin duda disminuye la creatividad espontánea, encadena a la loca de la casa, impide los desbordes de la imaginación, pero nos conduce con máxima rapidez y seguridad al puerto buscado. Si la meta

mayor de la historia contada es coincidir con la historia vivida lo más posible, si el fin principal de nuestras investigaciones es la imposible conquista de lo que realmente sucedió, el entrenamiento profesional, que proporciona la experiencia codificada de los historiadores que en el mundo han sido, se vuelve indispensable para hacer de la historia un conocimiento acumulable y cada vez más creíble. Por las virtudes del profesionalismo y la especialización se ha logrado el

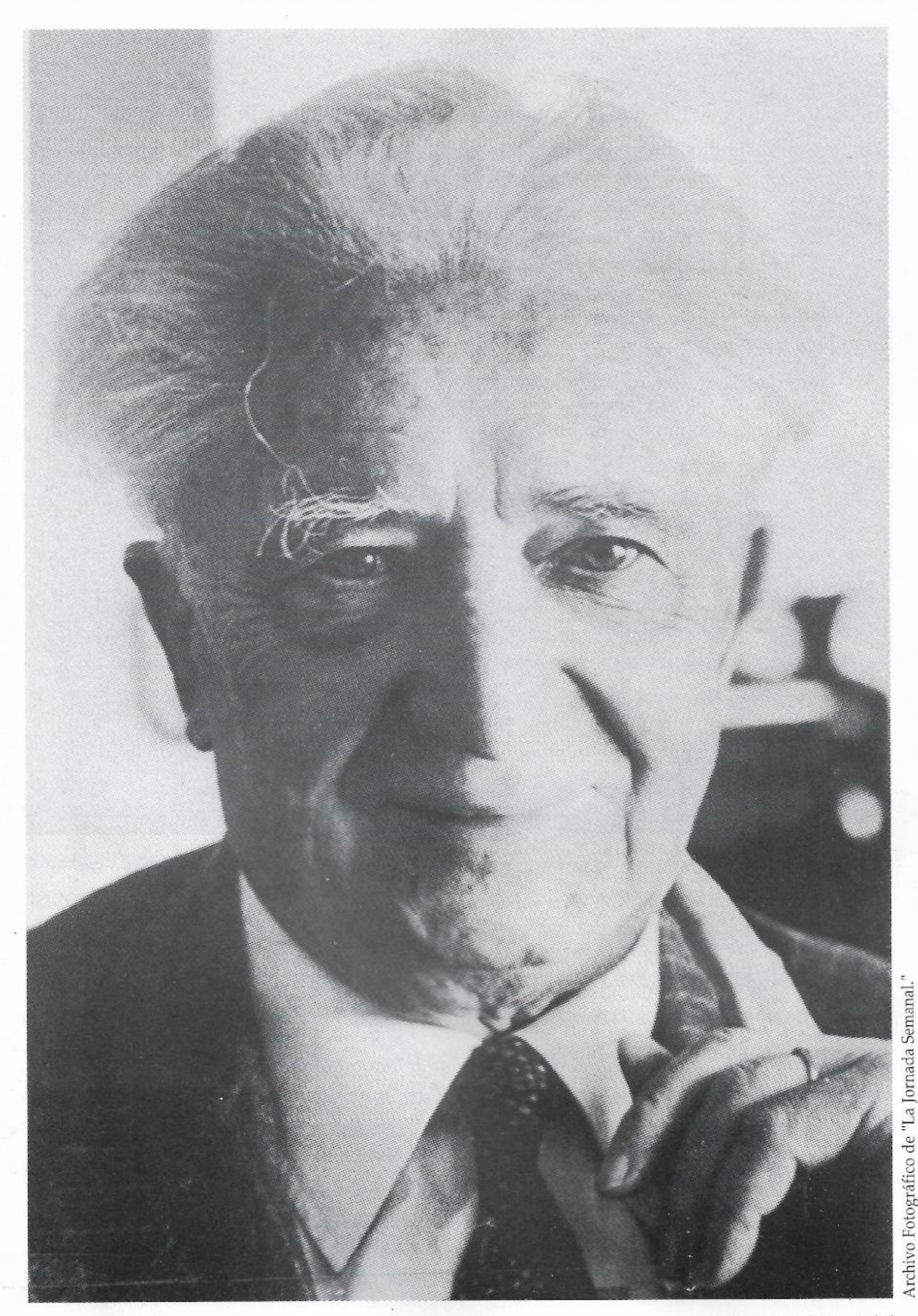


Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM.

José Ortega y Gasset

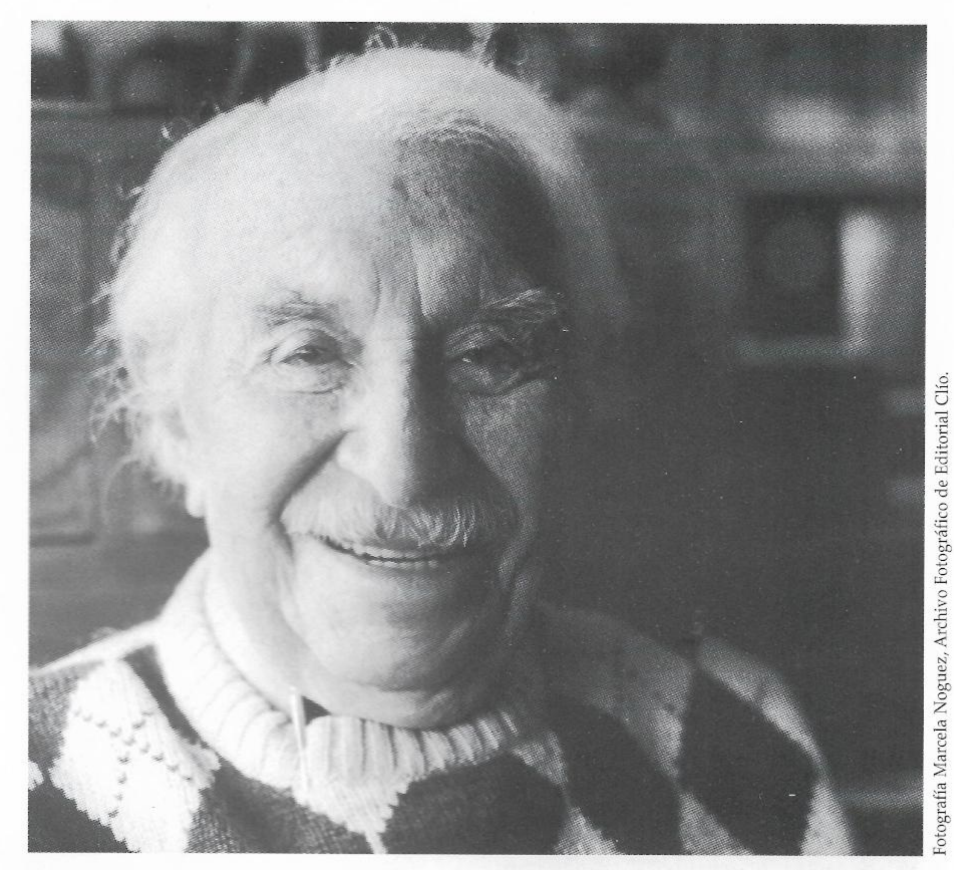

Archivo Fotográfico de Ricardo Salazar.

José Gaos



Archivo Fotográfico de "La Jornada Semanal."

Fernand Braudel



Fotografía Marcela Noguez, Archivo Fotográfico de Editorial Clío.

Edmundo O'Gorman

ensanchamiento del mundo histórico,

el enorme imperio de una ciencia o sabiduría tan necesaria en el remoto y en el inmediato vivir. Los filósofos de la historia hacían un buche con el mar histórico, encerraban en breves celdas el pasado, el presente, el futuro de la humanidad. Los historiadores responsables rara vez se atrevían a navegar fuera de los mares conocidos del gobierno, la guerra y la religión. En el siglo XIX, los temas frecuentados eran, en lo tocante a territorio, la capital de la república, y por lo que mira a tiempo, los años de 1808 a 1821, en cuyo transcurso se dieron batallas sangrientas y dolorosas entre realistas e insurgentes, y el periodo de 1856 a 1867, en que se agarraron de la greña mochos, chinacos y franceses. En aquel entonces únicamente tenían acceso a la historia los milites con insignia de coronel o general, los presidentes de la república, los gobernadores de los estados y algún buscapleitos. La política, la milicia y el derecho eran las conductas memorables, dignas de ser historiadas. En la primera mitad de este siglo se puso el ojo en los personajes y las batallas de la revolución, en las intrigas y los genocidios posrevolucionarios.

En el día de hoy todo lo acontecido al ser humano y a la naturaleza se ha vuelto historiable siempre y cuando haya testimonios probatorios. La gran mayoría de los acontecimientos no ha dejado indicios de su existencia y, por lo mismo, no son asuntos de los que pueda ocuparse el historiador. A éste sólo le son accesibles partículas de una enorme masa de sucesos. De lo visible del pasado, el investigador recoge lo que le parece importante por su trascendencia, por su influjo o por su tipicidad. Los historiadores mexicanos se mantienen adictos a la historia de México, pero no sólo a la metropolitana, la reciente, la bélica y la política, y en la que toman parte los hombres de cinco estrellas.

Numerosos aspectos del acontecer desdeñados por los historiadores de antes son ahora muy dignos de historiar. La producción y el consumo económicos, la vida material, en suma, se ha vuelto el tema más socorrido por algunos historiadores de la nueva ola. Nunca nadie se había puesto a contar los productos agrícolas y fabriles de campesinos y obreros de otra época como lo hacen los historiómetras de nuestros días. Con mucha diligencia, multitud de hormigas exhuman sin cesar cifras y relatos sobre la agricultura, la ganadería, la industria, los transportes, el comercio, la moneda, la banca, los gozos y los apuros materiales de nuestros antepasados.

También la vida social, en la que se incluyen las mudanzas de la familia, las rudas relaciones entre ricos y muertos de hambre en haciendas y fábricas, los bandoleros que despojaban a los adinerados para socorrer a los desposeídos, las truculentas órdenes religiosas, las fiestas públicas, aun las campañas políticas y otras conductas sociales, tiene hoy muchos estudiosos.

Antes se daba como garbanzo de a libra el historiador del arte culto de otras épocas; hoy abundan los interesados en averiguar todas las gamas artísticas. Toda clase de creencias, de costumbres y de ritos religiosos atraen la atención de los investigadores. El doctor José Gaos, en los años cuarenta, puso adelante, en el orden de preferencias, la historia de las ideas. Cada uno de los oficios intelectuales se ha vuelto digno de historización, aunque de manera predominante los quehaceres de médico, jurista e historiador.

Ya como parte de la historia de México, ya como antecedente indiscutible de ella, la vida prehispánica de multitud de pueblos mesoamericanos ha atraído la atención de legiones de arqueólogos mexicanos y estadounidenses. El viejo indigenismo sentimental y polémico es ahora un campo de estudio de enormes proporciones. Cabe decir algo semejante de la tricentenaria época neoespañola. Desde las luchas de la independencia hasta los cuarenta de este siglo, algunos historiadores la condenaron y otros hicieron su elogio, pero desde hace medio siglo Silvio Zavala y los transterrados españoles comenzaron a estudiarla globalmente y con espíritu científico.

Todavía se deja oír la expresión de «pueblos sin historia». Más de alguno cree, si no imposible, sí vana la búsqueda de lo específico local, de la cultura del terruño que rompe con las uniformidades que tratan de imponer las naciones y los sistemas culturales a nivel universal. Sin embargo, crece incesantemente el interés por la vida rústica, por el registro de los acontecimientos locales. La microhistoria se abre paso y produce frutos tan maduros como los que siempre han producido las historias de las naciones, los continentes y el mundo. En nuestros días, la escala jerárquica en el quehacer histórico ha dejado de establecerse a partir de los temas. Ahora el ser historiador bueno o malo, popular o elitista, profundo o superficial, de lectura placentera o somnífera, proviene de la *práctica metódica,* del camino que se siga para ir al pasado y volver de él. Aquí y ahora se califica nuestro trabajo según el método seguido. Por lo pronto ya nadie se traga las historias hechas sin base documental. Quienes se trazan un plan para

hacer un libro de historia y lo cumplen a fuerza de reflexiones sobre acontecimientos del dominio común han sido desterrados de los círculos de historiadores. El ser historiador de nuestro tiempo exige prácticas en archivos, bibliotecas y fuentes orales; manda tomar notas de lo que se lee y escucha; requiere de mucha receptividad para el dicho ajeno, que no la simple entrega a los decires de los testimonios. Aunque se practica cotidianamente la historia de tijeras y engrudo que sólo junta documentos, hilvana testimonios del pasado, reúne decires sobre temas históricos, la historia del «se dice» tiene pocos simpatizadores en los círculos cultos y populares. Esto no quiere decir que no tengan valor las colecciones documentales o las antologías históricas.

En el camino de ida al pretérito se requiere la cometunga de abundantes testimonios, pero no crudos. El que caza una liebre y la sirve con todo y pelos es tan mal cazador como el que entrega al lector exquisitas piezas documentales sin someterlas previamente al lavado y la cocción de las operaciones críticas. A sabiendas de que es imposible ingerir un alimento enteramente limpio de impurezas y de utilizar un testimonio del todo confiable, nadie en el mundo civilizado prescinde de los quehaceres de limpieza de los comestibles, ni de la verificación de las fuentes documentales. Por regla general, las operaciones críticas nos inducen a la eliminación de muchos documentos. Todos los platillos de la cocina de Clío se hacen con mucho desperdicio. Los textos históricos se asemejan al iceberg. Del material usado para escribirlos sólo queda a la vista, cuando bien va, una décima parte.

En tiempos del romanticismo, la narración de hechos históricos bien documentados era más que suficiente para consagrar a un historiador. En el periodo tan racional de los últimos cincuenta años, la historia narrativa ha sido desdeñada. El autor de libros históricos, aparte de contestar a la pregunta de cómo se pasó de un estadio a otro, ha contraído el compromiso de responder a cuestiones como las siguientes: ¿por qué las cosas sucedieron así?, ¿cuál es el sentido de los sucesos narrados? Según las ciencias sociales en boga, la finalidad del historiador es la de entender el pasado, encontrar el sentido a los acontecimientos, entrar en el fangoso terreno de las explicaciones.

Aunque la historia puramente narrativa regresa por sus fueros, la interpretación histórica sigue en pie. Algunos historiadores se dan por bien servidos cuando consiguen aclarar las ideas que suelen estar en el origen de los hechos. El rasgo específico de toda conducta humana es la intencionalidad. En el lenguaje ordinario se dice que uno comprende a otro cuando penetra en sus intenciones. Ya el viejo Platón había dicho que la

conducta humana se esclarecía si se atendía a los fines. Generalmente el historiador acude a las intenciones de los personajes para explicar sus acciones. Pese a la dificultad de la tarea, el devoto de Clío se propone descubrir los propósitos de una acción al través de la misma. Fuera de los naturalistas fanáticos, los historiadores frecuentan cada vez más la explicación intencionalista, aun a sabiendas de que no siempre es posible. No todos los acontecimientos en los que interviene el hombre han sido planeados. Muchas veces los planes son modificados por las circunstancias. En otras ocasiones es imposible dar con el diseño original de las acciones.

La explicación genética es la más frecuentada por quienes aspiran a dar a la historia fama de ciencia. Parte de la idea de que el transcurso de instantes sucesivos del acontecer histórico es algo más que un rosario discontinuo de átomos de la realidad. El historiador debe establecer los vínculos entre las cuentas del rosario; o en otras palabras, descubrir la filiación de los hechos. Al historiador se le exige hacer la cadena en la que cada acontecimiento figura como condición necesaria del siguiente. El clionauta supone que un suceso posterior no pudo ocurrir sin la existencia de un precedente. También procura llenar, hasta donde es posible, las lagunas existentes, suplir los eslabones perdidos con acontecimientos imaginados. El atierre de las lagunas consiste generalmente en aludir a una ley que establezca que un acontecimiento de tal tipo precede, por regla general, a tal otro. Se trata de un razonamiento por analogía que se basa en una proposición general extraída del curso de la historia y en una proposición particular derivada de los documentos. Para conseguir una conclusión razonable es necesario que la proposición general sea exacta, y la particular, conocida minuciosamente. El historiador debe prevenirse contra los abusos imaginativos. Al establecer nexos ha de sujetarse a los dictados de la prudencia y no sentirse meramente novelista o literato sin amarras.

Una explicación muy de moda hasta la caída del muro de Berlín fue la marxista, la basada en la ley que afirma que los cambios en la infraestructura, o sea en los medios y los modos de producción, producirán necesariamente mudanzas en la superestructura, en las instituciones culturales y en el pensamiento. La preferencia actual por el modelo económico de explicación es comprensible, dada la preferencia del hombre actual por la parte material de su ser. Marxistas y antimarxistas coinciden en atribuir a la parte económica de la vida humana una gran importancia como recurso explicativo. Sin embargo, la economía está lejos de aclarar muchos enigmas históricos.

La explicación del suceder histórico por motivaciones psicológicas quizá sea la más frecuentada de las maneras de explicar el pasado. Muchos de los sucesos exhumados por la investigación histórica se explican por las modalidades psíquicas de los hombres poderosos. Actualmente se discurre también sobre factores psicológicos colectivos, pero no tanto como sobre la parte poética y antipoética del oficio de historiar.

Escribir, editar y vender

siguen siendo las etapas últimas del oficio histórico. Ser historiador implica el desempeño temporal de un trío de ocupaciones. La tarea de reconstruir el pasado no concluye en la imagen que el investigador se hace de otras épocas y ni siquiera en el discurso oral delante de un auditorio. De hecho, importa poco convertir los resultados de una investigación histórica en un discurso conmemorativo o en una serie de conferencias. Ser historiador en México siempre ha exigido el informe final bien redactado, la historia narrada para ser leída por adolescentes, jóvenes, adultos y senectos.

Cabe escribir historias para uno mismo, pero la costumbre impone el escribirlas para los demás. Algunos historiadores con título y una retahíla de pedagogos redactan textos de historia universal y patria para un público cautivo compuesto por millones de alumnos que cursan las enseñanzas básica y media. Los sacerdotes del moderno culto a Clío se complacen en la hechura de tediosas y admirables monografías que deben ser leídas y citadas por colegas. Con todo, aun los profesionistas desdeñosos del lector común piensan que es bueno contar con un público amplio al que hay que referir las cosas en términos claros, precisos y agradables. La literatura histórica tiene la quíntuple misión de instruir a niños y colegas, distraer a viejos cansados y achacosos, dar alivio y diversión a los que sufren en la práctica de otras profesiones y servir de guía a los líderes.

Aunque muchos historiadores académicos de la nueva ola muestran desinterés hacia la ingeniería social, asegurando que sólo están interesados en el saber por el saber, muchos consumidores de historia, en especial los encargados de los otros, los árbitros sociales, los políticos, los ingenieros de la mecánica social, creen que las narraciones históricas, el conocimiento de sucesos y personas del pasado los ayuda en sus tareas ingenieriles. Según los líderes, las experiencias pasadas, si se conocen, dejan de repetirse o se asumen más racionalmente. Según la mayoría de los humanos, la historia es

maestra de la vida, se quiera o no ser maestro para toda clase de lectores, o sólo para niños y adolescentes o para viejos jubilados.

Desde hace quinientos años el historiador se dirige al público por la ruta de la página impresa. Hasta hace poco, quien escribía historias cuidaba de su impresión. Según el público previsto, lanzaba ediciones multivoluminosas o de un solo volumen. Hacía reflexiones como éstas: «Un libro muy gordo que no sea de consulta indigesta y un libro muy delgado produce desdén». «De los artículos de revista especializada o de las colecciones de ensayos presentadas en cuerpo de libro, no hay que esperar grandes éxitos». El historiador de antes tenía que pensar en tamaños, tipos de letra, precios y calidades del papel y en la impresión. El costo actual de las ediciones impide publicar un libro por cuenta propia. El historiador de nuevo cuño entrega sus escrituras en versión mecanográfica o en disco de computadora a una empresa editorial que alivia al autor de múltiples preocupaciones y tareas mecánicas. La gran mayoría de los autores se ha resignado a que entre ellos y el público haya intermediarios que aporten los fondos, las técnicas y otras cosillas que no se dan entre intelectuales.

Y cada vez, la intervención de los intermediarios se vuelve más tiránica y acaparadora. La sustitución de la letra por la imagen hace a un lado al historiador. El idioma audiovisual del cine y la televisión es particularmente apropiado para exponer la materia histórica, lo que lleva a pensar que en el futuro próximo la mayoría del público sólo verá filmes históricos y dejará de leer libros de historia. Los historiadores deben resignarse a quedar ocultos en la penumbra. Directores, cómicos, camarógrafos y demás cineastas se llevarán el grueso de los aplausos, las rechiflas, las ganancias y las pérdidas económicas, los triunfos y los fracasos. La figura del historiador tenderá a achicarse, pero sin duda será mayor su influencia social. Quizá los medios audiovisuales de expresión nos alejen de la verdad histórica *strictu sensu*, pero harán muy digerible el saber del pasado. Para bien y para mal, los videocartuchos, más que los libros de historia, pondrán a los hombres actuales en comunicación con sus muertos.

La notoriedad del historiador se deberá menos a la aparición de su nombre en una portada y más a causas fortuitas y externas; las críticas que se hagan de su trabajo, las censuras o los premios que le asignen los poderosos, las campañas de publicidad, alguna actuación política o alguna salida en los «medios». En los tiempos que corren y en los que se aproximan, el ser historiador aparta del señorío, la fama y el dinero, y permite mayor penetración en las distintas variedades del ser humano. Mientras se alivianan

las tareas, mecánicas, sociales y de lucimiento, se fortalece el cacumen del historiador y se mejora el rescate de la experiencia de la humanidad.

Ser historiador astuto en el rescate de personas, ideas, actitudes y conductas significativas, y torpe en el manejo de aparatos, en las maniobras de expresión audiovisual y en la venta de filmes, está lejos de ser una catástrofe. De aquí en adelante viviremos en mayor oscuridad; con más razón que antes seremos ratas de archivos y bibliotecas y habitantes sedentes y solitarios de los cubículos de los centros de investigación. Seremos poco vistos y solicitados y cumpliremos mejor las obligaciones propias del oficio de historiar. Es preferible investigar bien en la sombra, a vivir en el mundo de los diplomas, las corcholatas, los banquetes y las envidias, que roban mucho tiempo a los investigadores.

El quehacer histórico[*]

La invitación

para desenvolver mi rollo sobre el oficio de historiador recibió un rápido sí por una sencilla circunstancia que no por referirse a mi persona voy a ocultar. Aproximadamente de 1980 para acá me he puesto a construir algunas obras planeadas de antemano y a planear nuevos libros. Entran en el primer propósito algunas compilaciones de ensayos escritos antes, como sucede con los volúmenes *Nueva invitación a la microhistoria* y *La querencia*, ya publicados, y con *España y Nueva España; Juárez en su mole* y *Xenofobia y nacionalismo*, en espera de publicación. Está en la imprenta *La ronda de las generaciones*, y en el telar, *El linaje de la cultura mexicana* e *Historia de la historia en la Nueva España*.

Las obras recientemente planeadas son *Viaje redondo*, casi autobiográfica; *El nudo del centenario*, sobre San José de Gracia veinte años después de *Pueblo en vilo; El brinco de las trancas*, sobre los sanjosenses transterrados; *Historia general de México* y *El oficio de historiar*, que es la única que debí haber mencionado por ser la que viene a cuento en esta ocasión. Aquí y ahora sólo presentaré el plan de un volumen sobre el oficio de historiar. Naturalmente, el volumen no aspira a poner en éxtasis a nadie, a descubrir lo nunca visto, a imponerle otra vereda al oficio más viejo del mundo. Las meditaciones sobre el qué y cómo recordar el pasado suman miles y esta otra no puede pretender la originalidad en grandes dosis. Casi todo lo que se diga será mera repetición de lo dicho muchas veces por filósofos que escriben «filosofías críticas de la historia» y por historiadores que se preguntan sobre las reglas de su juego en tratados metodológicos o en las introducciones de cualesquiera de sus obras. Con todo, no está de más volver sobre lo mismo. Habría que tomar a bien que los historiadores de mayor edad comuniquen a

los neófitos en el oficio sus opiniones sobre éste aun cuando sean vacilantes, como es mi caso. Al revés de lo dicho por el refrán, casi todos experimentamos en cabeza ajena. Aunque no sea excepcionalmente innovador, el estudioso terco del pasado logra poner un no sé qué diferente en el oficio de historiar. Aunque se le tenga por presuntuoso, el historiador de los países tercermundistas debe hablar de cómo le fue en la feria del conocimiento histórico.

Ninguna nación es tan dada a reconstruir su historia como México. El «ahora que me acuerdo» es un grito de combate del mexicano común y corriente. México, no sólo en opinión de Fuentes Mares, es «el que vive más la historia» entre todos los países del mundo. Como quiera, se ha escrito poco sobre las maneras de memorizar del pueblo más memorioso de la tierra, sobre los talleres de los historiadores mexicanos. Quizá me atenga al teorizar sobre el oficio de hacer historia en tierra de indios al hecho de ser parte de una nación saturada de saberes históricos y seudohistóricos, que no de reflexiones acerca de esos saberes. Parto, pues, de la vaga idea de la necesidad de reflexionar acerca de la producción de lo que se consume tanto aquí. Aspiro a ver en conjunto los problemas que hemos sabido plantearnos los investigadores de la historia de México.

Presupongo que muchísimos conocimientos se obtienen a través de científicos que dejan muy poco de sí en lo averiguado por sus personas. Es fácil entender el porqué los tratados de ciencias fisicomatemáticas o biomédicas no le dedican ningún capítulo al carácter, a los valores, a los modos de participación social y a otras modalidades de físicos, matemáticos, biólogos, etc., que son instrumentos transitorios o meros andamios del saber acerca del mundo que nos rodea. En cambio, es difícil entender un libro de teoría y método de la historia que no comience con un análisis

del historiador

encargado de traer al presente las acciones pretéritas, ya que éste nunca ofrece tales acciones limpias de su polvo y paja. La historia, como se ha dicho multitud de veces, es inseparable del historiador. El oficio de historiar implica una sociología, una psicología y una ética del historiador. Cualquier reflexión sobre el conocimiento histórico ha de empezar sobre la matria, la patria, la crianza, los estudios, los intereses, los motivos, el temperamento, las costumbres y el carácter del historiador típico de una cultura y un ahora, pues

es muy notoria la parte de los sentidos y la emotividad del estudioso al evocar el pasado.

Cuando me vea en el brete de describir al historiador que necesariamente se refleja en su obra, pensaré en los historiadores que me rodean, en los practicantes de la historia en México, que tienen algunos rasgos que les son propios y otros comunes. El historiador que esboce no será del todo igual al descrito por los tratadistas europeos y yanquis. Éste será un historiador que rara vez osa brincarse las fronteras de México, no por nacionalista, sí por temor a recibir coscorrones si se sale de su corral patrio. Me ocuparé del historiador compatriota muchas veces resentido, y sin duda ninguneado por los extranjeros aunque trata de parecerse a sus ninguneadores. De hecho, el historiador de aquí y ahora es cada vez más parecido al de los países poderosos; es un historiador estándar o casi en esta época de personalidades estandarizadas.

Los muchos historiadores amateurs que todavía tenemos tienden a extinguirse y dejarle todo el campo de la historia mexicana a los profesionales que son casi todos de la especie abeja. Antes más que ahora contábamos con muchos historiadores-hormiga, conservadores por culpa de sus buenos pañales, anticuarios que gustaban de acarrear documentos de los archivos a las bibliotecas, que hacían ediciones multivoluminosas de fuentes de saber histórico, y con historiadores-araña, alérgicos al polvo archival, que preferían descubrir lo que pudo haber sido, lo que verosímilmente fue, a fuerza de cavilar, de sacarse por introspección los hilos para tejer una telaraña histórica. Ahora abunda en nuestro medio el historiador-abeja, que es también el importante en el primer mundo. Es un hombre consciente de que la miel que deposita en los panales de las bibliotecas no es igual a la succionada a las flores de museos y archivos.

El historiador mexicano actual, que será el ocupante del primer capítulo del oficio de historiar a la mexicana, se hace presente en su obra histórica en forma muy parecida al historiador gringo, francés o ruso. En términos generales, se trata de un hombre cada día más abundante, muy bien recibido en el memorioso México, cada vez menos consultado por unos gobernantes ahora creyentes en las virtudes de los economistas, cada vez más atento a su propio beneficio que al de la historia, cada vez mejor pagado por el gobierno, aún visto con desconfianza por el gremio científico y tampoco grato en la república de las letras, con tendencia a la inactividad aunque se sueñe activísimo hacedor de sociedades, con emotividad superior a la media, con inclinación a la fuga por el túnel del tiempo y con un equipo cada vez mayor

de lenguas, paleografía, técnicas auxiliares de la historia, disciplinas hermanas, vividuras, tours e interrogaciones.

Es parte muy importante del oficio en cuestión el saber preguntar y el responder provisionalmente a las preguntas hechas. Me gustaría construir un segundo capítulo de mi arte de hacer historia a la mexicana con las cuestiones que suelen plantearse y con las imágenes interinas del pasado que acostumbran edificar los historiadores de aquí y ahora, que no son muy diferentes de los de fuera y los de poco antes. La mayor diferencia reside no en las hipótesis sino en el contenido de ellas. Un europeo se cree con derecho a preguntar y hacer hipótesis del pretérito de cualquier país de la tierra, cosa que no suele pasar con un mexicano. La gente de la expansiva Europa, si escoge el oficio de historiador, se equipa para incursionar en una historia sin fronteras nacionales, en la historia de todos o algunos países de África, Asia y América. Los historiadores del defensivo México si van a otras partes del mundo es para recoger testimonios de su patria, pues, como es bien sabido, los extranjeros no sólo se meten en nuestra propia vida sino que también se han llevado muchas veces testimonios del existir nacional propio. No toda la dosis de

las fuentes de Clío

que son nuestras está dentro de los límites del territorio mexicano. De aquí los viajes de los autores de historias, pues el historiador de este país es cada vez más consciente de que no le fue dada la visión directa de su objeto de estudio, como al cronista. Tiene que enterarse de las acciones humanas del pasado por medio de vestigios materiales, tradición oral y expresiones escritas, que pese a la incuria del tiempo, los saqueadores y la polilla, son cada vez más numerosos y variados. Los primeros historiadores de acá penetraban poco en lo sido porque sólo disponían de la tradición oral. Los de hoy se meten hasta la cocina del pasado a través de cadáveres, de supervivencias, de toda clase de tradiciones transmitidas de viva voz (leyendas, mitos, proverbios, corridos, rumores); de una amplia variedad de monumentos (viviendas, sepulcros, construcciones para el trabajo, el culto y el poder, utensilios de labor, guerra y juego, pinturas y esculturas y tantos monumentos conmemorativos); de la moderna producción de mapas, fotografías, cine y reproducciones sonoras, y sobre todo de una inmensa documentación que comprende pintas, multitud de inscripciones, cuentas, calendarios, leyes, actas e informes gubernamentales, escritos de hombres de ciencia y de filósofos, obras literarias, reportes y

comentarios de periodistas, recuentos autobiográficos, biográficos e históricos.

Como no puede haber ningún arte de historiar que omita la mención de las fuentes de conocimiento histórico, como también es poco menos que imposible referirse con alguna suficiencia y sentido a la fontanería universal de Clío, la obra que traigo entre manos referirá el repertorio de fuentes de que se dispone para hacer historias de este pedazo de mundo que comenzaron a invadir nuestros padres desde hace dos o tres cientos de siglos. Trataré de hacer un catálogo breve de las vías de acceso a las acciones humanas de la sección mexicana del planeta, así como de sus habitáculos: sitios arqueológicos, museos, archivos, hemerotecas, bibliotecas y otros almacenes de la chatarra histórica disponible para reconstruir la historia de México.

Luego pasaré al asunto de la manipulación de las fuentes que en los tratados de método recibe el nombre de operaciones de análisis histórico. Ningún estudio del arte de hacer historia puede ignorar los quehaceres de reunir datos y someterlos a los tribunales de la crítica y la hermenéutica. Antes de ahora se acostumbraba conceder dispensa de juntar tantos testimonios, como los acostumbrados por gringos y europeos, a los historiadores de la vida mexicana, porque museos, archivos y bibliotecas de México eran poco menos que inaccesibles. Hoy las cosas son distintas. El apoyo archivístico está en pleno arranque. El Archivo General de la Nación y multitud de repositorios provincianos se vuelven accesibles a los investigadores. La masa de datos a nuestra disposición es demasiado grande. El riesgo ya no es el de quedar corto en la pepena de noticias sino el de reunir una documentación tan vasta que resulta inmanejable. La facilidad con que hoy se localizan documentos y se consigue reproducirlos comienza a ser el mayor obstáculo del oficio de hacer historias. Como quiera, se tiene un recurso para salvarse de la selva de la documentación, para clasificar y correlacionar montones de datos. Me refiero al salvavidas de la computación.

Precisamente porque en México no hay una costumbre de crítica de fuentes comparable a la de Europa, en un arte de historiar para mexicanos debe remacharse la importancia de someter las pruebas de las acciones mexicanas del pasado a las cuatro críticas que prescriben los metodológicos: las críticas de integridad, para ver hasta dónde hemos remendado y desportillado nuestras fuentes; de autenticidad, para no caer en anacronismos y falsas atribuciones de lugar y autor; de competencia, que nos permita medir la calidad de los testigos, y de sinceridad, para poner en el sitio que se merecen tantos embustes de la historiografía mexicana.

Desde el advenimiento a la universidad mexicana del doctor José Gaos, la hermenéutica o comprensión de las fuentes de conocimiento histórico se puso de moda en las escuelas locales para formar historiadores. En aquel seminario para el estudio de las ideas en Hispanoamérica, que fundó el doctor español en 1940 y dirigió durante treinta años, se hizo una doxografía ejemplar que empezaba por la determinación de los sentidos literal e ideal de los textos, seguía con el repensamiento de las ideas ajenas y a veces iba hasta el descubrimiento de móviles y motivos de los pensadores. En un tratado hecho aquí y ahora sobre el oficio de historiar habrá que referirse a ese brote hermenéutico que en el pasado inmediato permitió un arribo brillante al interior de los aconteceres históricos, al jugo de

la realidad histórica

perseguida por los historiadores, que no es, como ustedes saben, todo el pasado, que no podría ser todo lo sucedido porque no todo es posible ni deseable historiar. En el cuarto capítulo de la obra en proyecto repetiría lo comunicado muchas veces en clase: muy pocas acciones humanas de otras épocas fueron debidamente documentadas, y por lo mismo muy pocas son susceptibles de conocimiento. Poquísimos hombres de los de antes dejaron huellas suficientes de su trayectoria terrestre. De la gran mayoría de los seres humanos del México colonial y decimonónico sólo es posible saber el nombre y las fechas extremas de su vida. Casi todos los protagonistas y los sucesos históricos son irreconocibles. La mayor parte de lo histórico no es historiable por falta de documentación o por estar muy cercano a nosotros. Habrá que decir con Monsiváis que «el presente aún no es historia». Lo que es visible directamente no cae dentro del oficio del historiador contemporáneo, se le deja a los reporteros y cronistas, es asunto del oficio de cronicar. Lo que a todos les consta no es competencia de los reporteros del pasado.

En el oficio de historiar es básico saber distinguir en lo historiable lo digno de historización. Generalmente los historiadores sólo consideran memorables los acontecimientos trascendentes, influyentes o típicos, aunque no todos los que exhiben algunas de esas notas. En cada época y en cada nación cambia el criterio de importancia. Me gustaría mostrar en el cacareado libro cuáles han sido los temas dignos de recordación en cada una de las épocas de la historia de México. Prometo también contestar a la pregunta que me hacen algunos estudiantes sobre temas que les permitan hacer una tesis equiparable por su asunto a las presentadas en la Sorbona o en Harvard, que

se ocupen de acaeceres a la moda en el mundo de los honores académicos. El capítulo cuarto referirá los nuevos temas y verá hasta dónde cuadran con nuestro repertorio de posibilidades y necesidades.

Los historiadores profesionales y bien vestidos, si quieren permanecer en el candelero, si les interesa ser invitados a mesas redondas y congresos, han de estar a la moda en asuntos dignos de investigación. Quedan fuera ahora si persisten en resucitar hechos efímeros y no estructuras o tiempos largos y si preguntan por acaeceres calificables, no contables. Quien quiera ser de las mesas de adentro hoy, aunque quizá no mañana, que se despreocupe de reyes, leyes y batallas y se ocupe de altibajos de precios, evolución de la agricultura y la industria, número de nacimientos y defunciones en tal país y tales años, luchas de clases, catástrofes recurrentes, modos de subsistencia, relaciones de producción, en general, el aspecto económico y técnico del fenómeno humano. La moda, como los niños, viene de París, de Oxford, de Moscú, de Harvard y otras capitales.

Hay porciones de lo histórico que a pesar de ser historiables y memorables se han historiado poco por su extrema dificultad de traerlas al presente. En el mundo de lo histórico abundan los sentimientos, las actitudes, las creencias y las ideas, y otros fenómenos poco menos que intangibles. La historia de amantes, iracundos, creyentes, pensadores y artistas es muy temida por los buzos del pasado que se dan aires de científicos. Con todo, son temas permitidos cada vez más en Europa y que caen dentro de la tradición historiográfica mexicana. En el pasado inmediato, las creencias, las ideas, el arte y la literatura mexicanas atrajeron a numerosos historiadores de primera fila. Ahora, con el rótulo de historia de las mentalidades, algunos de los temas de la antigua historia de la cultura han vuelto a ser bien vistos, principalmente los que se parecen por la forma a los practicados por los clionautas europeos: maneras de mesa, concepciones de la muerte, el discurso sobre el sexo, la brujería, la religión popular, los mitos y las fiestas.

Otro aspecto insoslayable en el oficio de historiar es el de las divisiones de la realidad histórica. Se supone que cada historiador sólo puede estudiar intensamente minúsculas parcelas del pasado. Vivimos en la edad de las monografías. No son bien vistos los enfoques que trascienden una nación, una provincia o un terruño y un periodo. Los cortes cronológicos que reciben el epíteto de periodización merecen capítulo especial, el quinto de la obra proyectada. La periodización es una de las tareas donde hay lugar para lucir dentro del oficio del historiador. El hacer parcelas geográficas es menos arduo. Tampoco cuesta mucho trabajo trazar lindes étnicas o repartir la

materia histórica en economía, sociedad, política, cultura, etc. Esta última división va cediendo el paso a la geocronológica que permite

la reconstrucción del pasado,

de trozos completos de vida pasada. Quizá a esto se debe el reciente inclín hacia la microhistoria que trabaja con espacios muy cortos y pocos individuos, gracias a lo cual es posible una recuperación redonda de un tipo de vida que bien puede ser representativo de la sociedad que incluya al terruño en cuestión. Como quiera, reconstruir el pasado no es revivirlo. Por minúsculo que sea el objeto de estudio se debe hacer selección de hechos, y con los aconteceres selectos es forzoso recomponer la parcela desarticulada por medio de una serie de operaciones a las que los pedantes denominan etiología, arquitectónica, estilística y medios.

Ningún historiador puede decir a sus discípulos: «Déjense de explicaciones». «En la ciencia de la historia —solía decir el doctor Gaos— no sólo es posible, sino que parece obligada la explicación por la causalidad final, que es fenómeno de la conciencia humana». Hoy también se consideran obligatorias las explicaciones por las causalidades eficiente y formal. Muchas veces se dice: esto sucedió porque habían sucedido tales cosas. Con mayor frecuencia se acude a las leyes del desarrollo histórico para clarificar sucesos particulares. La explicación histórica es hoy un problema muy traído y llevado en el arte de historiar y bien se merece el capítulo sexto de un volumen sobre tal arte. En él se tratará de probar que ningún acontecimiento histórico es producto de una sola causa. La historia, sin duda, no es un conjunto de sucedidos inconexos, pero tampoco ese bloque compacto que quieren imponernos los partidarios de explicaciones globales. Habrá que exponer y refutar a los deterministas geográficos, raciales y económicos. Habrá que ponerse en guardia contra las morfologías para simples que todo lo aclaran a fuerza de ciclos, espirales y progreso lineal. Habrá que descalificar como científica a la historia que lo explica todo, a la superexplicativa, a la hecha por personas con aires de semidioses, a la perpetrada por los que se sienten autorizados a suprimir la multitud de dudas acerca del pretérito con la expresión: «La verdad de las cosas es…». En una época que idolatra la ciencia, como es la actual, la operación etiológica se vuelve muy difícil para los historiadores.

No quisiera en mi soñado arte de historiar poner retahílas de «cómos», de cómo ha de explicarse, de cómo ha de componerse una disertación histórica.

En este punto me gustaría decir simplemente: éstos son los modelos arquitectónicos más frecuentados. Los historiadores amateurs y sin retorcimientos prefieren el modelito inventarial, ponen sus noticias en fila cronológica, geográfica o sectorial. La composición polémica atrae a los gustadores de lo dramático. Hoy está muy de moda. Aquí se ofrece en una primera parte la tesis manida acerca de un fenómeno histórico. En la parte siguiente se embiste con fuerza la tesis tradicional, y en la última parte se exhibe la imagen nueva a la que se ha llegado. Las composiciones axiomática, comparativa y en profundidad suelen practicarlas los historiadores muy influidos por las ciencias sistemáticas del hombre.

Nadie ignora la influencia que ejercen hoy las otras ciencias del hombre en la profesión histórica. Antes se decía con orgullo: «La historia es una disciplina que no se ajusta a los moldes de las demás ciencias». Hoy se dice humildemente que la vieja historia, para seguir con sueldo y vida, ha de ponerse a las órdenes de economistas, sociólogos y similares. En la actualidad la historia todavía no se puede liberar del reciente cautiverio al que la han sometido las ciencias sistemáticas del hombre. Todavía se depende de los análisis de la llamada ciencia social. Aun se imitan las generalizaciones de sociólogos, politólogos y economistas. Muchos historiadores se complacen en dar a sus datos disposiciones propias de la sociología, la politología y la economía. Es de buen gusto en el gremio histórico la referencia a Karl Marx, a Max Weber, a Talcott Parsons, a Émile Durkheim, a Vilfredo Pareto, a Keynes y otros científicos sociales. Es de mal gusto traer a colación a filósofos y literatos como se hacía antes. Las jergas ininteligibles y otros males provienen de la supeditación de la historia a las otras ciencias de la conducta humana. Por otra parte, la misma cohabitación ha acarreado bienes.

Para muchos lectores el aparato crítico afea la arquitectura de las monografías históricas en boga. Los historiadores no gustan de escribirlas. Pese a todo, han llegado para quedarse porque vuelven dignas de confianza las noticias de los libros históricos. Dada la incredulidad de los tiempos que corren, sin los puntales de las notas de pie de página y del contrafuerte de los índices, los volúmenes monográficos no conseguirían conquistar la confianza de los lectores, máxime si son cultos. Mi tratado dedicará una sección del capítulo séptimo al modo de escribir correctamente las distintas partes del aparato erudito y todo el octavo a las maneras de contar historias. Nadie pone en duda la decadencia de la expresión en el gremio histórico. Para no ser impopular entre científicos, el escritor sobre el pasado usa la jerigonza de economistas y sociólogos que lo hacen impopular *strictu sensu*.

El oficio de historiar se emparenta en el penúltimo paso del vía crucis con el oficio de escribir, pues el historiador no es un simple vaso comunicante. Su prosa, aparte de transmitir acciones humanas del pasado, expresa los sentimientos del historiador a propósito de lo reconstruido. Aunque se dice que la historia ya no es género literario y sí una ciencia, aunque la historia sufre un proceso de deshumanización, no puede dejar de expresar al hombre que la escribe o la filma. Por otra parte, la clientela de los historiadores no se constituye únicamente con otros del oficio. Las ciencias físico-matemáticas y biomédicas no necesitan salir de los círculos académicos, pero las que se ocupan de los seres humanos no deben quedarse metidas en los cenáculos cultos. Las ciencias del hombre y sobre todo la historia se dirigen a un lectorio plural. Cada libro pasatista debiera preguntarse: ¿quién escucha?,

historiar para quién

o para cuál de los grupos anhelantes de sabiduría histórica. La historia es, desde luego, para los oficiantes de Clío. La clientela más visible y segura de un historiador experto en mortandades en Nueva España es la constituida por los doce o quince estudiosos de las catástrofes demográficas neoespañolas. Casi tan seguros como los anteriores son los que investigan diversas facetas de la vida económica y social de aquel México. Sólo son clientes esporádicos los investigadores de la vida palaciega y culta del mundo colonial. A cada cultivador de consumidores de su producto lo aplauden públicamente y lo abuchean en privado. Muchos historiadores de educación refinada tal vez no busquen, pero en general no pueden, trascender la clientela formada por un puñado de eruditos, de historiadores profesionales que acostumbran tomarse una copa juntos cuando una mesa redonda los congrega.

En México, la historia ha sido también preocupación del hombre de la calle, de Juan Pueblo, que tiene derecho a conocer el estado actual de los conocimientos históricos. En el oficio que nos ocupa la vulgarización es necesaria, pero no obligatoria. Muy pocos autores de monografías sobre el pasado piensan en el pueblo municipal y espeso deseoso de conocer sus raíces, y menos aún en la parte del público general verdaderamente obsesionado por la ciencia del pasado como es la porción de los viejos. De los sesenta años en adelante, la necesidad de saber histórico se vuelve compulsiva, pero no conozco a ningún historiador preocupado por la sed histórica de la vejez. Es frecuente el encuentro con historiadores de primera

fila empeñados en infundir conocimientos históricos a la gente del público general que menos lo desean, como son los jóvenes.

Una parte muy notoria de la clientela de los historiadores es cautiva. Hubo un tiempo en que sólo los jóvenes príncipes tenían la obligación de aprender la historia. Vino en seguida el destrone de los reyes y la entronización de las repúblicas democráticas. Al decretarse que todos los jóvenes eran príncipes, la enseñanza de la historia se generalizó en las escuelas. En México, desde la más tierna infancia hasta la juventud universitaria, han tenido que cursar, de un siglo a esta parte, la historia del mundo y de México en dos o tres tamaños y lenguajes. A los niños de la primaria se les impone en breves dosis biográficas y episódicas y en lenguaje bobo. A los adolescentes de la secundaria se les da menos brumosa, que no en el idioma malcriado de la adolescencia. Vuelve a sufrirse en la preparatoria y en algunas escuelas universitarias. Los historiadores mexicanos que condescienden a escribir conforme a los programas oficiales de educación, cuentan con auditorios cautivos y hostiles que sobrepasan la docena de millones de personas.

Aparte del vasto lectorio forzado, del que me ocuparé en el capítulo noveno de la obra anunciada, el historiador tiene ante sí dos o tres clientelas francamente peligrosas que serían analizadas en el décimo y último capítulo. Muchos de nuestros estadistas o dirigentes compran historia para aprender del pasado y para pasar a la historia. Los gobernantes apetecen una historia poblada de gobernantes tiesos, precursores de su estatua; de proezas conmemorables un día al año y cada diez, veinticinco, cincuenta, cien y mil años; de pueblos en heroica disposición de sacrificio, de pipilas y niños héroes. La historia solicitada por el común de la gente, por sensacionalista y pintoresca, puede dejarse para las horas libres de los historiadores desvergonzados. La historia solicitada por el gobierno, aunque más sensacionalista que la popular, no se deja para los momentos de ocio; se hace sin pretextos y excusas porque el gobierno paga por adelantado y dictamina quién es y quién no historiador patriota y revolucionario. Nos guste o no, tenemos que hacer la historia para la cual Aguilar Camín pide desconfianza, la que es «parte de una colección que celebre centenarios o aniversarios de hechos heroicos nacionales».

Otra clientela exigente e impositiva es la de los enemigos sistemáticos del gobierno, que muchas veces imponen sus temas y enfoques al investigador a fuerza de terrorismo verbal. Los mismos que prendemos la vela de la historia de bronce para agradar al mandamás, encendemos la vela de la historia crítica, que no deja poderoso con cabeza, para no malquistarnos con las

huestes reaccionarias y revolucionarias. Rehuimos a como dé lugar los sambenitos de traidor y de vendidos. La clientela revolucionaria ha hecho mentir a los historiadores débiles, y la gubernamental, a casi todos. En un caso por paga, y en otro por miedo, se hacen excepciones al compromiso con la verdad.

También resulta una clientela peligrosa la de la mayoría de los críticos, pero del ambiente de la crítica y del negocio de la publicidad no me ocupo hoy para no ser criticado por no saber pararme a tiempo. Por lo demás, creo haber respondido a lo que se me preguntó. Con el pretexto de la presentación de un plan para un libro que se llamaría *El oficio de historiar*, he presentado la nómina de los rompecabezas que normalmente ha de resolver un historiador de estas latitudes, el repertorio de los peliagudos problemas que suelen llamarse subjetividad del conocimiento histórico, imagen interina del pasado, fuentes del saber histórico, crítica de los testimonios, intelección de las huellas, los días sin huella, lo memorable del pasado, los protagonistas de la historia, la periodización, la multiplicidad de explicaciones, malentendidos y cohabitación de la ciencia de lo histórico con las demás ciencias sociales, capitulaje y aparato crítico, maneras de contar historias y tipos de auditorios del historiador. He enumerado solamente los asuntos que deben considerarse en unos ejercicios de cinco días centrados en el oficio de historiar.

Sobre la invención en historia[*]

Los maestros disputantes

Los doce bachilleres aceptados en 1946 como alumnos del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México recibieron su primera lección de una polémica magisterial. Los tres instructores máximos del CEH aparentaban odiarse cordialmente entre sí. Dizque los traía divididos un asunto muy espinoso. Alguien había lanzado la pregunta: ¿Debe intervenir la creación en los escritos históricos? Uno de los maestros contestó: «No, porque la historia es ciencia de lo real». Otro repuso: «Sí, porque la historia es género literario». Un tercero dijo: «La historia es ciencia y arte, verdad y ficción». Al primero se le llamó positivista; al segundo, idealista, y al último, ecléctico. En adelante, uno quiso merecer su apodo; trajo en su auxilio a figuras universales, y embistió a sus adversarios. Fue aquello una trifulca de trastienda que no trascendió a los clientes.

El catedrático «positivista», el más joven de los tres y el más fecundo, pues ya llevaba publicados media docena de libros sin contar compilaciones documentales, sostenía serenamente, en su curso de Introducción al estudio de la historia, el deber de elevar la tarea del historiador al rango de ciencia mediante el cumplimiento de tres anhelos que nunca satisfizo Leopold von Ranke: «Desearía que enmudeciese por completo mi voz propia para dejar hablar por sí solos a los hechos […] Trato simplemente de exponer cómo ocurrieron en realidad las cosas […] busco la verdad escueta, sin ningún adorno […] sin nada de fantasía […] sin nada de imaginaciones». Según el maestro «positivista», el buen historiador no era de ningún país y de ningún tiempo; procedía a su trabajo sin ideas previas ni prejuicios; investigaba y no suplía con ficciones las lagunas documentales, y escribía sin el pronombre yo, de manera impersonal y sobria, dejando a los hechos que hablasen por sí

solos. La imaginación hispánica era el diantre que impedía a Hispanoamérica tomar conciencia de su pretérito.

El historiador «idealista», un apasionado ex combatiente de la guerra civil española, no daba cuartel a la postura de Ranke y de su discípulo mexicano. Por principio de cuentas, negaba la posibilidad de separar la historia del historiador, pues éste no podía ser una simple máquina registradora aunque lo quisiera. Pensaba como los Goncourt: «Los historiadores son cuenteros del pasado; los novelistas, narradores del presente». Decía a voz en cuello: «La historia es un conocimiento eminentemente inexacto»; Juan de Mairena lo supo: «Lo pasado es materia de infinita plasticidad, apta para recibir las más variadas formas». Sus estribillos eran: «El historiador nace, no se hace. El verdadero historiador no recopila, crea. El historiador digno de tal nombre tendrá que ser como los artistas, un creador».

El doctrinante «ecléctico» se complacía en decirle pegador de fichas y hormiga acarreadora de papeles a uno de sus colegas, y araña que todo lo saca de sí misma, al otro. Él aceptaba humildemente para sí el rol de abeja, no por lo ponzoñoso, sólo porque aspiraba a la costumbre apícola de recoger pacientemente los jugos de multitud de flores y transformarlos en miel. A éste, le oían decir sus alumnos: «En el quehacer histórico hay elementos subjetivos y objetivos. El pasado parcialmente se descubre y parcialmente se crea. No basta con reunir noticias acerca de lo acontecido; es necesario interpretar y dar forma a la investigación». Según él, las virtudes del historiador se resumían en dos palabras: paciencia e imaginación, paciencia para juntar ladrillos e imaginación para construir palacios. Nadie podía dispensarse de las arduas operaciones heurísticas, críticas y hermenéuticas, ni de la síntesis creadora. Comulgaba con Trevelyan: «El historiador tiene que poseer una serie de conocimientos complicados para reunir y depurar sus materiales, y una habilidad exquisita para presentarlos y hacerlos llegar al lector».

Los alumnos perplejos

En 1946, el Colmex se hospedaba en una casita neocolonial de la calle de Sevilla. Allí había sitio únicamente para la docena de estudiantes. Éstos podían oír a sus maestros en un aula, leer en un salón contiguo a la incipiente biblioteca y hacer sentadillas en un brevísimo jardín. No había lugar para discusiones estudiantiles fuera del aula y dentro del recinto académico. La discusión libre se hizo, sin compañeras, por la noche, en la calle, o si era día

de quincena, en la cantina o en el cabaret. En el Morán y en el Río Rosa, en medio del estrépito de la música, se procuró conciliar las opuestas opiniones de los tres maestros disputantes.

Uno de los compañeros creía en las definiciones del diccionario y combatió el derecho de usar con ligereza la palabra creación. Ésta remitía a una actividad que los filósofos medievales habían reservado para Dios. Él y sólo Él podía sacar cosas de la nada. Pero aun el devoto de *le mot juste* estuvo de acuerdo en que podía atribuírsele metafóricamente al término creación el sentido que le daban el vulgo y los artistas: el fruto del magín, aquello que no es deducible racionalmente de las premisas, lo que nos sacamos inesperadamente de las entrañas. Sin embargo, aquel compañero solicitó sustituir la palabra creación, que podría prestarse a equívocos, por el vocablo invención, opuesto a descubrimiento, equivalente a dar con una cosa nueva, con algo no existente antes de que se inventara, como suelen ser los productos de lo llamado, por los romanos, imaginación, y por los griegos, fantasía. Si el acto de descubrir era achacable al entendimiento, al juicioso entendimiento, el de inventar habría que adjudicárselo a la imaginación, la loca de la casa.

Así todo resultaba más claro. En la disputa magisterial, el primer maestro tomaba la defensa del juicioso; el segundo, el ataque, y el tercero, la comprensión. Por lo que mira a la loca, uno pedía su lanzamiento del hogar, el otro quería dejarle la administración del mismo, y el último la miraba como una pariente incómoda con la que había de apechugar. Eso a la hora de la discusión y en el mundo de las ideas. Los tres, a la hora de la verdad, se servían del juicioso y de la loca. El «positivista» demostraba, con la praxis de sus libros, el uso alternante de la imaginación y el cacumen. El idealista iba y venía entre los rigores del descubrimiento histórico y la orgía de la invención. En la práctica los tres eran eclécticos. En la obra sus diferencias eran minúsculas y de grado, que no mayores ni esenciales. En el taller, cada uno era tan riguroso como fantástico. Ninguno era pura cámara fotográfica o mero inventor de cuentos y novelas. Combinaban el ejercicio de la imaginación con el ejercicio de la observación. De otra manera no hubiesen sido miembros sobresalientes de la república de la historia, se les habría domiciliado en la república de las letras o en la república de las ciencias. Los científicos los proclamaban humanistas, y éstos, científicos, porque vivían en un mundo que aunaba lo mejor de los dos restantes. Eran más que nada descubridores, pero no podían menos que ser un poco inventores, imaginativos, fantasiosos o inspirados.

Aquellos maestros hacían historia, y de Herodoto al presente las figuras máximas de la historiografía han inventado en las tres etapas del quehacer histórico. En la etapa preparatoria, gracias al esfuerzo creador, se hacen preguntas e hipótesis, es decir, se inventan imágenes interinas del pasado. En la etapa de la búsqueda de testimonios y el análisis de ellos se usa del magín para llenar lagunas de información. Con la ayuda de la fantasía, tanto Miguel Ángel como los historiadores pueden sustituir, aquél el brazo mutilado de una estatua, y éstos el detalle perdido de un relato. Nadie se puede contener en el límite de la observación o el descubrimiento. Todo descubrimiento se vuelve parcialmente invento. ¡Si el hombre pudiera ver sin soplar al mismo tiempo! (es decir, sin alterar el objeto observado). Inevitablemente, según el decir de Dilthey, «todo instante pretérito, al ser fijado por la atención que congela lo fluido, resulta apreciablemente alterado», inventado. Y las alteraciones no paran aquí. En la etapa de síntesis la inventiva del historiador se suelta el pelo. Entonces se dan las ficciones externas e internas de que habla Alfonso Reyes. «En los historiadores clásicos muy a las claras, con más disimulo en los modernos, encontramos el recurso constante a las ficciones para representar lugares y personajes, con descripciones en que hay reflejos imaginados, y con retratos en que parece que presta su pluma el novelista». No sólo los poetas acuden a la alada inspiración para dar vida carnal y espiritual a los huesos de nuestros difuntos. La vitalización del pasado, quehacer deseable, no sería posible sin soltar la rienda a las virtudes de la imaginación creadora.

En ningún momento podemos contener el caudal del río que mana de nosotros. Variará el grosor del caudal y el uso que se haga de él. Algunos sólo manamos chisguetes; otros, mares. Unos creen que la historia debe captar fielmente lo histórico y cierran sus compuertas y obligan a sus aguas a salir por el derramadero. Los historiadores positivistas se arrancan algo de sí para transmitirlo a los demás cuando ya no les queda otro recurso. Son creadores a pesar suyo. Los idealistas se abren de par en par a toda hora, para bien y para mal. Los eclécticos viven habitualmente en sus cabales, pero no se resisten a los necesarios momentos de éxtasis, corren las compuertas cuando los terrones ardientes piden fecundación.

No en todas las épocas la fantasía histórica ha sido igualmente tolerada. Lo fue mucho por los antiguos y los románticos. Entre otras cosas, ponían discursos jamás pronunciados en boca de sus personajes. Aunque las palabras atribuidas a los grandotes debían ser «adecuadas a su carácter y a los

acontecimientos», al través de ellas podía lucir, según Luciano, la elocuencia del historiador. Los modernos disimulan los inventos de la ciencia histórica. Aceptan de mala gana que el pensar histórico, el cual no ha desaparecido aún del seno del pensar científico, tenga que echar mano de ficciones. Los modernos han maniatado a la imaginación mucho más que los antiguos.

Por último, no todas las escuelas de historia se muestran igualmente rudas con la inventiva. En la historia anticuaria, tan cara a los románticos, se hace perdurar al hombre y la cultura del pasado a fuerza de inyecciones de fantasía. La historia monumental o de bronce, auspiciada por el propósito de tomar ejemplo de seres humanos y acciones de otras épocas, embellece o desfigura el pasado con ficciones literarias. ¿Qué se ha hecho de Hidalgo, Juárez y Carranza y de las movidas de independencia, reforma y revolución? Con todo, la historia conmemorativa permite menos libertades a las locuras de Clío que la historia rememorativa. Más exigente aún es la historia crítica. Ésta, a cualquier costo, quiere ser ciencia respetable y no ceja en ocultar y amarrar a la loca de la casa. Pero lo consigue poco cuando se trata de prehistoria e historia antigua. Con la moderna le va mejor. Hay dificultades en los sectores cultural y político, pero el control de la loca es casi perfecto en el sector económico, el menos humano de los asuntos de la historia.

El rigor documental en la historia de México[*]

Los archivos de papeles viejos

son la tierra donde se da más rozagante la flor de Clío. A la mayoría de los profesionales de la historia no les fue concedida la visión directa de su objeto de estudio. Sólo pueden contemplar las acciones humanas del pasado al través de vestigios materiales, tradición oral y documentación. Los historiadores de la cultura helénica (Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Tito Livio, Tácito y Suetonio) confeccionaron sus obras principalmente con recuerdos personales y tradición oral. Los historiadores de la época moderna se asoman al pasado, la mayoría de las veces, con el concurso de vestigios materiales o monumentos y de obras escritas o documentos, y si pueden escoger entre unos y otros, prefieren el vehículo de la documentación al residual. El patriarca de los historiadores de hoy, Leopold von Ranke, dictaminó: «La historia comienza allí donde se nos ofrecen datos escritos que inspiren confianza». Algunos de los seguidores de Ranke agregaron: los documentos transmitidos en forma manuscrita son testimonios más confiables que los impresos. Se dice que la tierra óptima para el desarrollo y la producción de historias es la archival, no la de bibliotecas; la de repositorios de escrituras manuscritas, no la de almacenes de escrituras de molde.

En México no sucedió exactamente como en otras porciones del mundo occidental. En los siglos XVI y XVII se siguieron las pisadas de los clásicos, y a partir del siglo XVIII se procedió a la hechura de historias documentales pero muy poco alimentadas con material de archivo, y mucho de biblioteca. Apenas ayer, o para ponerle fecha, a partir del decreto presidencial sobre archivos del 14 de julio de 1980, o quizá desde 1977, cuando Alejandra Moreno Toscano asume la dirección del Archivo General de la Nación, los autores de historias de la vida mexicana prefirieron documentarse en las

bibliotecas y no en los archivos, por la simple y sencilla razón del acceso relativamente fácil a los depósitos de obras impresas y la dificultad de poder cosechar algo en los breñales donde se guardaban manuscritos. Si en el AGN en Lecumberri llega a disponerse de una galería de bustos o pinturas de los héroes de la archivonomía mexicana, seguramente se verá esculpida o pintada en ella la mencionada y algunos más. Nuestra archivística está en pleno arranque, o mejor dicho, en estruendoso arrancón.

La eficiencia de la red de archivos de apoyo para la investigación histórica comienza a ser realidad. Las colecciones documentales de un individuo o de una familia acceden cada vez más al común de los investigadores mediante su incorporación a institutos públicos.

También los archivos locales van que vuelan a un mayor uso y aprovechamiento. Ya son muy mimados los papeles parroquiales y municipales. En los tres últimos decenios, la Sociedad Genealógica de Utah ha microfotografiado registros civiles y parroquiales, padrones y registros de diversos institutos de México que ya forman unos cien mil rollos. Una colección de esos rollos se guarda en Salt Lake City; otra, en la Academia Mexicana de Genealogía y Heráldica, y una tercera se reparte entre las 1355 parroquias, las 757 municipalidades y demás instituciones microfotografiadas. Al programa de la bienhechora sociedad de Utah se agrega el del Registro Nacional de Archivos del AGN. Éste, según Stella María González Cicero, parte de dos cuestionarios: uno lo aplica a los archivos de los ayuntamientos y el otro al de las parroquias, y así obtiene información sobre el estado material de esos repositorios y los documentos allí conservados. En ocasiones se pasa de la simple tarea de registro a la de ordenamiento y catalogación. Si se hacen catálogos, uno se le da al archivo local, otro al estatal, y el tercero al AGN. Para mayor información, consúltese la ponencia de Stella González, presentada en Chicago en el VI Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos.

En los fondos que se agrupan en la categoría de «archivos de región», como los diocesanos, los de los poderes judicial, legislativo y ejecutivo de las 32 entidades federativas, los de las órdenes religiosas, los de notarios y algunos más, hicieron labores de microfilmación, desde los años cincuenta, los mormones de Utah y tres ilustres peregrinos microfilmadores de papeles de provincia (don Antonio Pompa, don Wigberto Jiménez y don Pepe Miranda), aunque nunca en tan gran medida como ahora. Los tres seleccionaron y microfilmaron una mínima parte de la inmensidad de documentos provincianos que permanecían en la república y que no habían

caído aún en poder de ladrones o de fabricantes de cartón o de abarroteros, pero ni el trío de Pompa, Jiménez y Miranda, ni la Sociedad Genealógica de Utah se propusieron la elaboración de guías ni el inventario de las series regionales. Esto lo está haciendo el AGN con su propio acervo y los diocesanos, algunos de ellos accesibles, como el de Guadalajara, gracias al padre López, y otros siempre escondidos, como los de Zamora y Morelia, salvo la porción expropiada a éste y conocida con el nombre de Archivo de la Casa de Morelos.

Baste de referencia el avance fenomenal del sistema de archivos de México, sin duda ya muy conocido por los archiveros. Ya es hora de referirse a la utilidad de los archivos históricos mexicanos en la elaboración de textos o discursos de índole histórica. Aquí doblo esquina y voy directamente a mi asunto hasta donde mis muy limitadas vividuras me lo permiten. Aunque no soy maestro de ninguno de los escalones del saber histórico por haber andado de aprendiz de todos, quizá pueda decir algo sobre la utilización de archivos que hacen o pueden hacer cada una de las especies historiográficas en México, pues no todas consumen la misma cantidad y calidad de sopa de archivo. Hay mamotretos históricos que se denominan

memorias documentadas,

relaciones de méritos y servicios, informes de toda clase de gerentes, autobiografías y automoribundías. Para reunir las anécdotas de las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, de los relatos autobiográficos de los conquistadores de México y especialmente de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, casi no se acudió a otro expediente fuera del recuerdo personal, pero no por no haberlo requerido las probanzas de méritos de los soldados de la conquista, sino únicamente por la escasez de atestiguaciones debidamente archivadas. Las tres revoluciones (la de curas y abogados o de independencia, la de puros abogados o de reforma y la reciente de abogados y profesores) han permitido la cosecha de una muy digerible literatura memorialista. Bustamante, Zavala, Mora y Alamán se sirvieron básicamente de su retentiva en la confección de sus libros cumbres sobre la independencia de la nacionalidad mexicana, pero los cuatro evangelistas de ese amanecer refrescaron su recordación en archivos particulares. No muy distinta fue la conducta de los memoriosos de la reforma (Juárez de *Los apuntes*, Iglesias de las *Revistas históricas*, Prieto de los *Viajes*, Márquez de los *Manifiestos*) y de los recordadores de la revolución:

Vasconcelos, Aguirre, Pani, Reyes, Suárez, Barragán y muchos otros. Juan Barragán, en su *Historia de la revolución y el ejército constitucionalista*, amalgama el recuerdo con papeles de su propio arsenal.

Si alguien registra por escrito sus memorias es muy probable que las aderece con memorias ajenas y documentos para inspirar confianza y conseguir un número mayor de lectores. Así lo hacen normalmente los cronistas de la evangelización de la Nueva España: Motolinía, las Casas, Durán, Dávila, Acosta, Muñoz, Ramírez, La Rea, etc. Todos ellos combinan recuerdos personales y relatos de otros con documentación manuscrita guardada en los casi únicos archivos de entonces, en las alacenas de los conventos. Todos los memoriales de la evangelización se apoyan en recuerdos y en papeles propios y ajenos.

Los informes que rinde el director de una empresa a la asamblea de socios, los informes presidenciales, el autoelogio de su vida escrito por zutano, las crónicas que describen anécdotas de amigos y conocidos, son modos elementales de hacer historia a donde deben acudir, en calidad de testigos, multitud de papeles. A las noticias del recuerdo propio deben añadirse rumores de los demás, generalmente escritos, para que los demás las crean. Según Santayana, «sólo cuando la memoria se expresa y es corroborada por otra memoria en el campo común de la expresión, se eleva en dignidad y se acerca al conocimiento científico». La literatura autobiográfica necesita de pruebas, y tales probanzas son muy bien recibidas si provienen de archivos familiares, o de la parroquia o de la región o del país, según el copete del autobiografiado y según las posibilidades de consulta ofrecidas por los diversos archivos.

Sin embargo, no suelen ser los artífices de informes, memorias y sobre todo de autobiografías, autoalabanzas y autodefensas, los mejores y más urgidos usuarios de fondos documentales. Los memorialistas sólo usan de ellos de modo secundario, para ensanchar y hacer creíbles sus remembranzas. No debe esperarse que los autobiógrafos brinquen de gusto cuando se enteren de la accesibilidad a otros muchos acopios de manuscritos en el Sistema Nacional de Archivos. La reorganización de los archivos mexicanos favorece mucho más a los demás modelos de historia, sobre todo a la antítesis de la autobiográfica, a la conocida por los nombres de

historia erudita, *documental*,

de polilla, anticuaría, de museo, piadosa, de tijeras y engrudo. A los practicantes de la segunda especie histórica he oído decirles de muy diversos modos: ratas de archivo y biblioteca, émulos de la polilla, historiadores-hormiga, historiadores-oruga y, en el mejor de los casos, eruditos. En este grado del discurso histórico se agrupan desde meras compilaciones documentales hasta historias tejidas con sólo citas que según don Arturo Arnáiz y Freg son simple traspapeleo de la tumba de los archivos a la tumba de las bibliotecas. Edmundo O'Gorman las llama historias del «se dice». Es un modo de historiar cuya regla de oro es la siguiente: el historiador ha de hundirse o desaparecer delante del documento. El que se esfume o borre mejor destacará en este segundo piso de la pirámide histórica. Se trata de una modalidad del género histórico muy ligada a la filosofía del positivismo, pero sin duda anterior a éste. En México se vienen publicando documentos íntegros o en pedacería desde la época colonial, pero de manera abundante y entusiasta desde un porfiriato lleno de positivistas. Ahora que el positivismo ha vuelto a levantar cabeza y que los archivos se vuelven acogedores, la hechura de historias documentales agarra un segundo y vigoroso aire.

La historia erudita tenía un siglo de estar interesada en el descubrimiento de nuevos y extraños papeles y en la publicación de material archivístico, aunque nunca puso el suficiente interés en la guarda y el arreglo de los archivos, con excepción de las colecciones particulares de los propios eruditos. El porfiriato vio surgir un número grande de colecciones privadas que dieron la materia prima de muchos libros de erudición. De estantes privados salieron obras de tan alta valía como la *Colección de documentos para la historia de México*, de don Joaquín García Icazbalceta. Como los archivos públicos del país eran la viva imagen del desbarajuste, los idólatras del documento se hacían sus propias capillas documentales, en algunas ocasiones con piezas extraídas de la documentación pública, y en otras, con copias extraídas de archivos extranjeros, como fue el caso de Icazbalceta.

Otro terreno antes poco frecuentado por los eruditos es el de los papeles de parroquias, conventos y oficinas municipales, algunas veces con el propósito de publicar en revistas de erudición documentos sueltos, introducidos y anotados, y otras para extraer efemérides de las actas de cabildo que en las ciudades mayores se han publicado íntegramente. A medida que se abren y acondicionan los archivos locales, la erudición se da gusto con la hechura de guías, índices y compilaciones de textos. Así lo demuestran publicaciones tan pulcras como el *Boletín del Archivo Histórico* de León, Guanajuato. Y seguramente cuando estén en la etapa final las

labores de salvación y rescate de los testimonios escritos de la vida municipal se tendrá una copiosa producción de actas de cabildo impresas, de collages microhistóricos, de efemérides municipales y de cuadros estadísticos.

Corre la fama de que los historiadores-oruga son la peor enfermedad de los archivos regionales. Los aman a tal punto que se apoderan de ellos e impiden su utilización a los demás historiadores. Abundan los enamorados celosos de acervos civiles y eclesiásticos. Algunos se parecen al perro del hortelano que ni come ni deja comer al amo. Otros son egoístas fecundos: publican documentos. Sin embargo, aumentan día a día las orugas resignadas a compartir su hoja. Es de esperarse que la acción reorganizadora del AGN en archivos diocesanos y estatales permita un usufructo equitativo de la riqueza archivística regional. Si todos llegan a ser tan serviciales como el Archivo de la Casa de Morelos o el manejado por Carmen Castañeda en Guadalajara, el regocijo de los historiadores-oruga no tendrá límites. La abundancia de sopa de archivo provincial ayudará a la disminución de monopolios.

Hasta hoy los mayores frutos de la historia documental mexicana se han originado por el uso amoroso de los archivos nacionales: el AGN, los de Relaciones Exteriores, Defensa, Salubridad, Reforma Agraria, Agricultura y el español de Indias. De las múltiples obras hechas en tales archivos podría hacerse una vasta bibliografía. Sirvan de ejemplos los *Papeles* y el *Epistolario de la Nueva España* de Francisco del Paso y Troncoso, las dos series documentales publicadas por Genaro García, el *Archivo Histórico Diplomático* de la Secretaría de Relaciones Exteriores, las *Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España* de Silvio Zavala, la *Historia documental de México* que hicimos algunos profesores del Colmex y la UNAM y varias compilaciones de don Luis Chávez Orozco.

Los archivos mexicanos hacen posible la producción de gigantescas obras eruditas, no por ignoradas por el público general, ni por chocantes para el lector común y corriente, menos útiles y valiosas para los siguientes escalones del discurso histórico. Si contemplamos la conciencia histórica como un proceso dialéctico, la tesis la constituyen los libros de recuerdos; la antítesis, las compilaciones, y la síntesis, la

historia narrativa cultivada en tierra de archivo,

como suele ser la buena narración de sucesos, hechura de historiadores-abeja, también denominados historiadores-mariposa por sus malquerientes. En el tercer piso de la pirámide del saber histórico, conviven desde narraciones muy

apegadas a los documentos hasta novelas históricas. Aquí se reúnen novelistas como Martín Luis Guzmán, Agustín Yáñez y Mariano Azuela; historiadores del tipo de Daniel Cosío Villegas, José Fuentes Mares y Héctor Aguilar Camín; microhistoriadores de la cuerda de Alfonso de Alba, Claudio Dabdoub e Israel Cavazos, y biógrafos a lo Fernando Benítez, José Joaquín Blanco y Enrique Krauze. Aquí el historiador, en vez de sólo ponerse a oír los documentos, se pone a dialogar con ellos. El narrador es, según Igor Sevcenko, como «una mariposa de atractivos colores que aletea fugazmente sobre un jardín», al revés del documentalista, semejante a un gusano prendido a su hoja de repollo. También distingue al historiador-abeja o mariposa su capacidad para sacudirse el polvo de los archivos, que no los papeles de éstos.

Muchas de las coloridas descripciones del historiador-mariposa no existirían sin las pesadas retahílas documentales del historiador-gusano. Sin erudición previa no es concebible una grata narración histórica. No se puede ser un hábil artífice de cuentos históricos sólo a fuerza de pulir frases. Los Riva Palacio también necesitan de la investigación en archivos y bibliotecas, aunque no investiguen ellos personalmente. Muchos acostumbran documentarse en las publicaciones de los eruditos; utilizan los acervos archivísticos indirectamente; se nutren de sopa de archivo, pero de sopa extraída de una lata, de un botecito, no del cazo común, de la gran olla. Otros acuden no sólo a las compilaciones y las monografías de los eruditos, sino también a las fuentes documentales de toda laya. Esto es muy común en microhistoriadores. Si se permite hablar de la experiencia propia, diré que para la hechura de *Pueblo en vilo*, la microhistoria de San José de Gracia, bebí amplia y directamente en los papeles de mi familia, o mejor dicho, en media docena de archivos familiares. Hice pesquisas en los cuadernos de cuentas de un hombre de rancho como don José Dolores Pulido, en los papeles de varia índole acumulados por mi madre, en la numerosa documentación reunida por mi tía Rosa González Cárdenas y en otros archivos domésticos.

Algunas marcas de la historia narrativa no se interesan en la exploración de archivos locales, pero la microhistoria sí acude a esos fondos. En tiempos de Torres Manzo, se publicó una serie de monografías sobre algunos municipios de Michoacán. La mayor parte de esas obras, hechas con espíritu de narrador, se documentan en archivos de la comunidad. Las de *Uruapan* y *Yurécuaro*, de Francisco Miranda, se fundan en los archivos parroquiales de sendas poblaciones. En el caso de *Tlalpujahua*, monografía de Carlos Herrejón, se exploró, hasta donde se pudo, en cuatro o cinco archivos del

municipio: el parroquial, el municipal, el de dos tenencias y el de la Cofradía de Ánimas del Purgatorio. Por lo que toca a tres de mis narraciones microhistóricas, exploré, hasta donde el desorden me lo permitió, los archivos municipales de Sahuayo, Zamora y San José de Gracia. Los archivos parroquiales resultaron a la postre la principal fuente escrita de la historia de San José. Para un periodo, me serví del archivo de Sahuayo, para otro, de los registros parroquiales de Cojumatlán, y de 1888 hasta ahora, obtuve excelentes datos de asientos de bautismos, matrimonios y defunciones del fondo parroquial de San José de Gracia.

La construcción de mis historias matrias o microhistorias ha requerido sillares extraídos —mediante copia, no robo— de toda la escala archivística de México. Para *Zamora* casi no pude utilizar el desorganizado acervo del municipio, pero la reorganización emprendida por el AGN y Álvaro Ochoa me permitirán su uso cuando prepare una nueva edición. En el caso de Zamora, me serví a mis anchas del ACM, de los papeles del antiguo obispado de Michoacán que también me fue provechoso en la hechura del libro de *Sahuayo*. En ambas obras hice amplio uso de los censos pascuales, de los informes de curas a sus obispos y de las cuentas del diezmo. Los tres testimonios los manejé con exceso de credulidad. De los diezmatorios obtuve las curvas de alzas y bajas de la producción agrícola y las labores del campo en tiempos virreinales y de la aurora de la república.

Es frecuente en los historiadores narrativos el uso indirecto del material aportado por fondos archívales. Para mi *Zamora* me aproveché de dos excelentes recopilaciones diplomáticas de don Arturo Rodríguez Zetina, formadas en un alto porcentaje con documentos copiados en el AGN. En el repositorio máximo hay escrituras para todos los gustos. Un notable cuentero de cosas idas, mi doble tocayo Luis González Obregón, quizá por dirigirlo, obtuvo información del AGN para sus deliciosos trabajos de tema colonial. Al quedar libre de telarañas, el mejor archivo de la América hispánica se llenará, sin duda, de alegres y moliciosos historiadores-mariposa.

Aunque en menor dosis que la historia documental, típica flor de archivo, la historia-caramelo o narrativa requiere tierra archival, máxime si el asunto es microhistórico. Como la microhistoria se ocupa del pueblo raso, y los individuos de éste producen muy pocas huellas escritas, y sólo en seis o siete momentos de su existencia (bautizo, confirmación, compra de solar y casa, matrimonio, padrinazgo y muerte), y tales huellas se guardan en los archivos de los notarios del municipio y de la parroquia, el microhistoriador, quiéralo o no, debe acudir, por lo menos, a los archivos locales. En cambio, la

historia didáctica,

que otros denominan pragmático-ética, adoctrinante, de bronce, *magister vitae*, reverencial, panegírica o lambiscona, puede pasársela sin experiencia de archivos aunque no sin obras de oriundez archivística. Esta especie del género histórico recupera valores del pasado para venderlos a los hombres del presente; se especializa en la resurrección de gloriosos ejemplos que emular; «busca en adultos de otras épocas la lección para los menores de hoy»; pretende dotarnos de un proyecto para toda la vida al través de un repertorio de *exempla* distraídos de personajes y hechos hazañosos. «En otros tiempos se le utilizó en la industria hacedora de santos; hoy se usa mucho más en la industria encargada de hacer héroes nacionales sumisos». En la época colonial fue una fiel servidora de las metas eclesiásticas. En la época independiente le hace el juego al gobierno civil en turno. Gusta de hacer biografías de santos, héroes, próceres y gobernantes. Gusta de la descripción de los momentos estelares de la patria y de la matria. Practica también el culto a los orígenes.

No es insólita la visita de los hagiógrafos y de los biógrafos de figuras prominentes al archivo particular del santo o del personaje al que se proponen exhibir en su aspecto virtuoso. Algunas biografías encomiásticas han sido hechas, en su mayor parte, con el material reunido en vida por el biografiado para contribuir a su glorificación *post mortem*. Pero las historias patrias que nos infunden en la escuela nunca conocieron colecciones particulares ni de ninguna otra especie. El biógrafo de santos, genocidas o presidentes suele acudir a un archivo parroquial para copiar los asientos de bautizo en todos los casos, y de matrimonio, si el personaje en cuestión no es de la serie de los justos. Quienes escriben microhistorias matrióticas rara vez se toman la molestia de hurgar en los montones de papeles viejos metidos en tapancos, letrinas y cosas por el estilo. Prefieren espigar las alabanzas y las bellas frases para su terruño en la obra de algún microhistoriador-mariposa, y si no dan con ninguno, dotan a su patria chica de una falsa y dulce fundación y de héroes y heroínas inexistentes y ejemplares, pero tal vez sea ésta una de las costumbres que aniquile la reforma de los archivos de pueblos y villas.

Muy rara vez la historia de bronce frecuenta los archivos de un estado o una región de México. Quizá eso explique el abandono en que los jerarcas eclesiásticos y los gobernadores, los curas y los presidentes municipales han tenido los documentos de sus respectivas zonas de influencia. Sin embargo, si los profesores normalistas que suelen escribir vidas de héroes fueran menos rolleros, proclives al plagio y grillos, podrían incursionar con provecho en los archivos generales de los estados aunque nunca con tanta suerte como en los

archivos de la nación. Los cultores de la historia edificante generalmente escogen para la edificación de los corazones infantiles figuras y proezas de talla nacional que los archivos nacionales pueden aducir, aunque hasta ahora suelen aducirlos los autoelogios de los gargantones, las memorias de los generales, los documentos publicados por las hormigas a propósito de algún aniversario ilustre y las historias de placer. Como quiera, habría que recomendarles a los historiadores en busca de virtudes, tanto a los del bando liberal como a los del conservador, lo mismo a los indigenistas que a los hispanistas, la frecuentación de los archivos General, de la Defensa y de Relaciones. Basta con que cierren los ojos a las acciones sucias de sus santos y héroes para no perder la fe en sus virtudes y hacer bellas esculturas de ellos. Gracias a la reorganización alejandrina del AGN son ya muy accesibles los fondos Obregón, Portes, Rodríguez, Cárdenas, Alemán, Ávila, Ortiz, Ruiz, Calles y Madero, del repositorio máximo de la nación mexicana.

No obstante la agresividad y la relativa abundancia de los historiadores de la especie pragmático-ética o didáctica, a pesar del tiroteo constante entre hispanistas e indigenistas y pese a las coces propinadas por algunos de ellos contra quienes se niegan a enfangarse en su mundillo de filias y fobias, la última especie del género histórico que vamos a considerar, la

historia académica,

sigue abriéndose paso en diversos sectores sociales. Nos referimos a la historia que denomino genética y otros prefieren llamar científica, de gabinete o profesional. Como los historiadores pragmáticos, los de profesión se agrupan en dos bandos irreconciliables. En el nivel académico los grupos en discordia se llaman idealistas y materialistas. Ambos dan mucha importancia a las relaciones entre unos hechos y otros; aquéllos desde una postura ideográfica, y éstos, nomotética. Los materialistas parecen estar convencidos de que sólo deben recuperarse las acciones humanas del pasado que permitan la determinación de leyes generales de la vida histórica.

Por regla general, los historiadores científicos construyen sus historias con marcos teóricos y documentos, y cada vez más con la documentación menuda de los archivos privados y locales. La obra clásica de François Chevalier sobre *La formación de los grandes latifundios en México* se edificó en gran parte con manuscritos procedentes del archivo de la familia Rincón Gallardo. Jean Meyer, en la elaboración de su célebre lienzo sobre *La cristiada*, utilizó noticias recogidas en humildísimos archivos domésticos. De unos años a esta

parte, para hacer historia económica, se acude a los archivos patronales de haciendas. Así procedió Jan Bazant para reconstruir la vida de *Cinco haciendas mexicanas*. Así lo hace cada vez más un número creciente de historiadores científicos.

El matrimonio Florescano encaminó a muchos por los senderos de una historia demográfica hasta entonces ejercida silenciosamente por Borah y Cook. Se han publicado minuciosos recuentos del volumen, la estructura y el movimiento de la población en algunas zonas de la Nueva España cuya tierra nutricia fueron viejos papeles parroquiales. Un libro muy bien logrado de esta estirpe es el de Claude Morin: *Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII*. Este autor demostró, en un artículo en *Historia Mexicana*, la gran riqueza de «los libros parroquiales como fuente para la historia demográfica y social» del mundo novohispano. Cualquier labor que se haga para dar a conocer los registros de las parroquias redundará en beneficio no sólo de la cuenta de la población en distintas etapas del caminar histórico de México sino también de las ideas, del modo de pensar de la gente del común. ¿Acaso no indican tendencias ideológicas los nombres puestos a las criaturas a la hora de bautizarlas? Aún no se explotan suficientemente los libros de cofradías, las recomendaciones de los obispos a propósito de las visitas pastorales y otras series del repertorio parroquial. La documentación de los municipios, hasta ahora poco utilizada por la historia científica, quizá sea, en breve, uno de los abrevaderos más concurridos.

Rodolfo Pastor, en *Campesinos y reformas. La Mixteca. 1748-1856*, es un ejemplo de hasta dónde se le puede extraer el jugo a las colecciones de diezmos de la diócesis de Oaxaca. Para reconstruir la economía en los tiempos preestadísticos, la documentación diezmatoria es un buen recurso aun tenidos en cuenta los «peros» señalados por Héctor Lindo Fuentes y esta parrafada de Claude Morin: «No se conocerá jamás el valor absoluto de los ingresos globales de la agricultura, de los cuales la recaudación del diezmo en dinero representa una imagen reducida». Con todo, se puede captar al través de esta documentación el movimiento de las tendencias. Sin duda, Rodolfo Pastor hubiera dado con muy buena cantera en los repertorios oficiales para la obra histórico-científica que se propuso, pero «el lamentable estado del Archivo Histórico del Estado de Oaxaca impidió su pleno aprovechamiento».

A la vista de obras tan bien logradas en el campo de la historia académica, como *El tributo indígena*, de José Miranda; *El amparo colonial*, de Andrés Lira; *Medicina y magia*, de Gonzalo Aguirre Beltrán; *El septentrión de Nueva España*, de María del Carmen Velázquez; *Ciencia y religión*, de Elías

Trabulse; las *Instituciones jurídicas de la conquista,* de Silvio Zavala; *Origen y desarrollo de los problemas agrarios de México,* de Enrique Florescano; *Los libros del conquistador,* de Irving A. Leonard; *Dos etapas ideológicas,* de Monelisa Pérez Marchand; *La Constitución de Apatzingán,* de Ernesto de la Torre; la *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos,* de Carlos Bosch García; la *Anatomía del poder de México,* de Moisés González Navarro; *La revolución intervenida,* de Berta Ulloa; *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero,* de Lorenzo Meyer, se debe reconocer la fertilidad de nuestros archivos históricos nacionales, y en primerísimo sitio, la del AGN.

Para concluir, como dicen los oradores que prolongan sus peroratas más de la cuenta, me gustaría recordar lo dicho por Marrou: «La historia se hace con documentos, lo mismo que el motor de explosión se pone en marcha con gasolina». Las posibilidades de hacer historia están en relación directa con la riqueza documental. Ir a los archivos es una ley del trabajo histórico. Como México posee ricos yacimientos documentales tiene andada la mitad del camino para conseguir una abundante producción histórica, máxime si sigue a la localización de sus archivos una nómina de todos y un inventario de cada uno. Sin embargo, no basta la riqueza de combustible documental para obtener una copiosa y fina producción de libros históricos. Tanto o más importante que la materia prima de los documentos son los motores que puedan ponerla en acción.

En la tarea histórica, esos motores se llaman preguntas hechas a los documentos. Sin interrogatorio inteligente no hay documentación que valga. Sin buenas colecciones documentales, las preguntas sobran. Los combustibles no documentales para el conocimiento del pasado son muy inferiores a la documentación. Ningún museo ni sitio arqueológico puede presumir de ser un yacimiento de energía cognocitiva superior a bibliotecas y archivos. Sobre todo en éstos se encuentra el máximo carburante de una alegre y pintoresca variedad de historias.

El regreso de la crónica[*]

La crónica

que hoy consume con gula la curiosidad femenina, tan frecuentemente necesitada de noticias sobre bodas de ricos y poderosos y otros actos públicos o secretos de la sociedad chic, no será el asunto de mi propuesta en este encuentro de historiadores y cronistas. Yo me propongo tratar de la madre de esa especie menor que llena las columnas de la mayor parte de los diarios y todas las páginas de varias revistas tipo *Hola*. No me referiré al siempre atractivo reportaje social de los periódicos, que sí a la narración que algunos encuentran anticuaría y sin chiste. Quiero hacer el elogio de un género recién rehabilitado por la cirugía plástica, que es el más viejo de los géneros históricos: la crónica mayor, también llamada historia narrativa.

La familia de Clío reconoce hoy seis especies, esto es, la ya dicha, la vetusta historia edificante, la historia-ciencia, la historiometría, la historiología y la historia novelada. A la mayor de la familia le vamos a dedicar media hora de güiri-güiri, pero a las cinco hermanas no más de ocho minutos. La historia edificante es bien conocida por los condenados a las aulas, por los millones de alumnos esculpidos en la primaria, la secundaria, la preparatoria y la profesional. La narración edificante, o de bronce o pragmático-ética, suele ser nauseabunda, pero la guía un propósito noble: el dar tips de buen comportamiento a la posteridad. Juzga y enseña el pasado en beneficio del presente y el futuro. Proponiendo modos de ser de otras épocas quiere mejorar la vida en marcha y por venir. Con la exhibición de vidas ejemplares de santos, héroes y próceres procura hacer hombres justos, patriotas y adalides del progreso. La mayoría de las veces evoca a los padres con fines reaccionarios, pero en algunas ocasiones trae el pasado a colación

para que se le abomine. Nos propone el culto a Cuauhtémoc y el odio a Cortés.

La historia más practicada por los académicos de hoy tiende a rehuir tanto la narración escueta como las máximas y ejemplos que nos sirvan de normas para conducirnos en diversas circunstancias de la vida. Sus practicantes dicen con orgullo: ni coleccionamos hechos escuetos ni enseñamos buenas conductas. La historia-ciencia, la historia universitaria, construye conjuntos que nos permiten entender las mudanzas del hombre y de la naturaleza. La historia que primero se dijo científica pertenece a la república de las ciencias, no de las humanidades como las historias narrativa y edificante. A los científicos les atraen poco los datos y se esfuerzan mucho en dar explicaciones, o por lo menos hacen esbozos de explicación. Estos historiadores, en vez de preguntarse, como todo hijo de vecino, sobre los acontecimientos, se preguntan sobre las causas que los provocaron. Hasta 1965 la cultihistoria se consideró la reina de los géneros históricos, la única que iba del brazo y por la calle con la ciencia, la menos agraciada y la más seria de la familia hasta el arribo de los historiómetras.

La historiometría o historia cuantitativa llegó con pretensiones de ciencia que superaban con mucho a las historias de positivistas y hermenéuticos, de discípulos de Ranke, de Dilthey o de Weber. El más desangelado de los géneros históricos es sin duda el más merecedor del membrete de científico. Emplea como aguja de uso los modelos matemáticos. Está enamorado de un tipo de fuente poco usado por los demás historiadores. Según François Furet,

> el término historia cuantitativa designa igualmente, por lo menos en Francia, la ambición y los trabajos de ciertos historiadores economicistas; se trata de hacer de la historia una economía retrospectiva, o sea, de rellenar, en los siglos anteriores a los nuestros, y sobre el modelo de nuestras contabilidades nacionales de ahora, las columnas de un cuadro imaginario de *input-output*. Los historiadores de este género abogan en favor de la cuantificación total y sistemática.

Como quiera, el tratamiento matemático de las acciones humanas de otras épocas sólo ayuda a entrever dos aspectos del complejísimo hombre: el económico y demográfico. Desde los tiempos de San Agustín, desde hace quince siglos, asoman su cabezota los historiólogos que descaradamente ofrecen una explicación del conjunto de lo acontecido y por acontecer. Aunque según Paul Veyne la «filosofía de la historia es un género muerto», la verdad es que sobrevive en algunos agitadores profesionales y en numerosos profesionistas universitarios. Quizá ya nadie tome en serio las viejas teologías de la historia y las fórmulas explicativas de Spengler y Toynbee, pero todavía hay creyentes del materialismo histórico, devotos entusiastas de Marx, Engels

y Gramsci. El derrumbe del muro de Berlín y otros síntomas del fracaso del socialismo ¿han puesto fuera del ring a los camaradas marxistas? Quizá tengan menos lectores que ayer, pero aún tienen muchos correligionarios.

La literatura fantástica a la que algunos reducen las filosofías de la historia está a punto de ser suplida por la novela histórica. Algunos historiadores educados para ser científicos o cuantitativistas se han vuelto amantes de la ficción en historia. Se ha dado en suponer que las acciones corruptas y secretas de la actividad política y de la vida privada, que rara vez se prueban documentalmente, sólo se pueden decir con subterfugios novelescos, únicamente cabe historiarlas poniéndoles nombres ficticios a los actores, haciéndolos dialogar e imaginando ideas, actitudes y conductas de las que no se tienen pruebas escritas, testimonios firmes, fotos y audios, que sí altas probabilidades de corresponder al pensamiento y a la acción de los protagonistas de carne y hueso. La historia novelada y la novela histórica se hacen y consumen en forma creciente. Novelistas históricos como Héctor Aguilar Camín compiten en la feria actual de la historiografía y en los dominios de la literatura con

los cronistas,

que ya tienen cuatrocientos cincuenta años de éxito en tierras mexicanas. Los albañiles del México que comenzó a edificarse hacia 1520, los caballeros de las primeras incursiones de conquista en lo que es hoy el territorio mexicano, registran por escrito las caballerescas hazañas en que actuaron, producen dos tipos de crónicas, las «cartas de relación» y las «relaciones de méritos y servicios». En el primer grupo se destaca el genial conquistador Hernán Cortés, y en el segundo, el sabroso cronista Bernal Díaz del Castillo. Tanto las «cartas» como las «relaciones» son una inteligente mezcla de crónica de sucesos, pintura de paisajes, informe militar y solicitud de puestos públicos. Simultáneamente a los cronistas espontáneos surgen los oficiales, entre los que aún leemos con gusto a Pedro Mártir, Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco López de Gomara y Francisco Cervantes de Salazar. Con igual y aún mayor cariño e interés acudimos a la lectura de los cronistas misioneros que además de crónica a secas hacen narración edificante y en muchos casos sientan los cimientos de la historia culta de hoy.

En el primer siglo de México hubo numerosos y notables cronistas franciscanos, dominicos, agustinos y jesuítas. Como se sabe, son figuras de primer orden Francisco Ximénez, relator de las andanzas apostólicas de fray

Martín de Valencia; Toribio de Motolinía, del que Edmundo O'Gorman acaba de publicar *El libro perdido*; Jerónimo de Mendieta, el autor de la *Historia eclesiástica indiana*, y Juan de Torquemada, que fue mucho más allá de la crónica. Fue cronista dominico el acicalado Agustín Dávila Padilla, responsable de la *Fundación y discurso de la provincia de Santiago de México*. De hecho, todos los operarios de la evangelización dieron a conocer su labor transculturadora entre los antiguos habitantes de Mesoamérica en libros gordos, en cronicones que, en gracia a la brevedad, omito.

La escuela misionera empuja a los cronistas indios. Algunos compilan y vierten en el alfabeto latino y en lengua náhuatl o maya sus antiguas crónicas. Otros reinterpretan sus recuerdos a la luz de la enseñanza de los frailes. Unos narran los orígenes de algunos estados indígenas, como la *Historia tolteca-chichimeca*; otros refieren el desarrollo de los señoríos prehispánicos de Mesoamérica, como los *Anales de Cuauhtitlán* o los de *Tlatelolco* o las crónicas de Chimalpain, Pomar, Muñoz, Alvarado Tezozómoc o algunos libros del Chilam Balam. Tres o cuatro cronican el acontecimiento de la llegada dominadora de los españoles. Así los *Anales de la nación mexicana* que refieren el ocaso de Tenochtitlán, y la crónica de Ah-Nakuk-Pech sobre la conquista de Yucatán. Tampoco falta el gran historiador que escribe la *Historia chichimeca* y responde al apelativo de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl.

En los dos últimos siglos de la era novohispana, los hombres de hábitos religiosos producen abundantes biografías de santos y de frailes justos, historias de apariciones de difuntos y de prácticas milagrosas de vírgenes y otros miembros del santoral, pero también las crónicas puntuales de cada una de las órdenes y de cada una de sus provincias. Por ejemplo, fray Agustín de Vetancourt compuso el cronicón de la provincia franciscana del Santo Evangelio de México; los frailes Alonso de la Rea e Isidro Félix de Espinosa hicieron sendas relaciones de los franciscanos de Michoacán, así como Tello, Ornelas y Torres las correspondientes a Jalisco, Arlegui a Zacatecas y Bernardo de Lizana y Diego López de Cogalludo a la franciscanía de Yucatán. Por razones de tiempo omitimos la mención de las crónicas de dominicos, de seguidores de San Agustín o de San Ignacio, de los carmelitas, los dieguinos y los mercedarios. Los cronistas de la época barroca escribieron tan de noche, con tanta oscuridad como la acostumbrada hoy por los científicos sociales, pero más de alguno fue espléndido, luminoso, legible para la mayoría de los lectores.

En el siglo de las luces, los frailes siguen produciendo crónicas difíciles de su poco atractiva existencia conventual, pero algunos laicos emprenden la crónica de ciudades. Sirvan de botón de muestra la *Descripción breve de Zacatecas*, de José Rivera Bernárdez, la *Historia civil y política de México*, del padre Andrés Cavo, y el libro sobre Puebla de los Angeles, de Echeverría y Veytia. Se supone que los cuatro evangelistas de la revolución de independencia (Lucas Alamán, Carlos María de Bustamante, José María Luis Mora y Lorenzo de Zavala) fueron algo más que simples narradores de las luchas contra España, pero sin duda se mantuvieron de algún modo y a lo magnífico en la tradición de la historia narrativa.

En el siglo pasado los autores de relatos históricos se alian con el naciente periodismo que no admite textos largos ni enredosos ni se interesa en antiguallas. En las columnas de los periódicos se entrenan algunos narradores que todavía leemos con gusto: Manuel Payno, Guillermo Prieto, José María Roa Barcena, Ignacio Manuel Altamirano, Luis González Obregón, Ángel de Campo, Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, los primeros cronistas policiacos y los iniciadores de la crónica cultural. Con el advenimiento del conjunto de revueltas que poco después asume el membrete de revolución mexicana, se multiplica el número de los reporteros y los cronistas de la chamusca imperante en distintos puntos de México, que no sólo en el norte. Enriquecen la crónica del prolongado genocidio algunos periodistas extranjeros como John Reed, y hacen relaciones estupendas del México en llamas dos actores de brillante inteligencia (Martín Luis Guzmán y José Vasconcelos), y croniquillas vanidosas, varios jefes militares y civiles.

Pasado el periodo destructivo de la revolución, en el decenio de los treinta, Salvador Novo revoluciona el contenido y el lenguaje de la vieja crónica. Primero en revistas y en seguida en compilaciones librescas narra, con fino humor, los acontecimientos de índole social y de alta política en tres presidenciados. Novo se mantendrá en la cúspide de la fama, más que por haber sido cronista oficial de la metrópoli, por los volúmenes dedicados a la vida en México en los periodos presidenciales de Cárdenas, Ávila Camacho y Miguel Alemán.

Otros coetáneos del ácido cronista capitalino surgen, con el carácter de oficiales, en diversas poblaciones de la república, y simplemente como periodistas en muchos diarios y semanarios. La *Antología de la crónica en México*, de Monsiváis, privilegia a José Alvarado, Fernando Benítez, José Revueltas, Arturo Sotomayor, Julio Scherer García, Gabriel Vargas, Ricardo

Garibay, Elena Poniatowska, Vicente Leñero, José Emilio Pacheco, Miguel Reyes Raso, Carmen Lira, José Joaquín Blanco y Héctor Aguilar Camín.

La situación de los cronistas en el México de los noventa y de finales del milenio es muy contradictoria. La metrópoli tiene veintidós cronistas oficiales y el resto de las poblaciones de la república alrededor de trescientos. Aunque quizá sólo la décima parte de los municipios tenga cronista oficial, muchos poseen espontáneos que llevan el registro de los acontecimientos locales dignos de memoria. Muy pocos pueden exhibir un título de historiador, pero un número grande son abogados. Abundan los de muy escasa preparación profesional y los morosos. La mayoría escribe en los periódicos locales y merecen más el título de reporteros que el de cronistas. Algunos están al servicio de las facciones en pugna o del poder en turno. Como quiera, existe una minoría, tanto en la capital como en la vasta república, que ejerce el oficio de la crónica con vocación, con profesionalismo, de tiempo completo y de manera literaria. Son más de doce los que van a la vanguardia de un nuevo arte de hacer crónica. Por lo menos una docena vienen ensanchando

que se escribe y publica en México. Casi todos viven en la metrópoli, pero aumentan sin cesar los cronistas de nuevo cuño del interior de la república, sobre todo en las poblaciones fundadas en el último siglo. Los cronistas de éstas se distinguen por su afán de dejar constancia de la fundación y discurso de las jóvenes colmenas del norte del país. Otra vez la crónica quiere volver a la mira de Herodoto: narrar lo sucedido «para que no se desvanezcan con el tiempo los hechos de los hombres, y para que no queden sin gloria grandes y maravillosas obras». La crónica, en los tiempos que corren, procura ceñirse al breve territorio de un pueblo o de una ciudad y a los sucedidos del pasado inmediato. Por una parte sistematiza el chisme disperso, resume el alud de noticias que día a día genera la acción individual y solidaria de las congregaciones sociales; por otro lado, ayuda a la identificación y el amor propio que debe existir en toda comunidad de bípedos sin plumas, de monos con ropa.

Aun sin proponérselo, la crónica cumple con dos funciones adicionales: le facilita al gobierno local, y algunas veces al de la nación, el conocimiento del entorno humano que le permita una acción certera y justa. Si las autoridades del municipio y del país nombran y a veces pagan a los cronistas, es porque reconocen los servicios que prestan a la autoridad, como experiencia y como

propaganda. Como es bien sabido, suele recoger las acciones de una buena gestión administrativa. Por donde se la vea, la crónica es siempre útil, máxime la que no tiene pelos en la lengua. Es valiosa, en sumo grado, para los historiadores que se llaman académicos. Por propia experiencia sé que los cronistas sirven en bandeja de plata la información requerida para construir nuestras historias. Quizá a los historiadores cuantitativistas y a los filósofos de la historia, la narración cronical los tenga sin cuidado. Para otros académicos y para los novelistas históricos es, sin duda, la principal fuente de chismografía o de acercamiento al pasado.

La buena crónica se ha vuelto un surtidor de noticias de enorme fecundidad. En otras épocas, se preocupó sobre todo por mantener la memoria de los hechos influyentes de milites y gobernantes; llenó rollos y pliegos con noticias de acciones de guerra sobresalientes y de actos de gobierno modificadores de la vida social. En la crónica clásica abundan los príncipes, los capitanes, el estruendo de las espadas y el retumbo de los cañones así como los ucases de quienes disponen de la vida ajena. Ahora todavía se consideran como asunto central de los cronistas los sucesos que influyen en el contorno social, sobre todo las decisiones y las conductas de los poderosos. Pero ya ni las crónicas de los presidentes de la república, como la muy amplia del mandato de don Miguel de la Madrid, como la de algunos gobernadores y presidentes municipales, se ciñen a dar cuenta sólo de las acciones del poder. También informan de las malas y las buenas de la sociedad civil.

Ayer como hoy, la crónica ha recogido sucesos trascendentes cuando su trascendencia ha sido más o menos inmediata. Pero sólo en nuestros días la relación recoge los acontecimientos típicos de un momento dado en la vida de los pueblos. Ya se toman muy en cuenta las labores diarias de empresarios y obreros, de agricultores, comerciantes y hombres de industria. Cada vez se le da mayor importancia a la aburrida talacha económica. Se exhiben con gran entusiasmo los sufrimientos de la vida humilde. Se recalcan los cambios en la calidad del confort y en las maneras de comer y conversar en la mesa. Algunos relatos de índole autobiográfica le conceden amplias descripciones a los ejercicios amorosos. La erótica, aclimatada por Vasconcelos, ha subido de color en autores recientes. A los que no les bastan sus experiencias personales para insistir en el tema erótico, se pasan a la historia novelada donde se acostumbra darle vuelo a los más morbosos ejercicios de alcoba. Naturalmente, los nuevos cronistas se meten con gusto en la averiguación de crímenes. Los modelos de Hobsbawm por lo que respecta a los *Rebeldes*

primitivos y de Truman Capote sobre los crímenes modernos ejecutados *A sangre fría* son imitados por algunos cronistas de casa.

La historia menuda, la *petite histoire* tan amada por los franceses, es cada vez más practicada por nuestros cronistas. Ya no sólo atrae la atención de los poetas. También los devotos de Clío creen que se pueden incorporar a la crónica los sucesos llamados menudos tanto en el orden económico, como en el político y en el de la cultura. El cronista de esta época anhelante de democracia se interesa en los pequeños incidentes laborales en los talleres de artesanos y en las humildes labores agropecuarias. Se pregunta: ¿En qué casa viven los operarios? ¿Cómo se visten? ¿Qué es lo que comen? ¿Cómo se trasladan de una parte a otra? Las buenas crónicas de nuestros días conceden mucha importancia a las relaciones familiares, al compadrazgo, a las competencias deportivas, a los festejos del santo patrono, a las peregrinaciones religiosas, a los incidentes políticos menudos, a toda clase de riñas, al arte y la literatura de la comunidad, al cine y sobre todo a la manera como se consumen los sermones de la modernidad que transmite, para toda la gente, la televisión, el nuevo púlpito de la nueva época, el vocero de la filosofía barata del siglo XX.

En el lado oscuro del quehacer humano se dan acontecimientos importantes todavía olvidados, o casi, por la crónica. En el siglo XIX, los novelistas le daban mucha cuerda a la enfermedad máxima de aquel tiempo: la tuberculosis, pero sólo la aludían los autores de crónicas. Hoy el cáncer, la enfermedad reina de nuestro tiempo, debería ser asunto obligado de los cronistas. La neurosis y sus múltiples secuelas mágicas y religiosas es otro tema en busca de autor. En estos tiempos todo lo que se pueda probar es cronicable. Las cortapisas las impone

el arte de la crónica,

las reglas del juego que exige el oficio. Por supuesto, el género de la crónica está comprometido con la verdad. El cronista debe referir sólo acaeceres reales y ceder los posibles a los cuenteros. El que la historia vivida sea inalcanzable en su totalidad no exime a los narradores verídicos de la obligación de sólo hacer proposiciones ciertas y de no ocultar ningún sucedido importante. El historiador puede permitirse el lujo de construir mundillos históricos y de ubicarlos en el curso de la historia, pero el cronista no tiene obligación de pegar ladrillos, que sí de darles forma apropiada y

cocción suficiente, así como a cada una de las piezas requeridas por la arquitectura histórico-científica.

El compromiso con la verdad exige grandes esfuerzos de recolección, de crítica y de hermenéutica de testimonios. Aunque una crónica se haga únicamente con los propios recuerdos, se necesita hacer una selección de los mismos y limpiarlos de las adherencias que sufren con el tiempo. Como quiera, la mayoría de las crónicas se sirven también de la memoria ajena tanto oral como escrita. Los adelantos conseguidos en la captura de testimonios orales son de gran provecho para los cronistas. Los manuales de historia oral instruyen pormenorizadamente sobre los instrumentos (grabadoras, cámaras, etc.) requeridos para las entrevistas, sobre las personas que merecen ser escuchadas, sobre las astucias del interrogatorio y sobre cómo saber si le han tomado el pelo o no al interrogador y hasta dónde éste ha entendido las respuestas de los interrogados.

La historia narrativa de nuestros días suele echar mano, en grandes proporciones, de la información periodística. Los principales proveedores de la crónica que se escribe para durar son los reporteros y los fotógrafos de diarios y revistas. Pero los críticos dicen que ningún reportaje ni fotografía debe ser usado sin previo sometimiento a las torturas del examen crítico y a los apapachos de la hermenéutica. Quienes desean saber sobre la vida de una pequeña comunidad sin periódicos suelen acudir con mucho provecho a epistolarios y otros archivos familiares, registros de nacimientos, bodas y defunciones que llevan las parroquias y la autoridad civil, libros de cuentas, memoranda, apuntes caseros de algunas señoras, recetarios, etc. Para los cronistas actuales todo es fuente, y por lo mismo su mayor problema es el de seleccionar entre los abundantes testimonios que acuden a su llamado. Ni aun el microhistoriador que sólo trata de rescatar del olvido las vicisitudes de una comunidad joven y pequeña como mi San José de Gracia, dispone del tiempo suficiente para oír y leer todas las voces y las notas escritas del pasado. Algunos han hecho excelentes crónicas de sucesos tan enormes como el del 2 de octubre de 1968 en la plaza de las Tres Culturas, pero ninguno se basa en una investigación exhaustiva. Siempre habrá testigos que no han sido interrogados.

La crónica es, por definición, informativa; expone sus noticias siguiendo el suceder real de la historia. Con todo, hay numerosos cronistas que exhiben discretamente sus opiniones sobre los sucesos que narran. Muchas veces también se permiten interpretar, se meten en los terrenos de la historia crítica. Su clientela rara vez les pide explicaciones. Quien lee una relación quiere

enterarse de personas y acciones de un determinado lugar y época, y como no aspira a introducir cambios, como es un simple curioso del comportamiento humano, no busca las causas, que sí, muchas veces, el valor ético de las acciones.

Pero el cronista no debe suplantar la función de los jueces. La historia edificante o pragmático-ética expide a diestra y siniestra juicios de valor, califica los hechos y sus autores de plausibles o de vituperables, de generosos o de egoístas, de buenos o malos, de afectos a la patria o de asquerosamente traidores. A quienes escriben historia científica se les tolera la emisión esporádica de moralina. En los autores narrativos se aplaude la indiferencia ante los hechos. El cronista narra, como lo hace Capote en *A sangre fría*, sin protesta ni indignación. Se le agradece la ausencia de vituperios y alabanzas que en algunos casos suple el lector. Éste quiere con frecuencia contribuir al relato con interjecciones y juicios de valor.

La crónica, como lo sugiere su nombre, está comprometida con el orden cronológico, de épocas, periodos y años. Pedro Mártir le llamó a la suya *Décadas del Nuevo Mundo*. Un inicio de nombre muy frecuentado desde la Edad Media es el de *Anales* que se limitan a manifestar los hechos sin ornato alguno y repartidos por años. También estuvo de moda la arquitectura de las efemérides, muy parecida a la de los anales. Hoy esas maneras de organizar las noticias históricas tienden a desaparecer o recluirse en algunos libros de referencia o aceptar el deslucido papel de apéndice en una obra erudita. Los cronicadores que se dirigen al gran público distribuyen su material a la manera de los relatos en que suelen incurrir muchos novelistas y otros hombres de letras y cuyos méritos residen en la exactitud y la buena prosa, que no en el aparato erudito. En la arquitectura de los libros históricos universitarios rara vez se prescinde de algunas construcciones aledañas a la principal, de añadidos de mal ver, como son los apéndices documentales, las notas, las gráficas, las columnas de números, la bibliografía, tres o cuatro índices y otros adefesios del aparato erudito. Los cronistas narran sin estramancias. Ninguna nota distrae al lector. Es conveniente la bibliografía final, pero el relato debe deslizarse sin tropiezos.

Los cronistas aportan saberes rigurosos acerca de los hombres que se nos anticiparon, pero el público que los lee exige, además de rigor, atractivo. Este género soporta mal la dureza estilística de los científicos. Luis G. Urbina vio en la crónica una literatura de pompa de jabón, «espuma retórica, sahumada por algún granito de gracia […] No sé qué diablos [patrocinan la crónica] […] que sin ser un género superior, requiere una expresión pulcra, un

temperamento vibrante, una observación atinada, y, a ser posible, cierta dosis de fantasía». Hoy nos parece que la ficción está de sobra y que la pulcritud en el lenguaje no excluye el uso de malas palabras que a veces dan color y soltura al estilo. Alberto Dallal dice que «desde el punto de vista clasificatorio la crónica es un auténtico género literario». El buen cronista suele hacer ejercicios de lengua; procura llegar a un lectorio amplio, conseguir la claridad y el gusto de la expresión y librarse de la grasa de los oradores y de la jerigonza de las ciencias sociales.

Pero sólo por la manera de expresar la crónica puede confundirse con la literatura. Algunos, por la proclividad a lo anecdótico de los cronistas, sitúan la crónica en el género periodístico, encuentran una enorme similitud entre la historia narrativa y el reportaje. Como quiera, el color amarillo de éste se distingue del color azul de la crónica. En todo caso, el periodismo le cuelga el nombre de crónica a las noticias de crímenes, defunciones, bodas y encuentros deportivos de la víspera. La unidad expresiva que ha ocupado nuestra atención durante treinta minutos pertenece *strictu sensu* al género histórico. Quizá ni siquiera cabe distinguir entre la pura narración de los hechos y la interpretación de los mismos. Aunque con menos ínfulas que los historiadores que se dicen científicos, los autores de crónicas, aun sin quererlo, organizan e interpretan sus narraciones. Sin embargo, el modo de interpretar de los narradores consiste en ligar los hechos con otros sucedidos anteriores y con la intención de quienes los perpetraron.

La crónica o historia narrativa, revitalizada por las técnicas orales de recoger información, por la mejoría de los depósitos de documentos, por los reportajes periodísticos, por la computadora, por el profesionalismo y la especialización de los cronistas, por la mayor libertad en el uso de la lengua y por la utilización de los idiomas audiovisuales del cine y la televisión, la crónica rediviva, parece que será en el futuro próximo uno de los postres más demandados por la inteligencia y el corazón del hombre de la calle. Quizá sirva de lazarillo a quienes acuden a las urnas y sobre todo a los mandamases. La democracia, que suponemos a la vuelta de la esquina, se mantendrá fuerte y saludable con buenas dosis de cápsulas de información cronical que consuman cotidianamente gobernados y gobernantes.

La historia académica y el rezongo popular[*]

Casi todo el mundo, según opiniones muy generalizadas, tuvo su primer encuentro con la historia antes de ir a la escuela. La costumbre de mirar para atrás es una de las muchas infundidas por la crianza hogareña no sólo en los lugares que viven de los frutos de un árbol genealógico, sino también en gran número de familias nada linajudas y ni siquiera burguesas. Otro irradiador de conciencia histórica en este país ha sido la iglesia, tan poblada de imágenes de justos de otros tiempos, donde las homilías de los sacerdotes aluden casi siempre a hechos pasados y donde, en forma de catecismo de Ripalda o de Gasparri, a veces antes de conocer la o por lo redondo, se recibe un primer curso de historia. En fin, si un niño se cría en medio urbano puede también despertar a la conciencia de lo histórico a causa de los monumentos públicos. Todo se confabula desde la más tierna infancia para hacernos sensibles a la historicidad de la naturaleza humana.

Todavía en plena niñez tenemos una segunda cita con la historia. Eso sucede en la escuela, en siete cursos o más, mediante la lectura de libros ilustrados con rostros de las mismas personas que, montadas en cuerpos de bronce, pueblan bulevares y jardines públicos. Según costumbre secular, la historia impartida en el transcurso de la primaria y la secundaria es la que Marco Tulio Cicerón llamó «maestra de la vida»; historia reverencial, Friedrich Nietzsche; historia pragmática, no sé quién; historia edificante o didáctica, no sé cuántos, y los irreverentes, historia de bronce. Ésta, como es bien sabido, aspira a la recuperación de los valores del pasado en provecho del aquí y ahora; busca en adultos de otras épocas la lección para los menores de hoy; añade adrede la moraleja a la descripción de obras y al relato de vidas pasadas; quiere dotarnos de un proyecto vital por medio de un repertorio de *exempla* de grandes hombres y de hechos hazañosos. En otros tiempos se le

utilizó en la industria hacedora de santos; hoy se usa más en la industria encargada de hacer héroes nacionales. Antes se llamó curso de moral por ejemplos; ahora podría denominársela curso de patriotismo por ejemplos.

Aunque el discurso histórico concebido como pedagogía lleve el nombre de historia patria o de historia universal, sólo trata de las figuras y los acaeceres del propio país o del mundo que el propósito nacionalista recomienda. Generalmente se recaban en la historia nacional los ejemplos de conductas que seguir, los «buenos ejemplos», y de la historia de las demás naciones, los ejemplos de conducta negativa, los que debemos rechazar, los «malos ejemplos». Exagerando un poco cabría llamar a los libros de historia de la escuela mexicana «vidas de hombres ilustres mexicanos y vidas de inicuos imperialistas extranjeros». Se trata de textos que no sólo desprenden de su contexto histórico los hombres y las hazañas edificantes para hacer patriotas a carta cabal, sino que embellecen o afean a los personajes y los hechos históricos con embustes literarios. Allí están las caricaturas de Cuauhtémoc, Cortés y la conquista; Calleja, Morelos y la revolución de independencia; Juárez, Maximiliano y la reforma liberal, para botones de muestra de cómo se hacen atractivos los personajes oriundos de esta tierra, y repelentes las figuras que tuvieron la desgracia de nacer en otras latitudes, y de cómo se adorna y aplaude la conducta de los nuestros y se reciben con rechifla los haceres extraños.

Con razón escribe Stefan Zweig:

> Antes aun de que pudiéramos contemplar bien el mundo se nos pusieron unos lentes para que pudiéramos contemplar bien el mundo no con una mirada ingenua y humana, sino desde el ángulo del interés nacional; [ver] que nuestra patria, en el curso de la historia, tuvo siempre razón, y pase lo que pase, en adelante siempre la seguirá teniendo.

Por lo mismo se justifica lo que Paúl Valéry asevera:

> La historia es el producto más peligroso que haya elaborado la química del intelecto humano. Sus propiedades son muy conocidas. Hace soñar, embriaga a los pueblos, engendra en ellos falsa memoria, exagera sus reflejos, mantiene viejas llagas, los atormenta en el reposo, los conduce al delirio de grandeza o al de persecución, y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insoportables y vanas.

Con todo, ningún detractor de la historia de bronce, pragmática, edificante y nacionalista, ha propuesto la supresión de tal espécimen de los planes de estudio; nadie ha refutado la validez de acarrear al presente valores del pasado, sino el modo de hacerlo en la enseñanza pública, supeditado al nacionalismo y a manera de desfile de héroes, villanos y batallas. Stefan

Zweig propone: «La historia debe seguir siendo la materia de mayor importancia en la formación de un joven si esa historia se escribe desde la altura de las conquistas culturales y con la mirada puesta en la larga ascensión realizada». Si la didáctica de ayer fue narración «de nuestras insistentes recaídas [en la guerra], la de mañana tiene que ser la de nuestro perenne ascenso, una historia de la civilización humana». Paul Valéry pide la remuda del saber histórico-escolar de hoy por otro que se deje de héroes y de combates y se ocupe de tantas cosas dignas de imitación que ofrece el pasado, de las manifestaciones del genio artístico, de las conquistas de la técnica, de los grandes pensadores, de los hechos de civilización y no de los de barbarie, de los que coadyuven a la concordia internacional y no a la mutua destrucción de las naciones. A la pregunta ¿debe seguir enseñándose la historia *magistra vitae*? suele dársele como respuesta un sí rotundo, que no sin peros.

Del sistema de educación altamente patriótico, del culto a los héroes, de la adoración de semidioses domésticos pasamos a la adoración de un ídolo sin cara, esculpido la mayoría de las veces por filósofos y científicos sociales, por personas audaces, soberbias, de mirada superaquilina. Para muchos el tercer encuentro con la historia acontece en el bachillerato o en la universidad. Aquí nos topamos con la musa transfigurada, con Clío sin anteojos de maestra, con una señora campanuda, con una *mistress* universo que entiende por los nombres de filosofía de la historia, teoría de la sociedad y de la historia, metahistoria, historia genética, historia especulativa o materialismo histórico; que se propone decir la última palabra sobre el origen, el curso y la meta de los acaeceres de la humanidad; que trata de esclarecer el sentido último de todo hombre, toda época y toda sociedad; que busca un orden en el proceso histórico del universo-mundo; que pretende darle un sentido a esta carrera de relevos en que vienen empeñándose los hombres desde hace muchos miles de años. Los metahistoriadores pretenden dar con la trayectoria pasada, presente y futura de los individuos, los pueblos y las sociedades, sin excepción y sin lagunas de conocimiento. El filósofo de la historia es una especie de superhombre que se siente con ánimo de compartir con Dios el conocimiento que se le atribuye a éste acerca de sus criaturas.

Al contrario de la historia aprendida en la escuela, tan rica en sucesos reverberantes y héroes maravillosos, la metahistoria sólo trae a colación las inmensas fuerzas impersonales que empujan a la humanidad. El asunto ahora no es ni fulanito ni zutanito, ni esta ni aquella hazaña, sino la sucesión del tiempo, lo histórico en su totalidad y a lo sumo en sus grandes fragmentos. La ciencia última del hombre se desentiende de las minucias y sólo mira

enormidades. Las leyes del desarrollo histórico y los momentos de la vida de la humanidad (a veces llamados modos de producción, a veces civilizaciones, ora estados, ora épocas, ya edades, ya ciclos) han sido los temas más frecuentados por las filosofías de la historia desde San Agustín hasta Toynbee.

El campo de la disciplina englobante de todo acontecer es tan mayúsculo y complejo que ninguna estratagema científica es capaz de asirlo y analizarlo, aunque más de alguna de las filosofías de la historia pretende ser la ciencia del desarrollo histórico. Ciertamente la de Marx, la de Toynbee y otras acuden con frecuencia a los datos reunidos por los historiadores para abstraer inductivamente las leyes de la historia, pero hasta ahora a ninguna le ha bastado la inducción para constituir el objeto formal de su disciplina; todas han necesitado de la reflexión filosófica. Hasta hoy, en todas las consideraciones globales del mundo histórico se han complementado la luz inductiva de los hechos y la luz racional del análisis filosófico. En las teologías de la historia, las dosis de deducción fueron muy altas; en la filosofía de la historia clásica se construyó a base de mezclar en proporciones parecidas la arena de la inducción y la cal del raciocinio; en las teorías actuales predominan las aportaciones del análisis histórico concreto. La cristiandad, con muy poca observación y mucha reflexión, edifica la idea de una historia fundada por Dios, constituida por una sucesión progresiva de acontecimientos singulares e irreversibles, ordenados al fin trascendente de la salvación eterna. Hegel, a fuerza de lecturas históricas y de meditaciones filosóficas, arriba a una concepción de la historia como camino del espíritu hacia la libertad. Marx, con mayor acopio de datos que sus antecesores, traza los modos de producción que ha cursado la especie humana, movida por la lucha de clases, desde el comunismo de la historia hasta la sociedad comunista aún posthistórica.

De las teorías del desarrollo humano en general, muchas ya han caducado, bien por quedar huérfanas de doctrina filosófica que las avale, bien por haber sido desmentidas por los hechos. Algunas han producido conmociones de marca mayor, pero quizá ninguna, convicciones firmes. Varias han contado con el apoyo de la fuerza pública, con el poder de algún gobierno para imponerse como verdad, pero casi ninguna se ha podido mantener como fe duradera. Son grandes fogatas que se reducen pronto a cenizas. Cual más, cual menos, las visiones de la historia universal han merecido, después de una breve etapa de encandilamiento, los dictámenes de ser artificiosas recreaciones del pasado, o de reducir la compleja realidad a una sucesión de

hechos simbólicos, sin sustancia. A poco de nacer se les ataca desde todos los frentes; se les maldice por simplificadoras, porque explican a priori y porque usan de generalidades inadecuadas.

Pero aun los escépticos que ven en las filosofías de la historia o en las historias de orientación filosófica meras telarañas tejidas por los filósofos para aprehender incautos, les reconocen algunas funciones positivas: le sirven al común de los mortales como respuesta interina a la pregunta por el destino temporal del hombre, y al historiador de lo concreto, como marco de referencia o aguja de marear de sus investigaciones, pues la teoría precede a la historia, según Aron, y es difícil diferir del siguiente punto de vista: «Quiérase o no, consciente o inconscientemente, cualquier actividad historiográfica está ligada a una filosofía de la historia, y es preferible elegirla a sabiendas de lo que se elige a correr el riesgo de tener que bailar con la más fea». El género filosofía de la historia es un mal necesario en el camino hacia el saber histórico mondo y lirondo. Se trata de una costumbre imprescindible o casi. Un requisito previo para intimar con la historia es haberla visto vestida con galas filosóficas.

El cuarto y definitivo encuentro con la historia desnuda sucede las más de las veces en una facultad universitaria de filosofía y letras o en el centro de estudios históricos de un instituto de cultura superior como en el que estoy pensando ahora y no podría callar sin agravio a la gratitud; aquel Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México dirigido por don Silvio Zavala, en el que enseñaron, aparte del director, don José Miranda, don José Gaos, don Ramón Iglesia y otros distinguidísimos maestros; donde tuvimos la fortuna una veintena de estudiantes de foguearnos con un tipo de historia diferente de la didáctica y de la especulativa, la historia que ha merecido una docena de epítetos: científica, narrativa, descriptiva, crítica, erudita, apolillada, anticuaría, universitaria, inventarial, microscópica, menuda y académica. Aunque cada uno de los profesores del CEH tenía su idea de los propósitos perseguidos por la historia académica, aunque creía incompatible su postura historiográfica con la de los otros, lo cierto es que cada uno de ellos estaba dispuesto a suscribir el célebre aforismo de Ortega: «La razón del historiador no es una razón que generaliza, sino una razón que narra». Las discrepancias y contradicciones de aquellos maestros no les impedían repetir al unísono la afirmación de Trevelyan: «Del pasado histórico nos interesan los hechos particulares y no sólo sus relaciones causales».

Pero ¿qué hechos particulares? Desde luego, no la totalidad. No los que no sobreviven de alguna manera en documentos, monumentos y costumbres.

No muchos de los espigados por la historia pragmático-cívica con fines aleccionadores. No los que no impliquen o afecten a muchas personas. En general sólo los denominados memorables en la jerga del gremio: las acciones representativas o típicas de una etapa y una sociedad, las que hicieron época y las que han sido fecundas en resultados. Ya no únicamente, como antes, acciones guerreras y políticas; también las de índole económica, social e intelectual. Tampoco nada más los sucesos efímeros o coyunturales, sino los de larga duración, las estructuras. En suma, una incontable multitud de hechos, siempre y cuando tengan un valor para nosotros.

Mis profesores coincidían también en un camino de ida y vuelta en el quehacer historiográfico. Su método partía de una problemática y continuaba con seis operaciones, todas ellas de apelativo pedante: heurística, crítica, hermenéutica, etiológica, arquitectónica y estilística, operaciones que concluían en mamotretos, artículos y conferencias, según unos con tantos quilates de verdad como los que son reconocidos en las obras de físicos, químicos y biólogos, y según otros, menos creíbles que los productos de las ciencias naturales. Un ilustre profesor recomendaba seguir la orden de Ranke: «Exponed simplemente cómo ocurrieron en realidad los hechos». Otro ilustre profesor no creía ni posible ni deseable la fórmula rankiana, pues la historia, según él, era un «conocimiento eminentemente inexacto». Un tercero argumentaba: «En el quehacer histórico hay elementos subjetivos y objetivos. El pasado en parte se descubre y en parte se crea». Ninguno llegaba a las afirmaciones cínicas o escépticas que se oyen en gente ajena al gremio; a ninguno se le oyó decir: «Hay tantas verdades históricas como historiadores»; ninguno, que yo recuerde, se deslizó hacia una herejía historiográfica entonces de moda: la historia estetizante que se abandonaba a la idea del matrimonio indisoluble del quehacer histórico con la praxis literaria. Como es bien sabido, fue una herejía que arrastró a muchos aficionados, pero a muy pocos profesionales.

Mucho más arrastradora de cerebros que la herejía estetizante fue la neocientifista que le apareció a Clío a manera de chipote a mitad del presente siglo, no sé si en París, donde la vimos crecer media docena de ex alumnos del Colmex que allá éramos alumnos de Bataillon, Marrou, Braudel, Labrousse y otros gigantes de la historia. Para 1951 ya se rumoreaba que nuestra disciplina se volvería ciencia indiscutible cuando los investigadores apartaran su atención de las cualidades para volcarla en las cantidades. Mientras la historia no abjure de su carácter de disciplina ideográfica y asuma el papel de sabiduría nomotética —decían aquellos herejes— la historia

seguirá siendo la más pobre y desprestigiada de las ciencias. Si quiere codearse con las aristócratas del saber, que se olvide del mundo de los acontecimientos irrepetibles y vaya en busca del mundo de las regularidades cuantificadas. Mandrou dijo: «La utilización del número aparece como la garantía seria de una demostración; la construcción de una curva —aun demasiado simple— parece preferible a una fina página de definiciones». ¿Quién se atrevería a poner en duda las conclusiones de un historiador o un equipo que trabaje con cifras y ordenadores? En un santiamén la historia cuantitativa se instauró en el *milieu* académico como la única valedera, como la única verdaderamente científica y sin bemoles. Floud afirmó: «El trabajo histórico hecho sin números es ruinoso e irresponsable». Mandrou dispuso: «El historiador que no cuantifique sus operaciones está decididamente superado». Casi sin excepción, a los cliómetras les dio por decirles charlatanes a los historiadores de la ortodoxia. La salida a luz de un nuevo libro de historia tradicional empezaron a enfrentarla con muecas de desaprobación, chiflidos y cornetillas. En cambio, todos a una dieron en saltar de gusto, tirar cohetes, tocar dianas y aplaudir cuando aparecía un libro de historia matematizante. El comportamiento tan emotivo de los historiomensores ansiosos de refrigerar a la musa inspiradora les atrajo amistades; pero por su conducta alternativamente agresiva y alegre, por su actitud de fiscales de la santa inquisición científica, también cosecharon un buen número de rabiosos enemigos.

El debate entre historia cuantitativa y cualitativa ya ha dado aportaciones de importancia al arte de la injuria; en sólo veinticinco años se ha obtenido una abundante cosecha de dimes y diretes. Arturo Schlesinger sentenció: «Casi todas las cuestiones importantes lo son precisamente porque no son susceptibles de respuestas cuantitativas». Edmundo O'Gorman moteja de seudohistoria la «que permuta la primogenitura de lo cualitativo por el plato de lentejas de lo cuantitativo para acabar ofreciendo, en monografías ilegibles, un cadáver en verdad incapaz de entusiasmar al más frenético devoto de la necrofilia. Se trata de una suma, de una historia aterida, de una historia hecha sin amor». A eso contestan los cuantihistoriadores que las pasiones románticas, como el amor, se las ceden a los fósiles del romanticismo. Para la historia verdaderamente científica el apasionamiento romántico, en vez de servir, estorba. Sólo los números, tan alérgicos a las emociones, pueden sacar a la historia de su oscurantismo barroco y del dominio de la especulación metafísica. A su vez, los historiadores del bando

opuesto vuelven a replicar. Carr sentencia: «El culto a la historia cuantitativa lleva la concepción materialista de la historia a extremos absurdos».

La «nueva historia», neocientífica, matematizante, que se abre paso lanza en ristre desde 1950, rara vez ha atraído a sus filas a historiadores oriundos del siglo XIX. Los que hacia 1955 ya pasaban de los cincuenta años no se dejaron seducir por las sirenas del neocientificismo. Aun los soñadores de una historia objetiva que pudiera llamarse ciencia de verdad, no vieron en el uso de estadísticas la solución a la subjetividad histórica puesto que no evitaba tal uso el papel activo del historiador, y en cambio sí empobrecía la utilización del pasado al reducirlo sólo a lo cuantificable. Como quiera, la siguiente hornada, profundamente influida por el espíritu científico, le da el sí al nuevo método. En cambio, muchos de los historiadores de la llamada generación del medio siglo han vuelto a ver en el uso de cifras y computadoras una simplificación de la exuberancia del pasado y una ingenuidad metodológica. Con todo, la juventud que anda ahora entre los treinta y los cuarenta y cinco años vuelve a la inocente novedad.

Los científicos sociales —economistas, sociólogos, politólogos, demógrafos—, que veían tan desdeñosamente los trabajos históricos, ya comienzan, según decires, a verlos con interés y a ser clientes de la historiografía. Como las ciencias sistemáticas del hombre buscan los aspectos típicos de las modalidades humanas, es comprensible que acudan a las tiendas de la historia cuantitativa donde se expenden solamente hechos así, los únicos cuantificables. Quizá también los filósofos de la historia se sientan más agradecidos con la nueva modalidad. Es indiscutible el número creciente de los aprovechados de la fertilidad de la escuela cuantitativa, pues es bien sabido que los cuantificadores son muy fecundos, producen en cantidades industriales, justamente porque trabajan como en fábrica, porque echan mano del proletariado intelectual, porque constituyen equipos de trabajadores en el que sólo hace falta un inteligente con numen, donde los otros no necesitan vocación ni talento extraordinario, pues basta llegar puntualmente todos los días a la tarea, cumplir con las indicaciones del patrón y ajustarse a las leyes del juego científico para que el miembro de un grupo asegure su pitanza, y el capataz del equipo, obras, premios, viajes, galardones y aplausos.

Por supuesto que no todas las historias hechas en equipo se ajustan al modelo anterior. Los que trabajamos en el decenio de los cincuenta en la colosal *Historia moderna de México*, bajo la dirección de don Daniel Cosío Villegas, el inolvidable don Daniel de esta aula magna de la república, lo hicimos en grupo, pero más a la manera de taller medieval que de fábrica

moderna. Casi sin excepción, el operario de aquel taller escogía el tema que le gustaba; contaba con un ancho margen para experimentar con métodos en boga, y sentíase más aprendiz que obrero. Don Daniel pagaba y era autoritario, docto e inteligente, pero sólo proponía ver la historia en la que laborábamos como actividad social, como un esfuerzo dirigido a poner al alcance de la sociedad mexicana un instrumento de liberación: la conciencia nacional de su pasado inmediato. Don Daniel y quienes lo seguíamos en la aventura estábamos convencidos de que el saber histórico, aparte de satisfacer curiosidades y sugerir modelos de conducta, servía, si se conquistaba con honestidad y amor y se esparcía a los cuatro vientos, a la catarsis nacional. La lectura del libro de Ortega y Gasset *La historia como sistema* le dio muchos ánimos a nuestra esperanza. A ninguno nos cabía la menor duda acerca de estos dos aforismos: «Quienes no recuerden su pasado están condenados a repetirlo», y «estar conscientes de haber sido algo es la fuerza que más impide seguirlo siendo». Desde entonces creíamos que para cumplir con el lema de El Colegio Nacional, «Libertad por el saber», no había nada mejor que el saber histórico. Para sacudirse el lastre del pretérito, una vieja fórmula popular, una purga bien probada, es la de empinarse un buen sorbo de historia, acción que produce simultáneamente dos fenómenos salutíferos: un flujo que saca del alma los humores ya inútiles y estorbosos, y un apetito que permite engullir nuevos humores, incluso los aún funcionales del pasado. Según opinión común y del maestro Marrou, «la toma de conciencia histórica realiza una auténtica catarsis, una liberación de nuestro inconsciente sociológico un tanto análoga a la que en el plano psicológico trata de conseguir el psicoanálisis».

La única condición para realizar a través del conocimiento de la historia una terapia colectiva parecía ser la de construir una historia del propio pasado pensada para ser leída por amplios sectores de la colectividad, como se pretendió que fuese la *Historia moderna de México*, aunque a la postre, por lo voluminosa y cara, resultó inaccesible para el pueblo, como lo son, *mutatis mutandis*, los frutos de la historia cuantitativa.

Ésta pretende ser la ultraizquierda del discurso histórico, la que podría llevar a la cumbre la concepción materialista y libertaria de la historia, y sin embargo no ha dado indicios de poder penetrar las muchedumbres. Tal es la inconsecuencia de la «nueva historia», simultáneamente abundante, henchida de espíritu científico, revolucionaria y muy poco apetitosa. La nueva Clío no tiene público ni mayores nexos populares, y no porque la multitud se haya

vuelto oídos sordos o le haya dado la espalda. El rezongo popular no es ni de hartura ni de inapetencia histórica.

«Existe una gran hambre de historia en el pueblo», según Claude Manceron. La gente necesita «controlar y degustar su pasado y el pasado del mundo», según Denton Welch. Sin embargo, el interés del lector corriente por la escritura académica ha decaído. Gramsci dice que «la historia es actualmente mucho más leída […] aunque no la hecha por historiadores serios». Marrou se duele de que nuestra ciencia haya caído tan bajo en la general estimación. El público cultivado opina en los siguientes o parecidos términos de la historia profesional de nuestros días: «Le falta vida y pasión». «Pierde el tiempo en cuestiones que a nadie le quitan el sueño». «Es pura erudición inocua». «Acumula demasiados nombres y números». «Colecciona cadáveres». «Usa un lenguaje cifrado». «Está escrita en estilo árido y tenebroso». «Expone en forma aburrida e indigesta». «Es andamio sin edificio». «Tiene mucho hueso y poca carne». «No sirve para nada». «Es asunto de especialistas». «Ha caído en la jerga de las ciencias». «¿Por qué no trae anécdotas?». «¿Por qué trae tantas notas?». El público menos cultivado simplemente detesta el saber histórico erudito y se ha vuelto cliente de las caricaturas, que, como sucedáneos de la historiografía, escriben embusteros de buena o de mala fe pero al fin y al cabo poco o nada fidedignos.

Los historiadores de profesión, cada vez más numerosos, cada vez más solicitados por revistas especializadas y obras colectivas, responden de tres modos al refunfuño popular. La respuesta más generalizada, aunque no la más difundida, dice: la historia vuelta ciencia no tiene por qué ser patrimonio común. Cuando pertenecía a la estirpe de los Marsias, el sátiro de la flauta, cuando era sólo una simple pariente de la epopeya y del corrido; cuando no pasaba de ser conversación de tertulia, concernía a medios sociales muy amplios. Ahora que es de la estirpe de Apolo, el aristócrata de la cítara, que está escrita por profesionales oriundos en su mayoría de la alta sociedad, que se codea con los científicos, ha devenido lectura de pocos y puede darse el lujo de ser difícil de entender, frígida, distante, estupefaciente y anglicanizada. El que la nueva historia sólo sea accesible a los historiadores y a los científicos de las disciplinas próximas ha servido para conquistar la consideración respetuosa de la comunidad académica. Si se busca mantener el prestigio recientemente ganado es muy saludable la abstención de comercio con las masas. ¿Por qué descender de las nubes donde nadie nos pide cuentas y donde se vive a cuerpo de rey?

La segunda respuesta quizá solamente sea un modo de evasión. Un buen número de historiadores cree o aparenta creer que la historia de hoy ni puede ni debe volver a la existencia precientífica, cuando era cosa del vulgo. Con todo, para hacerle honor a la otra característica de nuestros tiempos, el culto al proletariado, hay que invitar a los ignorantes a subir a las nubes de los clionautas donde pueden compartir la sabiduría histórica actual mediante un penoso entrenamiento en las exquisiteces lingüísticas, en el idioma del hombre culto; por ejemplo, en el lenguaje matemático. Se trata de una solución quizá tan bien intencionada como la de fray Marcos de Niza cuando propuso que con sólo recorrer dos mil kilómetros de tierras inhóspitas se llegaría a una urbe enteramente de oro, y que corre el riesgo de ser aceptada como lo fue la de Niza y de no irrumpir en ninguna áurea ciudad, sino en desiertos enloquecedores como los encontrados por las huestes engatusadas por el fraile. Se corre el albur de aprender la jerigonza de los historiadores con título, para sólo dar con *rudis indigestaque* moles, fárragos o vaciedades pomposas.

La tercera respuesta propala abiertamente el regreso de la historia a sus orígenes populares, a la plaza pública. Los anhelantes de volver a popularizar el discurso histórico no piden demasiado; creen que la historia se puede quedar con muchas de las costumbres adquiridas en el palacio; ruegan únicamente que se abjure de los «trapitos» y de los afeites que la han hecho objeto de odio e irrisión de parte del público. Que se quede con las tretas palaciegas, pero se deshaga de las fachas. La historia nunca ha sido matojo de jardín universitario; el medievo la excluyó del sistema educativo formal; Comte no le dio plaza en su escalafón científico; no tiene ni una centuria de haberse incorporado a la universidad; por naturaleza es poco universitaria; por su modo íntimo de ser admite los calificativos de placera e hija del chisme. Esta hora de la verdad en que vivimos parece propicia para acercarla de nuevo a la multitud, que es su ámbito propio.

Una primera forma de acercamiento consistiría en pedirle al público su cooperación para la hechura de la historia profesional. Hay disciplinas en las que todo hijo de vecino puede meter su cuchara; una de ésas es la historia. De médico, poeta e historiador hay una buena dosis en cada uno de nosotros, y por lo mismo, nos creemos autorizados a participar en la mejoría de un achacoso, en la compostura de un verso y en la recordación de sucedidos. Lo insólito es toparse con alguien que en las conversaciones de tertulia o de café no haga reminiscencias de su propio pasado individual y colectivo. En la historia todos se meten como Pedro por su casa. Médicos, abogados,

periodistas, poetas, fotógrafos, profesores y gentes sin oficio no tienen empacho en conversar y escribir de asuntos pretéritos. Los profesionales no deberían abstenerse de leer y oír a los aficionados. Quizá la curandería sea provechosa para la recuperación de la salud; seguramente la narrativa popular es muy útil para recobrar el pasado. Por algo se acrecienta ante nuestros ojos el prestigio de la historia oral. A esto alude don Alfonso Reyes cuando invita a los cultos a beber en las aguas vivas de los cronistas locales.

Una segunda forma de acercamiento entre el historiador profesional y el historiador que somos todos podría consistir en la vuelta a los asuntos interesantes, los que andan de boca en boca, sobre los que nos preguntan con frecuencia los vecinos, aquellos que les dan tercera dimensión a las cuitas actuales, los que pide el enfermo de hoy día. El dicho de que «la historia seria ha dejado de ser interesante como solía serlo» alude principalmente a la temática de la nueva historiografía, a la perniciosa costumbre de escoger como asuntos de investigación únicamente los que se pueden documentar bien y con facilidad, a la pésima costumbre de escribir sólo sobre lo incontrovertible, al mal de perseguir los temas que permitan interpretaciones brillantes y novedosas para los afines que también piensen con rebuscamiento y sientan tortuosamente. Haría falta, pues, mudar de criterios en la selección de temas; antes de exhumar cadáveres, pedir opiniones, oler preferencias, oír pedidos del público. Quizá así crezcan los estudios sobre el pasado inmediato y sobre el entorno local; quizá quede un poco relegada la vida de instituciones políticas, sociales, económicas y culturales, y en primera fila, la vida de políticos, obreros, campesinos y cultos; quizá los héroes y los estadistas del país se achaparren, y se agiganten los auténticos caudillos. Si a la hora de escoger temas se respeta el clamor popular, sin agravio de los gustos propios, veremos aparecer obras que salven el abismo entre el historiógrafo y la gente aficionada. Esto no quiere decir que todos los historiadores y a todas horas trabajen sin excusa argumentos solicitados por el público. Siempre habrá materias que deban explorarse aunque no sean de gran demanda; hay trabajos preparatorios de urgente elaboración y de popularidad nula.

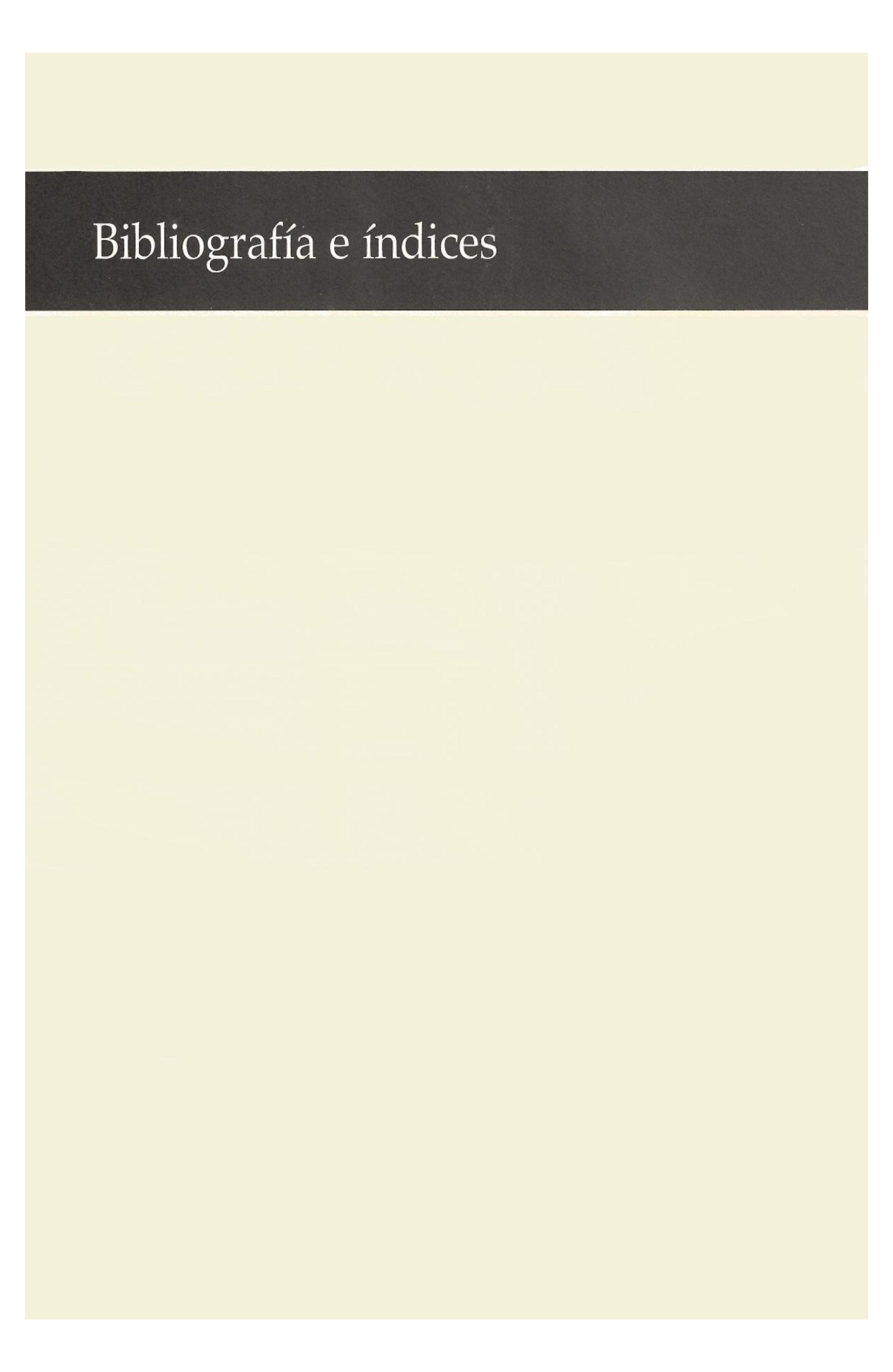
La tercera forma de acercamiento podría ser la del habla. No se trataría, como lo hacen normalmente los mercachifles del templo de Clío, de usar un vocabulario pobre y cursi, el único asimilable, según ellos, por el estómago del público, con lo cual cometen un doble desacato para la historia y para su lectorio. Se buscaría, en el peor de los casos, sustituir las palabras asombrosas por las palabras habituales. Se tendería, para los que no nacen con el don del verbo eficaz, a poner en el bote de la basura el lenguaje pocho y recapturar

ciertas frases y expresiones de la tribu. Se procuraría seguir las pisadas de los narradores orales de historias, quienes conocen el secreto para no aburrir a la gente, que son mucho más cautivantes que cualquier doctor por angélico que sea. La historia, como el cuento, pertenece a la narración, y la narración exige, para mantener en vigilia y adicto al auditorio, un lenguaje de buena ley.

Una cuarta forma de acercamiento al consumidor puede ser la información visual. La historia, más que ninguna de las ciencias sociales, está en aptitud de servirse de las nuevas formas de expresión que fascinan a las masas contemporáneas. El hombre actual, aunque muy alfabetizado, lee poco; prefiere ir al cine, ver la televisión u hojear una revista ilustrada. La corriente de la moda propone la entrega de mucho de nuestro tiempo a la fotografía, al cómic, al cine, a la televisión. La filosofía y las ciencias, que son básicamente pensamiento, seguirán indisolublemente ligadas a la expresión verbal, apenas podrían hacer uso de la expresión visual. En cambio la historia, que es *ver* más que *pensar*, puede servirse a las mil maravillas de la comunicación basada en fotos, «monitos», cine y televisión.

Quizá lo dicho en esta hora sólo sea una sarta de justificantes de mis limitaciones y de mis gustos. Tal vez he mostrado desdén o desconfianza por la historia de bronce o didáctica y por las filosofías de la historia por aquello de lo verde y de las uvas. Tal vez defendí más de lo justo a la historia narrativa no tanto por amor a la verdad como por ineptitud de echar ramas y follajes. Probablemente tampoco fui razonable al referirme al modo industrial de hacer la historia. También estoy dispuesto a aceptar que la arremetida contra el lenguaje técnico y pomposo brotó de mi ineptitud para la sofisticación lingüística.

Por lo que ve a gustos, me gustaría cumplir con el refrán de que el cliente siempre tiene la razón, pero no al grado de cambiar mis certidumbres por las ajenas. No se trata de contentar al lector medio al costo que sea. Sólo deseo mantener como compromiso básico el de la verdad, en el doble sentido propuesto por Cicerón: «No atreverse a decir todo lo verdadero». Me propongo suscribir como compromisos derivados el no hablar de temas ajenos al breve círculo de mis habilidades y de mis gustos; hablar sólo de cosas de alguna manera deseadas y necesitadas por el mexicano de nuestros días, y hacer uso, hasta donde me sea posible, de un lenguaje de comunicación.


Bibliografía e índices

Bibliografía general[*]

AGUILAR CAMÍN, HÉCTOR, *La frontera nómada. Sonora y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1979, 450 pp.

AGUIRRE BELTRÁN, GONZALO, *Medicina y magia. El proceso de aculturación en la estructura colonial*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1963, Colección de Antropología Social, 443 pp.

ALAMÁN, LUCAS, *Historia de Méjico. Desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, Jus, 1969, 5 vols.

ALCALÁ, JERÓNIMO DE, FRAY, *La relación de Michoacán*, est. prel. de Francisco Miranda, Morelia, Fimax Publicistas, 1980, Colección de Estudios Michoacanos, xiv + 398 pp.

ALVA IXTLILXÓCHITL, FERNANDO DE, *Historia de la nación chichimeca*, Madrid, Historia 16, 1985, Crónicas de América, núm. 11, 303 pp.

ALVARADO TEZOZÓMOC, *Crónica mexicana*, 2.ª ed., México, Porrúa, 1975, Biblioteca Porrúa, núm. 61, 712 pp.

ANGLERÍA, PEDRO MÁRTIR DE, *Décadas del Nuevo Mundo*, México, Porrúa, 1964, 2 vols.

ARREOLA, JUAN JOSÉ, *La feria*, México, Secretaría de Educación Pública, 1987, Lecturas Mexicanas, núm. 86,199 pp.

AZORÍN, *El escritor*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1942.

BARRAGÁN RODRÍGUEZ, JUAN B., *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985-1986, Biblioteca de Obras Fundamentales de la Independencia y de la Revolución, 3 vols.

BARRERA, ISAAC J., *Historiografía del Ecuador*, México, IPGH, 1956,124 pp.

BAZANT, JAN, *Cinco haciendas mexicanas. Tres siglos de vida rural en San Luis Potosí. 1600-1910*, 2.ª ed., México, El Colegio de México, 1980, Nueva Serie, núm. 20, viii + 229 pp.

BERLIN, HEINRICH y ROBERT HAYWARD BARLOW, *Anales de Tlatelolco. Unos anuales históricos de la nación mexicana y Códice de Tlatelolco*, México, Robredo, 1948, Fuentes para la Historia de México, núm. 2, xxiii + 128 pp.

Biografía del poder, dirección y producción de Jaime Kuri («Emiliano Zapata», dirección de José Luis Agras), original de Enrique Krauze, guión de Jaime Kuri, José Antonio Nava y Margarita de Orellana, México, SARH/IMCINE, 1987.

BLOCH, AVITAL H., «La historia como narrativa: aspectos de crítica y de defensa», en *Encuentro*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, julio-septiembre de 1986, t. III, núm. 4, pp. 47-82.

BOSCH GARCÍA, CARLOS, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos. 1819-1848*, 2.ª ed., México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985, Archivo Histórico Diplomático Mexicano, 225 pp.

BRAUDEL, FERNAND, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2.ª ed., México, FCE, 1976, Sección de Obras de Historia, 2 vols.

BRAVO UGARTE, JOSÉ, *Compendio de historia de México*, 2.ª ed. revisada y adicionada, México, Jus, 1984, 364 pp.

BUSTAMANTE, CARLOS MARÍA DE, *Cuadro histórico de la revolución de la América mexicana de 1810*, México, Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana, 1985.

CAPOTE, TRUMAN, *A sangre fría. Relato verídico de un asesino múltiple y sus consecuencias*, La Habana, Instituto del Libro, 1967, 444 pp.

CARDOZO, EFRAIM, *Historiografía paraguaya*, México, IPGH, 1959, Comisión de Historia, núm. 83, varios vols.

CARRERA DAMAS, GERMÁN, *Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1961, Ediciones de la Biblioteca, núm. 4, xxii + 650 pp.

CARRERA STAMPA, MANUEL, *Guía del archivo del antiguo ayuntamiento de la ciudad de México*, La Habana, 1949, Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, núm. 23, vii + 53 pp.

CARRERA STAMPA, MANUEL, *Archivalia mexicana*, México, UNAM, 1952, Publicaciones del Instituto de Historia, núm. 27, xviii + 275 pp.

CAVAZOS GARZA, ISRAEL, *Catálogo y síntesis de los protocolos del Archivo Municipal de Monterrey*, Monterrey, UANL, 1966-1973.

CAVO, ANDRÉS, *Los tres siglos de Méjico durante el gobierno español, hasta la entrada del ejército trigarante. Obra escrita en Roma por el padre […]*, México, J. R. Navarro, 1852, Biblioteca Nacional y Extranjera, iv + 415 pp.

CHÁVEZ OROZCO, LUIS, *Documentos sobre las albóndigas y pósitos de Nueva España*, México, Almacenes Nacionales de Depósito, 1955-1959, 11 vols.

___, *Colección de documentos para la historia del comercio exterior de México*, México, Banco de Comercio Exterior, 1858-1962, Historia del Comercio Exterior de México, 7 vols.

___, *Índice del Ramo de Indios del Archivo General de la Nación*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1951-1953.

CHEVALIER, FRANÇOIS, *La formación de los latifundios en México. Tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII*, 2.ª ed., México, FCE, 1976, 510 pp.

CHILAM BALAM, *Libro de Chilam Balam de Chuyamel*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985, Cien de México, 191 pp.

CICERÓN, MARCO TULIO, *De oratore*, Cambridge, Mass., Hardvard University, 1962, The Loeb Classical Library, 2 vols.

Ciencias sociales en México. Desarrollo y perspectiva, México, El Colegio de México, 1979, 332 pp.

CÓDICE CHIMALPOPOCA, *Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlán y leyenda de los soles*, tr. directa del náhuatl por Primo Feliciano Velázquez, 2.ª ed., México, UNAM, 1975, xxi + 161 pp.

COSÍO VILLEGAS, DANIEL, coord., *Historia moderna de México*, México, Hermes, 1955-1972, 7 vols.

___, *Llamadas*, México, El Colegio de México, 1980, Lecturas Básicas, 251 pp.

DÁVILA PADILLA, AGUSTÍN, *Fundación y discursos de la provincia de Santiago de México, de la Orden de Predicadores*, 3.ª ed., México, Academia Literaria, s. f., Grandes Crónicas Mexicanas, xxvii + 654 pp.

DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Patria, 1983, Clásicos Patria, núm. 1, xxii + 971 pp.

DIEGO FERNÁNDEZ, RAFAEL, *Capitulaciones colombinas. 1492-1506*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1987, 434 pp.

DILTHEY, WILHELM, *Introducción a las ciencias del espíritu*, México, FCE, 1944.

ESCARPIT, ROBERT, *La revolución del libro*, Madrid, Alianza, 1968, El libro de Bolsillo, núm. 148, 205 pp.

ESTRADA, GENARO, *Pero Galín, 1926*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1967, 117 pp.

FABELA, ISIDRO, *Documentos históricos de la revolución mexicana*, México, FCE, 1960-1973, Fuentes y Documentos de la Historia de México, núms. 1-27, 27 vols.

FERNÁNDEZ DE ECHEVERRÍA Y VEYTIA, MARIANO, *Historia de la fundación de la ciudad de la Puebla de los Angeles en la Nueva España. Su descripción y presente estado*, Puebla, Altiplano, 1962, Fuentes para la Historia de Puebla, núm. 1, 2 vols.

FLORESCANO, ENRIQUE, *Origen y desarrollo de los problemas agrarios de México. 1500-1821*, México, Era, 1976, Colección Problemas de México, 158 pp.

FUENTES MARES, JOSÉ, *La emperatriz Eugenia y su aventura mexicana*, México, El Colegio de México, 1976, Nueva Serie, núm. 21, ix + 243 pp.

FUENTES Y GUZMÁN, FRANCISCO ANTONIO DE, *Preceptos historiales*, Guatemala, Editorial del Ministerio de Educación Pública, 1957, 150 pp.

GARCÍA, GENARO, *Documentos históricos mexicanos*, México, Museo Nacional de Antropología, Historia y Etnología, 1901-1911, 7 vols.

___, *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, México, 1905-1911, 35 vols.

GARCÍA ICAZBALCETA, JOAQUÍN, *Colección de documentos para la historia de México*, México, Porrúa, 1971, Biblioteca Porrúa, núm. 47, 2 vols.

GARCÍA RIERA, EMILIO, *Historia documental del cine mexicano*, México, Era, 1969-1978.

GERBI, ANTONELLO, *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo*, 3.ª ed., Lima, Banco de Crédito del Perú, 1946, 311 pp.

GÓMEZ CANEDO, LINO, *Los archivos de la historia de América. Periodo colonial español*, México, IPGH, 1961, 2 vols.

GONZÁLEZ NAVARRO, MOISÉS, *Anatomía del poder en México. 1848-1853*, México, El Colegio de México, 1977, Colección Centro de Estudios Históricos, núm. 23, 498 pp.

GONZÁLEZ OBREGÓN, LUIS, *La Biblioteca Nacional de México, 1833-1910. Reseña histórica*, México, 1910.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, LUIS, «El Colegio de Michoacán», en *Historia Mexicana*, México, abril-junio de 1983, t. XXXII, núm. 4, pp. 577-596.

___, *El estilo Colmex de estudios superiores*, México, UNAM, 1982, Pensamiento Universitario, núm. 57,15 pp.

___, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, 1968, 365 pp.

___, «El rigor documental en la historia de México», en *Relaciones*, México, primavera de 1983, 31 pp.

___, *La ronda de las generaciones. Los protagonistas de la reforma y la revolución mexicana*, México, Secretaría de Educación Pública, 1984, Foro 2000, 131 pp.

___, *Sahuayo*, México, Gobierno del Estado de Michoacán, 1979, Monografías Municipales, 315 pp.

___, «Suave matria», en *Nexos*, México, diciembre de 1986, año IX, t. IX, núm. 108.

___, *Zamora*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 1984; 354 pp.

GOVEIA, ELSA, *A Study on the Historiography of the British West Indies to the End of the Nineteenth Century*, México, IPGH, 1956, 177 pp.

GRACIÁN Y MORALES, BALTAZAR, *El oráculo manual*, Buenos Aires, Pluma de Oro, 1943.

GRAJALES RAMOS, GLORIA, *Guía de documentos para la historia de México en archivos ingleses. Siglo XIX*, México, UNAM, 1969, Serie Guías, núm. 13, 449 pp.

GRAMSCI, ANTONIO, *Pasado y presente*, México, Juan Pablos, 1977.

GUTIÉRREZ NÁJERA, MANUEL, *Divagaciones y fantasías*, México, SEP, 1974, SepSetentas, 220 pp.

GUZMÁN, EULALIA, *Manuscritos sobre México en archivos de Italia*, México, SMGE, 1964, Colección de Materiales para la Historia de México, núm. 1428 pp.

Handbook of Latin American Studies, Austin, University of Texas, 1935.

HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, JUAN E., *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México de 1808 a 1821*, México, J. M. Sandoval, 1877-1882, Biblioteca de El Sistema Postal de la República Mexicana, 6 vols.

HERRODOTO, *Los nueve libros de la historia*, intr. de Edmundo O'Gorman, México, Porrúa, 1974.

HERREJÓN PEREDO, CARLOS, *Biblioteca José María Morelos*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1984-1987, 3 vols.

___, *Tlalpujahua*, México, 1980.

HILL, ROSCOE R., *Los archivos nacionales de la América Latina*, La Habana, 1948.

HIRIART, HUGO, *Disertaciones sobre las telarañas y otros escritos*, México, M. Casillas, 1980, Serie Los Domadores, 230 pp.

Historia de la revolución mexicana. 1910-1960, coordinada por Luis González, México, El Colegio de México, 1976-1988, varios vols.

HOBSBAWM, ERIC J., *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, 2.ª ed., Barcelona, Ariel, 1974, Ariel Quincenal, núm. 90, 368 pp.

Homenaje a Arturo Arnáiz y Freg en ocasión de su sexagésimo aniversario, México, Centro Mexicano de Escritores, 1978, 201 pp.

IGLESIAS, JOSÉ MARÍA, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México*, México, Porrúa, 1966, Sepan Cuantos, núm. 47, xlii + 802 pp.

JIMÉNEZ MORENO, WIGBERTO y ALFONSO GARCÍA RUIZ, *Historia de México. Una síntesis*, México, INAH, 1970, Serie Historia, núm. 7, 322 pp., ils.

JUÁREZ, BENITO PABLO, *Apuntes para mis hijos*, México, Secretaría de Educación Pública, 1981, 48 pp.

KIRCHHOFF, PAUL y LINA ODENA GÜEMES, *Historia tolteca-chichimeca*, 2.ª ed., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1976, 287 pp.

KRAUZE, ENRIQUE, *Biografía del poder*, México, FCE, 1987, 8 tomos.

KUNDERA, MILAN, *El arte de la novela*, tr. de Fernando Valenzuela y María Victoria Villaverde, Barcelona, Tusquets, 1986.

LAGOMARSINO, RAÚL E., *Savia y follaje del libro*, Buenos Aires, Sudamericana, 1957.

LARROYO, FRANCISCO, *Pedagogía de la enseñanza superior. Naturaleza, método, organización*, México, UNAM, 1959.

Las humanidades en México. 1950-1975, México, UNAM, 1978, 802 pp.

LEÓN-PORTILLA, MIGUEL, *Toltecáyotl. Aspectos de la cultura náhuatl*, México, FCE, 1980.

LEONARD, IRVING ALBERT, *Los libros del conquistador*, 2.ª ed., México, FCE, 1979, Sección de Lengua y Estudios Literarios, 459 pp.

LEVENE, RICARDO, *La cultura histórica y sentimiento de la nacionalidad*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942, Colección Austral, núm. 303, 256 pp.

LIRA GONZÁLEZ, ANDRÉS, *El amparo colonial y el juicio de amparo mexicano. Antecedentes novohispanos del juicio de amparo*, México, FCE, 1972, Sección de Obras de Ciencia Política.

___, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México. Tenochtitlán y Tlatelolco, sus pueblos y barrios. 1812-1919*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1983, 426 pp.

LUCIANO DE SAMOSATA, «De historia conscribenda», en *Bulletin de la Faculté des lettres de Strasbourg*, Clermont-Ferrand, abril-mayo de 1942.

MALO, SALVADOR, «El Sistema Nacional de Investigadores en 1986. Fin de una etapa», en *Ciencia y Desarrollo*, México, mayo-junio de 1987, núm. 74, pp. 59-78.

MAQUIAVELO, NICOLÁS, *El príncipe*, tr. de Ángeles Cardona, Madrid, Sarpe, 1983, p. 28.

MÁRQUEZ, LEONARDO, *Manifiestos. El imperio y los imperiales*, México, F. Vázquez, 1904, xxxii + 434 pp.

MARTÍN, EUNICIANO, *La composición en artes gráficas. Tratado tecnológico con profusión de ilustraciones y ejemplos gráficos*, Barcelona, Don Bosco, 1970-1974.

MARTÍNEZ MARÍN, CARLOS, «Reflexiones en torno a la etnohistoria», en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México, 1978, t. XXX, pp. 34-35.

MENDIETA, GERÓNIMO DE, *Historia eclesiástica indiana*, Madrid, Atlas, 1973, Biblioteca de Autores Españoles, núms. 260-261, 2 vols.

MÉXICO, ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Guía general de los fondos que contiene el Archivo General de la Nación*, México, AGN, 1981, 194 pp.

MEYER, JEAN, *La cristiada. Historia*, México, Siglo XXI, 1973, 3 vols.

MEYER COSÍO, LORENZO, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero. 1917-1942*, 2.ª ed., México, El Colegio de México, 1972, Colección Centro de Estudios Internacionales, núm. 5, x + 503 pp.

MILLARES CARLO, AGUSTÍN y JOSÉ IGNACIO MANTECÓN, *Índice y extractos de los protocolos del Archivo de Notarías de México, D. F.*, México, El Colegio de México, 1945, 2 vols.

MILLARES CARLO, AGUSTÍN, *Repertorio bibliográfico de los archivos mexicanos y de las colecciones diplomáticas fundamentales para la historia de México*, México, Aldina, 1948, Publicaciones del Instituto de Historia, núm. 6, xv + 186 pp.

MIRANDA, FRANCISCO, *Uruapan*, México, Gobierno del Estado de Michoacán, 1979, Monografías Municipales del Estado de Michoacán, 270 pp.

___, *Yurécuaro*, México, Gobierno del Estado de Michoacán, 1978, Monografías Municipales del Estado de Michoacán, 1978, 246 pp.

MONSIVÁIS, CARLOS, *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, México, Era, 1981, Biblioteca Era, 366 pp.

MORA, JOSÉ MARÍA LUIS, *México y sus revoluciones*, México, Porrúa, 1950, Colección de Escritores Mexicanos, nums. 59-61, 3 vols.

MORIN, CLAUDE, *Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII. Crecimiento y desigualdad en una economía colonial*, México, FCE, Colección Tierra Firme, 328 pp.

MOTOLINÍA, TORIBIO DE, *El libro perdido. Ensayo de reconstrucción de la obra histórica extraviada de Fray Toribio*, comp. por Edmundo O'Gorman, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, 649 + [39] pp.

MUÑOZ, DIEGO, *Descripción de la provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán, en las Indias de la Nueva España. Crónica del siglo XVI*, Guadalajara, México, Gráfica, 1950, iii + 75 pp.

MURO, PEDRO, *Filosofa, pedagogía e historia en Manuel García Morente*, Sevilla, IEG, 1977, p. 115.

NAVARRO, BERNABÉ, *Introducción de la filosofía moderna en México*, México, El Colegio de México, 1948, 307 pp.

NOVO, SALVADOR, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, México, Empresas Editoriales, 1964, 740 pp.

___, *La vida en México en el periodo presidencial de Ávila Camacho*, México, Empresas Editoriales, 1965, 825 pp.

___, *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán*, México, Empresas Editoriales, 1967, 811 pp.

O'GORMAN, EDMUNDO, *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, UNAM, 1951.

___, *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de nuestra señora de Guadalupe del Tepeyac*, México, UNAM, 1986, 306 pp.

___, *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y el sentido de su devenir*, México, FCE, 1986, Colección Tierra Firme, 193 pp.

OROZCO Y BERRA, MANUEL, *Documentos para la historia de México*, en cuatro series: la primera se publicó en 5 vols. en 1853-1854; la segunda, en 5 vols. en 1854-1855; la tercera en 1 vol. en 1856, y la cuarta, en 4 vols. en 1856-1857.

ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *La historia como sistema y del imperio romano*, Madrid, Revista de Occidente, 1941, 171 pp.

PACHECO, JOAQUÍN FRANCISCO y FRANCISCO DE CÁRDENAS Y ESPEJO, *Colección de documentos inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía*, Madrid, Imprenta Manuel B. de Quiros, 1864-1888, Colección de Documentos Inéditos del Archivo de Indias, 42 vols.

PASO Y TRONCOSO, FRANCISCO DEL, *Papeles de Nueva España […]*, Madrid, 1905-1906, y *Epistolario de la Nueva España. 1505-1818*, México, Antigua Librería Robredo, 1939-1942.

PASTOR, RODOLFO, *Campesinos y reformas. La Mixteca. 1748-1856*, México, El Colegio de México, 1987, 589 pp.

PEÑA, GUILLERMO DE LA, *El aula y la férula. Aproximaciones al estudio de la educación*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1981, Sección Antropología, 164 pp.

PEÑA Y CÁMARA, JOSÉ MARÍA DE LA, *Archivo General de Indias de Sevilla. Guía del visitante*, Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1958.

PÉREZ CABRERA, JOSÉ MANUEL, *Historiografía de Cuba*, México, IPGH, 1962, xv + 394 pp.

PÉREZ MARCHAND, MONELISA LINA, *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la Inquisición*, México, El Colegio de México, 1945, 237 pp.

POLIBIO, *Historia universal*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1965.

POMAR, JUAN BAUTISTA y ALONSO DE ZURITA, *Pomar. Relación de Texcoco. Zurita. Breve relación de los señores de la Nueva España*, México, Salvador Chávez Hayde, 1941, 289 pp.

PRESSOIR, CATTS, *Historiographie d'Haïti*, México, IPGH, 1953, 298 pp.

QUIROZ, OLGA, *Introducción de la filosofía moderna en España. El eclecticismo español de los siglos XVII y XVIII*, México, El Colegio de

México, 1949, 361 pp.
REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, MADRID, *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de ultramar*, Mendeln Lichtenstein, Kraus, 1967, 25 vols.
Reyes, Alfonso, *Letras de la Nueva España*, México, FCE, 1948, Colección Tierra Firme, núm. 40, 155 pp.
___, «Mi idea de la historia», en *Antología de Alfonso Reyes*, México, Promexa, 1979.
___, *Simpatías y diferencias. Los dos caminos. Reloj de sol. Páginas adicionales*, México, FCE, 1956, Letras Mexicanas, núm. 4, 622 pp.
RÍO, IGNACIO DEL, *A la diestra mano de las Indias*, La Paz, Gobierno del Estado de Baja California Sur, 1985.
RIVERA BERNÁRDEZ, JOSÉ, *Descripción breve de la muy noble y leal ciudad de Zacatecas*, Zacatecas, Tip. de la Escuela de Artes, 1889, 95 pp.
RODRÍGUEZ, JOSÉ HONORIO, *Historiografía del Brasil*, México, IPGH, 1962.
RODRÍGUEZ SALA DE GOMEZGIL, MARÍA LUISA, *El científico en México. Su imagen entre los estudiantes de enseñanza media*, México, UNAM, 1977.
RULFO, JUAN, *Pedro Páramo. El llano en llamas*, México, Promexa, 1979, Clásicos de la Literatura Mexicana, xxvi + 212 pp.
Senda de gloria, dirección de Raúl Araiza, original de Fausto Zerón-Medina, guión de Eduardo Lizalde, Antonio Monsell, Antonio Sabido y Carlos Enrique Taboada, producción de Ernesto Alonso, México, Televisa/IMSS, 1987.
SIGÜENZA Y GÓNGORA, CARLOS DE, *Obras*, biografía por Francisco Pérez Salazar, México, Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, 1928.
SILVA HERZOG, JESÚS, *La cuestión de la tierra*, México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1960-1962.
STALIN, JÓSIV, *Matérialisme dialectique et matérialisme historique*, París, Éditions Sociales, 1950.
TORQUEMADA, FRAY JUAN DE, *Primera, segunda y tercera partes de los veintiún libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerra de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la mesma tierra*, 3 tomos, Madrid, 1723; 7 tomos, México, UNAM, 1975-1983.

TORRE VILLAR, ERNESTO DE LA, *La Constitución de Apatzingán y los creadores del Estado mexicano*, México, UNAM, 1964, 439 pp.
TRABULSE ATALA, ELÍAS, *Ciencia y religión en el siglo XVII*, México, El Colegio de México, 1974, Nueva Serie, núm. 18, vii + 286 pp.
TUCÍDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso*, México, Porrúa, 1975, Sepan Cuantos, núm. 290, xx + 438 pp.
ULLOA ORTIZ, BERTA, *La revolución intervenida. Las relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos. 1910-1914*, 2.ª ed., México, El Colegio de México, 1976, xii + 451 pp.
VELÁZQUEZ, MARÍA DEL CARMEN, *Establecimiento y pérdida del septentrión de Nueva España*, México, El Colegio de México, 1974, Nueva Serie, núm. 17, 260 pp.
VILLORO, LUIS, *Creer, saber, conocer*, México, Siglo XXI, 1982, 310 pp.
___, *La revolución de independencia. Ensayo de interrupción histórica*, México, UNAM, 1953, 238 pp.
___, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1950, 247 pp.
ZAVALA, LORENZO DE, *Ensayo histórico de las revoluciones de Méjico, desde 1808 hasta 1830*, París, Imp. de P. Dupont et Laguionie, 1831-1832, 2 vols.
ZAVALA, SILVIO ARTURO, *Ordenanzas de trabajo. Siglos XVI y XVII*, sel. y notas de Silvio Zavala, México, Eledé, 1947.
___, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*, 3.ª ed., México, Porrúa, 1988, Bilbioteca Porrúa, núm. 50, 796 pp.
ZEA, LEOPOLDO, *El positivismo en México*, México, El Colegio de México, 1943, 303 pp.
___, *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, México, El Colegio de México, 1944, 303 pp.

Índice onomástico

A

B

C

D

E

F

G

H

I

J

K

L

M

N

P

Q

R

S

T

U

V

W

X

Y

Z



LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ. Cuando en San José de Gracia, Michoacán, todo el mundo comentaba la abundante cosecha que se venía gracias a la buena temporada de lluvias, el 11 de octubre de aquel año de 1925 llegó al mundo Luis González y González. La crianza ranchera que recibió le hizo comprender, desde su infancia, el desafío de conservar la memoria como forma de preservar la vida a fuerza de contar y recontar las historias de los hombres. Su amor por la conversación, por la anfitrionía y por el lenguaje, es el alfabeto con el que aprendió a escribir para traer hasta nosotros los tiempos idos.

La curiosidad por restituir el tramado que lleva a conocer al hombre y a las sociedades fue sembrada por la convivencia con los viejos de su pueblo, fue asegundada con las lecturas guiadas por José Ramírez Flores y fue fertilizada e irrigada con la enseñanza de Alfonso Reyes, Arturo Arnáiz y Freg, Silvio Zavala, José Miranda, José Gaos y Daniel Cosío Villegas.

Fiel a ese linaje que pretende rimar la reflexión y la imaginación, Luis González y González ha visitado todas las edades y todos los asuntos de la historia de México. Desde «El optimismo nacionalista como factor de la independencia de México» pasando por *Pueblo en vilo* y *Los días del presidente Cárdenas*, su obra ha merecido el reconocimiento unánime del mundo académico. Miembro de número de la Academia Mexicana de la

Historia desde 1972 y de El Colegio Nacional desde 1978, fundador de instituciones de excelencia académica como El Colegio de Michoacán, Premio Nacional de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía en 1983, Luis González y González ha recibido el Doctorado Honoris Causa de numerosas universidades y ha sido leído durante casi medio siglo lo mismo en el claustro universitario que en los patios familiares.

Su obra ha convertido los temas de nuestro pasado en vivencias de nuestro presente. Es el monumento de una sencilla erudición que busca recordarnos, en cada frase, que la memoria es el lugar de los afectos.

Notas

[1] Fray Jerónimo de Alcalá, *Relación de Michoacán*. est. prel. de Francisco Miranda, Morelia, Fimax Publicistas, 1980, pp. 200-202. <<

[2] Herodoto, *Los nueve libros de la historia*, intr. de Edmundo O'Gorman, México, Porrúa, 1974, p. 1. <<

[3] Charles Olivier Carbonell, *La historiografía*, tr. de Aurelio Garzón del Camino, México, FCE, 1986, pp. 38-46. <<

[4] Rafael Altamira y Crevea, *Proceso histórico de la historiografía humana*, México, El Colegio de México, 1948, pp. 28-60. <<

[5] Quizá el mejor informe sobre los historiadores y los libros de historia en la época actual sea el de Geoffrey Barraclough, «Historia», en Maurice Freedman *et al.*, *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos/UNESCO, 1981, t. II, pp. 293-567. <<

[6] Sobre los historiadores mexicanos de ahora es útil la consulta de *Panorama actual de la historiografía mexicana*, México, Instituto Mora, 1983; *Las humanidades en México. 1950-1975*, México, UNAM, 1978, pp. 43-92; *Veinticinco años de investigación histórica en México*, México, El Colegio de México, 1966. <<

[7] Miguel León-Portilla, *Toltecáyotl. Aspectos de la cultura náhuatl*, México, FCE, 1980, pp. 53-71. <<

[8] Henri-Irénée Marrou, *El conocimiento histórico*, tr. de J. M. García de la Mora, Barcelona, Labor, 1968, p. 14. <<

[9] Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, tr. de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 1985, pp. 73-86. <<

[10] Luciano de Samosata, «De historia conscribenda», en *Bulletin de la Faculté des lettres de Strasbourg*, Clermont-Ferrand, abril-mayo de 1942, p. 15. <<

[11] Jorge Luis Cassani y A. J. Pérez Amuchástegui, *Del epos a la historia científica*, Buenos Aires, Nova, 1971, pp. 8 y 9. También Pierre Salmon, *Historia y crítica. Introducción a la metodología histórica*, tr. de David Romano, Barcelona, Teyde, 1978, p. 23. <<

[12] Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, tr. de Ángeles Cardona, Madrid, Sarpe, 1983, p. 28. <<

[13] Jean Bodin, *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, citado en Fritz Wagner, *La ciencia de la historia*, tr. de Juan Brom, México UNAM, 1958, pp. 98-99. <<

[14] Alfonso Reyes, *Letras de la Nueva España*, México, FCE, 1948, pp. 43-55. <<

[15] Pierre Bayle, *Dictionnaire historique et critique*, Rotterdam. 1695, citado en F. Wagner, *op. cit*., pp. 111-112. <<

[16] Julien Camille agrega: «El primer deber del historiador es trabajar sin prejuicios, sin cólera, sin idea ni pasión preconcebida». Esta y otras opiniones de los positivistas en *Extraits des historiens français du XIXe*. publicado por primera vez en 1896 y varias veces reproducido posteriormente. <<

[17] Enrique C. Rébsamen, *Guía metodológica para la enseñanza de la historia […]*, México, 1890, citado en Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, UNAM, 1970, pp. 282-283. <<

[18] José Fuentes Mares, *Mi versión de la historia*. México Jus. 1975, p. 16. <<

[19] H. I. Marrou, *op. cit.*, pp. 77-78. Por su parte Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia*, Madrid, Alianza, 1984, p. 19, escribe: «El historiador no es un coleccionista ni un esteta […] Sólo le interesa la verdad». <<

[20] José Gaos, «Notas sobre la historiografía», en *Historia Mexicana*, México, abril-junio de 1960, t. IX, núm. 4, p. 488. <<

[21] Wilhelm Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu*, tr. de Eugenio Ímaz, México, FCE, 1944, p. 38. <<

[22] M. I. Finley, *Uso y abuso de la historia*, Barcelona, Crítica, 1979, p. 44. <<

[23] Francisco Esteve Barba, *Historiografía indiana*, Madrid, Gredos, 1964, pp. 8-20. <<

[24] Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos*, México, FCE, 1986, p. 23. <<

[25] Paul Valéry, *Miradas al mundo actual*, tr. de José Bianco. Buenos Aires, Losada, 1954, p. 37. <<

[26] Bertrand Russell, *Retratos de memoria y otros ensayos*, tr. de Manuel Suárez, Madrid, Alianza, 1976, p. 201. <<

[27] J. Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 12. Por su parte, Schopenhauer escribió de la historia: «Es un sentimiento amoroso hacia lo que fue y no volverá». **<<**

[28] Edmundo O'Gorman, *Del amor del historiador a su patria*, México, Condumex, 1974, p. 21. <<

[29] Raymond Aron, *Dimensiones de la conciencia histórica*, tr. de David Huerta y Paloma Villegas, México, FCE, 1983, p. 22. <<

[30] Guillermo Bauer, *Introducción al estudio de la historia*, tr. de Luis G. de Valdeavellano, Barcelona, Bosch, 1957, pp. 18-30. <<

[31] Manuel Gutiérrez Nájera, *Divagaciones y fantasías*. México, SEP, 1974, p. 15. <<

[32] Polibio, *Historia universal*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1965, p. 524. <<

[33] Cf. F. Wagner, *op. cit.*, p. 118. <<

[34] Johann Gustav Droysen, *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, tr. de Ernesto Garzón Valdés y Rafael Gutiérrez Girardot, Barcelona, Alfa, 1983, p. 44. <<

[35] Stanislav Andreski, *Las ciencias sociales como forma de brujería*, tr. de Juan Carlos Curutchet, Madrid, Taurus, 1973, p. 274. <<

[36] Lawrence Stone, *El pasado y el presente*, tr. de L. Aldrete, México, FCE, 1986, p. 55. <<

[37] E. O'Gorman, *op. cit.*, p. 20. <<

[38] La exposición más amplia sobre los numerosos científicos y técnicos y sus respectivas disciplinas se encuentra en Charles Samaran, *L'Histoire et ses méthodes*, París, Encyclopédie de la Pléiade, 1961. <<

[39] Luis González y González, «La pasión del nido», en *Historia Mexicana*, México, julio-septiembre de 1976, t. XXV, núm. 4, pp. 530-584. <<

[40] Comité Mexicano de Ciencias Históricas, *Registro nacional de instituciones dedicadas a los estudios históricos*, México, 1984. <<

[41] Luis González y González, «El Colegio de Michoacán», en *Historia Mexicana*, México, abril-junio de 1983, t. XXXII, núm. 4, pp. 577-596. También *El estilo Colmex de estudios superiores*, México, UNAM, 1982, pp. 7-12. <<

[42] Alberto Salas, *Nueve cartas a un joven intelectual*, Buenos Aires, Troquel, 1966: «Usted deberá aprender a desperdiciar su tiempo socialmente, concurriendo a reuniones, recepciones y copetines» (p. 27). «Usted debe escribir cartas y no demorar ni omitir respuestas» (p. 30). También debe asumir «aire de personaje, mucha seguridad y aplomo» (p. 44). De algún modo expresar «adhesión a las doctrinas de extrema izquierda» (p. 118). <<

[43] Santiago Ramón y Cajal, *Los tónicos de la voluntad*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1941, p. 42. <<

[44] Azorín, *El escritor*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1942, p. 17. <<

[45] Baltazar Gracián, *Oráculo manual*, Buenos Aires, Pluma de Oro, 1943, p. 44: «Todo se les va a algunos en comenzar y nada acaban; inventan pero no prosiguen; todo para en parar […]». <<

[46] S. Ramón y Cajal, «Perseverancia en el estudio», en *op. cit.*, pp. 43-50. <<

[47] Ibídem, «El investigador y la familia», pp. 95-104: «Los afanes del hogar restan fuerzas morales y económicas a la obra de investigación». «Si la mujer es un mal, convengamos en que es un mal necesario». «Entre las mujeres de la clase media, donde el hombre de estudio suele buscar compañera, figuran cuatro tipos principales, a saber: la intelectual, la heredera rica, la artista y la hacendosa». La primera «es especie muy rara». «La mujer opulenta nos parece peligrosísima». «La mujer artista […] adquiere aires de dómine y vive en perpetua exhibición de primores y habilidades». Sólo «nos queda […] la señorita hacendosa y económica». <<

[48] No estaría de más escribir acerca de dónde debe vivir el historiador, con quiénes tratar, cómo dividir su tiempo, la manera de hacer dóciles sus apetitos, sus intereses, sus filias y sus fobias, adonde y cómo viajar y otras minucias que pueden convertirse en enormidades si no se hacen conscientes a su debido tiempo. Una obra así podría expresarse de modo irónico como las *Nueve cartas a un joven intelectual* de don Alberto Salas, o muy en serio, como los antiguos tratados morales. <<

[1] Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia*, Madrid. Alianza, 1984, p. 20. <<

[2] José Gaos, «Notas sobre la historiografía», en *Historia Mexicana*, México, abril-junio de 1960, t. IX, núm. 4, pp. 490-491. <<

[3] Lucien Febvre, *Combates por la historia*, tr. de Francisco Fernández Buey y Enrique Agullol, Barcelona, Ariel, 1970, p. 29. <<

[4] Nicola Abbagnano, *Diccionario de filosofía*, tr. de Alfredo N. Galletti, México, FCE, 1983, p. 614. <<

[5] P. Veyne, *op. cit.*, pp. 191-192. Carlos Monsiváis, *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, México, Era, 1980, p. 75. <<

[6] J. Gaos, *op. cit*., p. 491. <<

[7] Ibídem, p. 492. <<

[8] ¿No murió en tal creencia un hombre tan respetado como Fernand Braudel? <<

[9] Edward H. Carr, citado en Josep Fontana, *La historia*, Barcelona, Salvat, 1975, p. 16. <<

[10] Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios*, México, Porrúa, 1979, p. 423. <<

[11] León Dujovne, *La filosofía de la historia en la Antigüedad y en la Edad Media*, Buenos Aires, Galatea/Nueva Visión, 1958, pp. 217-220. <<

[12] Andrea Sánchez Quintanar, «La historiografía marxista mexicana», en *Panorama actual de la historiografía mexicana*, México, Instituto Mora, 1983, p. 28. <<

[13] José Ortega y Gasset, *Obras completas*, Madrid, Revista de Occidente, 1952, t. II, pp. 615 y ss.; t. III, pp. 441 y ss.; t. IV, pp. 89 y ss.; t. V, pp. 38 y ss., y t. VI, p. 226. Jiménez Moreno dio muchas conferencias sobre las generaciones mexicanas. Han escrito sobre el asunto, aparte de su servidor, Enrique Krauze, *Caras de la historia*, México, Joaquín Mortiz, 1983, pp. 124-168; José María Monner Sanz, *El problema de las generaciones*, Buenos Aires, Emecé, 1970; etcétera. <<

[14] Luis González y González, *La ronda de las generaciones*, México, Sep-Cultura, 1984, pp. 5-8. <<

[15] Por regla general, los manuales de historia de México tanto de conservadores, como el *Compendio* de Bravo Ugarte, o de revolucionarios, como la *Síntesis* de Alfonso García Ruiz, refieren en párrafos aparte lo concerniente a los presidenciados de Cárdenas, Ávila Camacho, Alemán, etc. La principal división de la *Historia de la revolución mexicana*, México, El Colegio de México, 1976-1988, es por periodos presidenciales. <<

[16] J. Gaos, *op. cit.*, p. 501. <<

[17] Raymond Aron, *Dimensiones de la conciencia histórica*, tr. de David Huerta y Paloma Villegas, México, FCE, 1983, p. 273. **<<**

[18] Arnold Toynbee, *Estudio de la historia*, Buenos Aires, Emecé, 1951-1968, t. I, pp. 67-74. <<

[19] Guillermo Bauer, *Introducción al estudio de la historia*, tr. de Luis G. de Valdeavellano, Barcelona, Bosch, 1957, pp. 170-172. <<

[20] Geoffrey Barraclough, «Historia», en Maurice Freedman *et al*., *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos/UNESCO, 1981, p. 484. Agrega: «Los historiadores asiáticos […] todavía se centran, casi exclusivamente, en su propia sociedad […] y aceptan el ámbito prácticamente sin cuestionarlo». En la página 485, concluye: «Las unidades básicas de la historia mundial son las naciones-Estados». <<

[21] Luis González y González, «Suave matria», en *Nexos*, México, diciembre de 1986, año IX, t. IX, núm. 108, p. 52. <<

[22] G. Bauer, *op. cit.*, p. 166. <<

[23] L. González y González, *op. cit.*, pp. 52-53. <<

[24] G. Bauer, *op. cit.*, p. 176. <<

[25] L. Ranke, citado en G. Bauer, *op. cit.*, pp. 177-178. Véase también André Maurois, *Aspects de la biographie*, París, Grasset, 1928. <<

[26] G. Bauer, *op. cit.*, p. 178. <<

[27] Como quiera, un contemporáneo nuestro, Manuel Garría Morente, ha escrito: «La historia esencial, la historia fundamental, la base de toda historia es la biografía». Cf. Pedro Muro, *Filosofía, pedagogía e historia en Manuel García Morente*, Sevilla, IEG, 1977, p. 115. <<

[28] Lawrence Stone, *El pasado y el presente*, tr. de L. Aldrete, México, FCE, 1986, pp. 61-94. <<

[29] Hugh M. Hamill, «The Status of Biography in Mexican Historiography», en *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México*, México, UNAM/Colmex, 1971, pp. 285-311. <<

[30] Johann Gustav Droysen, *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, tr. de Ernesto Garzón Valdés y Rafael Gutiérrez Girardot, Barcelona, Alfa, pp. 253-254. <<

[31] Carlos Martínez Marín, «Reflexiones en torno a la etnohistoria», en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México, 1978, t. XXX, pp. 34-35, se ocupa ampliamente de los temas interesantes para los etnohistoriadores. Richard N. Adams, «Ethnohistoric Research Methods: Some Latin American Features», en *Ethnohistory*, Amherst, 1962, t. X, pp. 179-205. <<

[32] José María Muriá, «Apuntes sobre el estado actual de la historiografía regional mexicana», en *Panorama actual de la historiografía mexicana*, p. 21. <<

[33] De la historia demográfica se han ocupado principalmente Pierre Chaunu, *Histoire quantitative, histoire sérielle*, París, Colin, 1978; David S. Landes *et al.*, *Las dimensiones del pasado*, Madrid, Alianza, 1974; T. H. Hollingsworth, *Demografía histórica*, México, FCE, 1985. <<

[34] Enrique Florescano, «Perspectivas de la historia económica en México», en *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México*, pp. 317-338. Véase además *La historia económica en América Latina*, México, SEP, 1972. <<

[35] Andrés Lira, *El amparo colonial y el juicio de amparo mexicano […]*, México, FCE, 1972, y *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México. Tenochtitlán y Tlatelolco, sus pueblos y barrios. 1812-1919*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1983; Rafael Diego Fernández, *Capitulaciones colombinas. 1492-1506*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1987. <<

[36] F. Furet, «En marge de “Annales”», en *Le Débat*, París, diciembre de 1981, núm. 17, p. 115; Álvaro Matute, «La historiografía mexicana contemporánea», en *Ciencias sociales en México*, México, El Colegio de México, 1979, pp. 75-88. <<

[37] George Baudot, *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana*, tr. de Vicente González Loscertales, Madrid, Espasa-Calpe, 1983. <<

[38] Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Hacer la historia*, Barcelona, Laia, 1980, t. III, pp. 81-97. <<

[39] Guillermo de la Peña, *El aula y la férula*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1981, pp. 27-68. <<

[40] Emilio García Riera, *Historia documental del cine mexicano*, México, Era, 1969-1978. <<

[41] Antonio Alatorre, *Los 1001 años de la lengua española*, diseño de Beatrice Trueblood, México, Bancomer, 1979. <<

[42] J. G. Droysen, *op. cit*., pp. 268-275. <<

[43] José Bravo Ugarte, «Historia religiosa», en *Veinticinco años de investigación histórica en México*, México, El Colegio de México, 1966, pp. 229-248. <<

[44] Guy Thuillier y Jean Tulard, *La Méthode en histoire*, París, Presses Universitaires de France, 1986, pp. 14-22. <<

[45] Enrique Florescano, *México en 500 libros*, México, Nueva Imagen, 1981, pp. 31-34, 41 y 76. <<

[46] J. Gaos, *op. cit.*, p. 495. <<

[47] Luis Villoro, «Historia de las ideas», en *Veinticinco años…*, *op. cit*., pp. 11-45. <<

[48] Germán Somolinos d'Ardois, *Historia y medicina. Figuras y hechos de la historiografía médica mexicana*, México, UNAM, 1957, pp. 119-140. <<

[49] L. González y González, «Historia de la historia», en *op. cit.*, pp. 46-78. <<

[50] En el artículo de L. González y González no constan las siguientes historias de la historia mexicana: Isaac Barrera, *Historiografía del Ecuador*, México, IPGH, 1956; George Baudot, *Utopía e historia en México*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983; Efraim Cardozo, *Historiografía paraguaya*, México, IPGH, 1959; Germán Carrera Damas, *Historia de la historiografía venezolana*, Caracas, IU, 1961; Francisco Esteve Barba, *Historiografía indiana*, Madrid, Gredos, 1964; Elsa Goveia, *A Study on the Historiography of the British West Indies*, México, IPGH, 1956; José Manuel Pérez Cabrera, *Historiografía de Cuba*, México, IPGH, 1962; Catts Pressoir, *Historiographie d'Haïti*, México, IPGH, y José Honorio Rodríguez, *Historiografía del Brasil*, México, IPGH, 1962. <<

[1] Vivian Hunter Galbraith, «Reflexiones», en L. P. Curtis, comp., *El taller del historiador*, trad. de Juan José Utrilla, México, FCE, 1975, p. 44. <<

[2] Carlo M. Cipolla, «*Fortuna plus homini quam consilium valet*», en L. P. Curtis, *op. cit*., pp. 89-90. <<

[3] George Frederick Elliot Rudé, «El rostro cambiante de la multitud», en L. P. Curtis, *op. cit.*, p. 207. **<<**

[4] L. P. Curtis, Jr., «De las imágenes y la imaginación en historia», en L. P. Curtis, *op. cit.*, p. 263. <<

[5] Henri-Irénée Marrou, *El conocimiento histórico*, tr. de J. M. García de la Mora, Barcelona, Labor, 1968, p. 46. <<

[6] H. I. Marrou, *op. cit.*, p. 52; Umberto Eco, *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*, Barcelona, Gedisa, 1986, pp. 27-36. <<

[7] Lawrence Stone, *El pasado y el presente*, tr. de L. Aldrete, México, FCE, 1986, p. 54. <<

[8] Guillermo Bauer, *Introducción al estudio de la historia*, tr. de Luis. G. de Valdeavellano, Barcelona, Bosch, 1957, p. 517. <<

[9] Ario Garza Mercado, *Manual de técnicas de investigación para estudiantes de ciencias sociales,* México, El Colegio de México, 1981, p. 45. <<

[10] Jorge Luis Cassani y A. J. Pérez Amuchástegui, *Del epos a la investigación científica*, Buenos Aires, Nova, 1971, p. 216: «La primera tarea del historiador consiste en enterarse de cuanto se haya investigado en torno del problema que le preocupa». <<

[11] Federico Suárez, *La historia y el método de investigación histórica*, Madrid, Rialp, 1977, pp. 158-159. <<

[12] F. Suárez, *op. cit.*, pp. 162-164; Jacques Barzun y Henry F. Graff, *The Modern Researcher*, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1957, pp. 61-66. <<

[13] De las obras clásicas de los autores mencionados hay varias ediciones. Son recomendables: 1) Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Jus, 1968-1969; 2) Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución de la América mexicana […]*, México, Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana, 1985; 3) José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, México, Porrúa, 1950; 4) Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de Méjico, desde 1808 hasta 1830*, París, Imp. de P. Dupont et Laguionie, 1831. <<

[14] H. I. Marrou, *op. cit.*, pp. 47-49. <<

[15] Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia*, Madrid, Alianza, 1984, p. 83. <<

[16] Jerzy Topolski, *Metodología de la historia*, tr. de María Luisa Rodríguez Tapia, Madrid, Cátedra, 1982, p. 284. <<

[17] Cf. Topolski, *op. cit.*, p. 285. <<

[18] Pedro Pérez Herrero, «Fuentes archivísticas […]», en Fermín del Pino Díaz, *Ensayos de metodología histórica en el campo americanista*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1985, pp. 61-62. <<

[*] Dícese de objetos que estorban o que son engorrosos. <<

[19] Sonia Comboni y José Manuel Juárez, *Introducción a las técnicas de investigación*, México, UAM-Xochimilco, 1984, pp. 19-21. <<

[20] A. Garza Mercado, *op. cit.*, pp. 52-56. <<

[21] Rosa Krauze de Kolteniuk, *Introducción a la investigación filosófica*, 2.ª ed., México, UNAM, 1986, pp. 40-47. <<

[22] A. Garza Mercado, *op. cit.*, pp. 48-49. <<

[23] Ibídem, pp. 52-57; Javier Lasso de la Vega, *Cómo se hace una tesis doctoral. Manual de técnicas de la investigación científica*, Madrid, Mayfe, 1958, p. 111: «Conocido el tema, averiguado lo que se ha escrito sobre él y formada la bibliografía, procede trazar el plan […], la osamenta del trabajo, el esqueleto, la estructura sobre la que ha de levantarse el edificio». <<

[24] Santmyers citado en A. Garza Mercado, *op. cit.*, pp. 62-63. <<

[25] Una excepción a la regla es el Archivo General de la Nación, que ha venido publicando una vasta serie de «Guías y catálogos» en los que colabora asiduamente Cayetano Reyes. <<

[1] Charles Samaran, dir., *L'Histoire et ses méthodes*, París, Gallimard; Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Hacer la historia*, Barcelona, Laia, 1980. <<

[2] Theodor Schieder, *La historia como ciencia*, Buenos Aires, Sur, 1970, p. 25. <<

[3] Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1970, p. 428. <<

[4] Ignacio Bernal, *Historia de la arqueología en México*, México, Porrúa, 1979, pp. 41-42. <<

[5] Carlos de Sigüenza y Góngora, *Obras*, biografía por Francisco Pérez Salazar, México, Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, 1928. <<

[6] José Lameiras, «La antropología», en *Ciencias sociales en México*, México, El Colegio de México, 1979, pp. 107-180; Jaime Litvak King, «La arqueología», en *Las humanidades en México. 1950-1975*, México, UNAM, 1978, pp. 667-679. <<

[7] El clásico en la materia parece ser Jan Vansina, *La tradición oral*, tr. de Miguel María Llongueras, Barcelona, Labor, 1968. <<

[8] Carlos Bosch García, *La técnica de la investigación documental*, México, UNAM, 1963. <<

[9] Ernesto de la Torre Villar, «El sistema bibliotecario mexicano», en *Las humanidades en México. 1950-1975*, pp. 724-737. <<

[10] Luis González Obregón, *La Biblioteca Nacional de México, 1833-1910. Reseña histórica*, México, 1910. <<

[11] Luis González y González, «La pasión del nido», en *Historia Mexicana*, México, julio-septiembre de 1976, t. XXV, núm. 4, pp. 546-553. <<

[12] Manuel Carrera Stampa, *Archivalia mexicana*, México, UNAM, 1952. <<

[13] Roscoe R. Hill, *Los archivos nacionales de la América Latina*, La Habana, 1948. <<

[14] Dale M. Valentine, en *El trabajo y los trabajadores en la historia de México*, México, El Colegio de México, 1979, pp. 860-864. <<

[15] *Guía general de los fondos que contiene el Archivo General de la Nación*, México, AGN, 1981. <<

[16] Lino Gómez Canedo, *Los archivos de la historia de América. Periodo colonial español*, México, IPGH, 1961; Joaquín Fernández de Córdoba, *Tesoros bibliográficos de México en los Estados Unidos*, México, Cultura, 1959; Ernesto de la Torre Villar, *Testimonios históricos mexicanos en los repositorios europeos. Guías para su estudio*, México, Biblioteca del Claustro, 1980; María del Carmen Velázquez, *Documentos para la historia de México en colecciones austríacas*, México, Biblioteca del Claustro, 1981. <<

[17] José María de la Peña y Cámara, *Archivo General de Indias de Sevilla. Guía del visitante*, Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1958. <<

[18] Richard Greenleaf y Michael Meyer, *Research in Mexican History […]*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1973. <<

[19] Guy Thuillier y Jean Tulard, *La Méthode en histoire*, París, Presses Universitaires de France, 1986, p. 63. <<

[20] Umberto Eco, *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*, Barcelona, Gedisa, 1986, pp. 146-156; C. Bosch García, *op. cit.*, p. 20; Rosa Krauze de Kolteniuk, *Introducción a la investigación filosófica*, 2.ª ed., México, UNAM, 1986, pp. 141-147. <<

[21] U. Eco, *op. cit.*, p. 157. <<

[22] Julián Marías, *Cara y cruz de la electrónica*, Madrid, Espasa-Calpe, 1985, pp. 53, 56-60, 71-72, 97-102. <<

[23] Benito Sánchez Alonso, *Fuentes de la historia española e hispanoamericana. Ensayo de bibliografía sistemática de impresos y manuscritos que ilustran la historia política de España y sus antiguas provincias de ultramar*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1952. <<

[24] Francisco del Paso y Troncoso, *Papeles de Nueva España […]*, Madrid, 1905-1906, y *Epistolario de la Nueva España. 1505-1818*, México, Antigua Librería Robredo, 1939-1942. <<

[25] Joaquín García Icazbalceta, *Colección de documentos para la historia de México*, México, Librería de J. M. Andrade, 1858-1866; y *Nueva colección de documentos para la historia de México*, México, Imp. de F. Díaz de León, 1886-1892. <<

[26] De las tres colecciones citadas hay reediciones hechas en 1985 por la Comisión Nacional para las celebraciones del 175 aniversario de la independencia y del 75.º aniversario de la revolución mexicana. <<

[27] Otra colección de documentos de la mayor importancia es la de Manuel Orozco y Berra, *Documentos para la historia de México*, en cuatro series: la primera se publicó en 5 vols. en 1853-1854; la segunda, en 5 vols. en 1854-1855; la tercera en 1 vol. en 1856, y la cuarta, en 4 vols. en 1856-1857. <<

[28] Luis Chávez Orozco, *Documentos sobre las alhóndigas y pósitos de Nueva España*, México, Almacenes Nacionales de Depósito, 1955-1959, y *Colección de documentos para la historia del comercio exterior de México*, México, Banco de Comercio Exterior, 1858-1962. <<

[29] Silvio Zavala y María Castelo, *Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España*, México, FCE, 1939-1946. Lo reedita en 1980 el Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano. *Ordenanzas de trabajo. Siglos XVI y XVII*, sel. y notas de Silvio Zavala, México, Eledé, 1947. <<

[30] Isidro Fabela, *Documentos históricos de la revolución mexicana. Revolución y régimen constitucionalista*, México, FCE, 1960-1964; Manuel González Ramírez, *Fuentes para la historia de la revolución mexicana*, México, FCE, 1954-1959; Jesús Silva Herzog, *La cuestión de la tierra*, México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1960-1962. <<

[31] Carlos Herrejón, *Biblioteca José María Morelos*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1984-1987. <<

[32] Manuel Carrera Stampa, *Guía del archivo del antiguo ayuntamiento de la ciudad de México*, La Habana, 1949; Israel Cavazos Garza, *Catálogo y síntesis de los protocolos del Archivo Municipal de Monterrey*, Monterrey, UANL, 1966-1973; Luis Chávez Orozco, *Índice del Ramo de Indios del Archivo General de la Nación*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1951-1953; Lino Gómez Canedo, *op. cit.*: Gloria Grajales, *Guía de documentos para la historia de México en archivos ingleses*, México, UNAM, 1969; Eulalia Guzmán, *Manuscritos sobre México en archivos de Italia*. México, SMGE, 1964; Agustín Millares Carlo, *Repertorio bibliográfico de los archivos mexicanos y de las colecciones diplomáticas fundamentales para la historia de México*, México, 1948, y otros del mismo autor y de otros autores que se callan en gracia a la brevedad. <<

[1] Oscar Handlin, *La verdad en la historia*, tr. de Mercedes Pizarra, México, FCE, 1982, p. 147. <<

[2] Los adelantos de la crítica histórica a partir del Renacimiento están muy bien descritos en Pierre Salmon, *Historia y crítica. Introducción a la metodología histórica*, tr. de David Romano, Barcelona, Teyde, 1978, pp. 24-26; Jorge Luis Cassani y A. J. Pérez Amuchástegui, *Del epos a la historiografía científica*, Buenos Aires, Nova, 1971, pp. 110-158. <<

[3] Johann Gustav Droysen, *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, tr. de Ernesto Garzón Valdés y Rafael Gutiérrez Girardot, Barcelona, Alfa, 1983, p. 117. <<

[4] Ernst Bernheim, *Introducción al estudio de la historia*, Barcelona, Labor, 1937; Ch. V. Langlois y Ch. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos*, Madrid, Jorro, 1913; G. J. Garraghan, *A Guide to Historical Method*, Nueva York, Fordham University Press, 1957. <<

[5] Wilhelm Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu*, México, FCE, 1944. <<

[6] Ciro Flamarión S. Cardoso, *Introducción al trabajo de la investigación histórica. Conocimiento, método e historia*, Barcelona, Crítica, 1985, pp. 142-143. <<

[7] Ch. V. Langlois y Ch. Seignobos, *op. cit.*, p. 105. **<<**

[8] P. Salmon, *op. cit.*, p. 74; E. Bernheim, *op. cit.*, pp. 143 y ss. <<

[9] Robert Marichal, «La critique des textes», en Ch. Samaran, *L'Histoire et ses méthodes*, París, Encyclopédie de la Pléiade, 1961, pp. 1294-1304. <<

[10] Jerzy Topolski, *Metodología de la historia*, tr. de María Luisa Rodríguez Tapia, Madrid, Cátedra, pp. 340-341. <<

[11] O. Handlin, *op. cit.*, p. 223. <<

[12] Ch. V. Langlois y Ch. Seignobos, *op. cit*., pp. 169-170. <<

[13] Marc Bloch, *Introducción a la historia*, tr. de Pablo González Casanova y Max Aub, México, FCE, 1979, pp. 49-51; P. Salmon, *op. cit.*, pp. 108-112; R. Marichal, *op. cit.*, pp. 1340-1360. <<

[14] Luis González y González, «Historia de la historia», en *Veinticinco años de investigación histórica en México*, México, El Colegio de México, 1966, pp. 47-78. <<

[15] Raymond Aron, *Dimensiones de la conciencia histórica*, México, FCE, 1983, pp. 65-71. <<

[16] Rosa Krauze de Kolteniuk, *Introducción a la investigación filosófica*, 2.ª ed., México, UNAM, 1986, pp. 85-102. <<

[17] Agustín Millares Carlo, *Álbum de paleografía hispanoamericana, siglos* XVI *y* XVII, México, IPGH, 1955. <<

[18] J. L. Cassani y A. J. Pérez Amuchástegui, *op. cit.*, p. 220; P. Salmon, *op. cit.*, pp. 90-97. <<

[19] P. Salmon, *op. cit.*, p. 92. <<

[20] Edmundo O’Gorman, *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, UNAM, 1951; Leopoldo Zea, *El positivismo en México*, México, El Colegio de México, 1943, y *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, México, El Colegio de México, 1945; Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1950; Monelisa Lina Pérez Marchand, *Dos etapas ideológicas del siglo* XVIII *en México a través de los papeles de la Inquisición*, México, El Colegio de México, 1945; Olga Quiroz, *Introducción de la filosofía moderna en España*, México, 1949; Bernabé Navarro, *Introducción de la filosofía moderna en México*, México, El Colegio de México, 1948. <<

[21] Bernard Lonergan, *Lecturas historiográficas*, intr., tr. y notas de Xavier Cacho, México, Universidad Iberoamericana, 1985, pp. 75-99. <<

[22] Steele Commager, *La historia. Su naturaleza. Sugestiones didácticas*, México, UTEHA, 1967, pp. 76-85; P. Harsin, *Comment on écrit l’histoire*, Lieja, G. Thone, 1933, p. 105. <<

[23] Cf. Henri-Irénée Marrou, *El conocimiento histórico*, tr. de J. M. García de la Mora, Barcelona, Labor, 1968, p. 97: «Ningún documento prueba por sí solo de manera indiscutible la existencia de un hecho; el análisis crítico no llega más que a determinar la credibilidad que parece merecer su testimonio». <<

[24] P. Salmon, *op. cit.*, p. 113. Este autor cita allí mismo un párrafo de Anatole France que dice: «Es extremadamente difícil escribir historia […] Cuando un hecho es conocido por un solo testimonio suele admitirse sin demasiada vacilación. Las indecisiones empiezan cuando los sucesos son narrados por dos o más testigos, porque sus testimonios son siempre contradictorios y siempre inconciliables». <<

[25] Sin embargo, las historias demográfica, económica y social, hoy en boga, basan sus afirmaciones en testimonios únicos. <<

[26] M. Bloch, *op. cit.*, p. 91. <<

[27] La historia nunca se quitará el sambenito de ser una pequeña ciencia conjetural. <<

[28] Jorge Lozano, *El discurso histórico*, Madrid, Alianza, 1987, pp. 196-210.
<<

[29] H. I. Marrou, *op. cit.*, p. 94. <<

[30] Avital H. Bloch, «La historia como narrativa: aspectos de crítica y de defensa», en *Encuentro*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, julio-septiembre de 1986, t. III, núm. 4, pp. 47-82. <<

[1] Luis Villoro, *Creer, saber, conocer*, México, Siglo XXI, 1982, p. 279. <<

[2] Marco Tulio Cicerón, *De oratore*, t. II, pp. 63-64. <<

[3] Johann Gustav Droysen, *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, tr. de Ernesto Garzón Valdés y Rafael Gutiérrez Girardot, Barcelona, Alfa, 1983, pp. 179-226. <<

[4] Para el conocimiento de las teorías explicativas de los mencionados conviene ver, aparte de sus obras, las de R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, en su primera parte; Patrick Gardiner, ed., *Theories of History*, Nueva York, Free Press of Glencoe, 1959, y Fritz Wagner, *La ciencia de la historia*. <<

[5] La mayoría de los libros recientes que se ocupan de la explicación histórica ya se han mencionado antes en su versión española. Se trata de R. Aron, *Introducción a la filosofía de la historia* y *Dimensiones de la conciencia histórica*; I. Berlin, *Lo inevitable en la historia*; C. Damas, *Metodología y estudio de la historia*; C. Cardoso, *Introducción al trabajo de la investigación histórica*; W. Dray, *Filosofía de la historia*; P. Gardiner, *La naturaleza de la explicación histórica*; O. Handlin, *La verdad en la historia*; H. I. Marrou, *El conocimiento histórico*; E. O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*; C. Pereyra, *El sujeto de la historia*; K. Popper, *La miseria del historicismo*; C. Rama, *Teoría de la historia*; A. Schaff, *Historia y verdad*; P. Salmon, *Historia y crítica*; L. Stone, *El pasado y el presente*; J. Topolski, *Metodología de la historia*; W. H. Walsh, *Introducción a la filosofía de la historia*, etcétera. <<

[6] Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1968. <<

[7] Carlos Pereyra, *El sujeto de la historia*, Madrid, Alianza, 1984, p. 94. <<

[8] R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, tr. de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, México, FCE, 1952; R. G. Collingwood, «La historia como autoconocimiento del espíritu», en *Autobiografía*, tr. de Jorge Hernández Campos, México, FCE, 1953; R. G. Collingwood, *Ensayos sobre la filosofía de la historia*, tr. de José Luis Cano, Barcelona, Barral, 1970. <<

[9] R. G. Collingwood, *Ensayos sobre la filosofía de la historia*, p. 16. <<

[10] R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, pp. 246-248. También tocan el punto los *Ensayos sobre la filosofía* acabados de citar. **<<**

[11] Georg Henrik von Wright, *Explicación y comprensión*, Madrid, Alianza Universitaria, 1979, pp. 54-55. <<

[12] R. G. Collingwood, *Ensayos*, pp. 10-11. <<

[13] Jerzy Topolski, *Metodología de la historia*, tr. de María Luisa Rodríguez Tapia, Madrid, Cátedra, 1982, p. 418. <<

[14] W. H. Walsh, *Introducción a la filosofía de la historia*, tr. de Florentino M. Torner, México, Siglo XXI, 1968, p. 68. <<

[15] Ibídem, p. 69. <<

[16] José Gaos, *Obras completas*, México, UNAM, 1980; Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos*, México, El Colegio de México, 1944; y Edmundo O'Gorman, *La idea del descubrimiento de América*, México, UNAM, 1951. <<

[17] Henri-Irénée Marrou, *El conocimiento histórico*, tr. de J. M. García de la Mora, Barcelona, Labor, 1968, p. 131. <<

[18] J. Topolski, *op. cit.*, p. 450. <<

[19] Pierre Salmon, *Historia y crítica. Introducción a la metodología histórica*, tr. de David Romano, Barcelona, Teyde, 1978, pp. 134-135. <<

[20] Raymond Aron, *Dimensiones de la conciencia histórica*, México, FCE, p. 19. <<

[21] P. Salmon, *op. cit.*, p. 137. <<

[22] Germán Carrera Damas, *Metodología y estudio de la historia*, Caracas, Monte Ávila, 1980, pp. 39-43. <<

[23] J. Luis Cassani y A. J. Pérez Amuchástegui, *Del epos a la historia científica*, Buenos Aires, Nova, 1971, p. 211. <<

[24] J. Topolski, *op. cit.*, p. 428. <<

[25] Antonello Gerbi, *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo*, 3.ª ed., Lima, Banco de Crédito del Perú, 1946. <<

[26] Steele Commager, *La historia*, México, UTEHA, 1967, p. 144. <<

[27] Joseph Arthur de Gobineau, *Sur l’inégalité des races humaines*, París, Nouvel Office d’Édition, 1963. El libro que escribió entre 1848 y 1851. <<

[28] R. Aron, *op. cit.*, p. 125. **<<**

[29] Charles Beard *et al.*, *Theory and Practice in Historical Study*, Nueva York, Social Science Research Council, 1946; Edwin Seligman, *La interpretación económica de la historia*, Buenos Aires, Nova, 1957, pp. 126-131; Witold Kula, *Problemas y métodos de la historia económica*, Barcelona, Península, 1973. <<

[30] Marc Bloch, *Introducción a la historia*, tr. de Pablo González Casanova y Max Aub, México, FCE, 1979, p. 117. <<

[31] Gonzalo Hernández de Alba, *Personalidad e historia*, Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1964, pp. 46-51. <<

[32] Gordon Childe, *Teoría de la historia*, tr. de Aníbal Leal, Buenos Aires, La Pléyade, 1974, p. 71. <<

[33] Philip Rieff en Bruce Mazlish, *Psychoanalysis and History*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1963, pp. 23-44. <<

[34] Ciro F. S. Cardoso y H. Pérez Brignoli, *Los métodos de la historia*, México, Grijalbo, 1977, pp. 332-334. <<

[35] Solange Alberro y Serge Gruzinski, *Introducción a la historia de las mentalidades*, México, INAH, 1979, pp. 11-12. <<

[36] J. Topolski, *op. cit.*, p. 430. <<

[37] Roger Aubert, «Historiens croyants et historiens incroyants», en *L’Histoire et l’historien*, París, Librairie Arthème Fayard, 1964, p. 43. <<

[38] H. I. Marrou, *op. cit.*, p. 137. <<

[39] Cf. H. I. Marrou, *op. cit.*, p. 145. <<

[40] Jósiv Stalin, *Matérialisme dialectique et matérialisme historique*, París, Éditions Sociales, 1950. <<

[41] Antonio Gramsci, *Pasado y presente*, México, Juan Pablos, 1977. <<

[42] C. F. S. Cardoso, *op. cit.*, pp. 122-123. **<<**

[43] Miguel León-Portilla, «Tendencias en la investigación histórica de México», en *Las humanidades en México. 1950-1975*, México, UNAM, 1978, pp. 61-63. <<

[44] Andrea Sánchez Quintanar, «La historiografía marxista mexicana», en *Panorama actual de la historiografía mexicana*, México, Instituto Mora, 1983, pp. 23-31. <<

[45] Cf. C. F. S. Cardoso, *op. cit*., p. 110. <<

[46] Karl Popper, *La miseria del historicismo*, tr. de Pedro Schwartz, Madrid, Alianza, 1973. <<

[47] Alfonso Reyes, «Mi idea de la historia», en *Antología de Alfonso Reyes*, México, Promexa, 1979, p. 213. <<

[48] José Bermejo Barrera, *Psicoanálisis del conocimiento histórico*, Madrid, Akal, 1983, p. 59. <<

[49] Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?*, tr. de Joaquín Romero Maura, Barcelona, Seix-Barral, 1970, pp. 102-103. **<<**

[50] Lucien Febvre, *Combates por la historia*, tr. de Francisco Fernández Buey y Enrique Agullol, Barcelona, Ariel, 1970, p. 167. <<

[51] P. Salmon, *op. cit.*, p. 151. <<

[52] Witold Kula, *Reflexiones sobre la historia*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1984, pp. 97-98. <<

[53] Stanislav Andreski, *Las ciencias sociales como forma de brujería*, tr. de Juan Carlos Curutchet, Madrid, Taurus, 1973, pp. 120-127. **<<**

[54] Bertrand Russell, *Retratos de memoria y otros ensayos*, Madrid, Aguilar, 1962, pp. 176-177. <<

[1] Francisco Larroyo, *Pedagogía de la enseñanza superior. Naturaleza, método, organización*, México, UNAM, 1959, pp. 117-128. <<

[2] Para publicaciones periódicas de la América hispánica conviene ver Silvia-Lyn Hilton y Amancio Labandeira, *Bibliografía hispanoamericana y filipina*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1983, pp. 129-176. <<

[3] Silvio Zavala, *Datos biográficos y profesionales*, México, El Colegio Nacional, 1982, pp. 26-27. <<

[4] Peter B. Medawar, *Consejos a un joven científico*, México, FCE, 1984, pp. 91-92. <<

[5] México, UNAM, 1986. <<

[6] Hugo Hiriart, *Disertación sobre las telarañas*, México, Martín Casillas, 1980, pp. 179-184. <<

[7] Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, *Preceptos historiales*, Guatemala, Ministerio de Educación Pública, 1957, p. 69. <<

[8] Carlos Bosch García, *La técnica de la investigación documental*, México, UNAM, 1963, p. 56. <<

[9] Ario Garza Mercado, *Manual de técnicas de investigación*, México, El Colegio de México, 1981, pp. 182-186; R. Barthes, «Le discours de l’histoire», en *Information sur les sciences sociales*, París, 1967, t. VI, núm. 4, p. 74. <<

[10] Johann Gustav Droysen, *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, tr. de Ernesto Garzón Valdés y Rafael Gutiérrez Girardot, Barcelona, Alfa, 1983, pp. 341-348. <<

[11] Ibídem, p. 342. <<

[12] Ibídem, p. 344. <<

[13] Ibídem, p. 348. <<

[14] Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia*, Madrid, Alianza, 1984, p. 19. <<

[15] J. G. Droysen, *op. cit.*, p. 349. <<

[16] Luis González y González, *Nueva invitación a la microhistoria*, México, SEP, 1982, pp. 88-89. <<

[17] J. G. Droysen, *op. cit.*, pp. 356-368. <<

[18] Jerzy Topolski, *Metodología de la historia*, tr. de María Luisa Rodríguez Tapia, Madrid, Cátedra, 1982, p. 455-456. <<

[19] Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1968; K. Pomiar, *L'Ordre du temps*, París, Gallimard, 1984, p. 86. Este autor considera a *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* una de las mayores aportaciones al texto histórico. Allí la marcha es muy lenta; hay poca narración. <<

[20] Ciro Flamarión S. Cardoso, *Introducción al trabajo de la investigación histórica. Conocimiento, método e historia*, Barcelona, Crítica, p. 187. **<<**

[21] J. Topolski, *op. cit.*, pp. 454-455. <<

[22] Roland Mousnier y Denis Huisman, *L’Art de la dissertation historique*, París, SEDES, 1962, pp. 77-79. <<

[23] Ibídem, p. 77. <<

[24] Ibídem, p. 78. <<

[25] Theodor Schieder, *La historia como ciencia*, Buenos Aires, Sur, 1970, p. 47. <<

[26] Milan Kundera, *El arte de la novela*, tr. de Fernando Valenzuela y María Victoria Villaverde, Barcelona, Tusquets, 1986, pp. 100-101: «La división de la novela en partes, de las partes en capítulos, de los capítulos en párrafos […] la quiero muy clara». <<

[27] Francisco Gomezjara y Nicolás Pérez, *El diseño de la investigación social*, México, Fontamara, 1986, p. 103. <<

[28] Ireneo González Moral, *Metodología*, p. 215. <<

[29] Umberto Eco, *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*, Barcelona, Gedisa, 1986, pp. 195. <<

[30] Ibídem, pp. 201-204. <<

[31] *Loc. cit.* «Una nota nunca tiene que ser demasiado larga, de lo contrario no se trata de una nota sino de un apéndice». **<<**

[*] Los criterios editoriales e indicaciones tipográficas del autor corresponden a las dos primeras ediciones de este libro. Para la presente edición, se establecieron nuevos criterios editoriales, especificaciones tipográficas y formatos que uniformaran la obra de este autor. <<

[32] Trata ampliamente el asunto A. Garza Mercado, *op. cit*., pp. 195-208. <<

[33] U. Eco, *op. cit.*, p. 250. <<

[34] Armando F. Zubizarreta, *La aventura del trabajo intelectual*, 2.ª ed. México. Sistemas Técnicos de Edición, 1986, pp. 158-159. <<

[35] Luis González y González, *Fuentes de la historia contemporánea de México. Libros y folletos*, México, El Colegio de México, 1961, t. I, pp. XXXII-LXV. <<

[1] *Homenaje a Arturo Arnáiz y Freg en ocasión de su sexagésimo aniversario*, México, 1978, p. 13. <<

[2] Luis González y González, *Nueva invitación a la microhistoria*, México, SEP, 1982, p. 29. <<

[3] Guy Thuillier y Jean Tulard, *La Méthode en histoire*, París, Presses Universitaires de France, 1986, p. 99. <<

[4] Cf. Fritz Wagner, *La ciencia de la historia*, tr. de Juan Brom, México, UNAM, 1958, p. 50. <<

[5] Charles Olivier Carbonell, *La historiografía*, tr. de Aurelio Garzón del Camino, México, FCE, 1974, p. 108. <<

[6] Donald Robertson en L. P. Curtis, comp., *El taller del historiador*, tr. de Juan José Utrilla, México, FCE, 1975, p. 142. <<

[7] G. Thuillier y J. Tulard, *op. cit.*, pp. 102-104. <<

[8] Theodor Schieder, *La historia como ciencia*, tr. de Rafael Gutiérrez Girardot, Buenos Aires, Sur, 1970, p. 123. <<

[9] Paul Kirn, *Introducción a la ciencia de la historia*, tr. de Orencio Muñoz, México, UTEHA, 1961, pp. 110-114. <<

[10] Umberto Eco, *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*, Barcelona, Gedisa, 1986, pp. 180-188. <<

[11] Alfonso Reyes, *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*, en *Obras completas*, t. XV. Deben verse principalmente de la segunda parte los capítulos III: «Primer tríada teórica: historia, ciencia de lo real y literatura», V: «Cualificación de los datos» y VII: «Deslinde poético» y la «Peroración» final. <<

[12] Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, tr. de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 1985. Conviene leer sobre todo el capítulo IX: «La ficción de la historia. La escritura de Moisés y el monoteísmo». <<

[13] Cf. Antonio Morales Moya, «Algunas consideraciones sobre la situación actual de los estudios históricos», en *La(s) otra(s) historia(s). Una reflexión sobre les métodos y los temas de la investigación histórica*, Bergara, UNED, 1987, pp. 66-67. Además de Duby, cita a Vernant y a Golo Mann. Este último dice: «En el siglo XIX escribieron al mismo tiempo autores tan profundamente distanciados unos de otros por su propósito investigativo y sus inclinaciones estilísticas como T. Carlyle, Acton, K. Marx, L. Ranke, Fustel de Coulanges: una polifonía deseable, pues cada uno poseía su estilo». **<<**

[14] Avital H. Bloch, «La historia como narrativa: aspectos de crítica y de defensa», en *Encuentro*, Guadalajara, julio-septiembre de 1986, t. III, núm. 4. pp. 75-82. <<

[15] Alfonso Reyes «Mi idea de la historia», en *Antología de Alfonso Reyes*, México, Promexa, 1979, pp. 209-217. <<

[16] Bertrand Russell, *Retratos de memoria y otros ensayos*, tr. de Manuel Suárez, Madrid, Alianza, 1976, p. 205. <<

[17] Marc Bloch, *Introducción a la historia*, tr. de Pablo González Casanova y Max Aub, México, FCE, 1979, pp. 125-126. <<

[18] Cf. Ignacio del Río, *A la diestra mano de las Indias*, La Paz, Gobierno del Estado de Baja California Sur, 1985, pp. 13-14. <<

[19] Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Grijalbo, 1981. <<

[20] Rosa Krauze de Kolteniuk, *Introducción a la investigación filosófica*, 2.ª ed., México, UNAM, 1986, pp. 189-190. <<

[21] Ario Garza Mercado, *Manual de técnicas de investigación para estudiantes de ciencias sociales*, México, El Colegio de México, 1981, p. 210; U. Eco, *op. cit.*, p. 225. <<

[22] Euniciano Martín, *La composición en artes gráficas. Tratado tecnológico con profusión de ilustraciones y ejemplos gráficos*, Barcelona, Don Bosco, 1970-1974, t. I, pp. 200-207. <<

[23] Raúl E. Lagomarsino, *Savia y follaje del libro*, Buenos Aires, Sudamericana, 1957, pp. 23-38. <<

[24] Armando F. Zubizarreta, *La aventura del trabajo intelectual*, 2.ª ed., México, Sistemas Técnicos de Edición, 1986, pp. 149-151. <<

[25] Sonia Comboni y José Manuel Juárez, *Introducción a las técnicas de investigación*, México, UAM-Xochimilco, 1984. <<

[26] Los modos y los signos para la corrección de pruebas de imprenta se pueden consultar, entre nosotros, en los siguientes libros: R. E. Lagomarsino, *op. cit.*, pp. 119-121; Javier Lasso de la Vega, *Cómo se hace una tesis doctoral*, Madrid, Mayfe, 1958, pp. 529-535; E. Martín, *op. cit.*, pp. 201-203. <<

[27] Robert Escarpit, *La revolución del libro*, Madrid, Alianza, 1968. Las 196 páginas de este libro son altamente recomendables y todavía vigentes. <<

[28] Jorge Lozano, *El discurso histórico*, Madrid, Alianza Universidad, 1987, principalmente el capítulo IV que trata de «Estrategias discursivas y persuasivas en el texto de historia», pp. 205-210. <<

[1] Johan Huizinga, *Sobre el estado actual de la ciencia histórica*, tr. de María de Meyere, Madrid, Revista de Occidente, 1934, pp. 105-134. <<

[2] José Luis Comellas, *Historia*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1977, pp. 331-347. <<

[3] Comité Mexicano de Ciencias Históricas, *Registro de instituciones dedicadas a los estudios históricos*, México, 1984. <<

[4] Luis González y González, «La pasión del nido», en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, abril-junio de 1976, t. XXV, núm. 4, pp. 541-545. <<

[5] Daniel Cosío Villegas, *Llamadas*, México, El Colegio de México, 1980, p. 39. <<

[6] Edmundo Flores *et al.*, *La ciencia y la tecnología en México*, México, Conacyt, 1982, pp. 9-28. <<

[7] Salvador Malo, «El Sistema Nacional de Investigadores en 1986. Fin de una etapa», en *Ciencia y Desarrollo*, México, mayo-junio de 1987, núm. 74, pp. 59-78. <<

[8] Geoffrey Barraclough, «Historia», en Maurice Freedman *et al.*, *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos/UNESCO, 1981, p. 520. <<

[9] Lewis A. Coser, *Hombres de ideas, el punto de vista de un sociólogo*, tr. de Ivonne A. de De la Peña, México, FCE, 1968, pp. 291-292. Los institutos universitarios han convencido a los patrocinadores «de que no debe esperarse que el que paga la flauta sea el que dé el tono». **<<**

[10] *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid*, México, 1978, t. xxx, pp. 22-25. <<

[11] *El Colegio Nacional*, México, El Colegio Nacional, 1979. <<

[12] *Enciclopedia de México*, México, 1977, t. X, pp. 422-426. <<

[13] María Luisa Rodríguez Sala de Gomezgil, *El científico en México. Su imagen entre los estudiantes de enseñanza media*, México, UNAM, 1977, pp. 177-187. <<

[14] Los dos anuarios citados, tanto el estadounidense como el mexicano, dan cuenta del mayor número de publicaciones históricas. <<

[15] Luis González y González, «La historia académica y el rezongo popular», en *Memoria* de El Colegio Nacional, México, 1978, t. IX, núm. 1, pp. 195-208. <<

[16] Friedrich Nietzsche, *De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida*, Buenos Aires, Bajel, 1945, p. 25. <<

[17] George Macaulay Trevelyan, *L'Histoire et le lecteur*, Bruselas, L'Office de Publicité, 1946. <<

[18] Cf. L. González y González, «La historia académica […]», p. 196. <<

[19] Cf. Fritz Wagner, *La ciencia de la historia*, tr. de Juan Brom, México, UNAM, 1958, p. 105. <<

[20] Ibídem, p. 173. Cf. «La historia», p. 28. <<

[21] Citado en Jean Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, México, Siglo XXI, 1977, p. 46 <<

[22] Germán Carrera Damas, *Crítica histórica, artículos y ensayos*, Caracas, Universidad Central, 1960, pp. 63-70: «Manejamos una materia de fuerte contenido revolucionario […] Destruye las falsas teorías acerca de la perdurabilidad de las estructuras». <<

[23] Paul Valéry, *Miradas al mundo actual*, tr. de José Bianco, Buenos Aires, Losada, 1954, p. 37. <<

[24] Will Durant, *Filosofía, cultura y vida*, tr. de Demetrio Náñez, Buenos Aires, Suramericana, 1960, t. II, p. 84. <<

[25] Luis González y González, «De la múltiple utilización de la historia», en *Historia ¿para qué?*, p. 35. Véase la nota siguiente. <<

[26] Carlos Pereyra *et al.*, *Historia ¿para qué?*, México, Siglo XXI, 1986. La primera edición fue del AGN y de 1981, y Siglo XXI ha publicado ocho ediciones. Aquí se cita la 6.ª edición. <<

[27] Ibídem, pp. 20-21. <<

[28] Ibídem, p. 52. <<

[29] Ibídem, pp. 77-89. <<

[30] Ibídem, pp. 68-69. <<

[31] Ibídem, p. 70. <<

[32] Ibídem, p. 73-74. <<

[33] Por la utilidad de las narraciones históricas se han preguntado en el sexenio de los ochenta muchos autores aparte de los recogidos por Alejandra Moreno Toscano. Rafael Arrillaga, José Bermejo, Michel de Certeau, Josep Fontana, Witold Kula, Jorge Lozano, Pelai Pagés, José Antonio Rubio, Lawrence Stone, Luis Suárez y Paul Veyne, entre otros, han coincidido últimamente en que las narraciones históricas están lejos de ser obsoletas pero no son la panacea para resolver los problemas actuales del hombre. <<

[*] Ponencia leída en la Dirección de Estudios Históricos del INAH durante el simposio La historia y la crónica, celebrado en julio de 1983. Fue publicado en «El oficio de historiar», en *Nexos*, México, año 6, vol. 5, núm. 39, pp. 30-36. <<

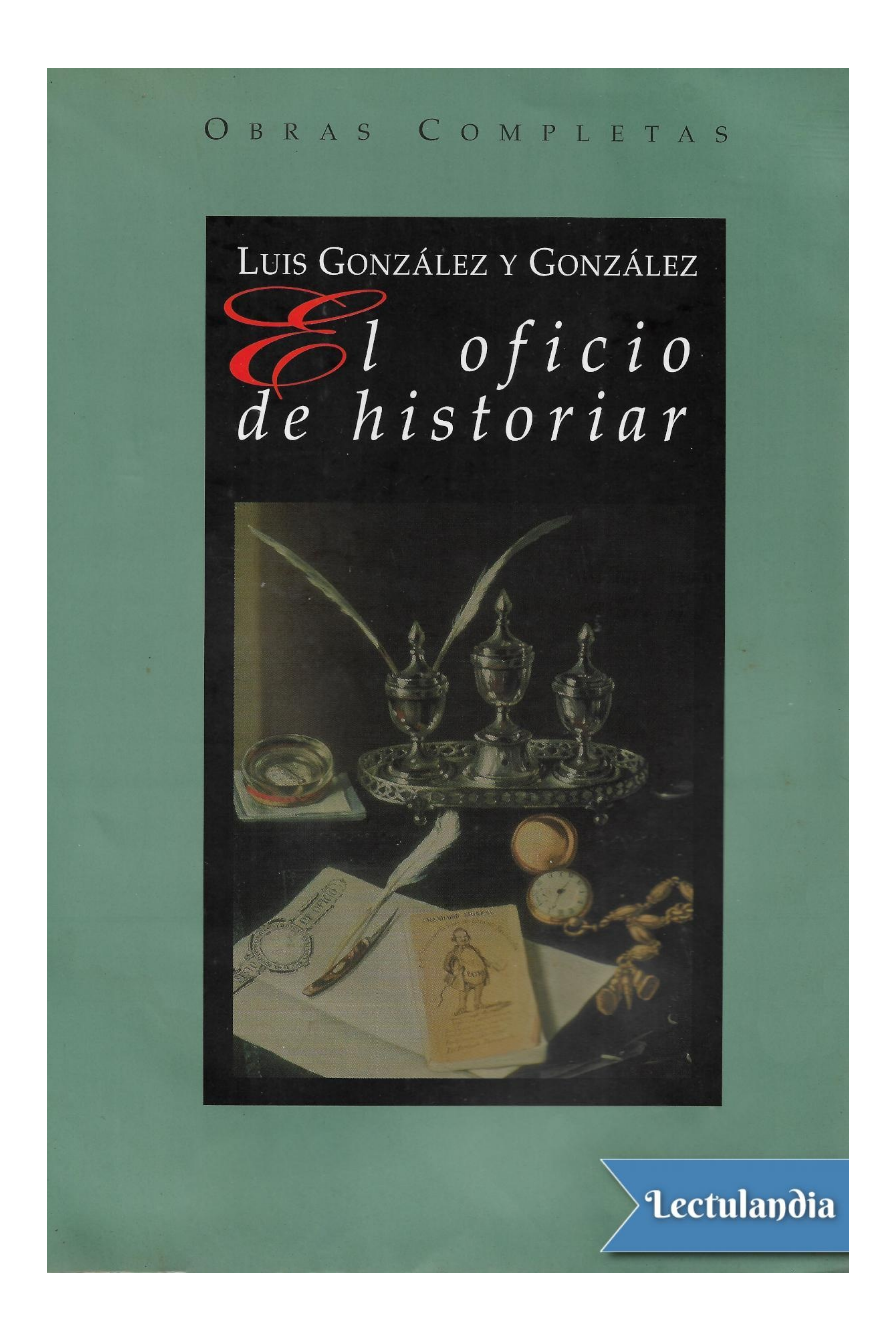
[*] Publicado en *Diálogos. Artes, Letras y Ciencias Humanas*, México. El Colegio de México, julio-agosto de 1973, vol. XI, 4, núm. 52, pp. 28-30. Posteriormente sería recogido en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México. 1940-1973*. México, Secretaría de Educación Pública, 1974, SepSetentas, núm. 176, pp. 189-206. <<

[*] Artículo publicado en *Relaciones*, Zamora, El Colegio de Michoacán, vol. IV, núm. 14, primavera de 1983, pp. 31-45. <<

[*] Ponencia leída en el Encuentro de Cronistas e Historiadores que tuvo lugar en Torreón, Coahuila, los días 24 y 25 de abril de 1992. Fue publicada en *Memoria* de El Colegio Nacional, en noviembre de 1992, pp. 85-86. <<

[*] Discurso de ingreso en El Colegio Nacional, leído el 8 de noviembre de 1978. <<

[*] La presente bibliografía general incluye los títulos no recogidos en el capítulo Bibliografía (pp. 215-245) y los títulos mencionados en Otros gajes del oficio. <<


OBRAS COMPLETAS
LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ
El oficio de historiar
Lectulandia